

Myriam Chirousse

Vino y miel

Traducción
José Luis López Muñoz

ALFAGUARA




ALFAGUARA



Myriam Chirousse

Vino y miel

Traducción de José Luis López Muñoz

Índice

Introducción

Primera parte

1. El niño maldito
2. La niña encontrada
3. Bella ascensión de verano
4. El diálogo de los autómatas
5. Regreso al dragón
6. Donde yo no era más que un fuego cegador
7. Despertar
8. Disimular, callar y huir
9. Las verdades de la mañana
10. El callo en el pie de Gaétan Lepailler
11. La agonía del verano
12. Duelos
13. Dos últimos días
14. La casa del ahorcado
15. Después de la derrota
16. Después de la muerte

Segunda parte

17. La hidra
18. Medianoche en casa del gran maestro

- [19. La puerta cochera](#)
- [20. Lo que no se puede decir](#)
- [21. Bajo el terciopelo](#)
- [22. La espalda](#)
- [23. Rose Blanchet](#)
- [24. Carne de su carne](#)
- [25. El océano](#)
- [26. Una noche sin fin](#)
- [27. La máquina](#)
- [28. El adiós](#)
- [29. La marcha](#)

[Tercera parte](#)

- [30. La boda de Jean el Cojo](#)
- [31. Planes de guerra](#)
- [32. Mentiras](#)
- [33. La Vieille Ânesse](#)
- [34. Pólvora y memorias](#)
- [35. La levadura](#)
- [36. El último de los Salerac](#)
- [37. La lluvia de brumario](#)
- [38. El comisario y el conde](#)
- [39. Judith ante el espejo](#)
- [40. El fin](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Sobre la autora](#)

Quiero vivir.

Es absolutamente necesario porque mi papel en esta historia es demasiado importante. Si no vivo, ¿cómo tendría Charles la revelación que cambiará su vida? ¿Cómo invitaría el viejo conde a Judith a ir a Vaillac? Quiero vivir porque quiero ver el crepúsculo sobre los tejados negros de pizarra de mi castillo, quiero oír el ruido de los autómatas reparados por Guillaume y quiero contar a mis hijos la historia de mi vida y de quienes me la dieron. Debo vivir porque de lo contrario nada llegará a su término.

Perdonadme, no es habitual empezar un relato por su conclusión, ni siquiera en esta época difícil en que me ha tocado nacer. Pero el golpe que acabo de recibir ha sido tan violento que me hace temer lo peor. El impacto me ha recorrido el cuerpo como un terremoto. Oigo gritar a mi madre y siento el dolor que le hace apretar los puños.

Y sé por qué. Yo, que no cierro nunca los ojos, lo veo todo y lo sé todo. Sé cuál es el desquiciamiento que la arroja a esta calle azotada por la lluvia y sé quién es el otro que la vuelve a alcanzar, la locura que le brilla en los ojos. Lo sé todo y lo veo todo. Conozco el presente, el pasado e incluso el porvenir hasta del personaje más insignificante de esta historia, conozco todos los meandros que unen sus destinos, porque nado fuera del tiempo, allí donde tienen su origen las leyendas, en la carne y en la sangre.

Mi madre se hace un ovillo sobre los adoquines cubiertos de barro. Sus sollozos estallan como una tempestad. Su corazón palpita contra mi cráneo. Todo hierve, el mundo tiembla de miedo, la tierra gime de dolor, siento que mi madre renuncia, pero yo quiero vivir, ¡quiero vivir!

Abro las manos, separo los dedos todo lo que puedo, extendiendo los brazos: quiero vivir, ¿me oyes? Me aferro con todas mis fuerzas a mi placenta, la aprieto, la muerdo con mi boca sin dientes, ¡quiero vivir! ¡Levántate! ¡Serénate! ¡Vuelve a casa o nos matarás a los dos, a ti y a mí! Quiero oler el aroma de las colinas, quiero cerrar los ojos al sentir el viento de la tarde en la frente, quiero conocer todas las cosas bellas de este mundo frágil y cruel... Quiero...

Los cabellos hundidos en el barro, mi madre lanza un gemido prolongado. ¿Y si no se levantara? ¿Si yo no naciera? ¿Si no llegara a vivir?

En ese caso hace falta que lo cuente. Para los que viven al otro lado, es necesario que diga todo lo que quizá no llegue a ser. Todo lo que sé, aquí, en el fondo del vientre de mi madre. Todo lo que mis ojos ven todavía antes de que sea demasiado tarde.

Primera parte

1. El niño maldito

Érase una vez, en el recodo de un río, una torre plantada como un viejo diente en la cumbre de una colina. Nadie habitaba desde hacía siglos aquella fortaleza robusta cariada por el tiempo y las guerras, último raigón de un esqueleto enterrado en el fondo de las edades. Se la evitaba debido a las víboras que anidaban bajo las piedras. Espesas zarzas impedían además el paso y las gentes del castillo afirmaban que los fantasmas rondaban por la noche durante las heladas invernales o cuando los niños no dormían obedientemente en su cama.

Porque al pie de aquella torre en ruinas, se alzaba un castillo. Acostado sobre la orilla del río, era tan hermoso como fea la torre, lleno de elegante arrogancia, mientras, humildemente, la torre se encogía sobre sí misma. Resplandecía en medio de los árboles del parque como un diamante entre los pechos de una veneciana. No obstante, sólo los forasteros, los bandidos o los soldados de otras comarcas se detenían a contemplarlo desde el camino. Los lugareños, que estaban al tanto de su historia, apretaban el paso sin alzar los ojos. La simple vista de las torrecillas les ponía la carne tan de gallina como una borrasca fría. Por el niño, que aún mucho tiempo después

de haberse ido, seguía presente entre las piedras, como un salitre que nada logra quitar de los muros.

El nombre de la mujer que le había traído a este mundo no se debía decir nunca en voz alta, ni murmurar, ni invocar con el pensamiento, ni incluso susurrar en sueños, hasta tal punto que había acabado por borrarse por completo de los recovecos de la memoria. En cuanto al nombre del padre, se olvidó pronto: desconocido, hasta creerse que nadie había engendrado a la criatura. Y quien no ha sido engendrado por su padre es, con frecuencia, fruto del diablo.

El día de su nacimiento los perros se pusieron a aullar. El cielo adquirió un color extraño, las sombras se borraron y la noche cayó de golpe. El viento mismo dejó de soplar y un silencio inquietante envolvió las orillas del río. En aquellas tinieblas grises lanzó el niño su primer grito. Según el Hombre de Negro, habría sido necesario bautizarlo cuanto antes, matarlo enseguida y enterrarlo de acuerdo con los ritos establecidos. Pero el noble propietario del castillo se opuso: al niño se le permitió vivir y la desgracia se abatió sobre la comarca.

Hay seres a los que es mejor no acercarse y a los que más vale no querer, porque de lo contrario se cierran sobre su prójimo como trampas para lobos y le arrancan una pierna, el corazón y a veces el alma entera. Apenas nacido, el niño atrajo a los corazones sencillos como una carne putrefacta atrae a las bestias desesperadas. Todas las criadas que lo tuvieron en brazos padecieron algún infortunio en menos de un año: a una la royó la viruela, otra se cayó de una escalera de mano, una tercera se incendió al acercarse a los hornos.

La castellana, prudente, ordenó a sus gentes apartarse del innoble retoño, huir de sus llantos tanto como de sus sonrisas seductoras, y así se hizo: no se le dirigieron ni palabras ni miradas,

no se le cantaron nanas, ni se le volvió a mimar (o fue preciso hacerlo secretamente, a la manera de las brujas que acudían a los aquelarres las noches de luna llena) como si, a fuerza de ignorarlo, se le hubiera podido borrar de la tierra en la que nunca debería haber nacido. Pero el odioso niño resistió a la indiferencia igual que resistió al frío y a la falta de alimentos, ya que, para poner de manifiesto su constitución sobrehumana, el Hombre de Negro había sugerido que se le sometiera a aquellas pruebas. Se dijo incluso que se había llegado a depositarlo una tarde entre las ruinas de la vieja torre. Las serpientes le hicieron una cuna, las zarzas le sirvieron de velo contra la helada, y los fantasmas lo acunaron toda la noche con sus cantos glaciales.

En resumen, el niño sobrevivió. Creció a medida que pasaban las lunas, adquiriendo bellas proporciones, como una criatura destinada a ser más poderosa que las demás, un mandatario encargado de instaurar algún oscuro reino.

Los años transcurrieron como una fría ascensión de brumas. Los inviernos se alargaban hasta la fiesta de San Juan, antes de la Asunción las uvas se echaban a perder y a los campesinos les devoraban unas fiebres que los hacían veinte años más viejos. Una sombría mañana de otoño en la que la escarcha crujía bajo los pies, un intendente se presentó en el castillo para un asunto ordinario. En el patio cruzó la mirada con el niño. El suelo se abrió de inmediato bajo las botas del buen funcionario. Una mandíbula acerada le trituró los pulmones. Abandonó sus papeles, corrió a su carroza y gritó al cochero que hiciera restallar el látigo. Tres días después, en una carta de complicada caligrafía, explicó que había visto al diablo y que, a partir de tan desgraciado encuentro, una voz lúgubre no dejaba de susurrarle al oído los crímenes por los que sería castigado, prometiéndole morir entre atroces sufrimientos, la cabeza cortada por una máquina para eliminar traidores, en medio de una multitud borracha de odio. Aterrorizado por aquel destino espantoso, prefería

evitarlo. Lo encontraron ahorcado por encima de sus libros de contabilidad.

Un terror sordo se apoderó de todos los que se codeaban con el niño, como si tuvieran miedo de ver abrirse la tierra bajo sus pies en el recodo de una escalera. Por los largos corredores del castillo resonaban durante todo el día los padrenuestros y las avemarías que repetían los criados. Las sayas de las camareras no ocultaban ya más que crucifijos e incluso el gran pánfilo del mozo de cuadra, cuando terminaba de almohazar los caballos, se apresuraba a ir a la capilla para confesar sus malos pensamientos. Era una época triste.

Convencido de que Dios lo ponía a prueba, el Hombre de Negro decidió luchar contra la ralea del maligno. Todos los días, mientras el fuego roía los leños húmedos en la chimenea, se encerraba con el niño en la sala de estudio para enseñarle el camino del amor eterno. El monstruo no era nada tonto: aprendió enseguida a leer y a escribir. En cuanto a lo demás, resultó imposible hacer de él un cordero del rebaño del Señor. Aquella mala hierba era incapaz de hacer bien la señal de la cruz, se dormía durante la misa y sostenía los crucifijos cabeza abajo. El Hombre de Negro le pegaba, por supuesto, pero las bofetadas se deslizaban sobre sus mejillas como el agua sobre el cuero bien encerado y el muy desvergonzado alzaba todas las veces unos ojos brillantes de bestia feroz hacia el sabio preceptor que sólo quería su bien.

Durante un crepúsculo seco y ventoso, cuando señores y vasallos escuchaban el benedícite en el comedor a la luz del sol poniente, el mozo de cuadra se presentó gritando que ardía el hogar del administrador. Sin perder tiempo, el noble propietario armó a su gente con baldes. Lucharon toda la noche pero perdieron la batalla. Llevada por un torrente de llamas que subía hacia el cielo, la casa ardió, se inclinó con violencia y finalmente se derrumbó al amanecer,

convertida en un montón de piedras negras y de cenizas humeantes. De la familia que vivía allí sólo se salvó una niña de pocos meses colocada bajo un caldero. Se dice que el castellano cayó de rodillas entre los vapores del alba y que lloró.

—Protegéis a un demonio —le fustigó su esposa—. Dios os pone en guardia.

Se hizo decir una misa por los difuntos y a la niña se la amamantó en el castillo. En cuanto al niño maldito, había desaparecido. Se escondía, culpable. Cuando reapareció, el Hombre de Negro le ordenó confesar su crimen, ¡porque era él quien había lanzado las llamas del infierno sobre la casa del pobre administrador! ¡Él, quien había enviado un espíritu maligno para torturar al intendente del rey! ¡Él! ¡Él! El rostro lívido, el niño juró ante Dios que no había hecho nada.

—¡Blasfema! ¡Que le agujereen la lengua!

Lo atraparon, se le infligió el castigo, luego el monstruo escapó y se escondió durante días. Una mañana al alba, el Hombre de Negro lo sorprendió cuando se disponía a robar en la cochera, lo arrastró hasta el patio y le azotó con un látigo provisto de clavos benditos, en presencia de todo el mundo, para recordarle el camino de la redención.

—Dios viene en nuestra ayuda —suspiró la castellana, agitando el abanico mientras los estallidos del látigo se mezclaban con el canto matinal de los pájaros—. Luchar contra Satanás es una ardua tarea...

Al niño se le encerró en el sótano, entre las ratas, sin alimentos. Las criptas resonaban de día y de noche con sus alaridos. Fue la época en la que el castillo se hundió en la maldición que iba a atormentar sus muros hasta el fin de los siglos o, al menos, hasta el

final de una época. Llegaron días sombríos: un otoño furioso, un invierno helado... La abominación de aquel niño rezumaba por los muros como una fiebre, supuraba por las juntas como una herida abierta, se maceraba en los antros nauseabundos de la magnífica mansión. Se dejó de bajar a la cueva. Los perros perdieron el pelo y murieron de angustia, e incluso los fantasmas renunciaron a visitar la vieja torre, asustados por los rugidos del diablo.

Un día, por fin, un silencio desacostumbrado reinó entre los muros. Se pensó con alivio que quizá el monstruo había muerto, pero nadie se atrevió a descender a las tinieblas para comprobarlo.

El noble propietario, que regresaba de un periodo de servicio en el ejército, ordenó a su criado que se proveyera de una manta y fuese a buscar a la criatura. El pobre hombre se hundió estremecido en los cimientos del edificio, iluminado por tres candelas que temblaban tanto como él. El olor era pestilente. Al principio no distinguía nada: los sótanos eran grandes y la oscuridad desplazaba las bóvedas a su alrededor. Después lo descubrió al pie de una columna: un cuerpo blanco enrollado como un churrete de cera al pie de una vela apagada. El criado suspiró. El niño, en efecto, parecía muerto. Pero al acercarse la bestia le saltó a la cara, le arañó y le mordió. Como era de buena estatura y poseía la fuerza de un oso, se necesitaron tres hombres para dominarlo. Cuando finalmente quedó aturdido por los golpes y atado en la manta, se descubrieron cadáveres de animales que yacían sobre la tierra húmeda: la criatura se había alimentado de ratas y les había arrancado la piel para fabricarse un cobijo.

—¡Qué abominación! —exclamó la castellana, haciendo la señal de la cruz.

—¡Qué vergüenza! —renegó el castellano.

Confiscó las llaves de todas las habitaciones sin ventanas y él

mismo destruyó a mazazos la cerradura del sótano.

—Pactáis con Satanás. Tened cuidado, mi señor: lo pagaréis.

—Desbarráis —replicó él.

Tuvo razón ella, por desgracia: lo pagó, y caro.

El único heredero de aquel antiguo linaje cumplió por entonces los doce años. De constitución delicada, era un ser rubio y taciturno que sólo amaba a los caballos y pasaba largas horas galopando en el parque, como si no encontrase otra manera de domar la locura del mundo que lo rodeaba. Quienes vieron su caída contaron llorando que iba a lomos del gran semental tordo cuando el otro, el maldito, surgió de un matorral. Las hojas tiernas de la primavera no habían brotado aún, de manera que se vio muy bien encabritarse al caballo aterrorizado y caer a tierra su jinete. Al chocar con la grava, su cabeza produjo un ruido sordo semejante al crujido de una rama arrancada por el viento, pero era él, y también su alma, que alzó el vuelo más allá del bosque.

Los ojos echando llamas, la castellana rugió que había que matarlo también a él. ¡Exterminarlo como a una sabandija! ¡Acabar con él como con un lobo! ¡Ha...! No terminó la frase porque se desplomó sobre el embaldosado y no se repuso nunca. El Hombre de Negro amenazó con informar al Papa: se había ido demasiado lejos y era preciso enjuiciar todos los sacrilegios. Al regreso de un largo paseo por la orilla del río, el señor del castillo decidió que se enviaría al niño a un orfanato lejano y que nunca regresaría. A la hija del administrador, que había crecido debajo de la mesa como un gato, se la confiaría a su vez a alguna institución religiosa, de manera que no hubiera ya en el castillo ni niños, ni alaridos, ni recuerdos que royeran el alma, y que se silenciaría para siempre el recuerdo de aquellos años.

Desde la escalinata unos días más tarde, mientras el cochero esperaba en la grisura húmeda del alba, el aristócrata contempló por última vez a aquel por quien tanto mal se había producido. El niño trepó al vehículo que desapareció en la bruma. Y eso fue todo.

2. La niña encontrada

Guillaume de Salerac era un hombre feliz. Al menos, tal es la impresión que daba cuando avanzaba a cuatro patas por los campos, seguido lentamente por su caballo, que caminaba tras él.

Dotado de buena cabeza y de constitución robusta, sabía por añadidura contentarse con los bienes que poseía: era por tanto una persona satisfecha.

Es cierto que había nacido hidalgo, primogénito de una antigua familia, heredero de un castillo en Périgord, de bosques donde abundaba la caza, de lomas fértiles, de un río generoso en truchas, de un molino, de un caserío con todos sus habitantes y de una lista bastante larga de derechos señoriales, todo lo cual contribuía sin duda a su tranquilidad de espíritu. Pero, además de aquellos regalos de la fortuna, la mirada singular con que veía las cosas parecía protegerlo contra los reveses de la existencia. El granizo que disgustaba a los campesinos era para él una manifestación admirable de las fuerzas de la Naturaleza. Las enfermedades que diezmaban los rebaños se convertían a sus ojos en objetos dignos de estudio. Dibujaba con ternura las serpientes paralizadas por el frío bajo las piedras y los cadáveres sanguinolentos de los corderos

atacados por los lobos. Y le fascinaba tanto el movimiento de los planetas que resultó ser el único que, con ocasión del gran eclipse de 1764, no se escondió debajo de la cama entre alaridos. A veces, inmóvil, contemplaba las nubes, prueba de que los vientos no se detienen nunca... Pese a todo, disgustaba al señor cura tanto como a su propia madre, porque su mucha inteligencia no daba cobijo a una onza de fe sólida, y tantas maravillosas observaciones sabias no impedían que fuese un completo idiota a la hora de calcular el precio de un saco de nueces.

Pasó algún tiempo en el ejército, donde se esperaba verlo alcanzar una graduación que hiciera honor a su apellido: sin éxito. Un día que la tropa se entrenaba para el combate, un insecto de élitros dorados le pasó, volando burlonamente, por debajo de la nariz. Guillaume soltó el florete y corrió tras la criatura alada. Era una cetonía atípica que consiguió capturar antes de desplomarse, porque el desventurado compañero con quien cruzaba el acero le había dado sin querer una estocada en el muslo. Apenas repuesto de la herida, Guillaume corrió, cojeando, a presentar su descubrimiento al señor de Buffon, en el Jardín del Rey. El gran naturalista lo recibió, examinó al hombre tanto como al insecto, le escuchó disertar sobre los lepidópteros y, al final de la entrevista, le ofreció una copita de su mejor aguardiente; parecía adecuado que el conocimiento de la flora y la fauna produjera algún beneficio. Ya antes de apurar su copa, Guillaume supo que había nacido para las ciencias.

Estudió mucho, viajó lo necesario para conocer un poco el mundo, frecuentó diversos salones, trató a filósofos de todos los pelajes, fue admitido en la Academia de las Ciencias y recibió incluso el estimable encargo de colaborar en las láminas de la Enciclopedia: ¡mejor que un bastón de mariscal!

No obstante, de todas las personas que Guillaume de Salerac

conoció en su juventud, la que iba a contribuir de forma más duradera a su felicidad fue un honrado barbero de Toulouse. El hombre tenía el prestigio de haber estudiado la circulación sanguínea con los mejores cirujanos de Bagdad y conocía hasta la venilla más insignificante que carga de vida los tejidos. Sus métodos, sin embargo, no eran dignos de un buen cristiano, y no se le invitó nunca a visitar al rey. Qué más daba, a Guillaume de Salerac se le recibió en su casa y tuvo el privilegio de asistir a sus clases. Estrictamente no aprendió nada, por desgracia, ya que desde el primer día la hija del cirujano participó también en la disección.

Guillaume escuchaba como un sordo, sin tener ojos más que para la bella anatomía femenina, y temblaba como un álamo tan pronto como la joven lo miraba por encima de la oveja abierta en canal, objeto de sus estudios. Finalmente, cuando al término de su exposición el sabio concluyó: «La causa del movimiento de la sangre en las venas es el calor del fuego que reside en el corazón y dilata a este último y lo hace funcionar a la manera de una bomba», Guillaume había reconocido ya cien veces que el maldito fuego que dilata las venas no era una simple alegoría de anatomista.

Hombre de ciencia hasta entonces, se convirtió por añadidura en enamorado, es decir, casi en poeta.

Cortejó asiduamente a la hija del cirujano sin dejar de asistir a las clases del padre, que le hizo cortar corderos, cabras, terneras, conejos, gatos, perros y todo lo que el mercado local le ponía entre las manos, hasta el día en que ya no tuvo nada más que abrir, a excepción de su propio corazón. La boda se celebró en la catedral de Toulouse y las festividades duraron tres días con sus noches. Después los jóvenes esposos se retiraron a la calma de Castelroux, en las colinas de Périgord. Hay que creer que allí se entregaron a nuevas experiencias y descubrieron mecanismos que, hasta entonces, les

eran desconocidos, porque al año siguiente les nació un hijo al que llamaron François René.

Fue por entonces, en la tranquilidad del campo y de la vida de familia, cuando Guillaume de Salerac se convirtió por completo en el hombre feliz que recorría los bosques y herborizaba. El librero de Sarlat le puso enseguida el mote de «Gentilhombre a Cuatro Patas», porque todas las primaveras lo veía pasar encorvado por los prados, las uñas negras de tierra, extrayendo del suelo delicadas hierbas de raíces dentadas, seguido por el caballo que llevaba sus alforjas y que, sin saber latín, arrancaba de una dentellada las matas de diente de león.

Una mañana de mayo del año 1773, cuando avanzaba con el espinazo doblado entre los helechos, Guillaume hizo un descubrimiento que iba a conmocionar su vida, tal vez el más hermoso que pueda hacer un hombre. Allí, sobre el musgo espeso que tapizaba las piedras, posado en lo alto de una de ellas como un animal extraño, vio... no dio crédito en un principio a sus ojos y frunció el ceño:

¡Un pie!

Pequeño.

Rosado y espantosamente sucio.

Terminado en cinco deditos minúsculos, cubiertos todos ellos de sus respectivas uñas.

Al lado, su gemelo se escondía dentro de una zapatilla de satén azul ennegrecida por la tierra.

Estupefacto, Guillaume de Salerac alzó los ojos.

El pie estaba coronado por un tobillo y después por un cuerpo entero. El pie poseía incluso un rostro y bajo una masa de cabellos

rojizos tan desgreñados como un arbusto de espino, dos ojos verdes lo miraban asustados. A su alrededor no había más que el silencio de los helechos, el desorden de las rocas, la profusión de los musgos y una sucesión de troncos de árboles que se prolongaban hasta perderse de vista.

Guillaume llevó al castillo su extraño descubrimiento.

Sus hallazgos provocaban de ordinario un reflejo de huida dado que, a poco que llegara cargado y la sonrisa en sus labios, se sabía que iba a ser necesario extasiarse con sus tesoros, es decir, contemplar durante un tiempo demasiado largo las hierbas y las horribles moscas que exhibía con orgullo ante cualquiera que tuviese la desgracia de recorrer los pasillos en aquel momento. Únicamente su hijo François corría hacia él tan pronto como su caballo aparecía por el camino. Aquel día fue el muchachito quien, después de quedarse inmóvil a mitad del puente levadizo, dio la alerta con sus gritos.

—¡Venid! ¡Ha atrapado un hada!

En menos de un minuto toda la casa estuvo al corriente, y en el salón de las salamandras se produjo un alboroto digno de las mejores ferias de Sarlat. Guillaume de Salerac depositó a la niña encontrada sobre la mesa y la contempló como si fuese una oca roja venida de las Américas.

—¡Jesús, María y José! Pero ¿qué es eso?

Bajo una blanca peluca encopetada, aquel rostro reprobador cubierto de polvos de arroz no era otro que el de Marthe de Salerac. Fortalecido por una larga tradición de discusiones que sabía alimentar maravillosamente, Guillaume aceptó al pie de la letra la

pregunta de su madre.

—Veamos, se trata de una niña de raza blanca, pelirroja, de ojos verdes, dos pies y seis pulgadas de estatura, unos tres años de edad...

Lacayos y criadas murmuraron. Marthe puso los ojos en blanco.

—¡Fuera todo el mundo!

Con un rumor de faldas y de zuecos toda la servidumbre se apresuró a salir. En torno a la señora del castillo sólo quedaron Guillaume delante de la mesa, Anne, que se acercó despacio a la niña y, pegado a la chimenea como si hubiera querido transformarse en una de las salamandras esculpidas sobre el dintel, un hombre alto, delgado y silencioso como una serpiente.

—Vemos sin dificultad que no se trata de un búho —replicó Marthe, molesta—. ¿De dónde sale esa niña?

—Ésa es precisamente la pregunta que me hago —respondió Guillaume sonriendo.

—Si no lo sabes, ¿por qué no la has dejado donde estaba?

—Es que, madre mía muy querida, antes de responder a una pregunta tengo por costumbre estudiarla.

—Y yo estoy acostumbrada a tus extravagancias, ¡pero ésta las supera todas!

—Decís eso una y otra vez.

—¡Siempre es verdad!

Mientras los otros reavivaban antiguas querellas, Anne de Salerac se inclinó hacia la niña y la interrogó con voz cantarina.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

Sin abrir la boca, sin parpadear siquiera, la niñita miró a la joven con aire asustado.

—Es inútil —intervino Guillaume—. No habla.

—¿Cabe que sea muda? —aventuró Anne.

—¡Y qué importa que sea muda o idiota! Devolvedla a donde la habéis encontrado y no se hable más... ¡Ah, las grandes ideas que tenéis siempre!

Saliendo de su reserva, Jean de Monterlant acababa de hablar. Guillaume lo miró con el desprecio infinito de un mandarín por un cabrero.

—Perdón, querido cuñado, ¿qué sabéis vos, precisamente vos, de las grandes ideas? ¿Las habéis tenido acaso en vuestra vida? Podéis salir si nuestros asuntos os aburren.

—Si no estuviera yo para administrarlos, no quedaría ya gran cosa de vuestros asuntos.

Marthe de Salerac puso los ojos en blanco como una regente exasperada por la disputa de sus ministros.

—Silencio los dos. Jean, sabéis lo que pienso de vos: no tenéis corazón, pero sí razón... Guillaume, ¿por qué has recogido a esta niña?

—Estaba sola, lejos de los caminos, en un bosque donde nunca se llevan a pacer los rebaños...

—Y habéis tenido el deseo irresistible de jugar al buen samaritano.

—Callaos, Jean —gruñó Marthe—. Si hay aquí alguien que no se puede quejar de haber sido recogido bajo nuestro techo, sin duda sois vos.

—Sólo os recuerdo que los Salerac no tienen con qué permitirse larguezas de duques.

—Nosotros, no. Pero ella, quizá sí —exclamó Anne de repente.

Ante aquellas palabras, los otros tres callaron. La joven recibió con una sonrisa sus miradas de asombro para señalar luego a la niña que seguía, petrificada, sobre la mesa.

—Mírenla: está sucia pero tiene buena salud. Los brazos firmes, los ojos vivos y el pelo brillante. La piel no presenta el menor rastro de pústulas y, vamos a ver, los dientes, sanos... ¡ay! ¡Diablos! ¡Cómo muerde!

Aquella breve exposición hundió al salón en un silencio perplejo. No se había considerado hasta entonces que la niña pudiera ser *alguien*. Intrigados, Marthe de Salerac y Jean de Monterlant se acercaron a su vez a la mesa. La niña frunció el ceño y apretó un poco los dientes, pero no se movió más que una estatuilla rodeada por una banda de ladrones.

—¿Tal vez la hayan raptado? —aventuró Marthe.

—O quizá nos acusen de haberlo hecho —replicó Jean.

—Eso entraría muy bien en vuestros métodos —ironizó Guillaume.

—Silencio —ordenó Marthe—. Es una pena que no nos diga su nombre... Pero, mirad, ahí, en torno al cuello: ¿no le cuelga algo así como una joya? Mirad vos, querida mía, que tenéis los dedos más finos...

Anne extendió la mano y rozó el cuello de la pequeña. Sí, una fina cadena de oro brillaba bajo sus bucles. Mas cuando la joven esposa quiso examinar lo que parecía ser una crucecita dorada, la criatura dio un salto hacia atrás y lanzó un «¡No!» tan feroz que todos

se sobresaltaron. ¡La niña hablaba! O más bien rugía.

Guillaume dirigió una sonrisa burlona a su cuñado.

—Visto su sentido de la propiedad, ¿podría muy bien ser hija vuestra!

Jean iba a replicar cuando se abrió la puerta con estrépito. Una mujer en camión apareció en el umbral, y se agarró a las jambas de la puerta como si lo necesitara para no derrumbarse de pronto o alzar el vuelo definitivamente.

—Louison, ¿qué haces aquí? —gruñó Marthe—. Vuelve a la cama.

La persona a quien interpelaba tan duramente era una figura grande y pálida que parecía salida de un sueño. Los largos cabellos cenicientos le caían sobre la espalda como una madeja de seda mal peinada y su rostro enjuto no presentaba otro color que el gris violáceo que ribeteaba sus pupilas. Sus ojos brillantes revolotearon por el salón con el aire huraño que dan la fiebre y la melancolía. Era Louise de Salerac o, más bien, Louise de Monterlant: hija de Marthe, hermana de Guillaume, triste esposa de Jean.

—El pequeño François me ha dicho que...

Se interrumpió al descubrir a la niña. Su rostro se transfiguró.

—¡Dios mío, qué guapa es!

Avanzó al instante, los brazos extendidos, los pies temblorosos.

—Pobrecita, no tengas miedo, nos vamos a ocupar de ti como es debido. ¡Qué bonita eres! ¿Quién es el monstruo que te ha abandonado en el bosque?

Y sin vacilar ni filosofar, Louison tomó a la niña en brazos.

Extrañamente, la criatura se dejó llevar por aquel cuerpo delgado como si fuese lo que había estado esperando.

—Muy bien, no temas nada, pequeña mía... ¡Qué bien te huele el pelo, qué suave tienes la piel! Pobre tesorito, perdida y completamente sola en el bosque... Ah, ¿quizá tienes hambre? ¿Sed? ¿Quieres beber? ¿Comer algo?

Meciendo a la niña con todo el cuerpo, que se balanceaba a cada paso, Louison hizo lo que a nadie se le había ocurrido: bajar a la cocina y pedir a Eleonora leche de oveja, pan recién hecho, puré de castañas, un poco de miel, en fin, todo lo que estuviera listo; después se sentó en la mesa de los criados e hizo comer a la niña sobre sus rodillas, sin dejar de hablar ni de sonreír, como se juega a las muñecas, hasta el punto de que la cocinera, desconcertada, no habría sabido decir cuál de las dos era una niñita hambrienta.

Marthe de Salerac no tardó en aparecer, sombría y decidida.

—Bien; hemos acordado que tu hermano la lleve a las agustinas de Bergerac.

—¡No!

En un furioso movimiento de sorpresa, Louison agarró a la niña y se volvió hacia su madre con ojos desorbitados. Pese a ser una persona que no había dado nunca la más mínima muestra de cólera, pareció de repente capaz de saltarle a alguien al cuello, de morder, de matar. Marthe se demudó. La mirada de su hija la dejó helada. La soberana de Castelroux sintió quebrarse su esqueleto pero no dejó traslucir nada. En el ojo de Louise se formó una lágrima, enorme y redonda como un espejo de bruja, que desbordó sus párpados, le descendió por la mejilla y cayó sobre la frente de la niña. Marthe bajó los ojos, tragó saliva, respiró honda y tristemente. Una lágrima. Una sola lágrima iba a cambiar el curso de muchas vidas.

—Sea. Si nadie la reclama, nos la quedaremos de momento...

Iba a ser un momento muy largo, porque lo que Marthe ignoraba a la hora de pronunciar aquellas palabras era que nadie reclamaría nunca a la pequeña, ni al día siguiente, ni al otro, ni en el curso de los años, y que se necesitarían muchas revoluciones, muertes y nacimientos para enterrar el misterio de su aparición aquella mañana en los bosques del Sarladés.

—¿Cómo vamos a llamarla?

Con aspecto de sentirse abrumada y envejecida de repente, Marthe se encogió de hombros.

—Miremos el almanaque —suspiró, dejándose caer sobre un taburete—. Sin duda hoy es la fiesta de alguna santa.

3. Bella ascensión de verano

—¡Judith! ¡Judith!

Muchos años después, la joven se sobresaltó al oír su nombre. Por la puerta entreabierta vio pasar un vestido azul que avanzaba a pasos cortos, corredor adelante. ¡Uf! No era más que Hélène que la buscaba por todas partes... o casi... o más bien en ningún sitio, porque Hélène tenía demasiada poca imaginación para venir a husmear aquí, al trastero del tío Guillaume... Judith se apoderó de un cilindro granate que anudó a la cinta de su enagua, bajo los pliegues del vestido, luego cerró el cofre polvoriento donde había visto a su tío, el verano precedente, colocar los fuegos artificiales con los que animó una noche de San Juan que estuvo a punto de terminar en incendio. Salió de puntillas del desván y se lanzó por el pasillo en persecución de su hermana.

—¡Judith! ¿Dónde diablos te habías metido? —exclamó Hélène—. Ven a ver el invento del tío Guillaume. Es increíble: ¡se diría que funciona!

La adolescente fingió sorpresa. Nunca lo había dudado.

Seis meses antes, en una fría velada de enero poco después de

la fiesta de los Reyes Magos, Guillaume de Salerac había lanzado las siguientes palabras entusiastas a la familia reunida en el salón:

—¡El verano próximo os prometo que asistiréis a una experiencia que quedará para siempre grabada en la historia de las ciencias!

Como era de esperar, Marthe se había estremecido.

—¡Dios todopoderoso! ¡Qué nos inventará esta vez!

—Una maravilla, mi querida madre.

—¿Cuánto nos va a costar? —había gruñido Jean, que jugaba al chaquete con Anne, sin alzar los ojos de la mesa.

—El papel, la cuerda... y el aire.

Judith cerró su libro (un hermoso volumen encuadernado en tafilete, sacado de la biblioteca de Guillaume, que anunciaba en la cubierta la *Guerra de las Galias*, pero que escondía en realidad algunos capítulos del *Emilio* de Rousseau) y aguzó el oído todo lo que pudo. Pero su tío no había añadido nada más. Marthe bordaba un mantel de lino amarillo cerca del fuego, imitada por Hélène, que repetía el mismo motivo en una servilleta. Anne y Jean desplazaban con violencia sus peones sobre el tablero y François sacaba brillo al espadín con el que soñaba atravesar a algún enemigo en una guerra futura, a ser posible gloriosa y sin peligro, sin duda contra los ingleses.

—¿Qué es lo que vais a hacer, tío?

—Ya lo verás.

Al dar la vuelta alrededor de la mesa con las manos a la espalda, el sabio de Castelroux se había acercado a la silla baja donde leía la joven y su mirada cayó sobre la obra. Un brillo divertido le apareció en los ojos.

—Sana lectura, pequeña mía... Muy instructiva.

Ruborizada y pálida al mismo tiempo, Judith temió una reprimenda. Pero Guillaume continuó caminando con sus pensamientos y todos los demás guardaron silencio, en la soledad de su velada familiar.

En el curso de las semanas que siguieron, es decir, durante el final del invierno y toda la primavera de aquel año de 1783, Guillaume se había consagrado a la elaboración de su extraño ingenio. Era un trabajo misterioso: escribía y recibía multitud de cartas, dibujaba planos, se entregaba a abundantes cálculos y realizaba numerosas experiencias a escala reducida en su gabinete de estudios, la Torre Magna del antiguo camino de ronda. Empujada por una curiosidad irresistible, Judith lo seguía como un perro, espiaba todos sus gestos, pero no hacía ni la más mínima pregunta, demasiado intrigada para atreverse a abrir la boca. Cuando una mañana de abril vio el primer paralelepípedo de papel volar de las manos de su tío para subir en línea recta hasta el techo, se estremeció de pies a cabeza, presa de una de las más intensas revelaciones de su vida. ¡La máquina de su tío Guillaume era prodigiosa! ¡Aquella cosa que estaba haciendo tenía la potencia de los sueños que llevan a los cielos! En un relámpago, una intensa admiración la emocionó vivamente y fue sin duda entonces, los ojos alzados a las bóvedas, la nuca echada hacia atrás en una visión casi extática, cuando germinó en ella la oscura idea, el deseo inconfesable... Todo lo demás no fue más que una lenta estratagema meticulosamente montada en su cabeza mientras Guillaume trabajaba en la construcción del aparato.

Hélène y Judith salieron del castillo por el puente levadizo. Era casi mediodía y tuvieron que guiñar los ojos ante la viva luz del sol que las deslumbraba. Judith tomó la mano de su hermana, Hélène le apretó los dedos y echaron a correr por el camino que llevaba hacia el

caserío. El viento les azotaba las mejillas, el polvo les irritaba los ojos, el sombrero de Hélène le caracoleó sobre los hombros y el de Judith se le echó a volar por la espalda, liberando sus cabellos rojos como una bandera ondulante. Las dos rieron al mismo tiempo y corrieron todavía más deprisa, ebrias de sol. En el espacio de un parpadeo, Judith vio grabarse las colinas familiares en el fondo de sus ojos, el viento tibio, el polvo rubio del camino, el perfume de los árboles, el canto de los insectos, y a Hélène y a ella en medio de todo aquello, sin aliento, dichosas como niñas eternas bajo el sol de un verano también eterno. Era sin embargo la última vez, aquel día, que bajaban juntas y despreocupadas el viejo camino que contenía todo su mundo.

Arremangado en mitad del campo, Guillaume de Salerac dirigía como un capitán la maniobra de los criados que tiraban con fuerza para desplegar la vela redonda de su navío. Los curiosos estaban ya acomodados a la sombra de los árboles. Se había invitado a la totalidad de las buenas familias de la comarca y todos, o casi todos, habían acudido en busca de distracción.

—¿Y para qué sirve ese aparato? —preguntó el señor cura.

—Mi marido dice que permitirá explorar las nubes —respondió tímidamente Anne de Salerac.

—Explorar las nubes... —suspiró Marthe mientras desplegaba el abanico.

—¿Y cómo lo llaman? ¿Esa cosa tiene nombre?

—Nuestros amigos de Annonay, que lo han inventado, lo llaman aerostato.

—Mírenlo... qué extraño es.

Las miradas se volvieron hacia el ingenio. Se trataba de un globo gigantesco todavía un poco flojo, todo él de tela y papel, que prometía, una vez inflado, alcanzar el tamaño de un granero. Su base descansaba sobre un estrado atravesado por un agujero, bajo el cual se había colocado una estufa para llenarlo así de aire caliente. Una cuerda pasaba por una anilla en lo más alto, ligada a dos mástiles a los lados para ayudar a su elevación. Otras cuerdas, una decena en total, colgaban a todo alrededor, sujetas, en cada extremo, por un criado. Porque el sabio de Castelroux contaba con ofrecer el espectáculo de una hermosa ascensión, pero sin soltar el globo, un poco como se examina el galope de un purasangre al extremo de un ronzal. La nave celeste tendría una tripulación: tres corderos, frágiles y rubios, que Guillaume había previsto hacer subir en una barquilla de mimbre con el fin de estudiar el efecto del vuelo sobre los animales terrestres.

Los tres corderos destinados a entrar en la historia de Périgord, si no de la aeronáutica, se llamaban *Louis*, *Lambert* y *Léonard*. Guillaume los había escogido con esmero, los había pesado, había calculado su masa conjunta y, en función del total, había concebido las dimensiones de su aerostato, prohibiendo a los pobres animales que adelgazaran o engordaran un solo gramo. Aquella mañana, el cubo en el que se les hacía beber contenía agua mezclada con licor de ciruela, con el fin de embotar cualquier sensación de pánico aéreo.

—¡Ah, querido vecino! —exclamó el barón Arnaud de Puyvallón—. ¡Ya veo el uso que hacéis del licor que os regalé el año pasado!

—Será, querido amigo, vuestra contribución al progreso de nuestra época.

—¡Bella manera de decirlo! Venid al castillo esta noche: me quedan aún algunas botellas que no se beberán vuestros corderos.

Judith y Hélène se unieron al grupo. O más bien Hélène creyó unirse a él en compañía de Judith, pero esta última había dejado correr a su hermana y se detuvo delante del granero. Ni siquiera se dará cuenta, pensó la pelirroja, sólo tiene ojos para el guapo Vincent que pone cara de no estar esperándola allí abajo, a la sombra de los árboles... Hélène, en efecto, se acercaba con aire coqueto al hijo del barón y no se daba cuenta de nada.

Judith entró en el granero. Ménard no estaba allí. ¡Ojalá no faltara a su promesa, porque de lo contrario su plan se iría a pique! La joven se apoderó de la escalera de mano apoyada contra el muro y la trasladó hasta una especie de nicho situado en lo alto.

Había escondido allí dos pieles de cordero robadas a la granjera tres semanas antes, con ocasión del banquete de cumpleaños de la abuela Marthe. Aunque robadas no era el término exacto: se trataba más bien de un préstamo secreto, porque Judith no tenía la más mínima intención de conservar para siempre aquellos horribles vellones hediondos. Y los haría reaparecer a toda prisa en mitad del patio en cuanto dejara de necesitarlos. Decidida, la joven trepó hasta lo alto de la escalera, alzó la piedra que tapaba las pieles y las tiró al suelo.

Se sobresaltó. Al pie de la escalera, los ojos alzados hacia ella, estaba el hijo del granjero. No le había oído acercarse, cualquiera diría que se deslizaba sobre la paja como una musaraña.

—Ah, ¡por fin apareces! ¿Se puede saber qué miras?

El otro no respondió, pero estaba claro que su mirada no se dirigía hacia los zapatos de Judith ni hacia sus ojos interrogadores, y parecían más bien perderse en una vaga zona intermedia, un abismo

delimitado por la frontera de sus enaguas y tan lleno de oscuridad como las grutas a la orilla del río.

—¡Bah! —exclamó Judith mientras bajaba—. Como si no me hubieras visto nunca las pantorrillas...

Claro que Ménard se las había visto ya. Igual que las rodillas. E incluso los muslos. Cuando tenían ocho años y se subían a los ciruelos para recoger la fruta antes de que cayera y estallase entre el polvo. También François le había visto ya pantorrillas, rodillas y muslos. Y Hélène, aunque Hélène no supiera trepar a los árboles y se quedara junto a la cerca de centinela por si venía alguien. Porque hubo un verano en el que todos los niños de Castelroux jugaron juntos en los campos, los del castillo y los del caserío, los hijos de los señores y los de los campesinos, escapando a las reglas del mundo. Judith no se acordaba ya de cómo había empezado todo, pero en cualquier caso sólo duró un verano. Jean de Monterlant puso pronto fin a aquella desvergüenza.

Desde entonces Ménard no era ni amigo ni desconocido; tampoco un enemigo, desde luego, si bien... Durante aquel verano en el que todo parecía permitido se habían escapado una mañana a campo traviesa y habían corrido hasta el estanque «para pescar». Pero una vez allí no pescaron, porque Ménard había mentido y no sabía fabricar una caña con los juncos. Para no parecer un imbécil había cazado una rana de San Antonio de piel verde como la menta fresca y los ojos del mismo color naranja que las cerezas amargas. Judith volvía a verla aún entre los dedos del muchacho. Empezó por reventarle los ojos con una ramita, luego le arrancó las patas una a una, despacio, hasta que la niña huyó a la carrera. Desde entonces no había querido nunca quedarse a solas con él e incluso en compañía de François y de los otros se mantenía siempre a una distancia prudente, como si su instinto infantil hubiera reconocido al

borde del estanque una fuerza repugnante e insondable.

Pero aquel día, debido a la invención de Guillaume, Judith tenía necesidad de la ayuda del chico de la granja.

—Vaya, tengo ahí algo con lo que vas a poder jugar —le dijo.

Y ante los ojos estupefactos de Ménard, se alzó tranquilamente la falda.

Hinchado al fin como un odre, el aerostato parecía listo para la gran demostración. Guillaume de Salerac encendió el hornillo de la barquilla e hizo embarcar a los tres corderos, considerablemente embotados ya por la ebriedad.

—¡Muy bien! Vamos a poder soltar el globo. Con suavidad y de manera pro...

Antes de que tuviera tiempo de terminar la frase se produjo una explosión del lado de la granja. Un haz de chispas se elevó por encima de las techumbres de tejas pardas. Todo el mundo se volvió y los invitados aplaudieron.

—¡Ah! ¡Bravo! ¡Qué excelente idea empezar con unos fuegos artificiales!

Guillaume frunció el ceño: la idea no era suya, pero quizá le hubiera preparado Anne aquella sorpresa. Después de unos instantes de perplejidad, su mirada volvió al globo. Interpeló a sus hombres, que soñaban delante del humo dejado por los haces de luz y les ordenó desatar las cuerdas. En una de ellas faltaba Ménard. No importaba: Guillaume ocupó su sitio y se soltó el aerostato.

El aparato tiró enseguida de sus amarras de una manera

sorprendente. Guillaume ordenó soltar más. Cuando el globo dejó libre su campo de visión, descubrió con horror un dulce cuadro campestre que permanecería para siempre grabado en su memoria; allí, delante de él, en tierra, *Louis, Lambert y Léonard* titubeaban al fondo del prado.

—Por el Gran Relojero, ¿qué es lo que...?

Palideció, alzó los ojos hacia la barquilla, y distinguió una silueta encogida detrás de los mimbres, así como una llama de cabellos rojos.

—¡Bajad la máquina!

Tiraron al instante de las cuerdas, pero el ingenio empujó en sentido contrario con la fuerza de diez toros. François de Salerac, así como los jóvenes Puyvallon, acudieron como refuerzo y otras personas se arrojaron igual que ellos sobre las cuerdas.

—¡Los caballos! ¡Id a buscar los caballos!

Aquella orden precipitó la catástrofe. Partía, es cierto, de una buena idea, pero Guillaume no había precisado a quién se dirigía. Varios hombres dejaron de tirar al mismo tiempo para correr a las caballerizas. La máquina voladora dio un nuevo empujón que desestabilizó a los otros y obligó a algunos a soltar a su vez. Entonces Guillaume de Salerac se estremeció como si el eje inmutable del universo acabara de tambalearse: el globo, suelto por un lado, empezaba a inclinarse.

—¡Por el Gran Arquitecto... soltad! ¡Soltadlo todo! ¡Si pierde el equilibrio, caerá! ¡Soltad esas malditas cuerdas!

Lo que se hizo de inmediato. Se soltaron las cuerdas. Los espectadores dejaron escapar gritos horrorizados y el estupor fue general desde la dehesa hasta el castillo. El globo aerostático recuperó enseguida el equilibrio y se elevó en el cielo bajo la mirada

llena de espanto de su creador. Luego dejó de subir y se alejó lentamente sobre las colinas, empujado por la brisa que soplaba hacia el sur. El sabio de Castelroux suspiró y se rascó la frente, pero no pudo contener una sonrisa: al fin y al cabo, aquella máquina era un éxito admirable y la diablesa de su sobrina tenía la audacia de los grandes exploradores. Le deseó vientos favorables.

Años más tarde, muchos años más tarde, cuando, en el otoño de su vida, su memoria estallara como un vientre demasiado pesado y todos los recuerdos de su existencia brotaran como las olas de un mar inmenso, el instante que Judith volvería a ver con más fuerza, el que permanecería más tiempo delante de sus ojos y la mantendría lúcida hasta el final del naufragio, después de que se hundieran los bosques de Castelroux, las hierbas secas de todos los veranos, los cánticos del Antiguo Régimen, la sangre del Terror, las camas deshechas, los amigos perdidos, la piel de Charles y los hijos adorados —la imagen de su vida quizá— sería la de aquel momento, la de aquel día, cuando se soltaron las cuerdas por completo y el globo la llevó por los aires.

Las sacudidas se detuvieron en seco. La embarcación se hizo ligera y empezó a flotar. Judith sintió que el estómago se le volvía a colocar en su sitio, que los pulmones se le volvían a abrir y que los brazos temblorosos recobraban su fuerza. Retiró la piel de cordero que la cubría y agarrándose al cordaje que sostenía la barquilla, se alzó hasta el borde. Lo que vio entonces no lo olvidaría nunca.

Era el mundo entero. El caserío, el camino, el molino, ¡todo!

Tan inmenso y tan pequeño.

Los invitados se agitaban por el campo como hormigas

coloreadas y los corderos se mantenían tan impasibles como pulgones blancos. Las encinas se asemejaban a coles, los abetos a lechugas rizadas que dieran grano. En cuanto a los tejados de la granja, se habrían confundido con los libros de tío Guillaume caídos de la estantería. Los pastos de hierba alta se extendían como toscas alfombras entre la franja de setos vivos y la trama gastada de los caminos. El arroyo se deslizaba sobre el barro como un lución húmedo. Y Castelroux... Castelroux no era ya un castillo sino ¡un dragón dormido sobre su colina! Enroscado sobre sí mismo, sus almenas alzadas al viento como una larga cresta dorsal, había replegado las alas bajo el camino de ronda y reposaba la cabeza a la sombra de la capilla, cerca del puente levadizo. Respiraba tan lentamente que parecía inmóvil. Una respiración por año. Un latido cada diez... Muy hermoso...

El horizonte multiplicaba las olas de colinas verdes que se perdían de vista. A lo lejos una larga serpiente se desplegaba hasta perderse allí donde el ojo no veía más. Una minúscula cáscara de nuez navegaba sobre su espalda rodeada de destellos. Era el río Dordoña, sinuoso y reluciente. Un paisaje tan magnífico que Judith se sintió presa del vértigo: ¡era tan pequeña en un mundo tan grande! Al llevarse la mano al cuello se sobresaltó. ¡Su dije! ¡Perdido! No... Lo había dejado en su habitación por la mañana, precisamente por miedo a perderlo. Aquel vacío sobre su piel y la inmensidad a su alrededor la angustiaron de repente sin que entendiera el porqué.

Entonces, al mirar de nuevo hacia abajo, descubrió que el río formaba un meandro alrededor de una escarpadura esculpida por el viento. Y vio, sobre aquella escarpadura, una torre en ruinas que parecía el último diente de una mandíbula enterrada por los siglos. Reconoció, al borde del río, la geometría elegante de un castillo blanco de torrecillas negras, el mosaico cuidado de los jardines, los paseos de grava y, a todo alrededor, largas hileras de viñas que

cubrían la tierra con su manto a rayas. Sobre un camino, en medio de filas de cepas retorcidas, un carruaje corría hacia el palacio arrastrando detrás un penacho de polvo levantado por el galope de los caballos. Cuatro caballos negros. Un cochero de librea azul, el rostro oculto por una bufanda. Sí; Judith vio todo aquello con la precisión de un recuerdo dramático: el coche que se alejaba ya, la forma de las cepas, las piedras del camino, los cardos secos en las rodadas...

—¡Cómo...!

Alzó los ojos hacia el globo: una herida abierta permitía entrever el cielo.

—¡No! ¡No!

La caída se aceleró de pronto. El globo se ablandó, la barquilla descendió en picado hacia el suelo, rodó entre las viñas y se estrelló contra una cerca. La membrana fofa del globo cayó encima como el telón al final de un espectáculo. Judith se alzó como pudo en medio de las brasas del hornillo volcado en la barquilla que comenzaba a arder. La joven salió a toda prisa y echó a correr hacia el camino. Y fue en aquel desorden, cojeando y ennegrecida por las cenizas, temblorosa y repitiendo que había caído del cielo, como la recogieron por primera vez en Vaillac, en casa del conde de l'Eperay.

4. El diálogo de los autómatas

La paciencia no era el fuerte de mi madre. Suspiró alzando los ojos inquietos hacia las molduras del techo. Una criada la había instalado en aquella habitación suntuosa y le decía que tuviera paciencia porque el conde estaba ocupado, pero ya hacía horas que esperaba. Empezaban a llevársela los demonios. Se preguntó si habían enviado a alguien a Castelroux para avisar a su familia. Tenía sed. ¿Era posible que se hubieran olvidado de ella?

Saltó de la butaca donde estaba sentada y se dirigió hacia la puerta. Con la justificación de que salía en busca de una jarra de agua y de un alma caritativa para informarla, se lanzó a recorrer los pasillos de Vaillac.

Al igual que todo el mundo en Périgord, Judith había oído hablar de aquel palacio. Se trataba de un nombre glorioso en la región, aunque se evitaba pronunciarlo con demasiada frecuencia, como si encerrase algún sortilegio. Guillaume decía que el conde pertenecía a un antiguo linaje que se remontaba a las Cruzadas, pero que era un noble taciturno y misántropo, a quien los títulos y los honores dejaban más frío que un árbol helado en enero. Ya de edad avanzada, intervenía raras veces en la vida de los alrededores. Se le

veía poco en Sarlat. Nunca en Castelroux. Todavía menos en París. A decir verdad, no se le veía en ningún sitio.

Quizá sea porque no consigue encontrar la puerta de salida, pensó Judith. ¡En aquel palacio había escaleras y galerías por todas partes! Descendió por lo menos diez pisos sin llegar a la planta baja, se diría que los escalones le nacían debajo de los pies a medida que avanzaba, que los corredores se movían detrás de ella y que los muros se cerraban a su paso como los de una trampa mecánica. Al reconocer una segunda vez la misma estatua, Judith se dijo que el arquitecto que había imaginado aquella morada debía de estar loco, o bien, como su tío, que aquel hombre había creado una especie de máquina laberíntica, un dédalo concebido para encarcelar a algún terrible monstruo, mitad hombre mitad bestia... ¡Gnomos! ¡Allí!

Judith se detuvo en seco. El miedo le mordió el dorso de las manos. Por una puerta entreabierta acababa de descubrir seres minúsculos de pie sobre una mesa.

Con el alma en vilo, avanzó de puntillas y acercó un ojo desorbitado a la rendija de la puerta mal cerrada. ¡Uf! No; sólo eran autómatas. Empujada por su mejilla, la puerta se abrió más y la joven descubrió, por todas partes, sobre los veladores y las cómodas, una veintena o una treintena de muñecos articulados, de ojos inmóviles, bocas abiertas, miembros atornillados a vástagos de cobre, inmóviles sobre sus peanas que disimulaban mal la complicada mecánica de los engranajes. Como no había nadie, entró para examinarlos. Eran de rasgos delicados y colores notables. Había un arlequín que tocaba la mandolina, una marquesa con un abanico, un mono vestido de paje, un juglar enmascarado, una pastora con la mano sobre un cordero, un oso con su pelota roja sobre el hocico, un pirata que fumaba en pipa y una mujer muy hermosa de largos cabellos negros, con un vestido lleno de volantes y los brazos detenidos en un movimiento de

danza. Fascinada por su belleza, Judith se acercó, vaciló, se acordó de que estaba sola y extendió la mano hacia la llavecita.

Fue entonces cuando oyó voces.

Un murmullo de palabras intercambiadas, amortiguado pero próximo.

Detenido el gesto, escuchó. Una conversación se filtraba a través de los muros. Había al menos dos personas en aquel laberinto... Dirigiéndose hacia el origen de las voces, Judith penetró en una sombría antecámara, contigua al salón de los autómatas. Un delgado rayo de luz se escapaba como un hilo por la hendidura de otra puerta entreabierta. Judith acercó un ojo.

—Os habéis to... tomado la molestia de darme una educación que, sin vos, no habría te... tenido nunca... Es un gesto que os honra y por el que de... debo daros las gracias...

Incómodo dentro de una levita oscura que parecía demasiado pequeña para él, el hombre que hablaba permanecía de pie en el centro de la habitación. Judith sólo veía su amplia espalda que absorbía toda la luz. Bajo la tela grisácea con que se anudaba los negros cabellos, su piel era muy pálida.

—Guárdate los agradecimientos. Tenemos asuntos más importantes que tratar.

El poseedor de aquella voz tan seca estaba sentado detrás de un vasto escritorio barnizado, de esquinas adornadas con molduras. Sus cabellos eran tan grises como negros los del otro, pero la palidez de los dos era la misma. Sus manos esbeltas surgían de delicadas corolas de encaje. Aquel escritorio parecía el suyo. Debía de ser el conde de l'Eperay.

—Se... señor...

El joven se aclaró la garganta, respiró, exhaló un suspiro tembloroso. Por temor a interrumpir la conversación en un momento inoportuno, Judith decidió esperar un poco antes de llamar a la puerta.

—Sé que vuestro de... deseo era verme tomar las órdenes sagradas, pero mis ambiciones son otras... Y dado que ya tengo la edad en la que un hombre pue... puede elegirse un d-destino, he de con... confesar que me atraen las armas. Me gustaría ser soldado. Y quizá luchar un día por la libertad de los pue... pueblos como el señor de La Fayette en América.

Se expresaba con una dificultad apenas superada, como si hubiese adquirido la facultad de hablar pocos momentos antes o como si las frases mil veces compuestas en la cabeza se le dislocaran en la boca en el momento de pronunciarlas, por temor, por respeto, o por otra causa.

—¡Virgen santa! ¡Soldado! ¡Qué vida miserable! —renegó el conde.

Dirigió al joven una mirada de metal que pareció atravesar las épocas, los cuerpos y los pensamientos, como si, al contemplarlo, viese con claridad otra cosa muy distinta de un seminarista sin vocación enfundado en una levita oscura. Su rostro antiguo se iluminó con una sonrisa angulosa.

—Serás oficial. Y el mejor que sea posible, el más intransigente y el más perspicaz, porque quiero que hagas honor a esa sangre que te habla.

—Señor... no puedo ser oficial. No soy... noble.

—Lo serás, te lo digo yo. Y el mejor —repitió el conde.

Y le tendió un pliego que sostenía entre las manos. El otro lo tomó con la prudencia instintiva de un animal ante un objeto

concebido por el ser humano. Judith oyó el ruido del papel que desdoblaba, y después fue como si de pronto resonase la detonación silenciosa del fin del mundo.

—Qué...

El joven quedó petrificado. Su nuca, tan blanca como el mármol de las estatuas.

—¡No es posible! ¡No puede ser cierto!

Arrojó las palabras con una brutalidad tal que se estremeció el entablado del escritorio y desde los cimientos hasta los remates de las torres, por todas las piedras del palacio, resonaron los ecos de una antigua ira.

—Es posible e incluso cierto —replicó el conde con tono seco—. Tu madre fue mi criada y en ocasiones mi amante. Es todo lo que necesitas saber.

Su rostro manifestaba una terrible serenidad gélida. Judith vio que las manos del joven temblaban a ambos lados de la levita y que el papel se estremecía entre sus dedos como si un viento invernal lo helara hasta los huesos. Cerró los puños, arrugando el papel. Sus dedos, de piel tan blanca, enrojecieron.

—Me... me...

El conde respiró muy hondo y después miró hacia un lado, quizás hacia alguna ventana que daba al parque.

—Mis tierras necesitan un heredero. Quedas así provisto de un apellido, con el que heredarás mis títulos cuando yo muera. Nuestra familia está ligada a la del marqués de La Fayette. Te recibirá si lo deseas. Disfrutarás a partir de ahora de los privilegios de la gente bien nacida, poseerás todos los bienes que codicias y gozarás de todas las mujeres que te tienten... a menos que prefieras olvidar esta

conversación y marcharte como un pordiosero de regimiento.

El conde enmudeció. El silencio tuvo la pureza de las hojas afiladas que se hunden lentamente, sin efusión de sangre. El joven, que se disponía quizá, en efecto, a arrojar el papel sobre el escritorio y a partir hacia una vida oscura de soldado o de bandido, detuvo el gesto. Minuto terrible en el que el corazón duda, en el que la voluntad vacila y el destino ejecuta como un malabarista sus extraños escamoteos delante de ojos que nada comprenden... Su mano se abrió despacio como la de un hombre que se muere. La hoja arrugada cayó sin ruido sobre la alfombra.

—Es demasiado tarde para olvidar —dijo con una voz que ya parecía ser la de otro.

Se giró de repente hacia la puerta como si hubiera oído un ruido.

Judith dio un respingo y retrocedió. ¿Qué hacía allí espiando? Presa de vergüenza y de miedo, dio marcha atrás hasta el salón de los autómatas, para salir después a toda prisa al gran pasillo y correr de puntillas, subir por una escalera, atravesar furtivamente una galería y, sin saber cómo había podido regresar en menos de dos minutos, cerrar tras ella con alivio la puerta de la habitacioncita bellamente decorada de la que nunca debería haber salido.

Guillaume de Salerac llegó a Vaillac a última hora de la tarde. Presentó al conde de l'Eperay sus más sentidas excusas así como una compensación económica por el pequeño incendio causado en las viñas por la máquina aerostática, le dio las gracias por la hospitalidad ofrecida a su sobrina y le reiteró, de pasada, su más sincero pésame por el fallecimiento de su esposa, acontecido una decena de días

antes. Después, frunciendo el ceño por el peso de la cólera, fulminó con la mirada a la tramposa que había robado y destruido su globo.

—Me parece necesario prevenirte de que tu padre está furioso. Espérate lo peor. ¡Vamos! ¡Sube! Y ni una sola palabra: ¡déjame reflexionar sobre la manera de castigarte yo también!

Pero una vez en el interior del carruaje, el Gentilhombre a Cuatro Patas cambió por completo. Su expresión se dulcificó, le brillaron las pupilas, se sentó en el borde del asiento y, frotándose las manos de impaciencia, preguntó con voz febril:

—Cuéntamelo todo: ¿cómo ha volado la máquina? ¿Cómo sopla el viento allá arriba?

Judith no pudo dejar de sonreír. Por vez primera contó a su tío lo que acabaría por convertirse en su gesta preferida. Este último la aturdió con preguntas hasta el puente levadizo del viejo castillo. Pero, por desgracia, no se había equivocado: recibió por sus hazañas aéreas un castigo ejemplar. Nadie escapa a su destino, ni a su castigo. Mientras que aquel mismo día un huérfano mal vestido acababa de recibir la revelación brutal de su ascendencia, Judith de Monterlant, diez años después de haber escapado al suyo, fue enviada como interna al convento de Bergerac donde permanecería cinco años.

5. Regreso al dragón

Casi exactamente el mismo día cinco años más tarde, apenas subida al coche que esta vez la llevaba lejos del convento, Judith se lanzó al cuello de François, porque ya no era su tío sino su primo quien se encontraba delante de ella, y lo besó con tanto ardor que el otro casi se cayó de espaldas sobre el asiento.

—¡Ah, qué contenta estoy! ¡Me apetece quitarme los zapatos!

—Lo que estás es loca —protestó François con tono embelesado, mientras Judith reía y le daba golpecitos en las mejillas.

—¿Loca? Vas a ver.

En un impulso travieso, se abalanzó sobre él para hacerle cosquillas. Él contraatacó al instante, con tanto éxito que recuperaron sus juegos infantiles sobre los blandos edredones del castillo, cuando el mundo rebosaba de magia y los niños tenían el don de transformarse en cachorros patudos que se mordisqueaban y rodaban el uno sobre el otro ladrando. Judith hizo cosquillas a François, quien, más fuerte y más grande, la derribó a su vez, le hizo cosquillas en la cintura, le amasó el vientre y descubrió de repente que tenía pecho. Como si el coche acabara de caer en un bache del

camino, dejaron bruscamente de jugar y se descubrieron abrazados, jadeantes, y leyeron en sus miradas respectivas que habían dejado de tener ocho años. Se soltaron de inmediato, se apartaron ruborizados y se colocaron el uno frente al otro como adultos sensatos, sin mirarse, desconcertados por la violenta sorpresa de haber crecido.

Detrás de los cristales la ciudad pasó y luego se borró, cediendo el sitio a la tranquilidad del campo. De la confusión que les había invadido supieron los primos que no volverían a hablar jamás. Encuadrado por la ventanilla, el Dordoña fue discurriendo durante toda la tarde, en sentido contrario al trote de los caballos, resplandeciente y majestuoso.

Por fin, en el calor perfumado de aquella tarde de junio, Castelroux apareció al otro extremo del camino, viejo dragón erizado de almenas y torrecillas. El coche se introdujo por sus fauces abiertas y se detuvo en mitad del patio. Judith descendió, subió con paso rápido la escalinata y empujó la pesada puerta claveteada del castillo familiar. Se sintió un tanto desconcertada al ver que no había nadie para recibirla y tuvo la desagradable impresión, un breve instante, de haberse convertido en una desconocida que nadie espera.

Pero una melodía de clavecín descendió a su encuentro desde el piso superior. Un rondó interpretado por dedos ágiles. Judith lo reconoció y su corazón se puso a latir con el mismo ritmo, apresurando el paso por las viejas escaleras. Hizo caso omiso del comedor, pasó el salón de las salamandras y la biblioteca, y se detuvo al extremo del corredor, junto a la pieza más alejada, un saloncito hexagonal alojado en una torre de esquina de la fortaleza.

Allí, debajo de la vidriera de una Dama de Verde que escudriñaba las colinas desde hacía siglos, tocaba Hélène. Sus dedos esbeltos recorrían las teclas negras mientras la luz de la tarde se filtraba a través de los cristales de colores y caía sobre sus cabellos

recogidos en un moño, creando sobre su nuca la ilusión de una rosa florecida. La intérprete se detuvo de repente. Con un discreto movimiento se sentó un poco más a la izquierda en la banqueta y, sin decir palabra, empezó a tocar la misma melodía en las notas graves.

Judith se acercó, se desató la capellina que cayó al suelo y se sentó al lado de su hermana. Hélène volvió a empezar. Judith guiñó los ojos y se frotó las manos, sintiéndose los dedos de plomo. Hélène empezó una vez más, concentrada en el fragmento. Judith vaciló: ¡qué pequeñas eran las teclas! Marcó el tiempo con la punta de los dedos, en busca del compás.

Las primeras notas falsas desencadenaron las carcajadas. Las dos hermanas abandonaron el clavecín y se abrazaron, Judith con un nudo en la garganta, Hélène con lágrimas en los ojos.

—¡Cómo destrozáis a ese pobre Rameau!

Judith miró hacia la entrada del salón de música. Anne de Salerac la acariciaba con sus dulces ojos grises.

—¡Dios mío! Ya no eres una niña...

La pequeña que tan deprisa había crecido fue a ofrecerle la frente para que se la besara y no supo qué responder, sintiéndose vagamente culpable —y víctima a la vez— de un delito inevitable cuya naturaleza no entendía.

—¿Y mi tío?

—¿Tú lo preguntas?

Después de prometer a Hélène que volvería enseguida, Judith recorrió de nuevo el corredor, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera de caracol, cruzó los desvanes, ascendió por otras escaleras, salió por una puerta y fue a dar al vacío.

La tarde que caía estiraba en el horizonte enrevesados

echarpes de nubes. El viento era más fresco. Judith estaba sobre el espinazo del dragón.

En lo alto de una torre construida en otro tiempo para vigilar a los ingleses, arrojarles insultos a la cara y hacer llover sobre sus cabezas diluvios de piedras y torrentes de inmundicias, Guillaume de Salerac, tenazas en mano, se disponía a montar un robusto muelle sobre un poste armado de un brazo, ligado a su vez a otro mecanismo similar, unido a un tercero que tenía todo el aire de un nuevo ingenio para poner en fuga a las tropas del enemigo. El peligro existía, porque Judith vio que su tío tenía la expresión de pillo que anunciaba sus grandes descubrimientos científicos.

—¡Exacto! Voy a instalar aquí algunos mecanismos que acabo de inventar.

—¿Aerostáticos?

—No; automáticos.

Judith frunció el ceño. Guillaume adivinó, más que vio, su asombro, mientras, a cuatro patas como en él era habitual, comprobaba en aquel momento los remaches que fijaban las máquinas a sus peanas.

—Estoy investigando lo que causa el movimiento de las cosas —dijo al tiempo que se levantaba con un gruñido de oso—, o, más bien, lo contrario: querría ver si las cosas se pueden mover sin que las anime causa alguna. Siempre se ha pensado que el mundo tenía una causa primera, pero quizá no sea cierto. Tal vez el mundo se mueve desde siempre y para siempre, en una especie de movimiento perpetuo que se genera al mismo tiempo que se efectúa, ¿entiendes? Y si yo pudiera construir máquinas que demostraran esa posibilidad... Ah, mi pequeña Judith, ¡cómo me alegro de verte! ¡Ya está, ya has vuelto!

—Yo también, tío, me alegro de veros.

—Confío en que las monjas de Bergerac no te hayan metido demasiadas ideas oscuras en la cabeza. Me harás el favor de leer el *Mercure de France* y las hojas de los enciclopedistas.

—Se volverá a decir que me empujáis a hacer tonterías, tío.

—¡Silencio! Echar a perder una buena cabeza con beaterías, eso sí que sería una tontería.

Judith sonrió, con gesto malicioso, y trató de pensar a su vez en el movimiento perpetuo y en las fuerzas misteriosas que animan el mundo. En Castelroux el sol se alzaba por la mañana y se ponía por la tarde, la lana crecía en el lomo de los corderos, las castañas y las nueces se caían de los árboles, la gente de las granjas las recogía, confeccionaban madejas, aceite o queso, el intendente recorría el camino entre el caserío y el castillo, Guillaume inventaba todos los años máquinas nuevas, Jean de Monterlant sumaba tres veces seguidas las cifras de los libros de contabilidad, Marthe lo decidía todo y no faltaba de nada. Y al cabo de unos días Hélène se casaría, tendría hijos que crecerían a su vez, contraerían matrimonio y tendrían otros hijos. Sí, el mundo giraba como era debido. Más allá de las murallas, las colinas desplegaban su cabellera vegetal que un sol sin edad bañaba de ámbar dorado. Fuera cual fuese la causa de las cosas —pensó Judith en aquella tarde de junio de 1788—, no había la menor duda de que todo estaba bien en el mejor de los mundos posibles.

—¡Vaya! ¿Hay alguien ahí?

En efecto, al otro extremo de las murallas, un quitasol azul se alzaba como un frágil estandarte, resguardando bajo sus flecos estremecidos una forma blanca tendida sobre un sillón. La joven se acercó, intrigada. Cuando sólo la separaban ya algunos pasos, se

puso a caminar de puntillas.

Se diría una criatura caída de otro mundo, como aquel viajero de quien Cyrano de Bergerac afirmaba que procedía de la luna. O un ser antiguo de una raza desaparecida antes de los gigantes y de los hombres, un elfo, una dríade, un espíritu del aire y de los cristales de nieve. O un niño enclenque el primer día de su vida. Y, sin embargo, lo que Judith contemplaba no era más que una anciana, dormida sobre un sillón, al declinar el día.

Las manos unidas sobre la manta parecían sostenerse mutuamente para no tropezar por el sendero que se despliega cuando se cierran los ojos. En sus antebrazos inmóviles la piel había adquirido el aspecto liso y translúcido de los pasamanos de mármol sobre los que generaciones sucesivas habían dejado resbalar los dedos. Más en alto, por encima de un rizado cuello de encaje, los rasgos de su rostro, los pliegues, las fallas, las grietas abiertas por todo lo que la vida proporciona de tormentas y sequías tenían, por una vez, la serenidad de un paisaje antiguo. Porque Marthe de Salerac dormía sobre el espinazo petrificado de su querido dragón. El final del día no la afectaba; ella dormitaba en el fondo de los tiempos. Llevaba aún su entrañable peluca de siempre —una masa blanca empolvada y rizada—, como si Luis XV no hubiera muerto, como si Luis XVI no le hubiera sucedido, como si María Antonieta, lunática y joven, no hubiese rechazado de repente los postizos, los polvos, los miriñaques y los drapeados de raso que tanto la divertían algunos años antes. Como si, sobre la cabeza de Marthe, el tiempo se hubiera detenido en complicados rizos pasados de moda.

Judith tenía apenas dieciocho años la tarde de su regreso a Castelroux y toda la vida por delante. Sin embargo, la imagen de su abuela se grabó en sus ojos como una visión singular, una lección inolvidable, la primera sílaba de un largo enigma, el principio que

contempla el final.

Marthe se estremeció, movió los labios como si masticase una fruta y abrió los ojos. Despavorida, la mirada le revoloteó bajo los párpados antes de advertir la presencia de la joven.

—¿Louison? —balbuceó.

Aquel nombre encogió el corazón de Judith.

—No, abuela; soy yo, Judith.

—Claro, Judith, eres tú. ¿Cómo he podido confundiros? Sois tan diferentes... Acércate, dame un beso.

Judith obedeció. Las mejillas de su abuela eran tan suaves como una colcha gastada y olían a las madre selvas de antaño.

—Cae la tarde. Ayúdame a levantarme y cuéntame algo de las madres agustinas.

Judith tomó a la anciana del brazo pero le faltó tiempo para articular su respuesta.

—Vamos a hacer que planten árboles frutales, ¿sabes? —afirmó Marthe—. Vamos a hacer un gran huerto que gustará a tu madre.

—Qué... qué buena idea.

—Pero habrá que esperar al otoño. ¿Ves la terraza que construyó el abuelo de tu abuelo fuera de las murallas? ¿Y ves el gran prado que desciende en cuesta hasta el caserío? Pues bien, será allí, justo debajo de la terraza: ciruelas claudias y peras de invierno, a tres metros de intervalo cada planta, geoméricamente...

Mientras Marthe explicaba al viento la belleza del huerto futuro, Judith se entristeció. La idea era excelente: tanto que los árboles llevaban ya plantados una decena de años.

—¿Qué te parece? ¿No dices nada?

—Abuela...

Pero era mejor callar. Un día no lejano Marthe vería los árboles y se alegraría. Sin duda, ni siquiera se extrañaría de unas ramas tan fuertes ni de unos frutos tan pesados.

—Por supuesto, deberíamos haberlos plantado en primavera. Pero en ese caso no podríamos disponer del césped para la boda de Louison.

—De Hélène.

—Sí, de Hélène. He dicho Hélène, ¿por qué me corriges?

—Había..., había creído oír otra cosa. Perdonadme.

Abandonando el sillón se dirigieron hacia la escalera que descendía a las entrañas del dragón. Judith tenía un nudo en la garganta, como alguien que se da cuenta, a pesar suyo, de que ya nadie la llevará de la mano. La tarde arrojaba sobre las murallas una luz cobriza que encendía las piedras. Allá abajo, en el camino de ronda, Guillaume buscaba la dirección del viento para resguardar sus máquinas.

La cena tuvo lugar en aquella famosa terraza construida por un abuelo del que sólo la memoria de Marthe de Salerac conservaba el recuerdo. Los lacayos habían preparado la habitual mesa rectangular coronada por un dosel del que caían cortinas de damasco blanco que protegían a los invitados de los ataques de los mosquitos al comienzo del verano y de las corrientes de aire fresco cuando terminaba el buen tiempo. Seis candelabros iluminaban el espacio resguardado por la tela de las cortinas y unas antorchas ardían sobre la balaustrada, en el límite de la oscuridad. Más allá reinaba la noche profunda, llena del chirriar de los insectos y del ruido furtivo de los animales que se movían en la negrura.

Fue en el momento de sentarse a la mesa cuando tuvo lugar el reencuentro de Judith con su padre. La joven se inclinó con cuidada cortesía y articuló unas palabras convencionales de saludo dirigidas a Jean, que le lanzó una breve ojeada al tiempo que fruncía el ceño.

— Ah, ya veo que habéis vuelto.

La sombra de una contrariedad se deslizó sobre la frente huesuda de Monterlant; luego procedió a ocupar su sitio en la mesa mientras anunciaba que el intendente acababa de promulgar un nuevo impuesto y que muchas corporaciones se habían encolerizado. Judith bajó los ojos hacia su servilleta, dominada por una amargura fría que volvía a su cuerpo como la bruma húmeda vuelve al fondo de los valles al caer la noche. Afortunadamente, François, fiel a su naturaleza alegre, gastó algunas bromas y logró distraer a los comensales, y, si bien Hélène rompió una jarra en un descuido, la cena concluyó de manera apacible, entre el canto imperturbable de los insectos.

Más tarde Judith encontró de nuevo los muros de su habitación. Suspiró, un poco cansada a causa del viaje, se desnudó, se puso el camisón y se soltó los largos cabellos rojos que en el curso de los últimos cinco años la hermana Ernestine había amenazado mil veces con cortarle. El aire de la habitación olía a encierro. La joven se disponía a ir hasta la ventana para abrirla, cuando de repente llamaron a su puerta. Cuatro golpecitos furtivos contra la madera.

— Judith, ábreme.

— ¿Hélène?

Abrió. Una sombra entró muy deprisa, envuelta en un chal.

—¡Ah! ¡No sabes cómo esperaba el momento de poder hablar contigo!

Judith cerró la puerta tras la agitada silueta de su hermana.

—¿Qué sucede? Tienes un aire bien extraño.

—Durante el día hay tanto que hacer que consigo fingir que soy feliz. Pero cuando llega la noche... me... me...

Hélène apretaba las manos una contra otra como se aplastan las naranjas para extraerles el zumo.

—¿Qué?

—¡Me quiero morir! ¡Morir! Todo el mundo se alegra de mi matrimonio pero yo ni siquiera conozco al marqués de Beauteuil. Se presentó una noche en el castillo y al día siguiente nuestro padre dijo que me casaría con él. Desde entonces no sé lo que me pasa: tengo ganas de llorar todo el tiempo, contengo las lágrimas y un instante después me pongo a temblar y me falta la respiración... Ay, hermanita, ¡en lugar de casarme, preferiría que me enterrasen!

Después de dejar escapar aquellas frases, se tumbó en la cama y se echó a llorar. Judith corrió a su lado y la estrechó entre sus brazos. No sabía qué decir. Mientras le acariciaba el pelo se oyó pronunciar las habituales palabras de consuelo, torpes y gastadas como las plegarias demasiado viejas que ningún dios escucha ya.

—No te inquietes: serás feliz, estoy segura.

—¡No! ¡Quisiera arrojarme desde el camino de ronda! Lo voy a hacer. ¡Lo voy a hacer ahora mismo!

—¡No, claro que no!

La abrazó con más fuerza. Los sollozos de su hermana la agitaron como si nacieran de su propio cuerpo. Pobre Hélène... El

corazón trastornado, los nervios desorientados, se diría enferma, dominada por esa fiebre loca que arde en las personas cuando su vida ya no les pertenece... Una cólera sorda se apoderó de Judith.

—Pues bien, ¡no te cases con él! ¡Márchate! ¡Vete con un grupo de comediantes y gánate la vida como echadora de cartas, o como espía, o como ladrona o pirata!

Hélène dejó de llorar y la miró estupefacta.

—Pero... qué tontería estás diciendo —replicó con voz ofendida—. En el fondo no tengo nada contra el matrimonio. E incluso me parece prudente que decidan las familias...

—¿Pero...?

Secándose las mejillas con el borde del chal, Hélène bajó la cabeza. Pasó un buen rato antes de que confesara:

—Es sólo que, desde siempre, pensaba que me casarían con Vincent de Puyvallon.

Mientras empezaba de nuevo a sollozar, Judith la contempló con ojos consternados.

6. Donde yo no era más que un fuego cegador

Pese a su deseo de arrojarse desde lo alto del camino de ronda, la desdichada Hélène se arrodilló unos días más tarde ante el altar, junto al marqués de Beauteuil.

Disimulada detrás de una columna, Judith sólo entreveía de su hermana la cerviz inclinada, inmóvil como lo que queda de un tronco consumido por el fuego, y el final de un hombro hundido bajo el peso del brocado de su vestido de novia. Una náusea insoportable le subió a la garganta: aquella boda le revolvió el estómago tanto como el corsé demasiado ceñido con que Marthe la había disfrazado. Presenciaba aquel día el enlace de su hermana como más adelante asistiría al espectáculo de la guillotina en la plaza pública, viendo caer la cuchilla y luego las cabezas en la gran cesta con la misma impresión de estar sola en medio de la multitud, con el mismo deseo de clamar contra la abominación, el mismo convencimiento de que, tras el aparente regocijo, se agitaba un mundo desencajado, inhumano, obscuro. Le ardían los ojos a causa de los afeites que llevaba en los párpados. El carmín que le dibujaba los labios le llenaba la boca de un sabor rancio que se tragaba apretando los dientes hasta sentir dolor en el fondo del cráneo.

El sacerdote hizo una señal y se abrieron los devocionarios para cantar. La ceremonia había terminado. Pasados tres días, la marquesa de Beauteuil se pondría en camino para ir a vivir en las tierras de su esposo en Turena. Judith había perdido a su hermana nada más recobrarla.

Mientras un murmullo desafinado se alzaba en la capilla, pelucas y casacas se confundieron a su alrededor. De repente sintió náuseas, se le encogió el vientre, le faltó el aire.

«¡Vete! ¡Sal! ¡No te quedes ahí!»

«Estoy loca —pensó, tapándose la boca con la mano—. Oigo voces...». Se esforzó por respirar con calma, pero se asfixiaba bajo montañas de escombros, como si la capilla se hubiera desplomado sobre ella, como si el viejo dragón se la hubiera tragado entera y la estuviese digiriendo lentamente. «¡Sal! ¡No esperes!»

Judith retrocedió, atropelló a François, se deslizó entre dos sirvientas, rodeó una columna, empujó a los lacayos, logró salir con dificultad entre la masa imperturbable, divisó la puerta y se precipitó hacia ella. Huyendo del cántico monstruoso, salió de la capilla y allí...

Si hay alguien que me escucha, le ruego que me disculpe: de repente me resulta difícil narrar el instante en que mis padres se conocieron. Y no es que para mí la historia carezca de claridad, porque lo veo todo y lo sé todo. Se trata de que aquel instante, más que ningún otro, me produce una turbación profunda.

Nosotros, los seres humanos (perdón, hablo de la humanidad como si formara parte de ella, cuando no he saboreado aún la leche de mi madre ni he sentido una sola vez cómo los brazos de mi padre me alzan en el aire), nosotros, los mortales, nos pasamos la vida

obsesionados por el espanto de una sola pregunta: ¿qué nos sucederá después de la muerte inevitable? ¿Dónde iremos cuando se corrompa nuestra carne y nuestros huesos se desmoronen? ¿Qué seremos cuando hayamos dejado de ser? Y el vértigo de ese punto de interrogación es tan grande, tan insoportable, que enseguida nos lanzamos a inventar paraísos, mundos más allá del mundo, vidas nuevas e infinitas... Sé que, si vivo, mi madre me contará más tarde muchas historias antes de dormirme, pero no necesito esperar a ese momento para saber que resulta imposible enfrentarse a la oscuridad y cerrar los ojos por la noche sin suavizar antes nuestros temores con un poco de imaginación. En consecuencia, imaginamos. Inventamos cuentos que nos mezan antes del gran sueño. Para que el terror no sea nuestro último camino hacia el abismo.

Pero ¿antes? ¿Antes de que brote ese arroyo insignificante que es la vida de cada uno? Siglos y siglos que transcurrieron antes, con el lento tránsito de las estaciones, siglos llenos de humanidad, de hambrunas y de trabajos, de tierras conquistadas, de cuerpos minados por las enfermedades, de invenciones maravillosas o criminales, de cosechas y de fiestas, de frutos triturados en las prensas, de imperios que se derrumban y de ciudades que florecen en medio de los desiertos... Todo eso sucedió antes de que llegáramos nosotros y muchas más cosas todavía. Tantas personas que han nacido, que se han movido un poco y que han muerto. ¿Dónde estábamos? ¿Qué éramos?

Aquel día, cuando mis padres se quemaron al mirarse y enloquecieron el uno por el otro, lo sé, desde el primer instante, ¿dónde estaba yo? ¿Hundía ya un poco mis raíces en sus vientres? ¿Existía ya un poco de mí en lo más hondo de sus miradas?

Pero me estoy dejando llevar por la curiosa embriaguez que destilan estas reflexiones. Dicen que pueden volvernos locos. Será

mejor abandonar mi digresión y retomar el hilo del relato.

Judith salió por tanto de la capilla y, ya en la escalinata, el sol la deslumbró. Por mucho que cerrase los ojos, la luz seguía quemándola, como si le hubiera caído encima todo el fuego del cielo. Abrió la boca para respirar, dejó escapar un largo suspiro, parpadeó finalmente y abrió una vez más los ojos.

Había un hombre, al pie de la escalinata, que también la contemplaba.

Fue repentino, violento, casi brutal.

Se inmovilizaron como dos animales que se cruzan en un claro del bosque, se miran de arriba abajo, se huelen, se muerden ya con los ojos para saber quién se convertirá en el amo del otro. Él, abajo, la mirada tan inmóvil como la de las estatuas, tan negra como las noches sin luna. Ella en lo más alto, alcanzada por la corriente de lava, a punto de perder el uso del lenguaje y del pensamiento, sin percibir otra cosa que el furor de las palpitaciones de su pecho bajo la tela del vestido.

Era mediodía. Tocaron las campanas. Se abrieron de par en par las puertas de la capilla y la multitud los sumergió en su seno.

7. Despertar

Judith volvió a cerrar los ojos, cegada por la luz del sol.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido? Locas farandolas le resonaban en los oídos, pero su cuerpo no era más que una ciénaga en la que yacía hundida. Sentía en las venas un río pesado y turbio, y el eco de mil tambores le sacudía entre las sienes.

—Charles, oh, Charles.

Como su murmullo no recibía respuesta, se dio cuenta de que estaba sola entre las sábanas. Reconoció el olor de su habitación y el griterío hambriento de las golondrinas que anidaban bajo las torres. Estaba en Castelroux. Era la mañana. La pobre Hélène se había casado la víspera y ella... ella... Deberías avergonzarte, Judith, de rebosar felicidad hasta ese punto. Pero sonreía, lánguida, el corazón latiéndole más deprisa a medida que le llegaban los recuerdos. El anterior había sido el día más hermoso de su vida. Ronroneando como un gato, se cubrió la cara con la sábana y se acurrucó en su aletargamiento para revivirlo todo una vez más, todavía una vez más...

Despacio, Judith vuelve los naipes que ha repartido Philippe de Marbourg y ahoga un suspiro. No tiene suerte.

Alzando las cejas, mira más allá de las espaldas de sus compañeros: su primo François, el señor de Marbourg y un barón marchito que debe de haber nacido en tiempos de San Luis. El huerto de Castelroux se parece hoy al hijo ilegítimo de un bosque y de un comedor: bajo los árboles de frutos verdes, han surgido mesas, sillas, veladores, los sillones de terciopelo del salón y las banquetas floridas de la sala de música. El hermoso mobiliario del castillo, en resumen, toma el aire en el jardín. Y por todas partes, bajo los árboles, «buenos salvajes» vestidos de brocado de seda se entregan a las alegrías de este amplio salón campestre: juegos y distracciones, paseos y siestas discretas, conversaciones ligeras a la espera de la noche, del concierto sobre la terraza, de los fuegos artificiales prometidos por Guillaume, de las antorchas y las estrellas.

En el fondo es un día agradable. Voltaire disfrutaría y Rousseau igualmente, si no hubieran muerto diez años antes. Todo el mundo es feliz, o al menos lo aparenta, algo que no es difícil en una bella tarde de verano, después de una colación con manjares ligeros y vinos deliciosos.

Sin embargo el rostro al que Judith mira no revela más que una inquietud sombría, como si algún enemigo a punto de invadirlos fuese a reducir a la nada la ilusión del paraíso.

—¿Qué decidís, mi querida niña?

Sorprendida por la voz nasal del barón, Judith regresa al juego, a las tres miradas fijas en ella, al lamentable cinco de tréboles que arroja sobre la mesa.

—Paso...

—Paso.

—Sigo.

—¡Y yo gano!

Los labios ajados del barón se entreabren en una sonrisa mellada. Se diría que tiene clavos en lugar de dientes, una escalera de diamantes le cae de las manos.

—¡Pues claro! ¡Qué bonita debe de ser la baronesa! —exclama François.

Todos ríen, el barón recoge y se vuelve a dar cartas. Judith se ausenta una vez más.

Desde que François la ha arrastrado hasta esta mesa, y desde antes, mientras la tarde llenaba el jardín de paseantes ahítos, y antes aún, cuando todos saboreaban los manjares servidos en el banquete de bodas, de hecho desde el instante en que la multitud que salía de la capilla la ha devuelto a sí misma, Judith no ha cesado de volver los ojos hacia el mismo punto. Por mucho que se pasee sin alegría bajo los ciruelos, Judith lo encuentra siempre al otro extremo de sus miradas. Y por la manera que tiene de responder, de recogerlas y devolverlas como la pelota en el juego de frontón, se diría que también él sabe bien qué clase de partido han empezado a jugar.

Sus miradas chocan y, repitiendo el cataclismo cien veces ya vivido, el huerto arde, los cuerpos caen convertidos en cenizas, los árboles se consumen, y mil años más tarde aún están allí, después del Apocalipsis y de las resurrecciones prometidas, enajenados por la mirada bajo los ciruelos cargados de frutos.

—¿Judith?

Ardiendo aún, deja sobre la mesa la primera carta que encuentran sus dedos, y el barón gana una vez más.

—De todos modos, esa guerra de las Américas ha sido una

idea desastrosa: ¡en mis tiempos, se combatía al enemigo para enriquecerse, no para empobrecerse!

—Pero la constitución americana es una bella creación... Enteramente inspirada por nuestros filósofos, es cierto.

François da las cartas. El huerto arde en el interior de Judith. Una mirada negra se le desliza por el hombro como una lenta caricia que le roba la vida. Cuatro de diamantes.

—Prima, ¿no tienes otra carta mejor?

No. Es inútil fingir, no le importa nada perder. Está jugando a otro juego del que lo ignora todo. Saborea la extraña locura que priva de sueño a los gatos por la noche. Él la mira. Allá lejos. De pie. A una veintena de pasos detrás de la espalda de Philippe de Marbourg, junto a un árbol retorcido. Solo, indiferente a todo lo que se agita a su alrededor. Aunque nada se mueve en torno suyo. El aire que lo rodea parece tan infranqueable como la pureza silenciosa del hielo.

Judith le sostiene la mirada. Un placer travieso hace que se le estremezcan los dedos de los pies. Le gustaría quitarse los zapatos y caminar hacia él como sobre las piedras escurridizas de un arroyo. Disimula su sonrisa a la manera de una golosina que se disuelve en secreto dentro de la boca. Volviendo los ojos hacia los naipes, lo mira ahora sin alzar los párpados, le habla sin abrir la boca, incluso sin mover los labios, un dedo rozando el mentón, una mano audaz deslizándose por el cuello, enroscando un mechón de cabellos... Después, reina y cortesana, lanza de nuevo su mirada-flecha sobre él. Él reenvía la suya sin parpadear, sin la sombra de un temblor. El seminarista de levita sucia cuyos puños tiritaban en el despacho de Vaillac la contempla con la calma de un coronel al comienzo de una batalla, como si supiera ya de su victoria eterna o de su derrota cierta, o como si, en el fondo, ninguna de las dos cosas tuviera importancia.

Judith arroja su último naipe sobre el tapete.

—¿Me querrán disculpar, señores? Me siento cansada: necesito un refresco...

Como un explorador que fleta un velero para descubrir una tierra lejana, la joven se levanta, cede el sitio a su tío, que se mueve inquieto a su espalda, e iza las velas hacia su destino.

Un viento tibio inquieta los ciruelos, mezclando el temblor de las hojas con los cuchicheos de los abanicos y con los rumores que se pierden por el jardín... Según cuentan ha venido con su padre, pero apenas se ha visto al viejo conde, que se retiró nada más terminar el postre. Su hijo, dicen. Pero su verdadero hijo murió hace tiempo, éste no es más que un bastardo, un arribista, un aprovechado con una sola ambición: apoderarse de las tierras y de la fortuna. Vive a todo tren, dicen. Oficial, dicen. Pamplinas. Un aprovechado. Un libertino. Sin guerras en las que combatir, esos individuos pasan todo su tiempo en casas de rameras y de actrices, ¿saben? No es más que un pervertido como todos los demás, sin fe ni moral, ¿no han visto que no estaba en la iglesia? Qué ralea... Y las voces que murmuran bajo los árboles no llegan a decir que Charles de l'Eperay es el diablo vestido de terciopelo, pero Judith acaba de ver con sus propios ojos cómo la anciana marquesa de Bréville se santiguaba a su paso.

Recorriendo la invisible línea recta que es siempre el camino más corto entre dos puntos, Judith se detiene tan cerca de él que casi podría ver cómo le late el corazón bajo la casaca.

—No parecéis divertiros mucho, caballero —articula, fingiendo mirar hacia otro sitio.

—Nadie me había ofrecido aún el placer de una conversación agradable.

Se traga la saliva como un hombre dominado por el hambre.

Judith parpadea con coquetería y penetra en el fondo de sus ojos.

—Alegraos de que apenas os hablen: os libráis así de un tedio mortal... Sed amable conmigo, si lo tenéis a bien, servidme algo fresco.

Charles se inclina con elegancia. Se dirigen juntos hacia una mesa cubierta con un paño blanco sobre la que descansan jarras y manjares.

—Tampoco vos parecíais divertir os mucho en esa partida de cartas.

—¿Tanto se notaba?

—Tan sólo quien os estuviera observando.

Judith recorre con la mirada a los invitados desperdigados por el jardín.

—Este matrimonio no es más que una mascarada, supongo que lo habéis adivinado.

—Más de lo que pensáis. Estoy bastante familiarizado con la hipocresía de este tipo de fiestas.

—¿La costumbre de frecuentar los salones?

—No. No os fiéis de las apariencias. ¿Rosado? ¿Sidra? ¿Limonada? Os propondría con gusto vino de Champagne, pero no lo veo...

—¿Qué apariencias? Mi hermana es una tonta que se deja casar estúpidamente... Dadme entonces un poco de ese vino de naranja, parece dulce...

—¿Vuestra hermana? Tengo en ese caso el honor de hablar con Judith de Monterlant... Desconfiad de las cosas con aspecto dulce — le dice tendiéndole una copa de un vino de color rosáceo en el que

flotan turbias nubes de pulpa.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Qué exactamente? ¿Vuestro nombre o el falso dulzor de las cosas?

—Mi nombre...

Se lleva la copa a los labios y se los humedece.

—¡Pero si está amargo!

—Os lo había dicho.

—Pero me habéis dejado beber.

—Podría haberos gustado...

Judith le devuelve la copa que él prueba a su vez, posando los labios sobre la huella, una manera quizá de probarla también a ella.

—Me han contado la historia de un globo que cayó hace tiempo en nuestras viñas... No os ruboricéis: es mi aventura preferida.

—Caballero, os burláis de mí.

—No me atrevería. Y no me causa enfado ver nacer una sonrisa en vuestros labios.

—También a mí me han contado algunas historias relacionadas con vos.

Una sombra le cruza la frente. Bebe un poco de vino antes de responder.

—Circulan de todas clases.

—Las que he oído eran de la misma clase.

—¿Y algunas os han quitado el sueño? No quisiera turbar

vuestras noches. Al menos, no de una manera que os resultase desagradable.

La insinuación es un arte delicado que exige de la persona que la oye el mismo encadenamiento de ideas, las mismas deducciones y la misma forma de pensar que quien la formula, a fin de que los dos lleguen al mismo punto y que una simple palabra —*desagradable*— les haga entrever la misma escena indecible aún... Judith se siente enrojecer y aparta la mirada.

—Caballero, se necesita algo más que simples historias para turbar mis noches —replica.

Le quita dulcemente la copa de las manos y se la lleva a los labios sin sentir ya la amargura del vino.

—Es una lástima, señorita.

—¿El qué?

—Que este jardín esté tan lleno de seres humanos...

Judith no entiende. Pero he aquí que una garra se apodera de su brazo y hace que le tiemble la mano y que se le derrame el vino.

—¡Ah! ¡Ved qué torpeza!

Judith se vuelve, el vestido manchado, llena de rabia. No le sorprende reconocer a Jean de Monterlant, ese padre al que no consigue llamar padre y que se la lleva ya a un lado, tan deprisa que no tiene tiempo de recoger el pañuelo que le ofrece el señor de l'Eperay.

—Señorita, nada de insolencias hoy —gruñe el otro, ¡el horrible, el inoportuno, el eterno aguafiestas!—. ¡Ven! Quiero que os ocupéis de nuestros invitados y que no se aburran.

—¡Eso era lo que estaba haciendo!

—Desengañaos: nadie ha invitado a ese sujeto. No volváis junto a él. Venid.

Judith retira su brazo con tal violencia que siente cómo las uñas de Jean le arañan la piel.

—¡No! Por culpa vuestra tengo que ir a cambiarme. ¡Ocupaos vos mismo de vuestros estúpidos invitados!

Escupe la palabra con una repugnancia que no la abandonará ya. Un instante después entra en el castillo. Se cambia, gruñe, fulmina, se mueve indecisa por los corredores en busca de algo, de alguien, no sabe qué.

Cuando reaparece en el exterior del castillo el sol no ilumina ya ni los campos ni el caserío, tan sólo las copas de los árboles y las murallas. Las golondrinas revolotean por un cielo que se vuelve rosa. En la terraza, unas siluetas instalan sillas para el concierto. Judith se apodera de una copa de vino sobre una bandeja. En la llanura arden fuegos, suben hacia el cielo columnas de humo: es la fiesta de San Juan, noche de soles artificiales. ¿Por qué la tensión bajo su piel, por qué la inquietud que la devora? Descubre de repente a Hélène en el huerto. Se dirige hacia su hermana cuando alguien la aborda como sin querer. Una mano le roza la espalda y se retira al instante.

—Señorita... será mejor que me vaya: mi presencia provoca más tu... turbación que agrado, me doy cuenta con toda claridad.

Charles le ha hablado como un ciego, sin mirarla a los ojos, de la boca al oído sencillamente. Judith siente deslizarse por el cuello su aliento tibio cargado de vino. Se marcha ya. La boca abierta, la joven respira como un pez fuera del agua, con la sensación de haberse perdido de repente en un bosque impenetrable. Una mano suave le acaricia la mejilla. Hélène le sonrío con una infinita ternura en los ojos. También con tristeza. Dentro de tres días habrá

desaparecido. Es como si se encontrara ya al otro extremo del mundo.

— ¡Hélène, cómo te voy a echar de menos!

Todo el jardín se enturbia de sombras y de brumas. En el día ya sombrío, los árboles adquieren aspecto de seres que piensan. Únicamente brillan los ojos de Hélène.

— También te echaré de menos, loquita mía, hermanita.

— No te vayas — dice Judith sin entender su propia congoja.

— Debo volver con los invitados. Estaré siempre contigo, allí.

Hélène la besa tiernamente en la frente y después se aleja. Judith sigue con los ojos su silueta pálida que vuelve lentamente hacia el castillo, arrastrando sobre la hierba su vestido blanco, haciéndose poco a poco más pequeña, más impalpable, hasta ver cómo la devora la sombra de una puerta, semejante a un alma en pena que regresa a su sepulcro.

El atardecer se apaga sobre los muros del viejo dragón. Un maremoto oscuro sube de la tierra. La noche. Sobre la terraza se encienden los farolillos, la gente se instala, los músicos afinan sus instrumentos. François, Thibaut de Puyvallon y su hermana Jeanne pasan trotando por delante de Judith. François le grita que los acompañe, que se dirigen a las ventanas de la torre. Las antorchas que agitan lanzan sobre sus rostros sombras gesticulantes que les dan aire de diablillos.

Judith acepta, pero de repente se aleja en la dirección contraria, hacia el huerto, el camino. No sabe por qué, es como si la razón se le escapara. Ya no reconoce a nadie, no reconoce nada. Corre bajo los árboles y da la vuelta al castillo. Delante del puente levadizo, un carruaje detenido. Dos sombras, vestidas con capa y sombrero. Una de ellas se vuelve, la mira, la ve quizá, la desea.

Judith siente entonces que el pánico se apodera de sus piernas. Se precipita hacia el bosque y penetra en una pesadilla. No ve nada, el bosque se hace más grande, tiene miedo. Las zarzas le rasgan el vestido con estridencias de alegría maligna. ¡Están todos muertos y ella va a morir también! Corre, se engancha los pies con el camisón, demasiado grande, tropieza, cae, se hiere las manos. Se incorpora jadeante. ¡Oye a los lobos, los monstruos, los animales del bosque! ¡Sus patas corren sobre la hierba! Tiene miedo. Querría trepar a un árbol, pero no sabe cómo y el mundo es demasiado grande. Se aprieta con todas sus fuerzas contra un tronco rugoso. ¡Llegan los lobos, los monstruos, las fieras! Aplasta la mejilla contra la corteza como para meterse dentro del árbol, la sacuden los sollozos, ¡la van a devorar!

De pronto unos brazos se cierran sobre ella y su mejilla tropieza con el terciopelo de una casaca. Aspira, bajo la tela, el grato olor humano. La sombra de Castelroux reaparece a lo lejos, así como la claridad de los farolillos y el eco de los violines. Ni monstruos, ni bosque. No va a morir y reconoce los brazos que la rodean... que aflojan su presión, dos manos se deslizan hasta su cuello y le alzan la cara, y una boca sobre la suya la besa sin preguntarle nada, sin prevenirla, sin dejarle respirar. Judith abre mucho los ojos en las tinieblas que la rodean y Charles la besa con violencia, la aplasta contra el árbol, le arroja fuego en la sangre, le incendia vientre, labios, lengua, aliento y cuerpo. ¡Ah, que la devore, que la incendie y que no la suelte jamás! En un estremecimiento de felicidad, sabe todo lo que va a pasar, todo lo que será su vida. Judith tiembla. Y él la sigue besando como si no fuera a detenerse nunca.

Pero el bosque se desvanece detrás de ellos y están en el patio de la granja. Bailan con los campesinos alrededor del fuego. Judith ofrece a las llamas la cinta que le adorna el cuello y Charles arroja un par de guantes. Les obsequian con un vino denso y afrutado que se

sube deprisa a la cabeza. Los labriegos cantan y danzan en torno a la inmensa hoguera, se salta sobre las llamas. A Judith le da vueltas la cabeza. Como un gato travieso escondido bajo un mueble, el fuego le araña los pies, le araña el vestido, mordisquea galones y costuras, ennegrece la tela satinada y a ella le hace reír locamente. Sus pies giran incansables y danza con una alegría salvaje. Las llamas se alzan hacia las estrellas y los amantes acalorados desaparecen por parejas en la espesura. San Juan. La noche de las bodas paganas. Esponsales bárbaros bendecidos por las lenguas de fuego.

Judith se encuentra en los brazos de Charles. ¡Todavía quiere sus labios, todavía sus brazos, y arder toda entera ahora mismo! Pierde el equilibrio, siente el mundo que gira y sólo ve un cielo extrañamente pardo por encima de su cabeza. Charles le dice que ha bebido demasiado. Sí, es verdad, el vino es bueno, está caliente y dulce, el mundo gira deprisa, estrechadme en vuestros brazos...

La voz de Blanche, la criada, dice que será más prudente acostarla. Entonces el fuego se aleja y las estrellas se borran. Judith se apoya en el hombro fuerte, en el cuello empapado de sudor que ella querría besar aún. Ve pasar las ramas de los árboles asombrados, los dientes afilados del puente levadizo, las escamas del dragón, la puerta, la escalera. Por allí, dice Blanche.

Reconoce el olor de su habitación. Charles la deposita en su cama. Judith lo retiene lánguidamente mientras Blanche corre las cortinas.

—Quedaos, señor...

—En el estado en que os encontráis, sería un crimen.

—Sed criminal...

Con un brusco movimiento de torpeza achispada, aplasta sus labios sobre los de Charles. Pero no es un verdadero beso, sólo un

poco de ardor brusco.

—No lo puedo evitar —se excusa, cayendo de nuevo sobre la almohada.

—Estáis bebida, ángel mío.

Y el resto no es más que la nada.

Apoderándose del edredón, Judith lo estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que le pareció que Charles aún estaba allí, en la tibieza de las sábanas, contra su piel, en la punta de sus dedos... Al salir del sueño, sintió crecer en ella un dolor difuso, como si le hiciera daño la piel, como si le hicieran daño los ojos, como si respirar y sentir los latidos del corazón también le hiciera daño. Era un dolor indefinible agazapado con ella en el limbo de la noche, un antiguo sufrimiento dormido desde tiempo atrás, un desgarramiento, el mal oscuro de los amputados que no disponen más que de la mitad de sí mismos para ir por el mundo y sienten día y noche la ausencia de la parte que les falta... Judith se acurrucó. En la confusión del despertar presintió que ya nada sería como antes.

Con párpados temblorosos se esforzó por volver a abrir los ojos. Mientras respiraba con dificultad el aire hosco de su habitación, Judith contempló el rayo de sol que caía, oblicuo, sobre la alfombra. ¿Cómo podían estar las cosas en el mismo sitio, los planetas en la misma posición y el ángulo de la luz exactamente igual que la víspera, como si nada hubiera sucedido?

Los muros del castillo resonaban ya con los ruidos de la vida de todos los días. La noche había terminado y Charles se había ido.

Judith ordenó entonces cuidadosamente sus recuerdos como si

fueran los insectos multicolores que su tío conservaba en bellas cajas de cristal: escarabajos irisados, brillantes mariposas que ninguna primavera volverá jamás a destruir. Inscribió delicadamente los instantes adorados sobre las más hermosas placas de cobre de su memoria, para guardarlos al amparo del tiempo, como sucedía con los conocimientos confiados a las planchas de la Enciclopedia: la primera mirada bajo el sol deslumbrante, el diálogo mudo por encima de los naipes, el dulce amargor del vino de naranja, las primeras palabras, la turbación de la piel al oírlas, mucho tiempo, muchísimo tiempo antes de que los ojos se cegaran, de que las gargantas se anudasen para siempre y de que las pieles se deshicieran sin remedio.

Después se estiró sobre la cama, la sangre pesada, los pies doloridos. El dolor se le dormía en el vientre como un perro obediente que vuelve a su caseta. Sus ojos descubrieron de pronto un pliego abandonado sobre el extremo de la mesa. ¿Le había dejado él una carta, una cita quizá?

Saltó tan deprisa de la cama que se le fue la cabeza y la rodearon brumas luminiscentes. Después, con dedos nerviosos, desdobló el papel, reconoció la caligrafía, leyó precipitadamente y dejó escapar un grito.

¡Hélène se había ido!

¡Había escapado durante la noche!

8. Disimular, callar y huir

Charles de l'Eperay se despertó sobresaltado, presa de un sueño aterrador que se disipó nada más abrir los ojos.

Lo rodeaban seres liliputienses que lo miraban con fijeza: una pastora, un arlequín, un oso con su pelota roja, una marquesa con su abanico y, de pie sobre un velador, una mujer muy hermosa de largos cabellos negros, detenida en un movimiento de danza... Reconoció con desagrado que estaba en Vaillac, en el salón de los autómatas. Había dormido allí, acurrucado sobre una banqueta donde había ido a parar de madrugada, casi con las primeras luces del alba, porque ninguna de las habitaciones del castillo le permitía reposar, y menos aún aquel dormitorio suntuoso que se le había reservado en el ala principal, hasta el punto de que terminaba siempre por refugiarse aquí, entre los autómatas, como si aquellos objetos con figura humana pudieran protegerlo de las tinieblas o como si él mismo no fuese, a fin de cuentas, más que una imitación de hombre movida por un mecanismo descompuesto.

Se frotó la cara. El pelo le olía a humo. Se abotonó la bragueta del pantalón y la camisa y se dirigió hacia la danzarina a la que contempló fascinado. Llevado por un deseo repentino de verla

moverse, extendió la mano y trató de darle cuerda. Pero la llave giró en el vacío. La muñeca permaneció inmóvil, el corazón roto, los ojos velados por el polvo. Charles maldijo una vez más al conde de l'Eperay que pretendía adorar a sus autómatas, que los encerraba celosamente en aquel salón donde no entraba nunca visita alguna, pero que en realidad los abandonaba al cardenillo y a la herrumbre.

Salió del salón. Desde lo alto de la escalera oyó subir a su padre. Se escondió. No sentía ningún deseo de hablar con él. Deseaba, en realidad, regresar a París lo antes posible. No solamente no tenía nada que hacer en Vaillac, sino que además aquel lugar le resultaba desagradable. Para marcharse, por desgracia, tenía que esperar el regreso de su ayuda de cámara y del coche: tres o cuatro días, quizá. Presentía que aquella espera le iba a resultar insoportable.

Subió a sus apartamentos, se puso las botas, la casaca y el tricornio, salió enseguida y se trasladó a la caballeriza. Entre los caballos del conde había una montura con mucha fuerza y mucho nervio que asustaba a los palafreneros pero que Charles había sabido dominar. Le gustaban sus reacciones. No era un animal imprevisible, tan sólo más inteligente y vivo que los demás. Charles había pedido que se le ejercitara a fin de encontrarlo preparado para las raras veces que acudía al castillo. Aquella mañana, al acercarse al caballo, descubrió que el animal tenía los costados rayados de cicatrices. La cólera estuvo a punto de ahogarlo.

—¿Quién ha osado? —rugió—. ¿Quién ha golpeado a este animal?

Los mozos de cuadra guardaron silencio.

—¡Prohíbo que se golpee a mi caballo!

Volviendo junto al animal, apoyó la frente contra el hocico

sedoso, en busca de un calor lejano, fugitivo, irreemplazable.

Partió al galope y cabalgó largo tiempo a campo traviesa, sin otra meta que la de no estar en Vaillac. Cruzó arroyos, aldeas, puentes, vio monolitos, precipicios profundos. No conocía el Périgord Negro. No le quedaba, de los años lejanos en los que había vivido allí, más que algunas imágenes sombrías, algunos olores pestilentes, la gesticulación de algunos rostros que le llenaban a veces de sentimientos indescriptibles..., y eso era todo.

Cuando regresó a Vaillac se le informó de que se habían presentado dos jinetes.

—El joven Salerac y su prima, esa guapa chica que nos cayó del cielo...

Delante del conde, Charles apretó los dientes, esforzándose por mantener un rostro impassible, como un soldado que recibe un golpe pero no puede mostrar su moratón al enemigo sin hacer que su vida peligre todavía más.

—Preguntaban si habíamos visto a Vincent de Puyvallon. También han preguntado por ti.

¿Ellos? No, *ella* ha preguntado por mí. No mostrar la herida. Si vuelvo a verla, voy a hacerle daño. Ya tengo deseos de hacérselo.

—Señor, debo regresar a París de inmediato. Viajaré en el coche correo.

Volvió a toda prisa a sus apartamentos, a aquella habitación principesca en la que era incapaz de dormir, ordenó que le preparasen el equipaje y comenzó él mismo a recoger sus cosas. Se puso el uniforme y tomó sus armas. Su padre lo había seguido.

—Cuando regrese Sébastien, decidle que se reúna conmigo lo antes posible.

—Confiaba en que te quedaras —se lamentó el conde, respirando con alguna dificultad.

Charles no respondió. Se abrochó el cinturón y envainó la espada. Más que para un viaje, se diría que se preparaba para la guerra.

—Esperaba que llegase a gustarte la vida en la provincia... Ayer me alegré mucho de que me acompañaras a esa boda. La tranquilidad del campo sienta bien a las personas que padecen de... de turbación del alma.

Charles se volvió, entre el estupor y la indignación.

—No tengo el alma turbada. Disfruto de una mente perfectamente clara y actúo como un hombre lúcido. Ya os he dicho que mis decisiones no son de vuestra incumbencia. Y si aquí os aburrís solo, haríais bien en reparar vuestros autómatas.

Así se ausentó Charles de Vaillac en aquella ocasión. Hizo que lo llevaran hasta Sarlat, donde callejeó largo tiempo antes de entrar en una librería, a dos pasos de la antigua casa de Etienne de la Boétie, para ojear las gacetas. Llegada la noche, durmió apaciblemente en una mala cama en el mesón de la Vieille Ânesse y abandonó la comarca al siguiente amanecer para regresar al tumulto confuso pero tranquilizador de París.

9. Las verdades de la mañana

—¡Pero si estaba en el concierto! ¡Y en los fuegos artificiales! ¿En qué momento se ha marchado? ¿Cuándo nos ha dejado en ridículo, esa..., esa...?

Guiada por las voces que tronaban a través de los muros, Judith irrumpió en el salón de las salamandras. Con las arrugas de la cólera en la frente, Jean de Monterlant describía círculos furiosos sobre la alfombra.

—¡Ha hecho bien! —les lanzó Judith.

Jean se detuvo, volviéndose hacia la intrusa y examinándola con un desprecio inconmensurable:

—Callaos, ya os llegará vuestro turno.

Despierta sólo a medias, Judith cruzó los brazos entre gruñidos, dispuesta a esperar un poco para decir lo que pensaba.

—No sé más... Yo estaba borracho y cansado, me ha dicho que se reuniría conmigo, pero debo de haberme dormido...

Intrigada por aquella voz incorpórea, Judith se inclinó y descubrió, inmediatamente detrás de la silueta nerviosa de Jean, una

forma blanda, acurrucada en uno de los sillones damasquinados. Perdido en un amplio camisón blanco, los brazos colgando y los hombros hundidos bajo la tela, aquello era lo que quedaba del marqués de Beauteuil. Más que un hombre, cabía pensar en un montón de trapos, olvidados de camino hacia el lavadero.

—François ha ido a preguntar al caserío si la gente notó algo insólito ayer por la noche —explicó Guillaume.

Judith palideció. Si los campesinos contaban lo que habían visto la víspera, ¡su destino ineludible era el internado *per saecula saeculorum!*

—Veamos. Hélène ha ido a Sarlat, a la mercería. La semana pasada recibieron un magnífico encaje de Flandes...

El silencio cayó como un abrigo demasiado pesado sobre los hombros de todos y Jean alzó los ojos al cielo, al tiempo que Marthe explicaba con dulzura el arte de las encajeras flamencas al gato que ronroneaba sobre sus rodillas.

—No ha podido huir sola —razonó Guillaume—. Si descubrimos con quién, podremos deducir adónde ha ido.

—A la mercería de Sarlat...

—Tan loca la vieja como toda su prole —resopló Jean entre dientes.

—¡Ha hecho bien! —exclamó Judith—. ¡No quería casarse! La habéis obligado, no tenéis más que...

Una sonora bofetada estalló sobre su mejilla.

—¡Fuera! ¡Cuando tengamos necesidad de vuestra sabiduría, mandaremos a buscaros! Ah, me podéis mirar todo lo que queráis con esos ojos de búho. Parecéis una pordiosera, señorita. ¡Sois una vergüenza, sois la vergüenza de esta familia!

—Jean, la pequeña no tiene por qué sufrir las consecuencias de vuestro mal humor —trató de moderar Guillaume.

—Vos... deberíais haberla dejado donde estaba. ¡Y vos, Judith, fuera he dicho!

Sin entender, Judith se encontró empujada hasta el corredor por la mano de Jean, que procedió a darle con la puerta en las narices.

—¡Ha hecho bien! —gritó a través de la madera.

¡Cielos, cómo lo odiaba! ¡Imposible que tuviera ni una gota de sangre en común con aquel individuo! Louison había debido de vivir algún amor secreto del que ella era el fruto: ¡por eso aquella sabandija la detestaba!

Cierto, no le faltaba razón en cuanto a su aspecto... Judith sonrió mientras daba golpecitos a los pliegues de su vestido. Había saltado de la cama sin tomarse el tiempo de comprobar si estaba presentable, por lo que llevaba aún puesto el vestido de la víspera, de dobladillos roídos por las llamas, ennegrecido por la ceniza y arrugado por el sueño. Sus cabellos olían a humo. Judith hundió la mano en ellos, pero después no pudo sacarla, tanto se le habían enmarañado. Rió con ganas. ¡Estaba de verdad impresentable! Mas avergonzar a Jean la llenaba de orgullo. Con la tripa vacía echó a andar hacia las cocinas en busca de alguna cosa que comer.

Raras veces las enormes cocinas de Castelroux habían estado tan desiertas. Entre el horno apagado y el pozo que descendía, estrecho y oscuro, hasta el agua sin edad del viejo dragón, Judith disfrutó aquella mañana de una serenidad extraña. Como si, pese a la agitación matutina, el mundo siguiera un orden implacable al que

también pertenecían sus propios gestos. Mientras se servía leche en un cuenco, cortaba unas rebanadas de pan a la luz de una claraboya y colocaba en una bandeja un tarro de miel y otro de mermelada, la dominaba la inexplicable certeza de que, desde su caída con el aerostato, su vida estaba ligada a Vaillac y también ligada a Charles desde que había entrevisto la sombra de su espalda en el despacho del conde. Ignoraba, tan sólo, cuándo y cómo se cumpliría su destino, qué meandros formaría la historia, pero por el hormigueo que le recorría el vientre sabía que no podía ser de otra manera.

«¡Vaya! Aquí estoy, divagando como Hélène, que se creía la prometida de Vincent...»

Se encaramó a un taburete para alcanzar un tarro de azúcar de las Antillas.

—Buenos días, señorita.

—¡Blanche!

Descendiendo de las alturas, se precipitó hacia la joven camarera.

—Blanche, mil gracias por lo de esta noche.

—De nada, señorita.

Judith bajó la voz como si las rebanadas de pan pudieran escucharla:

—Por favor, prométeme no decirle a nadie lo que ha pasado esta noche en el pueblo... y después, cuando me habéis traído a mi cama.

Blanche sonrió.

—No os inquietéis, para esas cosas soy una tumba. Y Ménard sólo habla cuando puede mentir.

—En ese caso me quedo tranquila —dijo Judith, apoderándose de nuevo del tarro de azúcar.

Pero acto seguido frunció el ceño.

—¿Ménard? ¿Por qué Ménard?

—¡Por los músculos! Yo no hubiera podido traerlos sola.

El tarro de azúcar, que había escapado a las tempestades, a los piratas, a las ratas, a los mercaderes y a los bandidos, se rompió de pronto sobre las losas de la cocina, derramando su preciosa mercancía como si todas las estrellas hubieran caído de golpe por tierra.

—¡Oh! —dijo Blanche, poniéndose a cuatro patas para recogerla.

Judith tardó en recomponerse. ¡Ménard la había llevado a la cama! También ella se puso a cuatro patas, pero los dedos le temblaban tanto que diseminó los cristales de azúcar en lugar de agruparlos.

—Blanche —dijo, apoderándose de las manos de la camarera.

—¿Señorita? Tembláis, estáis muy pálida...

—Ayer por la noche..., ayer en el caserío... ¿Qué hice? ¿Qué pasó?

—Habéis bailado hasta perder el equilibrio. ¡Y bebido demasiado!

—¿Estaba sola?

Blanche sonrió a la manera de las personas desconcertadas.

—No, claro que no. Estábamos todos allí.

«Entonces estaba sola», pensó Judith.

«Luego he soñado.»

Volvió a caer sentada sobre las losas como una marioneta a la que se le cortan los hilos. Por consiguiente el señor de l'Eperay no la había llevado hasta su cama. No habían bailado juntos alrededor del fuego de San Juan. ¿La había al menos besado en el bosque? Judith lo dudaba ya, como dudaba de haber huido bajo los árboles, perseguida por los lobos, era absurdo, por supuesto. ¿Y antes, en el huerto? ¿Habían bebido juntos aquel vino de naranja de gusto amargo? ¿Se habían devorado con los ojos por encima de los naipes? ¿Habían quedado petrificados al verse en los escalones de la capilla? ¿Se habían conocido realmente? El conde de l'Eperay ¿tenía un hijo bastardo al que se criticaba o no era más que una fábula imaginada por los pastores? ¿Era ella Judith de Monterlant? ¿Había habido una fiesta la víspera? ¿Hélène se había casado? ¿Había desaparecido después?

—Dios mío, necesito comer algo... La cabeza me da vueltas cada vez más deprisa.

Se levantó con dificultad. Blanche había terminado de recoger el azúcar derramado.

—Por Voltaire, ¿hay alguien en este castillo?

Las dos jóvenes alzaron la cabeza hacia la entrada de la cocina y descubrieron a un gentilhombre sin casaca que tenía aire de estar tan perdido como un jesuita al desembarcar en Pondichery.

—El señor de Marbourg —exclamó Judith.

Acababa de reconocer a la persona que jugaba a los naipes frente a ella, prueba de que no todo era completamente falso. Prueba de que Hélène se había casado la víspera y de que había gente en el huerto. Prueba de que ella, Judith, había perdido aquella partida de la manera más lamentable posible, y que su fracaso tenía también

una causa cierta: su atención distraída, los ojos atrapados por la negra mirada que la quemaba en silencio bajo los ciruelos.

—Me alegro de veros: ¡este castillo me parecía desierto!

—Todo el mundo ha perdido la cabeza esta mañana —dijo Judith, sintiéndose más incluida que nadie—. Mi hermana se ha escapado durante la noche.

—¿De verdad?

—Nada más cierto, señor mío.

Philippe de Marbourg se echó a reír.

—¡La cara que se le habrá puesto a mi pobre primo!

—¿Sois primo del marqués de Beauteuil?

—Primo lejano, muy lejano, lo más lejano posible... Pero, decidme, eso que veo sobre la mesa, ¿es pan y mermelada?

—Sí.

—¿Vais a desayunar?

—Así es. Parece que os tienta: dado que mi familia falta a todos sus deberes, ¿puedo quizás invitaros?

La gula iluminó los ojos azules de Philippe de Marbourg. Habría rechazado el ofrecimiento por cortesía, pero se moría de hambre. Colocaron en bandejas todo lo que encontraron de apetecible y se instalaron unos instantes más tarde en la terraza de Castelroux, entre las mesas y las sillas abandonadas de la víspera. Allí, bajo el sol del mes de junio, Philippe de Marbourg habló por primera vez a Judith de la villa de Burdeos, de donde él procedía, y de su Parlamento, en cuyas sesiones participaba.

—Y ¿qué clase de asuntos tratáis en ese Parlamento? —preguntó ella mientras hundía su cuchara en la mermelada de moras.

—Reforma de las finanzas. Criticamos al interventor general y amonestamos al rey, que le escucha demasiado. Pedimos los Estados Generales, pero eso no le interesa a nadie: nos los han prometido para cuando las gallinas tengan dientes.

Alzando las cejas, Judith rascó el fondo del tarro.

—¿Y para qué servirían, vuestros Estados Generales?

—En grandes líneas, para arreglar grandes problemas.

Mordiendo el pan crujiente, Judith masticó un poco antes de preguntar:

—¿Hay entonces grandes problemas en Francia?

—¡Uf! —exclamó el diputado empezando a comerse su rebanada con buen apetito.

—Pero el rey y los ministros están para eso. ¿Queréis leche? Si os tomáis ese pan sin nada podéis atragantaros.

—Mmm, gracias... Pero el rey no conoce la nación. *No es* la nación. Somos muchos los que creemos, en mi club, que las leyes que gobiernan a los hombres deben venir del conjunto de los hombres o, al menos, de sus representantes elegidos. ¿No lo creéis vos?

—¿Lo que yo creo? —dijo Judith riendo—. ¡Ah, señor diputado! ¡Me pedís demasiado para el día de después de una fiesta!

—Perdón, me creía en la tribuna... Esta miel es deliciosa.

—Servíos de nuevo, no seáis tímido.

Charlaban con naturalidad de amigos. Philippe de Marbourg, propietario de una empresa comercial en el puerto de Burdeos, describió a la joven que le escuchaba con interés los barcos y los almacenes, las cajas de mercancías, los trabajadores que era necesario contratar, las enfermedades que diezmaban las

tripulaciones, las ratas que viajaban en las sentinas, los impuestos, las aduanas, las lenguas incomprensibles de los pueblos del norte y los alcoholes ardientes de las tabernas bálticas. Judith le escuchaba un poco perdida en el vacío. Las palabras de aquel armador y político le recordaban la amplitud del mundo más allá de las colinas que bordeaban el horizonte; un horizonte inmenso del que incluso su hermoso vuelo en globo de años atrás no le había revelado más que una ínfima parte.

Y luego, con la fría claridad de la razón, distinguía ahora lo que había pasado la víspera y lo que su imaginación había bordado en la languidez del despertar. El señor de l'Eperay se había marchado a la caída de la tarde, después de susurrarle por encima del hombro algunas palabras de adiós que olían a vino de naranjas. Luego Hélène le había cogido la mano, le había murmurado que la echaría de menos pero que la guardaría siempre allí, en su cabeza, antes de abandonarla a una tristeza que, en el momento presente, le parecía casi premonitoria. De un humor muy rebelde bajó entonces a la granja para imaginar que no era más que una pastora de cabras, una mendiga, una gitana... Se había unido a la fiesta de los labriegos y había bebido su vino. Blanche y Ménard la habían llevado hasta su habitación. Y el día de ayer se había convertido ya en una efeméride lejana.

—¿Y vos, señorita? ¿Qué esperáis de la vida?

Ante aquellas palabras Judith sintió un inmenso desconcierto.

—No lo sé... No he reflexionado apenas.

A decir verdad, acababa de salir del internado. Se acordó de las horas despreocupadas en las que jugaba en los altos del castillo, espiaba a su tío en el laboratorio, o Hélène le desenredaba con mucha paciencia el pelo... Tiempo pasado. Tiempo desaparecido.

—Creo que, sencillamente, tengo ganas de ser dichosa.

—Muy loable —dijo el diputado—. Y eso requiere una gran sabiduría.

Esbozando una sonrisa, Judith miró de nuevo por encima del hombro del señor de Marbourg, con la esperanza, quizás, de ver una última vez a Charles de l'Eperay, capturado por las redes de su memoria. Pero el encantamiento nocturno se había desvanecido, los fuegos de la noche de San Juan se apagaban en la llanura, ahogados por sus propias cenizas, y el pan del desayuno disipaba en su espíritu las últimas ilusiones del vino de la fiesta...

—¡Oh!

Una figura acababa de aparecer más allá de la espalda del diputado. Pero sólo era François, que regresaba a grandes zancadas del caserío.

—¡Nada! Nadie sabe nada, nadie ha visto nada, como para creer que ha conseguido echar a volar. En tu caso no me extrañaría nada, pero ¡tratándose de ella!

Atravesó la terraza a toda prisa y se metió por la puerta del salón.

—¡François! —llamó Judith en el momento en que desaparecía—. ¡François! Perdonadme, señor de Marbourg, mi primo es sordo como una tapia.

Se puso en pie para correr tras él. El sol ya estaba alto y Hélène, sin duda, muy lejos: era hora de sugerir la conveniencia de ir a visitar a los Puyvallon y, ¿por qué no?, también a otros vecinos.

10. El callo en el pie de Gaétan Lepailler

Lo que todo el mundo en Sarlat llamaba la librería de maese Lepailler era una casa de pueblo, estrecha y de tres pisos, situada a pocos pasos de la catedral y justo al lado de la magnífica morada de Etienne de la Boétie, quien había escrito, dos siglos antes, que los hombres sólo son esclavos porque así lo quieren. Bajo un rótulo que representaba un rollo de pergamino se abría una puerta de madera con un alegre tintinear de campanillas que recordaba a los campesinos el eco de las cabras en sus dehesas y a los hombres de mundo el carillón del pajarero de *La flauta mágica*. En el establecimiento de maese Lepailler había libros para todos los gustos.

—¡Ah! ¡Helo aquí, por fin! ¡Ha llegado mi salvador! ¡Que Dios lo bendiga!

Alzándose de la silla donde estaba sentado, el librero de Sarlat avanzó renqueante hacia la puerta que Guillaume de Salerac acaba de franquear.

—Vaya, querido Gaétan, no tenéis muy buen aspecto.

—¡Sufro como mil ladrones en el infierno! Buenos días,

querida señora de Salerac, estáis más radiante cada verano que Dios nos concede... ¡Ah! ¡Nada menos que la pequeña Judith de Castelroux! ¡Qué digo pequeña! ¡Tan alta como los treinta volúmenes de la Enciclopedia!

Judith le saludó sonriente. Gaétan Lepailler era un ser inclasificable sin el que la región habría quedado falta de sabor, más o menos como si no hubieran existido ni el hígado de pato, ni las trufas, ni las nueces ni el vino dorado de Bergerac. Sin embargo su presencia en Sarlat era difícil de explicar. No se le había perdido nada en Périgord: Gaétan era bretón. Ciertamente, tampoco se le había perdido nada en las islas Comores y no obstante había ido, ni en las Antillas, Zanzíbar, la isla Borbón o Macao... Nadie sabía exactamente cuándo había nacido y él mismo decía ignorarlo. Se le calculaba una cincuentena de años, pero podrían haber sido sesenta o cuarenta mal llevados. Su vida, en cambio, o al menos lo que él contaba, era tan extravagante y enigmática como su casa, y se extendía fácilmente a lo largo de dos o tres siglos.

Sin apoyar apenas el pie en el suelo, Gaétan volvió a sentarse renqueando. Su criada, una negra de ojos almendrados, que, como todo el mundo sabía, era además su concubina, apareció por una puerta y le ayudó a quitarse el calcetín del pie enfermo.

—¡Por el Gran Relojero! —exclamó Guillaume—. Mi querido amigo, ¿dónde habéis puesto ese pie?

—¿Dónde queréis que lo haya puesto? —respondió Gaétan haciendo muecas—. Sobre esta pobre tierra...

—¡Una cosa bien fea que huele muy mal!

Gaétan Lepailler alzó las cejas con gesto bonachón y a continuación miró a Judith.

—Mi dulce señorita, vuestros ojos me dicen que sois un alma

sensible. Apartaos, os lo ruego: lamentaría que este espectáculo os causara una mala impresión.

Judith obedeció y se alejó por el interior de la tienda, una amplia sala de techo abovedado en donde se alzaban imponentes estanterías con adornos de hojas de acanto que olían a nogalina y estaban llenas hasta rebosar de libros. Las de las paredes subían hasta el techo y las del centro tenían la altura de un hombre, pero todas parecían insuficientes, porque montones de libros se apilaban además bajo las ventanas, ocupaban toda la longitud del mostrador o subían incluso por los primeros peldaños de una escalera que desaparecía hacia un misterioso piso superior. Sin dejar de moverse entre las estanterías, los ojos mariposeando por los cantos de los libros, Judith aguzó el oído para no perderse la conversación entre su tío y el librero.

—He frotado esa cosa con toda clase de hierbas y de plantas, pero no he conseguido nada.

—¡Maravillosa idea! De ese modo habéis acelerado el movimiento de la sangre, animándola a crecer. ¿Por qué no llamar al barbero para que os lo quitara con un buen tajo de su navaja de afeitar?

—¿De qué clase de barbero habláis? —se indignó Gaétan—. ¡El que tenemos aquí sólo sirve para desangrar cerdos y rellenar morcillas! No, no, prefiero vuestras luces, mi querido amigo: habéis estudiado mucho tiempo la cirugía.

—Pero no la he practicado apenas.

—Os prefiero a otro que haya practicado en exceso la charcutería.

Judith oyó cómo Guillaume abría su maletín.

—¡Ay! Qué instrumentos tan poco simpáticos guardáis ahí...

—Vamos, Gaétan, sin duda los habéis visto mucho peores en vuestros viajes.

—Pero ver no es con frecuencia lo peor.

Guillaume mandó calentar agua, que le trajeran algunos trapos limpios, gasa para vendar el pie y un vaso.

—¡Ah! ¿Licor de ciruela? ¡Qué excelente idea! ¿Tenemos algo que celebrar? ¿Vuestras máquinas, quizá?

—¡Bah! ¡Sólo me dan quebraderos de cabeza!

—Vaya.

—¡No cesan de pararse!

—Ésa es la prueba de que Dios existe.

—He ahí un razonamiento absurdo.

—Y vos, vos, cada vez más herético, según los señores de la Academia.

—Nada más que oscurantismo...

—¿Habéis visto los autómatas del conde de l'Eperay?

Judith tuvo un estremecimiento, pero se reprochó enseguida aquel sobresalto estúpido. Transcurridos diez días desde la boda de Hélène, había perdido ya todo tipo de interés por el conde y su orgulloso linaje. No pensaba más en ello, no quería saber nada. Abrió un libro al azar, pero siguió de todos modos escuchando la conversación.

—Posee una notable colección: algunas de sus máquinas son capaces de ejecutar movimientos que se prolongan más de una hora... Pero siempre terminan por pararse. Hace falta una mano que les dé cuerda.

—Me interesaría verlas si se presentara la ocasión. Sin embargo estoy seguro de que existe cierto tipo de fuerza que no se detiene nunca. No la conocemos todavía, pero la descubriremos. Pensad en Mesmer con su magnetismo: ¿lo habríamos imaginado, ni siquiera en el siglo pasado? Tened confianza en la ciencia, mi querido amigo.

—Tiene toda mi confianza: ¡le confío mi pie!

—En ese caso bebed un poco y no vayáis a gritar como una doncella y a asustar a mi sobrina.

—Es que tengo una gran sensibilidad precisamente en ese sitio.

—Bebed y contadme vuestro viaje al país de los turcos.

—Os lo he contado ya, por lo menos una docena de veces.

—En ese caso contadme vuestro viaje a la China. Y vaciadme ese vaso.

—¡Bebamos!

Después de un entrechocar de cristal, de un silencio glotón y de un chasquear de labios, comenzó el relato.

—Llegamos a la bahía de Hong Kong, el Puerto Perfumado, tal como lo llaman allí, y flotaba sobre las aguas una bruma tan espesa que no me hubiera sorprendido ver aparecer un dragón... ¡Ay! ¡Oh! ¡Uuh! Uyuyui...

—No me habíais dicho que cantabais ópera.

Judith sonrió. Mientras Gaétan Lepailler lanzaba unos alaridos capaces de poner en fuga a una manada de lobos, se apoderó de otro libro, lo abrió y quedó petrificada. Su primer movimiento, después, fue el de alzar los ojos para ver si alguien la miraba. No; nadie le

prestaba la menor atención. Bajó los ojos hacia el grabado. Un hombre y una mujer. Pantalón desabrochado, falda levantada, brazos y piernas entremezclados como si los hubiera juntado un remolino. Y el detalle perfectamente dibujado de la cosa de la que no se hablaba nunca. La verdad escondida bajo las imágenes poéticas. El apareamiento de los animales del redil transformado en ardor humano... Judith sintió un calor como el del sol de mediodía y su corazón se puso a latir de manera alegre. Se llevó la mano al dije, y se enroscó en los dedos la cadena y la crucecita como cada vez que una viva emoción la devoraba. Después pasó la página y encontró de nuevo lo mismo, con otro desorden. Entonces, con las mejillas ardiendo, el vientre sacudido, se puso a hojear todo el libro y descubrió mil posturas, mil caricias, mil maneras de encajar, fascinada y estupefacta ante tanta carne enredada...

—¡Ya está! ¡Terminado!

Sobresaltada, Judith dejó a toda prisa el libro y regresó con los otros, expulsando de su mente las imágenes licenciosas.

—¡Ah! Me muero, me habéis arrancado la pierna —se lamentó Gaétan Lepailler—. ¡Uf! Ya me siento mejor: ¿cómo agradecerérslo?

—Dejadme que tome prestados algunos libros y estaremos en paz.

—Coged cien y guardadlos. Me habéis devuelto la alegría de vivir. Por cierto, ¿se sabe algo de vuestra otra sobrina y del señor de Puyvallan?

—¿Me queréis hacer creer que podríamos saber algo que no haya llegado ya a vuestros oídos?

—Ah, en ese caso no se sabe nada...

Los dos hombres bebieron. Guillaume hizo provisión de libros y tío y sobrina regresaron a Castelroux.

11. La agonía del verano

Aquel verano dejaría durante mucho tiempo en el recuerdo los colores rojizos de un largo crepúsculo. Soplaron vientos maléficos. El granizo se abatió sobre los campos en pleno julio y el sol de agosto quemó las últimas plantas que aún quedaban en pie. A causa de las inclemencias, se empezó a temer que las cosechas fuesen malas, que la harina escasease y que la primavera siguiente se produjera un alza súbita de los precios. No habría sido la primera vez. El 8 de agosto Luis XVI firmó con mano fofa, para el 27 de abril del año siguiente, la convocatoria de unos Estados Generales que llevaban ciento setenta y cinco sin reunirse. La noticia se celebró tanto en las moradas de los duques como en las casas de los taberneros. Luego cesaron los comentarios. Se invitó a todas las aldeas, a todos los caseríos, a todas las corporaciones a redactar los Cuadernos de Quejas, con el fin de explicar al buen rey los anhelos de la nación. Era el comienzo de la época de los reproches.

Desde la terraza, Judith contemplaba con aire melancólico el huerto y sus frutos maduros. Aquel mes de agosto tenía algo de desesperante. Había recorrido todo su mundo, las cocinas, los desvanes, el laboratorio de Guillaume, el caserío, los senderos en

torno al estanque en busca de sus distracciones de antaño, pero no las había encontrado en ningún sitio. Por la noche, el aire de su habitación la ahogaba. Judith alzaba la sábana con los pies para sentirla caer, lisa y fresca sobre su cuerpo sudoroso. Se esforzaba por no pensar, pero daba vueltas contra su voluntad a una sombría repugnancia que la exasperaba tanto como el calor: Hélène desaparecida, aquel castillo aburrido como el final de un juego, los días que se acortaban ya... Hacía tiempo que la infancia se había evaporado de su corazón como el agua de un arroyo seco en el que sólo quedan costras de barro agrietado y, bajo el viejo puente, cadáveres de peces picoteados.

En el calor de aquellas noches de agosto, cuando se preparaban con fervor las elecciones de los diputados de los Tres Órdenes, muchos espíritus también se exasperaban: los Estados Generales no eran más que una impostura matemática, se decía. La nobleza, el clero y el tercer estado tenían que celebrar sus sesiones como partes iguales y había que votar por órdenes. De esa manera, fuera cual fuese la cuestión y durante todo el tiempo que durasen los debates, los dos órdenes privilegiados tendrían la seguridad de decir la última palabra y el tercer estado, con su triste traje negro, no podría hacer otra cosa que callarse en su banco. Las destituciones arbitrarias se sucedían en Versalles: Luis XVI acababa de despedir a su interventor general de las finanzas, para volver a llamar a otro al que ya había destituido algún tiempo antes. Las malas lenguas ironizaban que era un alquimista lo que el rey necesitaba, para hacer aparecer oro en las arcas vacías. Al final del verano, la noticia se hizo oficial: el Estado no podía pagar ya.

Lejos de la crisis que se incubaba, Judith seguía sentada todas las tardes mucho tiempo sobre el taburete de su coqueta mirando los cuatro gruesos muros que la rodeaban. Las espesas cortinas sucias de terciopelo. La cómoda coronada por un espejo agrietado. El barreño y

la jarra de loza. El candelabro junto al escritorio. El baúl donde dormían las mantas para el invierno. Los tapices que cubrían los muros para ocultar las grietas de las piedras. La cama de madera oscura. Todo en el mismo sitio desde que ella había nacido: cada objeto, cada pliegue de las colgaduras, la Biblia de Marthe junto a la cabecera, el cepillito de marfil cerca del barreño, el retrato de Louison colocado sobre la cómoda.

Una noche que lo miraba todo desorientada, Judith tuvo la sensación de que el cuarto entero se desmoronaba, se resquebrajaba. Le pareció que había crecido, por el contrario, en otra habitación donde los objetos se movían, vivían, resplandecían. Una cera sin brillo momificaba ya aquel lugar y un perfume venenoso flotaba en el aire: el olor de las habitaciones condenadas, de los graneros siempre cerrados, de las cavernas devueltas a su vida mineral. En el transcurso de los últimos años, siempre que había vuelto para las fiestas de Navidad, había sentido aquel olor incorporado a las fibras de la cama como un animal invisible, tenaz pero discreto. Por tratarse del invierno Judith había creído que no era más que el perfume de la lluvia, de las ventanas que cierran mal y de la helada que agujerea las piedras, mezclada con los humos acres de la chimenea, de las cortezas y de las resinas quemadas. Pero el olor persistía en plena canícula. El olor se había instalado. El olor lo envolvía todo como una muerte anunciada.

Judith se levantó y abrió la puerta de par en par para crear una corriente. Luego sus ojos se posaron sobre el retratito de Louison.

Era poco más que un leve dibujo a carboncillo del tamaño de un libro, el esbozo difuminado a medias de una joven de quince años, cabellos lisos, ojos claros, mirada reflexiva, sonrisa un poco triste, aunque, bien pensado, la sonrisa de los que se han ido, ¿no es siempre un poco triste? Judith no poseía ninguna otra cosa que le

recordara a su madre. Su memoria no conservaba rastro alguno, ni reflejo, ni sombra, ni sonrisa fugaz, ni eco apagado de su voz; había olvidado incluso el calor de los brazos y el olor de la piel, hasta tal punto que en la soledad de aquella noche agobiante se preguntó si aquellos otros brazos habían existido de verdad, si los había conocido, si eran de verdad dulces y tiernos, y si su piel perdida tenía de verdad el perfume que imaginaba, aquella mezcla de vino caliente, especias y miel... Su nariz y sus manos languidecían mientras buscaba un néctar perdido y una tristeza antigua le puso bruscamente un nudo en la garganta.

Mientras lo miraba con desesperación, el retrato empezó de pronto a temblarle entre las manos, como animado de una vida frágil, fantasma fugaz despertándose sobre el papel. Los ojos, las mejillas, la sonrisa se enturbiaron, se mezclaron, se unieron de otra forma y dibujaron otro rostro que Judith no pudo discernir del todo, perdido en la memoria como en el impenetrable fondo de un bosque, entre los musgos y los helechos de los primeros tiempos del mundo. Lo arrojó al suelo y sintió que lágrimas ardientes le caían por las mejillas.

12. Duelos

El primer día de septiembre Judith, de muy mal humor, paseaba por el camino de ronda. No sabía cómo hacer soportable el paso del tiempo. ¿Pasear a caballo? Ni los campos ni los caminos la calmaban. ¿Leer en la terraza? Arrojaba los libros por encima de la barandilla en cuanto empezaban a aburrirla. ¿Hacer ganchillo o bordar, labores en las que Hélène era maestra? Judith se pinchaba con las agujas y terminaba con las manos ensangrentadas. Entonces bajaba a las cocinas y ayudaba a Eleonora a limpiar los pollos con una rabia destructora que no le proporcionaba alivio alguno. Cuando ya no había más carne que cortar, se refugiaba en lo alto de las murallas y contemplaba el horizonte sin entender lo que esperaba. Sus noches estaban pobladas de incendios, de ciudades sepultadas por la lava de los volcanes, de montañas que se partían en dos y de niños descuartizados como en las viejas canciones. Judith quería un cataclismo.

Aquel día, el primero de septiembre, las máquinas de Guillaume de Salerac giraban como molinos frenéticos, agitadas por el viento del oeste, el del fin del mundo, que barría las colinas, arrancaba las ramas de los árboles y levantaba torbellinos de cenizas

en las chimeneas. Con el pelo revuelto, Judith sorbía el aire vivo que azotaba las torres. Más allá del ruido de las máquinas, le llegaba otro sonido metálico transportado por el viento. Intrigada, se asomó desde lo alto de las murallas y los vio, allí abajo: dos hombres con el acero en la mano bajo los árboles del huerto.

Rápidos y nerviosos, se detenían, se lanzaban a fondo, esquivaban y retrocedían súbitamente a mitad del combate. De los dos, el que llevaba un pantalón beis y una camisa de mangas ahuecadas se secó el sudor de la frente y aceptó con un movimiento de cabeza las explicaciones del otro, de pantalón y chaleco negros.

Judith se hundió en el interior del castillo y descendió todas las escaleras que encontraron sus pies hasta el salón, la terraza, la balaustrada, el huerto donde François rechazaba como podía las estocadas de su adversario. Apretó entre los dedos la crucecita que le colgaba del cuello y se mordió la lengua para que nadie fuese a decirle que soñaba, que su imaginación la engañaba aún o que estaba loca; que nadie fuese a contarle que el diablo jugaba con sus nervios y que la persona que daba una clase de esgrima a François en el jardín era una vez más Ménard, que Charles no estaba allí, que no había vuelto... El sabor a sangre le llenó la boca. Una alegría violenta la dominó.

—Librad en tercera, después detened —explicó Charles de l'Eperay a un François sin aliento.

Así lo hizo el alumno, y Charles interceptó acto seguido un contraataque inesperado.

—¡Ah, vaya! —se enfadó François—. ¿Cómo habéis sabido que me disponía a repetir el golpe?

—El sentimiento del acero, señor mío: lo he notado en la hoja de vuestro florete.

—¿De verdad? Supongo que eso se adquiere con la práctica.

—Es cuestión de ejercitarse. El acero llega a ser tan sensible como la piel.

Reanudaron la clase. Judith descendió hasta el jardín, caminó sin hacer ruido sobre la hierba seca y se recostó contra un ciruelo para presenciar la lección de esgrima. El señor de l'Eperay ejecutaba paradas de una maestría extraordinaria. En los bordes del chaleco negro el sudor moteaba apenas la espalda de su camisa.

—¿Estáis siempre tan atento? —preguntó François al ver que era imposible sorprenderlo.

—La vida puede depender de ello.

—¡Pero si os atacaran por detrás, ya estaríais muerto! —exclamó Judith, alzando la voz y cediendo a la comezón de su lengua.

Contra toda expectativa, Charles ni siquiera se estremeció.

—Seríais vos la muerta, señorita —replicó él—. Los ojos de vuestro primo me han revelado vuestra aparición y os he visto en el reflejo de mi florete antes de atacar.

Judith movió la cabeza, decepcionada por no haber conseguido el efecto de sorpresa, y a la vez impresionada, aunque vagamente molesta por el tonillo de superioridad que su interlocutor había adoptado al responder. Charles lanzó una estocada, François esquivó y retrocedió, y los dos contrincantes cesaron el asalto.

Entonces Charles se volvió.

Se dice que los basiliscos escondidos en el fondo de los pozos tienen el poder de matar con la mirada: mi madre debía de tener un animal parecido en las pupilas, porque el señor de l'Eperay quedó petrificado. Se sintió caer dentro de sus ojos como en un abismo, y cerrarse sobre él una noche desgarradora, como en otro tiempo,

mucho antes, en una vida de la que ya no conservaba recuerdos: una noche cargada de pesadillas en la que grababa palabras a tientas en el granito viscoso para no ser devorado por el infierno y las ratas, por el hambre que vuelve loco, por la espantosa necesidad de un fuego cerca de las manos, de un cuerpo, de un calor hecho piel... Se sintió traspasado sin remedio y se preguntó por qué había vuelto para exponerse a aquella herida. Judith también quiso saberlo.

—¿A qué debemos el placer de volver a veros? —le lanzó con una sonrisa.

¿Cómo manifestar el deseo brutal? No era posible explicarlo. Fue François quien lo sacó del atolladero con su jovialidad habitual:

—Figúrate que ayer encontré casualmente al señor de l'Eperay en Sarlat: hablamos un momento y le pregunté si tendría la amabilidad de darme una lección de esgrima.

—Qué feliz coincidencia...

Se miraron en silencio. Muchos años después, mi madre recordaría aquel verano y toda su vida en Castelroux con la sensación de no haber sido más que el germen de esa tarde, y hasta en los momentos en los que mostraría mayor audacia, como aquel mismo día, sus sentimientos le parecerían rodeados de altas murallas, apretados por collares asfixiantes, disfrazados por falsas solemnidades. En cuanto a mi padre, su impresión sería la de haber sido un renacuajo nadando en el fondo de una charca, incapaz de saltar fuera del agua, de respirar, de vivir fuera del fango.

El fragor de la tormenta retumbó sobre las colinas. Al alzar los ojos hacia los sombríos nubarrones, Charles escapó a la mirada embrujadora, temeroso ya del deseo de caer todavía más hondo.

—Va a llover —dijo François—. Deberíamos entrar.

—Podemos continuar si lo deseáis —respondió el otro,

dándose la vuelta.

Como François no se negó, cruzaron de nuevo el acero. Judith recorrió el huerto con la vista, decepcionada. Desde la boda de Hélène, la hierba se había agostado y en las ramas de los árboles sólo quedaban ciruelas demasiado maduras o picoteadas. Como estaba de más en aquella lección de esgrima, volvió hacia el castillo con la idea de ir a sugerir a su tía que invitase a cenar al señor de l'Eperay. Muy agitada, Anne se cruzó precisamente con ella en la escalera.

—¡Ah, Judith! ¿Dónde está tu primo?

—Fuera, con el señor de l'Eperay. Tía, como amenaza tormenta...

—Sí; ¡tu tío dice que se exponen a atraer los rayos con sus espadas! Pero era a ti a quien buscaba: tu padre quiere verte. Apresúrate, tiene su gesto más serio.

El gesto de Jean de Monterlant era, a decir verdad, peor que serio, y además no estaba solo en su despacho. Sentado junto a la chimenea apagada, descubrió a un anciano, engalanado con una lujosa casaca bordada, y las largas manos amarillentas extendidas sobre los brazos del sillón. Judith le saludó con una breve reverencia, convencida de haberlo visto en algún lugar, y Jean tomó la palabra:

—Acabo de cerrar con el barón de Beauvilliers un acuerdo que os atañe...

El barón asintió con una sonrisita aviesa. Judith entendió entonces sin necesidad de oír nada más: ¡era así como su padre había concertado el matrimonio de Hélène unos meses antes! ¡Ahora le tocaba a ella! ¡Jean de Monterlant la daba por esposa a aquel

espantajo! Agitó la cabeza, los brazos temblorosos.

—¡No! ¡No! ¡Jamás! —exclamó.

Y escapó, corriendo pasillo adelante. El dragón lanzó un rugido feroz y a continuación un largo gruñido, semejante a la amenaza de un felino que aprieta a su presa entre los dientes, hizo temblar las murallas. Violentas ráfagas de lluvia martillearon con fuerza los muros del castillo. Aturdida, Judith habría querido que las aguas desatadas derrumbasen la vieja fortaleza y que un nuevo diluvio se tragara el Périgord Negro.

Un ruido de botas resonó en el fondo del corredor. Judith volvió la cabeza, inquieta, y reconoció al hombre que avanzaba.

—¿Señor de l'Eperay?

Charles se detuvo. De la ventana situada por encima caía una luz desabrida que iba apagándose. Con el brillo de un relámpago, Judith vio recortarse su silueta, oscura bajo la luz, tentación sombría ofrecida por el rayo.

—Acercaos, hacedme el favor..

Pareció vacilar, pero después fue hacia ella en la penumbra como un animal dócil pero desconfiado. El trueno rodó sobre el espinazo del dragón y Judith se estremeció de pies a cabeza. Charles se detuvo al llegar frente a ella. El agua negra de su mirada lanzó destellos, como si algún monstruo nocturno rozase la superficie con su cresta escamosa.

—Venid —le susurró Judith.

Le tomó de la mano y lo arrastró hacia el fondo del corredor.

Después de correr el pestillo, se aplastó contra la hoja de la puerta y tiró con tanta fuerza de las mangas de su vestido que una de ellas se rompió; luego se descubrió los hombros y le ofreció el cuello.

—Besadme.

Con los ojos cerrados, Judith se esforzó por mostrarse voluptuosa. Que no preguntase, que obedeciera, que fuese el libertino que decían que era y que la llevase enseguida al sofá mientras Jean y el viejo barón discutían aún en el despacho vecino... Retuvo el aliento, esperando el ataque. Pero después de transcurrido un larguísimo minuto aún sentía sobre la piel el pesado aire del salón de música. Volvió a abrir los ojos, asombrada, y lo vio, blanco como una estatua de mármol, bajo la mirada sin brillo de las vidrieras medievales que las nubes oscurecían.

—¿No...?, ¿es que no os gusta? —balbuceó, la voz quebrada.

Charles tragó saliva y las palabras salieron de su boca, ahogadas y roncadas, como si una cuerda le apretara el cuello.

—Sabéis bien que sí...

—En ese caso venid, acercaos, tomadme en vuestros brazos y acostadme cuanto antes en ese sofá.

Sus ojos negros cayeron sobre ella como empujados por el viento de la tormenta, y recorrieron sus hombros desnudos y las curvas que palpitaban por debajo del borde del vestido. Al advertir el dije que colgaba en el hueco entre sus pechos, se quedó mirándolo con una extraña fascinación, tendió despacio la mano, tocó con la punta de los dedos la crucecita dorada, los angelotes gemelos que revoloteaban a un lado y otro de los pies de Cristo, la piel estremecida por debajo... Judith tembló. Cerró los ojos. Una lágrima se le desbordó de los párpados, le descendió por la mejilla y se le detuvo en el borde de los labios. Se abstuvo de beberla, con el

deseo de que viniera él a hacerlo, con la esperanza de que cediera a la sed.

—Será mejor que no —dijo él, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Todo lo contrario: prestadme ese servicio o me moriré de asco.

—No adivino vuestros motivos, pero dudo de que sea prestaros un servicio.

Judith volvió a abrir los ojos, desconcertada. Charles la miraba con expresión seria e insondable. Como de animal atrapado, a la vez temeroso y amenazante. La lluvia caía ya de manera suave y regular.

—No espero de vos que comprometáis vuestros sentimientos. Sólo quiero..., únicamente...

Frunció el ceño sin separarse de la puerta y suspiró.

—Me doy perfecta cuenta de lo que tiene de indecente mi petición... ¿Os acordáis del barón de Beauvilliers? En la boda de mi hermana estaba sentado a mi izquierda en la mesa de juego: arrugado y empolvado como una vieja marquesa, con dientes como clavos y un ojo muerto e inmóvil en medio de la cara.

—Con esa descripción que me hacéis, recuerdo mil.

—Pues bien, felicitadme: mi padre acaba de prometerme en matrimonio. Sin duda me ha buscado adrede el peor candidato. ¿Entendéis ahora la urgencia con que necesito unos brazos como los vuestros? Y si sentís escrúpulos, sabed que lo que os pido os comprometerá tan poco como la lección de esgrima que acabáis de dar a mi primo.

Charles tuvo un ligero movimiento de labios al que no se podría dar el nombre de sonrisa. Sus ojos volvían al dije, al

encantador vallecito entre los pechos de Judith.

—Pero no se trata del arte de tirar a fondo en tercera —afirmó, encontrando una repentina seguridad—. Y dudo ser un buen maestro en la materia.

Judith dejó escapar un gruñido de impaciencia.

—Descended entonces al salón y admirad a mi futuro esposo. ¡Un preceptor maravilloso, sin duda! ¿Queréis que aborrezca para siempre los placeres? ¡Yo que deseaba tanto disfrutar de las alegrías de la vida!

Charles debió de encontrar aquella filosofía ingenua o cándida, porque se la quedó mirando con mucha seriedad.

—Es cierto que la vida ofrece muy pocas alegrías, mi querida Judith... Pero si queréis poner en práctica vuestro hermoso epicureísmo, no veo más que un medio: casaos. En nuestros días las jóvenes lo hacen para coleccionar amantes lo más deprisa posible.

—Casaos conmigo —le lanzó ella sin vacilar.

No hubiera causado mayor efecto con una andanada de artillería. Charles se apartó y caminó despacio bajo la luz pálida de la tormenta.

—Eso es absurdo —exclamó, deteniéndose.

—¿Por qué? ¿Por qué no? Estoy segura de que vuestro padre os presiona para que lo hagáis. No os exigiré nada, y vos tampoco a mí. Viviréis donde os plazca y lo mismo haré yo. Vos seguiréis siendo libre y yo empezaré a serlo. Podríamos formar una unión perfecta y...

Judith se detuvo, por temor a creérselo ella misma.

—Y vos haríais de mí un ser peor de lo que ya soy —prosiguió él acariciando las teclas silenciosas del clavecín—. Celoso, posesivo,

irascible... No soportaría vuestro temperamento y a vos os irritaría mi carácter.

Judith apartó la vista, una sonrisa en la comisura de la boca.

—Habláis de rencores de amantes...

—Dejemos eso —respondió él, volviéndose de repente—. Vuestro barón es mucho mejor partido, os lo aseguro: a partir del día en que os convirtáis en su esposa, cabe apostar sin riesgo que no tendréis otra obligación que servirle sus tisanas. Y dispondréis en cambio de libertad para disfrutar de todos los placeres que os apetezcan. Con otros, por supuesto. Y podríais quedaros viuda muy pronto —profetizó, volviendo junto a ella—. Seríais entonces enteramente libre, joven y bella hasta hacer perder el sentido, es cierto, y sin duda rica si no os lanzáis a esa manía del juego. Creedme, un brillante porvenir os aguarda. ¿De qué os serviría yo?

Mientras le escuchaba, Judith se preguntó si Charles tendría razón después de todo. Así giraba el mundo. Aunque protestara contra Jean, quizá no tendría otra solución que aceptar su voluntad, de la misma manera que Guillaume aceptaba las leyes inmutables de la Naturaleza para trabajar en sus invenciones.

—No os he pedido opinión sobre ese matrimonio... Y, si queréis saberlo todo, creo que me casaré con el espantapájaros del barón por todas las razones que decís y que se corresponden con los dictados del sentido común. ¡Sea! Iré a buscar a algún otro: después de todo, cualquier lacayo resolverá el problema tan bien como vos, o quizá mejor. Y dado que dentro de pocas semanas podré tener todos los amantes que me apetezca, ¡comenzaré hoy mismo! ¡Gracias por vuestros consejos, señor mío, me habéis ilustrado de manera muy conveniente!

Dio media vuelta hacia la puerta, decidida a salir y a lanzarse

sobre el primero que llegase, aunque se tratara del odioso Ménard, pero enseguida cambió de opinión.

Como una veleta, giró de nuevo. Dio un paso hacia Charles de l'Eperay, le puso las manos en los hombros, sintió bajo los dedos su camisa húmeda y, a través de la tela, el calor de sus fuertes brazos que temblaban; sí, que temblaban. Entonces, envalentonándose, se alzó sobre la punta de los pies y lo besó de repente. Porque ya no tenía nada que perder. Porque iba a salir muy pronto de aquella habitación y quizá no volviera a verlo nunca. Porque había soñado con hacerlo al comienzo del verano y quería saber si la realidad tiene el mismo sabor que los sueños.

El mundo dio un vuelco, se incendió, se elevó con las olas. Con un impulso repentino, Charles la hizo retroceder hasta la puerta y la aplastó con todo su cuerpo contra la madera como la había aplastado —en sueños— contra el tronco de aquel árbol rugoso. Le oprimió la cintura entre las manos, le devoró la boca, los labios, los dientes e incluso la punta de la lengua, sumergiéndola toda entera en una noche deliciosa en la que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Si vais a buscar a algún otro, os mato... —le susurró en el cuello.

Judith creyó desfallecer, ardió de gozo, quiso invocar a Dios y a la Virgen santa, estaba transida de felicidad por el beso y tenía casi miedo, ya, de lo que había provocado. Lo mejor sería acabar cuanto antes. Lo antes posible.

—Venid entonces... Ese sofá ha esperado demasiado.

—No; aquí no.

—Entonces en mi habitación que está exactamente encima.

—En estos momentos os estarán buscando. Y nos encontrarían enseguida.

—Haré que os inviten a dormir aquí esta noche a causa de la lluvia. Me reuniré con vos más tarde...

—No. Hoy no.

Judith frunció el ceño. En su boca, el sabor dulce del beso se volvía agrio.

—¿Por qué? No entiendo nada de vuestras maneras de libertino.

—Si usara maneras de libertino, ya habríamos terminado y estaríais a punto de maldecirme... Me voy a quedar tres días más en Périgord. Si durante esos tres días seguís necesitando ese favor, os lo haré con gusto.

Agrio. Agrio y picante como las fresas podridas.

—Dentro de tres días el barón tendrá tres arrugas más.

—Entonces decidme dónde y cuándo... Y os juro que soñaré con vos durante tres días.

Concertaron un sitio donde reunirse la mañana del tercer día. Charles de l'Eperay se entretuvo aún en los labios desamparados de Judith, y luego salieron por separado del salón de música.

Anne de Salerac había insistido en ello, y dio órdenes para que los visitantes se quedaran a cenar y no se marcharan de Castelroux. La tormenta se había alejado a la caída de la tarde. Después de los arreboles del crepúsculo, una noche estrellada se extendía ya sobre el Périgord Negro. Era todavía la temporada de las cenas al sereno, pero Judith se puso un vestido más cerrado y se sujetó el pelo en un moño perfectamente disciplinado. Cuando apareció en la terraza lanzó una

mirada desdeñosa a Jean de Monterlant, hizo caso omiso de la sonrisa del barón de Beauvilliers y fingió no ver a Charles de l'Eperay que adoptó el mismo aire indiferente. Enseguida los llamaron para cenar.

Marthe y Guillaume se sentaron en los dos extremos de la mesa según su costumbre. Judith se colocó a la derecha de su tío y a la izquierda de François, quien, felizmente, le impedía ver al barón de Beauvilliers, situado en el mismo lado. Del otro se instaló Anne, a continuación el señor de l'Eperay, que tenía enfrente a François, y finalmente Jean, junto a Marthe y enfrente del viejo barón, con el que conversaba animadamente. Guillaume hizo servir un vino tinto de Bergerac para acompañar las entradas y las aves.

—A la razón universal —brindó, alzando su copa.

Los demás lo imitaron.

—Curiosa manera de bendecir la mesa —comentó la voz áspera del barón.

—Cuando el señor cura no cena con nosotros, a mi padre le gusta proporcionarnos una bendición filosófica —explicó François, sonriendo.

Guillaume bebió un sorbo, lo saboreó satisfecho y dejó la copa.

—Señor de l'Eperay, ¿cómo se encuentra nuestro Héroe de los Dos Mundos?

La mirada de Charles se volvió hacia el hombre de ciencia.

—Muy bien, señor: entusiasmado, como todos, con la convocatoria de los Estados Generales.

—Participaré sin duda en las deliberaciones, imagino.

—Es muy probable —confirmó Charles.

A su lado, Jean dejó escapar una risa sarcástica.

—Desde que, según afirma, ha *liberado* América, vuestro La Fayette querría convencer al rey para que se haga demócrata..., ¡y republicano!

Charles se volvió hacia su vecino pero se abstuvo de toda réplica.

—Llamar héroe a un hombre que ha conducido al país a la ruina —se indignó el barón— deja bien a las claras la estupidez de la opinión pública.

Charles examinó al anciano con ojos penetrantes, como los de un pintor que ejecuta un retrato o más bien los de un filósofo que estudia los vicios ocultos de un alma.

—Los ministros hacen lo mismo sin moverse de su sillón —replicó—. Ni defender ninguna libertad.

—¡Bah! La libertad... Bonito sentimiento, horrible política.

—La Fayette es bastante admirable en su calidad de oportunista —prosiguió Jean—. Ha conseguido hacer creer que luchaba por la libertad de los colonos americanos, cuando no hacía más que atender, como ahora, a sus ambiciones personales.

Charles, que se disponía a beber, dejó la copa sobre la mesa sin mojarse los labios.

—Señor, creo que conocéis mal al hombre del que habláis. Estoy en condiciones de garantizaros que sus convicciones son sinceras. Que a su padre lo mataran los ingleses es quizá el único motivo personal que le ha llevado a luchar contra la corona de Inglaterra.

Aquel súbito altercado había crispado el ambiente. Judith retorció su servilleta por debajo del mantel, pero fue Guillaume

quien intervino.

—He admirado hace poco, señor de l'Eperay —exclamó con tono desenvuelto—, la habilidad con que habéis dado una lección de esgrima a mi hijo, pero no os recomendaría que buscarais un combate singular con este oso que me hace las veces de cuñado... o este cuñado que me hace las veces de oso, no sé bien cuál de los dos. Es testarudo como una mula, os prevengo, y no conseguiréis en absoluto hacerle cambiar de opinión: llevo tantos años intentándolo... Enfrentaos más bien con el faisán que tenéis en el plato, un animal mucho más tierno. Y nada indigesto.

Jean arrojó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.

—¡Basta! ¡No estoy dispuesto a que me insulte un lunático ni a que me contradiga un bastardo!

Charles se inmovilizó, clavando la mirada, como un autómatas detenido, en el extremo de un tenedor depositado sobre la mesa. Judith vio rugir la tormenta en sus ojos y advirtió el temblor de su pecho como consecuencia de los esfuerzos que hacía por respirar con calma. En aquel instante nadie excepto ella presintió su furor —el que desplegaría más tarde, cuando el poder de condenar y de quitar la vida cayera en sus manos—, el impulso rabioso que le venía a la cabeza de clavar el tenedor en el cuello de su oponente.

Jean abandonó la mesa presa de una cólera bastante teatral. Guillaume de Salerac alzó los ojos al cielo y luego tiró a los perros el hueso que tenía en la mano.

—Dejadle hablar, señor mío... Un hombre sólo tiene que responder de sus propios actos, no de las acciones de quienes lo precedieron.

—Os expresáis como maese Lepailler, amigo mío —sonrió Anne.

—¡Ah, sí! ¡Gaétan! ¡Felizmente tenemos un filósofo en Sarlat!

La evocación del pintoresco librero sosegó el humor de los comensales.

—¿Y el señor de La Fayette conserva todavía a ese indio que le sirve de ayuda de cámara? —preguntó François para cambiar de tema.

Fue una transición acertada: Charles habló del indio y después se habló de otra cosa, se bebió sin tener sed y se comió por gula, y la cena transcurrió de forma placentera.

Judith, sin embargo, permanecía silenciosa. A medida que avanzaba la velada sus miradas volvían una y otra vez hacia Charles, y los ojos de este último se deslizaban más a menudo hacia ella. No se hablaban, no se sonreían, evitaban mirarse mucho tiempo, pero las copas de vino que se llevaban a los labios, los bocados que cortaban y se colocaban sobre la lengua, las carnes que se les deshacían en la boca parecían aumentarles el apetito en lugar de saciárselo, y sus ojos, más allá de las velas, se pusieron poco a poco a aullar como lobos.

Bajo el dosel de lienzo blanco, el tiempo corría a velocidad vertiginosa. Tres días volaron en tres minutos. Durante el postre llegó el momento. Judith tiró su cucharilla para el sorbete de miel y Charles su copa de aguardiente de ciruela. Los dos se arrojaron sobre la mesa, rodaron el uno sobre el otro entre la cubertería, las copas y las cestas de fruta, se desgarraron la ropa, se aplastaron la piel, una contra otra, entra las moras y las uvas, se devoraron una y otra vez con la boca bien abierta hasta no ser más que esqueletos enlazados.

Judith dejó que se le disolviera sobre la lengua una cucharada de sorbete de miel y Charles bebió lentamente su aguardiente de ciruela sin apartar los ojos de ella. Los demás, a su alrededor, no eran

más que siluetas parlanchinas que agitaban sus cubiertos, tan irreales como los perros que roían los huesos debajo de la mesa. Tres días. Bajo el dosel de lienzo blanco, las velas parpadeaban, impacientes y nerviosas, como el deseo de la carne, el ansia de desnudez, esperando su hora.

13. Dos últimos días

A la mañana siguiente Judith se despertó de muy buen humor, abrió la ventana de par en par y contempló el paisaje. «Dentro de tres días —pensó—. No, ahora sólo dos: pasado mañana...».

Sabía ya los gestos que haría: empezaría por ponerse el traje de amazona, las botas y los guantes de cuero; luego bajaría a las caballerizas sin llamar la atención, haría ensillar la yegua gris e iría a reunirse con él en lo más profundo del bosque, en aquel molino que ya no se utilizaba, donde la corriente del río había perdido fuerza. Una vez allí, ataría el caballo a una argolla de hierro; después no sabía más. Sabía sin saber. Presentía los gestos que todavía ignoraba: desnudar, acariciar, enlazar, agarrar, y la extraña sensación de estar perdida y, al mismo tiempo, de conocer el camino de memoria.

La mirada fija en el horizonte, su corazón se aceleró tanto que la arrancó bruscamente a su ensoñación. Apartándose de la ventana, vertió agua en la palangana de loza y se roció muchas veces la cara. Después se vistió y bajó a las cocinas. Eleonora preparaba mermeladas para el invierno. Al tiempo que bebía la leche cremosa del desayuno, Judith la ayudó a deshuesar una canasta de ciruelas. Se sorprendió al pensar que, más tarde, convertida ya en baronesa rica y

viuda, prepararía ella misma sus mermeladas para endulzarse las mañanas.

Iba a ser una jornada tranquila en el castillo, uno de esos días que la memoria olvida enseguida, dado que ninguna conmoción viene a alterar su curso. Guillaume de Salerac pasó la mañana preguntando por todas partes dónde le habían escondido el estuche de las plumas, porque había roto la última escribiendo a uno de sus misteriosos amigos y abría todos los cajones sin dejar de repetir como un desesperado el final de la frase inacabada para no olvidarla. La respuesta de que estaban en su sitio no le satisfacía en absoluto: había mirado ya mil veces y no aparecían. A las mil y una, cuando Anne abrió el escritorio, reaparecieron como por arte de magia en su cofrecillo.

—Pero ¿desde cuándo se guardan ahí?

Sólo a él, por supuesto, le sorprendió lo sucedido.

En el salón donde hacía tic-tac el reloj de pared, la abuela Marthe contradecía al señor cura. No debatían ningún asunto teológico, porque el buen clérigo que atendía a las necesidades espirituales de Castelroux habría sido incapaz de sostener tales disputas, sino que hablaban de conocidos de otro tiempo que no siempre habían llevado una vida ejemplar.

—¡No, no! —reía Marthe—. Armelle de Langes tuvo su tercer hijo cuando su marido llevaba once meses en campaña contra los prusianos. Era marzo del cincuenta y siete, durante la guerra de los Siete Años.

Judith escuchó a su abuela con perplejidad. Curiosamente, cuando la anciana evocaba un pasado antediluviano las brumas que ensombrecían su espíritu se disipaban y su memoria desarrollaba historias antiguas con la precisión cromática de un libro de horas

medieval. Pero si se le preguntaba quién había llegado la víspera al castillo respondía inexorablemente que Louison había dejado caer la vela al suelo, que Louison tenía bonitos cabellos que se desenredaba por la noche con su cepillo de marfil, que Louison se había marchado a Sarlat pero que volvería enseguida. Sí; repetía sin cesar que Louison volvería. Hablaba sin descanso pero nunca decía nada que sirviera para satisfacer la curiosidad de Judith. Repetía sencillamente aquel nombre de pila como para pedirle a Dios que le devolviera a su hija.

Al cruzar la terraza, Judith se encontró con François. Los brazos doloridos por los ejercicios de la víspera, le contaba a todo el mundo que ya cruzaba el acero con la misma pericia que el duque de Nevers, pero hacía muecas de dolor cuando imitaba las estocadas que había aprendido.

—¡Qué fanfarrón! —exclamó la joven—. ¡Estoy segura de que el señor de l'Eperay no tiene agujetas!

La aparición de aquel nombre en su boca le devolvió el recuerdo de los brazos cálidos bajo la camisa húmeda, de los labios conquistadores y voraces.

—Ese hombre no tiene ningún mérito: ¡su habilidad consiste en extenuar a los otros!

—¿Quieres dar un paseo? —propuso Judith enrojeciendo.

François declinó la invitación: se marchaba a Sarlat. Judith adivinó que iba a pasear su cansancio por la venta de la Vieille Ânesse, gran refugio de espadachines y bebedores.

A primera hora de la tarde Anne de Salerac bajó al caserío para visitar a la hija del granjero, cuyo retoño más pequeño tenía inflamadas las encías. Mientras tumbaba al niño de pecho para examinarlo, Judith, que la acompañaba, sentó sobre sus rodillas a su hermanito vestido de andrajos que jugueteó con sus bucles rojos.

—No creo que los lobos sufran tanto como los seres humanos por sus malditos caninos —suspiró Anne mientras volvían hacia el castillo.

Por suerte poseía una colección de hierbas medicinales que haría palidecer de envidia al señor de Buffon, porque el médico de Sarlat no acudía nunca a la cabecera de las gentes de la granja y el curandero, por su parte, tenía siempre alguna yegua que estaba de parto en otro sitio. Si bien Guillaume conocía los nombres latinos de las plantas, a Anne, en cambio, le interesaban sus virtudes curativas. Poco le importaba el nombre de las cosas con tal de que aliviaran. Preparó una pasta a base de camomila y se la entregó a su sobrina:

—Ten, llévasela. Y que le frote las encías cada hora hasta que se le calme el dolor.

Judith obedeció, admirando la devoción de su tía por las familias del caserío y preguntándose de pronto si también ella, cuando fuera baronesa viuda y rica, sabría hacer el bien, por poco que fuese, a sus gentes. De regreso al castillo se cruzó en el patio con su padre. Le dirigió un saludo cortés acompañado de una sonrisa, totalmente convencida de que Jean no volvería nunca más a causarle la menor contrariedad.

Llegada la noche, los Salerac cenaron en el comedor, porque la víspera Marthe se había enfriado en la terraza. El capellán los acompañó en aquella ocasión. La comida fue tranquila, a imagen de las veladas sin alegría ni tristeza que Castelroux albergaba desde hacía siglos.

Más tarde Judith se metió en la cama no sin antes releer la última carta de Hélène y contemplar el retrato de Louison. Dos días después, a primera hora de la mañana, se entregaría al señor de l'Eperay, para casarse luego con el viejo barón de Beauvilliers. Se marcharía, tendría tierras y bienes, sería viuda más pronto que tarde,

montaría un laboratorio en su castillo, construiría aerostatos, tendría numerosos amantes si eso le gustaba o ninguno si todos la aburrían, iría al teatro tres veces por semana, viajaría por países lejanos, visitaría la Arcadia y las Indias, vería el Pacífico y la Tierra de Fuego... En resumen, llenaría toda su vida de alegrías y cuando llegara la hora de la muerte, no la depositarían en la tierra, sino que colocarían su cuerpo en un globo tan grande que subiría hasta el cielo sin volver nunca a descender. Amén. Apagó la vela de un soplo.

Antes del alba la despertó una quemazón en el estómago, como si brasas al rojo vivo le royeran las entrañas. Se irguió, inquieta, con la sensación de haber caminado en sueños y de haber bebido el frasco de vitriolo que Guillaume guardaba en su laboratorio.

«No —pensó—, estaría muerta: ¿por qué iba a hacer una cosa así?».

Se levantó y se dirigió a tientas hacia la jarra de agua de la que bebió algunos sorbos. Después se sentó en el borde de la cama y se quedó inmóvil, escuchando el grito lejano de los pájaros sobre las torres. Detrás de las pesadas cortinas de terciopelo el día se despertaba lento y fúnebre. El sol no se dejaría ver, quizá lloviera. ¿Y si también llovía mañana?

No iría.

Perpleja, contempló el campo inundado de gris y no supo qué pensar. Después de verter agua en la jofaina de loza, emprendió la tarea de lavarse el pelo. Claro que iría; no le cabía la menor duda, lo había decidido. El agua fría, al caerle sobre el cuello, le hizo estremecerse. Con la cabeza inclinada sobre la jofaina, contempló sus cabellos rojos que flotaban en el agua como algas. Mañana, a la

misma hora, se enfundaría el traje de amazona, los guantes de cuero... Mañana, un poco más tarde, todo habría terminado. Volvería y se casaría. La vida que conocía habría terminado.

Envolvió los cabellos en un paño, los secó despacio y después los desenredó con el cepillo de marfil que había pertenecido a su madre. Gotas frías le cayeron sobre los hombros. Con aquel viento fresco que amenazaba levantarse, se exponía a atrapar un enfriamiento, a estar enferma mañana, a tener que guardar cama... Si no acudía a la cita, ¿se preguntaría Charles por qué? ¿Se inquietaría por ella? No; sin duda se marcharía sin decir nada, desaparecería, nunca volvería a verlo.

Se vistió y bajó a las cocinas, pero se tomó sin apetito el desayuno. A las mermeladas de la víspera les faltaba azúcar. Eleonora no estaba allí. Tenía que irse, abandonar aquel castillo y vivir otra vida..., pero ¿quién sería ella sin los Salerac y sin Castelroux?

—La señora baronesa de Beauvilliers —murmuró—; Judith de Beauvilliers...

Aquel nombre le hizo el efecto de una broma. Era tan falso como cubrirse el rostro con una máscara de nariz puntiaguda. No era el suyo.

Al abrir el costurero del salón, encontró una larga pieza de cuero flexible, con bolsillos de diferentes tamaños, perfectos para ordenar pequeños utensilios. Hélène había empezado a bordar el exterior con idea de hacerle un regalo a Guillaume, para sus instrumentos de cirugía. Dejándose caer en un sofá, examinó el sobrehilado sin terminar: dos serpientes de escamas azules enlazadas en torno a la vara alada de Mercurio. Judith no era tan hábil como su hermana pero, dado que sus días en el castillo estaban contados, decidió terminar aquella labor y regalársela a su tío antes de marcharse.

Haciendo acopio de toda su paciencia, se equipó de hilo azul y comenzó. Si hubiera sabido dónde se encontraba Hélène, habría podido pedirle consejo.

—Ah, Hélène, Hélène —murmuró mientras deslizaba el hilo por el ojo de la aguja—. ¿Cuántas horas pasaste bordando sola el hilo de tus pensamientos? ¿Fue así como tramaste tu huida? ¿Dónde estás, hermana mía? ¡Dime qué es lo que debo hacer!

Mañana a la misma hora... ¿Y si, al estrecharla entre sus brazos, Charles le propusiera llevarla lejos de allí? Disponía de los caballos, del vehículo, estaba acostumbrado a los caminos más allá de Périgord, disponía de un sitio donde vivir en París y de espléndidas relaciones, puesto que conocía incluso al indio del marqués de La Fayette. Judith aceptaría con agrado ser su amante durante una temporada, satisfacer sus gustos a cambio de un poco de libertad... Pero ¿después? Su porvenir era tan negro como el agua de un lago bajo la luna: por mucho que se inclinara, no distinguía más que el reflejo de su propio rostro desamparado.

—¡Ay, Hélène! ¡Vaya idea que has tenido dibujando este caduceo! Las escamas de esta serpiente me dejan los dedos hechos trizas.

De todas formas, el señor de l'Eperay no le propondría llevarla consigo: ¿de qué le serviría en su vida licenciosa? ¡Que la peste se llevara a los libertinos! ¿Y qué tenía ella que ver con él? ¿Por qué diablos lo había mezclado en sus asuntos? Dos días antes el mundo se hundía bajo sus pies, ¡y a ella no se le había ocurrido nada mejor que echarse en brazos del primer recién llegado! Pero ¿por qué lo había arrastrado hasta aquel gabinete de música? ¿Por qué las ideas que le germinaban en la cabeza la empujaban siempre a hacer cosas extravagantes? Subirse a máquinas voladoras, besar al primero que se ponía a su alcance... Porque no reflexionaba, ¡no había otra razón!

¡Porque tenía cabeza de chorlito, ni más ni menos! Porque sus humores cambiaban con la lluvia y el buen tiempo, en razón de un sueño o de un vaso de vino... ¡Dios del cielo! Se volvía a ver, suplicante, llorosa, casi de rodillas para que aquel petimetre se dignara besarla. Pero ¡qué idiota! ¡Qué pava estúpida sin dos dedos de frente! Y aquel buen señor que se hacía el desdeñoso: *no, aquí no, ni tampoco ahora...* ¿Era ella menos que una moza de cuartel? ¿Valía menos que una ramera? ¿Ni siquiera sentía por ella la urgencia del perro por la perra? Era, era...

—¡Grrr! ¡Al diablo este bordado!

Arrojó la labor con mano colérica en el momento en que un carruaje entraba en el patio. Judith se precipitó hacia la ventana y vio apearse a un anciano que echó a andar con dificultad, apoyado en su bastón. La joven contuvo un suspiro: aquel horrible barón tenía ya la habilidad de presentarse cuando menos se le esperaba.

Comprobó su aspecto en el espejo, puso orden en sus cabellos y dio unos golpecitos a los pliegues del vestido. Había llegado el momento de conocer mejor a su encantador marido. Después de respirar hondo, se lanzó decidida al corredor. El ayuda de cámara de Jean recibía ya al viejo barón en la entrada. Judith se detuvo bruscamente, dio media vuelta y se escondió de un salto detrás de un ángulo de la pared, paralizada, incapaz de dar otro paso más hacia el ser achacoso que ascendía ya la gran escalera.

En el silencio del castillo, oyó el martilleo irregular de los zapatos y del bastón del aristócrata sobre los fríos escalones. Los pasos renqueantes resonaban lentamente, los escarpines charolados hacían tac tac, la punta metálica del bastón, toc, tac tac, toc... Hubiera querido que se acelerasen, que el paso se rejuveneciera y recobrase vigor, que piernas sólidas subieran los escalones de cuatro en cuatro y que se oyera cómo unas botas de oficial recorrían el pasillo allí

arriba y Charles de l'Eperay empujaba como un huracán la pesada puerta del despacho de Jean: «Señor, vengo a pedirlos la mano de vuestra hija o, más bien, no os pido nada, porque la queréis tan poco que tenéis menos derechos sobre ella que yo. Vengo a tomarla porque es mía. Es mía desde toda la eternidad y lo será siempre, y si hacéis cualquier cosa, por poco que sea, contra ese destino, os mato sin contemplaciones».

Los pasos en la escalera habían cesado.

La verdad fulmina. Su luz es tan intensa que sólo deja cenizas en el fondo de los ojos. Igual que en el instante en el que abandonó la capilla, Judith contempló, estupefacta, la inmensidad de su amor.

Entonces, como bajo el peso de una alucinación, atravesó despacio los corredores, subió a su habitación, se sentó delante de su escritorio, preparó unas cuartillas, la pluma y la tinta, y dejó que su mano escribiera sin pensar.

Al día siguiente iría a la cita, pero sólo para entregar a Charles aquella carta. Para que supiera. Para darle a conocer la incandescencia. Después Judith desaparecería y el resto de su vida carecía ya de interés para ella.

Señor:

Cuando leáis estas líneas espero estar lejos de vos. Os mentí el otro día en el salón de música. Interpreté una comedia ridícula y pronuncié palabras tan contrarias a mis ideas como a mis sentimientos. Fuisteis bien prudente, y más consciente que yo misma de mi confusión, al concederme este tiempo para reflexionar. Y puesto que estáis leyendo esta carta, sabréis ya que he cambiado de opinión.

Sí; os mentí cuando os dije que este asunto no era una cuestión de sentimientos. Cuando os expliqué que sólo esperaba de vos un servicio que cualquier hombre habría podido hacerme. No os enojéis: no me daba cuenta yo misma de las mentiras que os contaba. Porque la verdad es que siento por vos una preferencia que no me inspira nadie más. Aunque fueseis el peor de los asesinos, me dejaría morir por estar entre vuestros brazos. Pero la idea de que pudiéramos convertirnos en marido y mujer provocó vuestras risas. Os costó incluso aceptar el papel de amante pasajero. Evitáis los lazos como el animal huye de la boca de las armas de fuego y tenéis razón... Acepto hoy lo bien fundado de vuestras reservas. Prefiero abstenerme de la fiebre de conoceros mejor, de una dulzura momentánea que adivino ya tan traidora como aquel vino que bebimos juntos. No os dije más que una sola verdad en aquel salón: mi deseo de saborear las alegrías de la vida, porque creo que existen... Seríais una felicidad demasiado intensa. Destruiríais todas las demás.

Sed bueno, haced que nunca volvamos a vernos, evitad los caminos por los que yo pueda pasear y los castillos en los que pueda habitar. No me alcancéis de nuevo, no me persigáis, huidme tanto como yo os huyo, porque si os vuelvo a ver un día podría creer que voy a amaros toda la vida.

Pero soy una loca, quizá, al imaginar que queréis perseguirme y alcanzarme. Loca, sin duda, por deciros todo esto, por escribíroslo. Acabo. ¿Qué puedo decir de más que no sea un nuevo extravío?

Al alzar la pluma Judith buscó las últimas palabras que

pudiera agregar, pero sólo se le ocurrió añadir su nombre. Dobló la carta con un extraño alivio, como produce alivio ser condenado por el asesinato de un tirano.

Su tía la llamó. Sobresaltada, disimuló la carta contra su pecho. Algunos instantes después descendía al caserío para llevar una nueva pomada al hijo de la granjera. Las encías, menos enrojecidas, no le hacían sufrir ya. Le había salido el diente.

Fue a su regreso cuando Jean de Monterlant cayó sobre ella. Lo hizo en el patio del viejo castillo: mientras se dirigía hacia la pesada puerta de entrada, salió él y la interpeló desde lo alto de los escalones. De lo que iba a seguir Judith se acordaría siempre como los fantasmas se acuerdan del día de su muerte.

—¡Ah! ¡Por fin os encuentro! Verdaderamente no sé qué voy a hacer con vos.

Judith se detuvo, desconcertada. Tratando de descubrir su falta, advirtió que el carruaje del viejo barón había desaparecido. Supuso que los dos hombres la habían buscado y no la habían encontrado y que no se necesitaba nada más para que estallara la cólera de Jean. Tragó saliva, dispuesta a mostrarse dócil, y eligió las palabras que iba a decir.

—Anne me ha mandado al caserío... Lamento que el barón se haya marchado, porque hubiera deseado saludarlo y excusarme por mi reacción de anteayer... No me opongo a vuestra decisión y acepto casarme en la fecha que os parezca oportuna.

Jean frunció el ceño.

—¿Que hacéis qué? ¿Que aceptáis qué?

—Acepto ese matrimonio.

Jean abrió desmesuradamente los ojos y a continuación lanzó una sonora carcajada.

—¡Ah! ¿Porque creíais que os había pedido en matrimonio? Venía a proponeros entrar como dama de compañía al servicio de su hija, la duquesa de Salicourt, que está enferma. ¿Pensabais que quería casarse con vos? ¡Jamás un aristócrata como él querría a una lamentable criatura, a una recogida como vos!

Su voz seca rebotó contra los muros del castillo, hasta el punto de que Judith oyó cómo todas las torres y las almenas repetían a coro las palabras que Jean le arrojaba al rostro. Lamentable. Criatura. Recogida.

—No... No os entiendo.

Pero su voz temblaba como si, bien al contrario, entendiera.

—¡Haceos la idiota! ¡Como si no supierais que se os recogió en ese maldito bosque!

—Que...

—¿Cómo? ¿No habéis oído nunca decir que Guillaume os encontró en el bosque?

¿Por qué hacía tanto frío de repente? Era un frío como de nieve que no venía de ningún sitio, un frío de viento polar que soplaba bajo su piel y que la helaba desde el interior.

—Guillaume es mi tío...

—¡Guillaume os encontró! ¡Id a preguntárselo! Os encontró perdida en el bosque y os trajo al castillo.

—Lou... Louison era mi madre...

—Os hemos visto todos por vez primera el 5 de mayo del año

setenta y tres. ¡Pardiez, claro que me acuerdo!

—Vos... sois mi... p...

Tiritaba tanto que balbucía, tartamudeaba, aterida.

—Demonios, ¿en qué idioma os lo tengo que decir? ¡No sois hija de nadie!

Hielo en la sangre. Hielo en las venas. Hielo hasta en el corazón como un árbol helado.

—No erais más que una especie de salvaje y, en el fondo, aún lo seguís siendo. Habríamos debido entregaros a las madres agustinas, pero Louison quiso que os quedarais. ¡Menudo negocio! Ya estaba loca de atar, y enferma, y no había nada para curarla. Louison os mimó de una manera absurda hasta su último aliento... Y los otros, los Salerac, Anne convencida de que erais de buena familia y de que un día alguien vendría a reclamaros...

Dejó escapar un suspiro de agotamiento.

—Pero nadie ha venido nunca. Nadie. ¡Habéis seguido bajo nuestro techo y aquí continuáis todavía!

De repente, volvió el dedo índice hacia su propio pecho.

—Pero yo, precisamente yo, me he visto obligado a daros un apellido —exclamó con ojos ardientes de indignación—. He hecho que os dieran una educación, que aprendierais a leer y a escribir, os he enviado con las monjas y ¡estaba encantado de que el barón de Beauvilliers os propusiera un empleo respetable y nos librase de vos!

Echaba espuma por la boca como un toro furioso mientras recobraba el aliento.

—Ni un solo instante, durante todos estos años, he dejado de pensar que Guillaume habría acertado abandonándoos entre las

malas hierbas donde os encontró... Pero dado que estabais entre nosotros, hice todo lo necesario por vuestro bien. A pesar de vuestro carácter, que me resulta por completo insoportable. Ah, sí, podéis aborrecerme, señorita, porque no tenéis la menor gratitud, ¡pero soy el único, aquí, que se ha ocupado de vos! Guillaume, vuestro querido tío Guillaume, ¡no ha asumido nunca otra responsabilidad que la de complicarnos la vida con vuestra presencia! ¡Y para todos los demás no habéis sido nunca más que un perrillo que se recoge en un arroyo y al que se acaricia porque se le encuentra bonito y divierte a todo el mundo!

Agitó la cabeza.

—No; no sois una Salerac: los Salerac no os adoptaron. ¡Soy yo quien lo hizo! Y era necesario que lo supierais porque vuestra insolencia en el trato conmigo es de todo punto intolerable. No se os ocurra imaginar que espero recibir de vos la menor muestra de agradecimiento. ¡No espero nada de vos! Os detesto tanto como vos a mí y será siempre así. ¡Y ahora largo! ¡Fuera! ¡Desapareced! ¡Quitaos la vida! Ya os he visto más que suficiente por hoy.

14. La casa del ahorcado

Charles llegó el primero al lugar de la cita.

Después del puente de Vaudrac siguió río arriba, como ella le había indicado, atravesó, a continuación, el bosque siguiendo el curso del agua y, al cabo de una legua, encontró un gran edificio en ruinas: entre cielo y agua, algo así como un molino abandonado. Ella lo había llamado «la casa del ahorcado».

Charles echó pie a tierra y acarició el lomo de su caballo, al que encontraba más nervioso que de ordinario. Inmóvil, escuchó los ruidos a su alrededor como un cazador al acecho y escudriñó el paisaje, la profundidad del follaje, el reflejo cambiante del agua, la calma aparente... Aquel sitio tenía aspecto de ser una guarida de bandoleros. Lamentó de repente no llevar armas, ni daga, ni pistola. Ocupado por otros pensamientos, no había considerado los posibles peligros. No conocía el bosque ni la comarca, pero sabía que en el país había problemas por todas partes. El desorden de la Contrata General, la mala gestión y los impuestos exorbitantes favorecían los mercados clandestinos y el contrabando. Se atacaba con frecuencia los puestos regionales de aduanas y los barcos que iban y venían por el Dordoña cargados de mercancías constituían presas apetecibles.

De pronto Charles se sintió tan inquieto como su caballo.

Enrolló las riendas del animal en una rama y después dio la vuelta en torno a las ruinas caminando despacio, preparado para la réplica. Era capaz de defenderse con los puños. También era capaz de romper el cuello de un hombre. Pero no quería que Judith tuviera que enfrentarse a un lugar repleto de sorpresas hostiles. Si varios bandidos los atacaban, no podría defenderse y defenderla a ella a la vez. Sería necesario matar a alguien deprisa, con la esperanza de que a ella no le hicieran daño durante aquel tiempo, que no estuvieran armados hasta los dientes... Era una locura haberse citado allí. Sería mejor que Judith no se presentase.

Se trataba, en efecto, de un antiguo molino. Charles vio la vieja rueda de madera que yacía en una charca de agua verde: un brazo muerto del río. Por la entretejida abundancia de hiedra que la cubría, calculó que llevaba sin girar una quincena de años. No había huella alguna de pasos en el barro seco, ni cerca de los hoyos que retenían el agua de lluvia de los días precedentes. Charles regresó junto a su caballo. A excepción del lugar por donde él había llegado, las hierbas altas no estaban ni pisadas ni inclinadas. Se sintió más tranquilo, pero todavía nervioso.

Decidió inspeccionar la casa.

La puerta entreabierta estaba bloqueada, los goznes oxidados, de manera que tuvo que derribarla golpeándola con el hombro. Algunas ratas huyeron al entrar él en una gran habitación vacía, gris, iluminada por una luz verdosa que caía por ventanas casi cubiertas por la vegetación. Al fondo distinguió una chimenea sin llares ni caldero. Ningún mueble. Y el esqueleto de una escalera que subía hacia el piso superior, pero de la que faltaban casi todos los escalones, hundidos, arrancados o rotos.

Al alzar los ojos Charles reparó en los restos de una cuerda

atada a la viga más gruesa. La casa del ahorcado, había dicho ella. ¿Qué era lo que había sucedido?

Algo en el aire le recordó de pronto sombras muy antiguas. Antes de convertirse en el heredero del conde de l'Eperay, fue durante mucho tiempo un huérfano cuyos padres habían muerto en un incendio, atrás, muy atrás en su infancia. No sabía ya ni cuándo ni cómo. El fondo de su memoria se parecía a aquel molino en ruinas: contemplaba vestigios que no entendía y todo olía al cieno de los ríos muertos.

No era un sitio para Judith.

En la habitación contigua, más pequeña, encontró el mismo vacío.

Su mirada recorrió los cuatro muros con la esperanza de que la decoración le ofreciera algún alivio. Ni mesa ni silla. Ni cama ni jergón. Y el suelo sembrado de escombros. Paseó por el piso unos ojos cargados de aprensión; y se imaginó tumbándola, vio su rostro enrojecido y sus cabellos deshechos entre el polvo, oyó los gemidos ambiguos que parecían súplicas de dolor y sintió casi las gotas de su propio sudor que caerían sobre ella dentro de poco... Un hambre espantosa le azotó la sangre. Más valía que Judith no viniera.

Acalorado por aquellas ideas, salió de la casa. La luz se doraba por encima de los árboles. Pegándose al muro se dispuso a esperar con toda la paciencia que hiciera falta, hasta la noche, quizá. No tenía nada mejor que hacer.

Un ruido de cascos le hizo alzar los ojos. Un caballo gris salió del bosque. Quizá porque no creía que fuese a suceder, necesitó un tiempo infinito para reconocer la silueta frágil que lo montaba, perdida en un traje de amazona demasiado grande para ella y de un estilo un poco trasnochado, como si hubiera pertenecido a otra

persona y hubiese caído sobre sus hombros por razones de economía. Sus cabellos recogidos no reflejaban luz alguna. El tricornio negro inclinado sobre la frente disimulaba su mirada.

Judith detuvo el caballo y se deslizó hasta el suelo, ató al animal y después avanzó lentamente hacia él. A Charles le sorprendió encontrarla cambiada, aunque no habría sabido decir en qué consistía la diferencia. Estaba pálida. No sonreía. Tenía ojeras, como si hubiera pasado la noche en vela. Sus ojos mismos parecían dos charcos opacos.

—No sabía si vendrías...

Judith no respondió. Se contentó con mantener dulcemente la mirada. Estaba hermosa, pero con una extraña belleza indescifrable. Pensó entonces que sólo había acudido por fanfarronería, para demostrar su obstinación a la hora de mantener la palabra, aunque se tratase de una promesa absurda.

—No estáis obligada...

A manera de respuesta, Judith bajó los ojos, se dirigió hacia la casa y desapareció.

Charles miró los caballos atados, el bosque, la densidad del follaje y la siguió al interior.

Con la cabeza inclinada hacia atrás, Judith contemplaba la cuerda del ahorcado. Charles admiró la larga trenza roja que le caía recta por la espalda y se preguntó qué hacer, qué gestos utilizar. Sólo se le pasaban por la cabeza estrategias militares. No habría debido venir. Sin decir una palabra, la muchacha volvió a medias el rostro hacia él, se despojó de los guantes de equitación, los metió en el tricornio y lo arrojó todo al suelo en un rincón.

Una rata salió de un montón de tablas hundidas y echó a correr siguiendo la pared. Charles saltó y la aplastó de un puntapié. Judith

no pestañeó siquiera. Su rostro, de perfil, no manifestó ni repugnancia ni miedo. Ni alivio ni alegría. Ningún deseo tampoco. Su rostro no indicaba nada en absoluto.

Charles se preguntó si era el momento de tomarla en sus brazos y de besarla, si era eso lo que ella esperaba. En la duda, no lo hizo. Se sentía incapaz de los gestos de ternura que sólo había visto en el teatro y dudaba de sus dotes de actor. Ella se volvió hacia él, siempre sin pronunciar una sola palabra, comenzó a desabrochar los botones de su vestido, despacio, como se firma una capitulación inevitable. Charles reconoció el destello dorado del dije, después Judith dejó al descubierto los hombros y el busto, los pechos dirigidos hacia él, el vientre estremecido... Tenía una piel lechosa constelada de minúsculas manchas rojas que parecían gotas de miel, una piel que Charles adivinaba suave como la de los melocotones, perfumada como las patas de los perros que han corrido sobre el tomillo y tibia como las piedras de las chimeneas. Los latidos de su corazón se aceleraron y algo se le calentó en el estómago semejante a un alcohol denso.

Avanzó hacia ella, se quitó la capa y la arrojó al suelo. Posó las manos sobre sus hombros frágiles e hizo que se arrodillara para sentarse, después se sentó con ella sobre la capa mientras Judith terminaba de sacar las piernas del vestido y deslizaba las enaguas por encima de las caderas. Él la ayudó a desnudarse con nerviosa solicitud, la sangre encendida, casi ciego ya.

Cuando estuvo completamente desnuda, tumbada sobre la capa, Charles se sintió al borde del abismo y se dio cuenta de que temblaba de miedo. Los animales se aparean sin temor, empujados por un instinto natural, pero el suyo, su instinto, había perdido toda medida desde hacía mucho tiempo: el animal en él era un tirano, un demonio, una bestia sombría que se arrastraba por las cuevas.

Inclinándose sobre su cuello, se esforzó por besarla con dulzura.

Allí estaba, la cabeza recostada sobre el suelo polvoriento, abandonada a él como una marioneta al titiritero, como un cuerpo empujado por el agua. Oh, Judith, maravillosamente dulce, maravillosamente inofensiva, entregada por completo a su voluntad, sin otra exigencia que la de dejarle hacer a su manera, felicidad impensable... El licor subió de graduación, el deseo le quemó los ojos y todo se hizo fácil. Charles se desabrochó con premura y se colocó sobre ella con avidez.

Hubo un desorden, algo semejante a un combate en el que luchó solo. El silencio le aturdió y el polvo del suelo hizo que le picaran los ojos. Se agarró a las caderas que lo acogían y sólo fue consciente a medias del estrago que causaba.

Charles fue sin duda violento aquel día y se reprocharía a menudo más tarde el furor excesivo de aquella primera vez, incluso aunque Judith, por su parte, nunca lo recordaría así: quizá porque aquella violencia le proporcionó entonces, sobre aquel suelo deteriorado y polvoriento, una nueva exaltación, un goce tan bárbaro como inolvidable —a él que no había conocido hasta entonces más que voluptuosidades distantes, jugueteos pasajeros, caricias rápidas en las que la piel se roza apenas, donde las bocas no se saborean, con criaturas demasiado maquilladas, de sonrisas falsas, de risas exageradas, que recurrían a la vulgaridad para aparentar amistad, al interés para fingir ternura, a las gotas de aceite perfumado para reemplazar el deseo, unas monedas de oro para hacerle olvidar el dolor de respirar solo en la oscuridad, a él que no había tenido derecho más que a uñas siempre al borde del araño, a manos dispuestas a robarle, a familiaridades hostiles, a embriagueces adulteradas como el alcohol de los contrabandistas, y nada de desnudez —jamás—, él que nunca se quitaba la camisa, él que sólo se

abría la cintura del pantalón, que no quería exponer su piel desnuda, que no quería sentirse en carne viva y que incluso aquel día, en la casa del ahorcado, había seguido casi completamente vestido sobre el cuerpo desnudo de Judith, como si la delicada tela de una camisa pudiera protegerlo como una armadura, él que se moría de hambre, que quería el infierno porque el infierno estaba en él, saboreó de repente las delicias de un cuerpo hecho para él, que se le ofrecía por completo, que se le daba del todo, tierra sobre la que ser rey — ¡reinar en Judith! —, donde las maldiciones se mudaban en éxtasis. Había encontrado la puerta secreta del paraíso.

Tardó mucho en darse cuenta de que ella no había reaccionado. De que no había gritado, ni jadeado, ni gemido, que casi no se había movido. Se alzó sobre los codos y la miró con insistencia, dominado por el miedo. Él estaba en su cuerpo pero ella no estaba allí. Estaba como muerta, yacía muerta bajo su abrazo, viva pero muerta.

—¿Judith?

Miraba hacia un lado. La confusión que advirtió en sus ojos le resultó indescifrable. Le acarició el rostro, que estaba frío, pero tampoco se movió.

—¿Judith?

Entonces la golpeó. Su mano chocó con sus mejillas pálidas, una vez, después dos, más fuerte, como se despierta a una desvanecida. Volvió a abofetearla. Ella abrió la boca y respiró bruscamente como esos ahogados a los que se saca de las olas, agonizantes y repletos de agua. Se agarró a él y le apretó, sobresaltada. Un espasmo salvaje dominó de pronto a Charles, y se sintió gozar con un rugido que hubiera querido repetir al instante mil veces. Judith se estremeció toda entera, un largo gemido brotó de su garganta. Un cúmulo de lágrimas brillantes se le desbordó de los ojos. Charles quedó horrorizado.

—No deberíais haber venido... No era necesario..., no era necesario...

Se apartó de ella, se arrancó de sus brazos, hubiera querido huir al otro extremo del mundo. Más habría valido que aquel molino fuese un refugio de bandoleros. Más habría valido que los hubieran atacado. Que los hubiesen asesinado. Que lo hubieran matado a él y que hubiesen sido otros los que la violaran.

Sentado junto a sus muslos enrojecidos, Charles vio el cadáver de la rata aplastada y la adivinó extendida tras él como otro cadáver que también habría muerto por sus manos. Pero ella se movió, le rozó sin decir una palabra y se puso en pie. Vio inclinarse su cuerpo desnudo mientras recogía del suelo el vestido, vio sus cabellos, sus pechos, sus magníficas piernas desnudas y supo que le sería imposible amordazar al animal feroz que aullaba en su interior: que era suya, que la deseaba aún, que quería tenerla en sus brazos y en su boca, que no podía abandonarla así y dejarla partir, que debía retenerla allí, en aquel momento, alzarse y apropiársela, tomarla aún y matarla aún.

Pero no se movió. Permaneció inmóvil como un autómata roto, presa de su maldición.

Ella se volvió a vestir. Abrochó uno a uno los botones del vestido, recogió el tricornio lanzado al suelo y finalmente miró a Charles. Tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes, la tez de un color más vivo que al llegar. Lo miró con una extraña dulzura, como se contempla el crepúsculo de un bello día que no volverá nunca. Luego se puso el tricornio en la cabeza, se dio la vuelta y salió de la casa del ahorcado.

En el silencio perfumado de su cuerpo, Charles oyó alejarse al caballo. Supo que nunca volvería a verla. Su dolor fue indescriptible.

15. Después de la derrota

La noche de su cita con Judith en la casa del ahorcado, Charles de l'Eperay volvió a visitar a las prostitutas de Bergerac. Las dos jóvenes con las que había conversado dos noches antes lo rodearon de sonrisas y de preguntas.

—Y bien, caballero, ¿qué tal resultó vuestra aventura galante?

Charles no respondió. Se sentó en un cómodo sofá entre la chimenea y el clavecín, hizo que le sirvieran vino y bebió, sencillamente eso: bebió, mirando a su alrededor a los candelabros de luces temblorosas, a las mujeres desnudas con pelucas rizadas y a los hombres grotescos que gruñían como cerdos. Se negó a dejarse tocar y no aceptó la invitación a ninguna clase de juego, pagó incluso para que se le dejara en paz. Pasó allí toda la noche, contemplando las caricias y los placeres de los otros como quien se cauteriza una herida, incapaz de hacer nada, incapaz de regresar a Vaillac, y sin llevarse a los labios otra cosa que el cristal tallado de una copa y el líquido color de miel del vino blanco de Bergerac. Estaba absorto en tantas impresiones fugaces que no pensaba en nada. Tenía necesidad, simplemente, de rodearse de jovencitas alegres y de ancianos risueños: de miserables, en el fondo, tan desdichados como él.

16. Después de la muerte

La noche de su cita con Charles de l'Eperay en la casa del ahorcado, Judith entró en el laboratorio de su tío, abrió la vitrina de los alambiques, se apoderó del frasco de vitriolo y se lo bebió entero. Algunos instantes después, presa de quemaduras y de espasmos, rodó sobre las piedras frías del corredor, volvió a ver los bosques impenetrables, su vuelo en globo, los cabellos negros sobre su rostro, y murió.

Un mes más tarde, los hombros cubiertos por una esclavina morada, contemplaba el final de la tarde desde el camino de ronda. El aire le traía el olor de la madera carcomida, de la tierra húmeda y de las setas que crecían en el fondo de los vallecitos. Las golondrinas que anidaban bajo las cornisas revoloteaban alrededor de las almenas y se alzaban en espiral hacia el cielo de color naranja rayado de nubes grises. Era placentero respirar.

Mientras seguía con la mirada el vuelo de los pájaros, Judith se asombraba aún de haber vuelto a abrir los ojos un día después de su

muerte, ardiente como una brasa, mientras su cama cabeceaba como una chalupa en medio del océano. Alguien la miraba fijamente con ojos redondos de pájaro curioso. Anne de Salerac. Mi tía, pensó Judith, acordándose acto seguido de que aquello no era cierto y cerrando de nuevo los ojos para morir.

—Tranquila, pequeña, no te muevas... Bebe...

Desconcertada, Judith sólo redescubrió el significado del verbo *beber* cuando sintió el contacto de la loza con sus labios pastosos. Una mano que no venía de ningún sitio le sostuvo la cabeza. Bebió despacio, a sorbos pequeños. El brebaje, al deslizarse caliente por su interior, le formó una garganta, un vientre, un estómago. Le dejó en la boca un gusto a hierbas indefinibles. Estaba bueno. El calor le llegó hasta la punta de los dedos de los pies. Se derrumbó de nuevo sobre la almohada y miró a su tía sin verla.

—¿Qué hiciste ayer? —le preguntó con dulzura una voz que salía de aquella presencia.

La casa del ahorcado. La rata aplastada. El cuerpo febril sobre el suyo.

—¿Por qué te hemos encontrado allí arriba, inconsciente?

El vitriolo. Su muerte. Su vida anterior.

Despacio, Judith abrió la boca para articular las palabras que se le atropellaban en el límite de los labios.

—Me hallasteis en el bosque... nadie ha venido a reclamarme... nunca...

Una ola inmensa alzó la cama. Judith volvió a cerrar los ojos, dominada por las náuseas, sintiendo estallar bajo su frente miles de proyectiles. Una mano suave le acarició el rostro.

—Duerme. Olvida eso... Hablaremos más tarde.

Se durmió enseguida y permaneció enterrada bajo la ropa de la cama casi un mes, en un confuso estado de hibernación mezclado con fiebres y temblores.

Padecía eso que los mejores libros de medicina llamaban una «fiebre irritante», pero estaba igualmente atormentada por los vértigos, no se sostenía sobre las piernas, había perdido el apetito y, al parecer, la capacidad de ingerir alimentos: tan pronto como se tragaba lo que le ponían dentro de la boca, lo vomitaba, para gran desconcierto de Eleonora que no sabía ya qué preparar para la señorita Judith, una persona que siempre había tenido «buen diente y buen estómago» y gran perplejidad de Anne, que la alimentaba a base de caldos ligeros, de sopas y después de purés, como si se tratara de una niñita que no supiera comer. Tampoco sabía dormir. Dormitaba de la mañana a la noche escondida bajo los edredones y después se pasaba la noche sentada sobre la cama, los ojos abiertos como una lechuza, suspirando y gimiendo. Tenía languideces inexplicables, dejaba de hablar durante varios días y se quejaba de repente de dolores atroces en las encías, en el vientre, en las muñecas, por todas partes, y se golpeaba la cabeza contra los bordes de la cama como una desesperada. Cubierta de sudor, sus crisis de tristeza eran inconsolables. Lloraba mucho. Parecía a veces implorar en silencio que acudieran a socorrerla, pero tan pronto como alguien cruzaba el umbral del cuarto, su rostro ya blanco palidecía aún más a causa de la decepción, y sus ojos, alzados hacia la puerta, volvían a caer blandamente sobre las almohadas. Entonces gruñía y se agitaba como una zorra cazada a lazo y rechazaba toda compañía como un animal indómito. Durante aquellos ataques de furor que la volvían inaccesible, no había quizá más que una persona en el mundo que hubiera podido acercarse a su demencia, tomar a aquella salvaje entre sus brazos y calmar su alma, pero todos ignoraban quién detentaba aquel poder y, de todas formas, aunque lo hubieran

adivinado, aquella persona no estaba ya en Périgord.

Terminó por curar sin motivo, guardando para sí, como una tumba, los secretos del día de su muerte. Anne de Salerac llegó a la conclusión de que se trataba de uno de esos males vagos que cambian de sitio, que se metamorfosean y después desaparecen como han venido. Sólo Judith supo que había resucitado.

Un mes después de su muerte, en aquella tarde frágil del mes de octubre, Judith volvía a salir al aire libre. Respiraba de nuevo y dejaba que su mano se deslizara por el espinazo del viejo dragón a cuyo alrededor revoloteaban las golondrinas.

Del lado de la torre del homenaje divisó a su tío ocupado en desmontar sus máquinas. Judith se acordó de que la primavera pasada, el día de su regreso del convento, las estaba instalando. Las mismas máquinas, el mismo lugar y el mismo hombre armado con los mismos instrumentos, pero el tiempo había pasado. Los experimentos para apoderarse del movimiento eterno no habían durado más que un verano.

Se dirigió hacia el Gentilhombre a Cuatro Patas. Al alzar la cabeza, Guillaume advirtió su presencia.

—¿Qué haces ahí? ¿Estás bastante abrigada? No hace tanto calor.

—Tenía ganas de tomar el aire. Tantos días encerrada...

Guillaume se irguió y se estiró.

—¡Ah! Estas malditas máquinas...

—¿Por qué las desmontáis, tío? Vaya, si es que os puedo llamar tío.

Guillaume frunció el ceño, molesto.

—¿Y por qué tendrías que dejar de hacerlo?

—Es que...

—¡Grrr! ¡Jean es un estúpido que se merece un puntapié en el culo!

Judith sonrió débilmente.

—Me han contado que lo tratasteis de abejorro y de escolopendra...

Y es que, un mes antes, una cosa había quedado clara para todo el mundo: la pequeña había sufrido un golpe que alimentaba su enfermedad como el mantillo nutre los brotes de una planta y todos pensaban que la causa era Jean. Porque, naturalmente, todos habían oído —o, si no había sido así, se habían hecho repetir— los gritos caídos como granizo sobre la joven en el patio del castillo. Eleonora fue de la opinión que hacía falta ensartar a aquel hombre malvado para asarlo a fuego lento y lo hizo saber por todo el caserío sin molestarse en bajar la voz, lo que tuvo sus consecuencias: los cuadernos de quejas de Castelroux que el cura redactaría poco más tarde, después de escuchar las peticiones de los campesinos, se llenaron de reproches contra Jean. Hacía falta que el rey supiera de qué manera aquel hombre trataba a los demás, porque el rey era bueno pero lo ignoraba todo.

Guillaume de Salerac no haría ninguna referencia al estado de su sobrina cuando escribiera sus propias quejas en los famosos cuadernos: hablaría simplemente de pesos y de medidas y de la razón universal en el estilo sobrio que caracterizaba su manera de pensar. Pero fue una mañana a ver a Jean en su despacho, cerró la puerta cuando estuvo dentro y escupió a la cara de su cuñado lo que pensaba de él desde hacía veinte años. Todas las palabras extrañas que tenía la costumbre de escribir en sus cajas de insectos salieron a

relucir, según el relato de quienes pegaron el oído a la puerta para escuchar.

En cuanto a Jean, sólo entró una vez en la habitación de la enferma. Los dos se miraron con frialdad, sin pronunciar una palabra, y Jean salió de inmediato. Habían dejado de ser padre e hija o, más bien, de representar la comedia.

—¿Cómo es que nadie me había dicho nunca nada? —quiso saber Judith de repente.

Pese a lo distraído que era, Guillaume prescindió por una vez de preguntarle a qué se estaba refiriendo.

—No estoy en condiciones de responder por los demás, pero, por lo que a mí respecta, estaba convencido de que lo sabías. ¿No has oído nunca decir que te había encontrado en el bosque?

Judith movió la cabeza, tratando de aclarar la génesis del misterio.

—Sí, es cierto que lo he oído..., pero creía que me había escapado del castillo y que vos me habíais encontrado. No sé por qué he creído siempre que había sido así.

—La navaja de Occam —lanzó Guillaume.

—¿Cómo?

—De dos hipótesis cuyas consecuencias son iguales, se admite que la verdadera es siempre la más fácil de concebir. Era más fácil para ti imaginar que te escapaste y que yo te traje de regreso a casa. Pensar que te había encontrado te plantearía interrogantes demasiado complicados.

—Que hoy están presentes...

Mirando más allá de los muros del castillo, Judith examinó la

densa vegetación, las ondulaciones del horizonte, todo aquel océano tumultuoso de bosques del que, inexplicablemente, ella había surgido.

—Contádmelo —dijo, volviendo unos ojos centelleantes hacia su tío.

—Caminemos un poco —propuso Guillaume—. Eso te fortalecerá y yo tengo mejor memoria cuando ando.

Judith lo cogió del brazo y Guillaume empezó su relato.

—Era el 5 de mayo del setenta y tres, el día de tu santa, hace más de quince años. Por entonces me gustaba mucho herborizar. Salía al amanecer y recorría las colinas con mi caballo y mis alforjas. La mañana que te encontré era uno de los primeros días en que brillaba el sol después de varias semanas de lluvias y de tormentas espantosas. Aquel año, además, no fue bueno: hubo escasez en todo el país. En el castillo mismo andábamos un poco cortos, y fue ésa la razón de que Jean no quisiera una boca más que alimentar... Pero ¿qué era lo que te contaba? ¡Ah, sí! Herborizaba...

—¿Dónde me encontrasteis, exactamente?

—En el bosque de Font-de-Vouvres. En lo más recóndito, lejos de los senderos. En un vallecito lleno de piedras y de hondonadas.

—Más al sur, por tanto —dijo Judith, cavilosa—. Hacia el Dordoña...

Eleonora insistía en que el bosque de Font-de-Vouvres estaba encantado y que en las noches de solsticio los fuegos fatuos danzaban alrededor de los megalitos. Nadie vivía allí. Nadie llevaba sus animales. Hacía falta ser hombre de ciencia en busca de una planta rara para aventurarse.

—Estabas subida a una piedra y no te movías —continuó

Guillaume—. Como yo me dedicaba a recoger musgos, la nariz a la altura del suelo, ¡al principio no vi más que un pie!

Sonrió, emocionado por aquel recuerdo lejano.

—Te traje al castillo. Durante los días que siguieron fui a los pueblos de los alrededores y pregunté si se había perdido una niña de tres años, pero nadie sabía nada de ti. De todos modos Anne pensaba ya que no eras hija de campesinos y yo llegué enseguida a la conclusión de que no eras de aquí.

—¿Por qué?

—Por la ropa y por el dije.

—¿Mi dije? —se sobresaltó Judith—. ¿El dije es de verdad mío? ¿No era de Louison?

—No; puede decirse que es la única cosa que tienes en propiedad.

Judith buscó apresuradamente bajo su esclavina y apretó los angelotes dorados con los dedos. Comprendió de repente por qué aquella joya siempre había tenido sobre ella un efecto mágico y tranquilizador, por qué no se podía separar de ella: era su vida de antes, sus tres años primeros.

—¿Y por qué decís que no soy de aquí?

—Por tu manera de hablar. Es cierto que al principio no decías gran cosa, guardabas silencio de la mañana a la noche; luego, poco a poco, aprendiste a hablar como nosotros, primero con Louison, pero sobre todo con Eleonora en las cocinas, porque era allí donde te refugiabas cada vez que Jean andaba por los corredores.

—Eso no me extraña nada... ¿Qué decía yo?

—Era un revoltijo de palabras que entendíamos mal: algunas

frases, algunas sílabas que han desaparecido a medida que has sabido decir las cosas como nosotros. Se diría que era un tipo de lengua del sur, semejante a los idiomas de Provenza o de Cataluña.

El rostro serio, Judith negó con la cabeza.

—No me acuerdo.

—Pocas personas se acuerdan de épocas tan lejanas de la infancia.

Caminaron un instante en silencio. Judith contemplaba la claridad dorada del cielo y Guillaume se miraba los pies. Una bandada de golondrinas les pasó sobre la cabeza. A las crías nacidas en primavera se las reconocía aún por el cuerpo más rechoncho que el de sus progenitores, pero su vuelo cortaba el aire con la misma gracia acrobática, rápida y poderosa. Con unos pocos aleteos las aves se alzaron en el cielo de color naranja.

—¿Estás triste? —preguntó Guillaume.

No era habitual oírle hablar de sentimientos.

—No lo sé. Ignoro lo que siento.

Había quizás una veintena de golondrinas describiendo amplios arabescos en los resplandores de la tarde. Las más intrépidas subían tan alto que Judith las perdía de vista y luego las veía reaparecer a lo lejos, como si el ave, a fuerza de velocidad, hubiera podido transformarse en viento, en aire, en una nada diluida en el éter.

Guillaume la tomó de la mano.

—¿Sabes? Hay algo que me parece conocer de ti, pero que quizá no sea más que una elucubración...

Judith lo miró, intrigada.

—Desde que te recogí no he cesado de observarte, intentando adivinar tu misterio. A decir verdad no ha hecho más que aumentar, porque hay en ti impulsos muy extraños, ¿no los sientes? Ignoro de dónde vienes, pero de una cosa estoy seguro: te ahogas un poco con nosotros. Necesitas espacio y libertad. Lo supe cuando te embarcaste en mi aerostato. No creo que estés hecha para vivir en un castillo oscuro como el nuestro.

Judith sintió que se le ensanchaba el pecho. No sabía qué decir. La garganta se le llenó de lágrimas, pero de lágrimas dulces, embriagadoras, vivas: el antídoto del vitriolo que la había matado. Ahora, resucitada, emocionada, alzó los ojos y contempló el vuelo de las golondrinas, sus complicadas piruetas como una escritura invisible desplegada en el cielo, las curvas y los volatines, imaginándose también ella con las alas desplegadas, el viento entre las plumas, volando con todas ellas en lo más alto, en el aire malva de la tarde.

—Las golondrinas se marchan a África, ¿no es cierto?

—Buffon lo dice. Y nuestros exploradores las han visto en Senegal.

Mientras hablaban habían recorrido la totalidad del camino de ronda y habían regresado a la torre del homenaje. Guillaume suspiró.

—¡Ay! Mis pobres máquinas... ¡Consiguen desesperarme! Y mis amigos me ruegan encarecidamente que abandone mis investigaciones o la Academia me censurará. El obispo, por añadidura, me ha sermoneado: pretende que trato de demostrar que Dios no existe.

—Quizá sea cierto —señaló Judith con gran seriedad.

—Pues bien, renuncio de momento —dijo Guillaume ordenando sus instrumentos—. Voy a hacer una visita a algunos

círculos científicos con los que mantengo relaciones: necesito saber más sobre el magnetismo y las energías eléctricas.

—¿Os vais?

—Un pequeño viaje de cinco o seis semanas. Por cierto... ¡Sí, claro! ¿Por qué no vienes conmigo? Un cambio de aires te vendrá bien. Iremos a Toulouse y a Burdeos.

Los ojos verdes de Judith estallaron de alegría.

—¿No seré un estorbo?

—Todo lo contrario: ¡te ocuparás de que no pierda mis instrumentos! ¡Ah! ¡Sobrinita, mi plantita silvestre!

La joven sonrió. Cuando pasaron a hablar de ciencias y de descubrimientos con nombres estrafalarios, la pregunta que le rondaba las mientes desde hacía casi un mes le vino de repente a los labios.

—¿Y vuestros experimentos de química? —preguntó con aire inocente—, ¿aún seguís con ellos? En otro tiempo teníais sustancias bien curiosas en la vitrina de los alambiques.

—No —exclamó Guillaume—. Hace tiempo que no me dedico a esas frivolidades. Y las sustancias de las que hablas son todas ellas demasiado peligrosas.

—¿Podrían causar la muerte?

—¡Por supuesto que sí! El cianuro destroza los pulmones y el aceite de vitriolo quema todo el cuerpo como si se tratara de fuego. Se moriría entre horribles sufrimientos...

«Yo he resucitado, sin embargo», pensó Judith.

—Pero no me dedico a la química desde hace siglos y ya no tengo nada de todo eso en los frascos de antaño.

Judith se sobresaltó.

—¿Qué guardáis, entonces?

Guillaume se sonrojó.

—Te voy a confiar un secreto: hace tres inviernos me divertí destilando un espantoso licor de patata totalmente imbebible. Lo utilizo para limpiar las manchas de grasa de mis botas.

Judith no pudo contener la risa.

—¡Tío!

Siguió riendo a carcajadas en el día que terminaba. Sus risas volaron por encima de las murallas y se mezclaron con los gritos de las golondrinas. Había resucitado y eso era lo único que importaba.

Segunda parte

17. La hidra

París —lejos del viejo dragón adormecido sobre su colina— era por entonces una hidra trepidante.

Quienes habían viajado más allá de las fronteras del país contaban orgullosos que era la ciudad más alegre del mundo, la más moderna, la más cultivada, la más científica, la más sentimental, la mejor construida, la más equilibrada gracias a la alternancia de lluvia y sol, que allí se reía más alto y se cantaba mejor que en otros sitios, que la gente se insultaba por nada y se reconciliaba sin motivo, que el vino corría a cántaros y que la galantería florecía con la deliciosa libertad de las margaritas en los prados. Sin embargo, aunque París hiciera las delicias de los patriotas americanos y de los espías ingleses, la ciudad, de todos modos, tenía un defecto. Más que de tamaño, era una cuestión de número: se trataba de los parisienses.

Ante la imposibilidad de contarlos, cualquier gascón de paso habría jurado que eran un millón. Y sin que importase la hora del día, a poco que se saliera de casa y se dieran unos pasos por la calle, parecía que ese millón había elegido la misma calle y la misma hora que uno para estirar las piernas.

Allí estaban todos, en las calles, las plazas y los mercados, en

las terrazas, en los jardines, en los balcones, trasladándose en silla de mano o sentados en los pretilos de los puentes: el pueblo de París, las innumerables cabezas de la hidra.

«Visto desde lo alto, debe de parecerse a un hormiguero», pensaba en medio de la multitud una pelirroja, con los cabellos recogidos gracias a una pañoleta azul, y a quien gustaban precisamente las perspectivas aéreas.

Más allá del Jardín del Rey y de sus plantas —huérfanas desde la muerte de Buffon—, aquella joven recorría la orilla izquierda del Sena por donde las lavanderas extendían sus sábanas al sol de junio junto a viveros flotantes que suministraban pescado fresco y marisco venidos de El Havre. El pálido Sena sólo servía para que abrevaran tres corderos a la vista del río humano que corría por las calles de la capital.

Había coches de punto, carrozas y carretillas cargadas de hortalizas, caballos y asnos, perros pelones y gatos enclenques que se deslizaban bajo las puertas, gallinas que picoteaban en mitad del arroyo, costureras y modistas que iban a pie a casa de las grandes damas, sus clientes, jornaleros de brazos al aire, oficiales y aprendices de todas clases, vidrieros, carpinteros, curtidores, tintoreros, pañeros que desaparecían en los patios donde se encontraban sus talleres para volver a salir a mediodía y meterse en las tabernas, comerciantes, tenderos en el umbral de sus establecimientos, los brazos cruzados junto a los batientes que se abrían hacia la calle, mirando el letrero que se balanceaba al sol, todavía húmedo de lluvia, joyeros y orfebres, abaniqueros, fabricantes de los peines y de los objetos de nácar y de marfil que las cómicas se hacían regalar por sus amantes cuando no se podían permitir ni las perlas ni los coches ni los hotelitos reservados a los placeres de la carne, marmitones, empleados, pescaderos que

empujaban sus carretas, mozos de carnicería con un cerdo al hombro como Atlas acarreando el mundo, panaderos con aire triste porque faltaba el grano, la harina estaba cara, el pan por las nubes, ladrones hábiles, vendedores ambulantes que provocaban aglomeraciones e impedían el paso, el de las cebollas asadas que paseaba con él su intenso olor, el de los ramilletes de violetas que compraban los petimetres que iban a visitar a sus amantes, estudiantes de ceño fruncido en razón del derecho, de las ecuaciones, de la historia natural o de la geografía, músicos con sus violines y sus organillos, malabaristas con sus monos, poetas con sus rimas, titiriteros, hordas de niños embarrados que se deslizaban entre las piernas, cuadrillas de mendigos y bandas de ladrones que corrían más que los guardias municipales y desaparecían riendo por las puertas de las cocheras.

La sonrisa en los labios, la joven pelirroja evitó de un salto un charco dejado por las lluvias de la mañana. Torciendo hacia la derecha al extremo de la Île de la Cité, emprendió con valentía la tarea de atravesar el Pont-Neuf para llegar a la otra orilla, aunque estaba tan abarrotado como las calles. ¡Parasoles! ¡Paraguas! ¡Barquillos! Los vendedores cantaban, los mendigos pedían limosna y los ladrones robaban, porque cada cabeza de la hidra codiciaba el tesoro de alguna otra.

Durante su primer paseo por París, un mes antes, cuando la joven pelirroja se detuvo en la plaza de Luis XV para comprar un cucurucho de golosinas que le apetecía comisquear en el jardín de las Tullerías, se dio cuenta, estupefacta, de que su monedero estaba vacío y de que le había desaparecido el reloj. La vendedora se rió de su sorpresa: ¡bienvenida a París, señora! De regreso a casa, la joven pelirroja tuvo que aguantar los comentarios de su cocinera.

—¡Vaya! ¡El señor os había dicho que no salierais a pie!

Pero la joven pelirroja no era de las que escuchan los consejos

de las personas sensatas.

—¿Qué estatura tiene tu hija, la vendedora del mercado?

—Más o menos la misma que vos...

—¡Perfecto! Le compro el vestido más viejo que tenga. El más sencillo y que ya esté bastante usado —respondió la joven, depositando tres luisas sobre la mesa.

—¡Señora! No los vale.

La pelirroja sonrió. Compraba a muy buen precio, por el contrario, la despreocupación de andar por las calles en la piel de una parisiense. Cierto, su querido esposo encontraba bien curioso, y vagamente fuera de lugar, que se paseara todo el día disfrazada de verdulera.

—Se diría que no sabéis en qué ciudad estamos: te empujan, te roban, ¡y acabaréis aplastada bajo las ruedas de un coche de punto! La semana pasada, justo antes de que llegáramos, un motín en una fábrica de papel pintado se convirtió en una masacre. Muere gente todo el tiempo.

—¡Pero yo no soy ni recaudador de impuestos ni acaparador de grano! —protestó la joven—. ¿Quién querría hacer daño a una pobre verdulera?

Y añadió que sabría evitar sin problema a los caballos y a los hombres que no caminaban en línea recta. El bueno de su esposo meneó la cabeza. Empezaba a entender por qué Luis XVI cambiaba de opinión según los estados de ánimo de María Antonieta, pero no comunicó aquel pensamiento a su mujer, por temor a molestarla y, a fuer de buen liberal, accedió a sus deseos de independencia.

Fue así como la joven pelirroja se lanzó a vagabundear por las calles disfrazada de vendedora, el cabello recogido con una pañoleta

azul, los ojos al acecho y en los labios una sonrisa alegre que delataba la provincia. Se maravillaba de ver pasar al deshollinador con sus cepillos, mientras discutía acalorado con el exterminador de ratas, que exhibía, orgulloso, una guirnalda de roedores disecados alrededor del cuello. Ya nunca llevaba bolsa, sólo algunas monedas dentro de un pañuelo colocado entre los pechos, y tampoco llevaba reloj, lo que hacía interminables sus paseos porque, callejeando al azar, olvidaba de buena gana el paso del tiempo y cuando su marido le preguntaba si no había oído tocar a vísperas en los campanarios de Notre-Dame, respondía con aire ingenuo que no, porque no había perdido en absoluto sus maneras de niña. Sola entre la multitud se sentía libre. Movida por una curiosidad infatigable, vagabundeaba todo el día. Necesitaba verlo todo y explorarlo todo, como alguien que no sabe dónde está y busca su camino en un laberinto o quizá espera encontrar entre la multitud un rostro perdido.

Con una moneda sacada del interior de su corpiño, compró una taza de café a una jovencita de pómulos sonrosados que llevaba a la espalda, detrás de una almohadilla forrada con muletón, un recipiente de hojalata que mantenía caliente la bebida. El líquido oscuro y humeante salía por un pequeño grifo para caer en un cuenco de barro cocido.

—Con un poco de leche, si sois tan amable.

Apoyándose en el pretil, la joven pelirroja de cabellos recogidos en una pañoleta azul se bebió despacio el café mientras contemplaba el Sena. A decir verdad, había realizado un asombroso número de magia. En un abrir y cerrar de ojos se había convertido en otra persona, y había cambiado de ciudad. Tenía una vida distinta.

El otoño precedente Guillaume de Salerac había paseado a su sobrina por todo lo que Toulouse y Burdeos ofrecían de círculos científicos, clubs filosóficos, academias de provincia y logias masónicas, lo que la divirtió en gran medida, incluso aunque tuviera que permanecer la mayor parte del tiempo delante de la puerta, contemplando las nubes o mordisqueando castañas asadas, a la espera de que los espíritus esclarecidos de aquellos señores tuvieran a bien terminar de venerar la ciencia o de cultivar grandes ideas para la nación.

Los salones a la moda le divertían más: se hablaba de los Estados Generales, de lejanas exploraciones y de los caprichos de la reina sobre un fondo de minuetos y de espectáculos de acróbatas. En Toulouse, Judith pudo asistir a una demostración secreta de mesmerismo donde enfermos sumergidos en cubetas llenas de agua sufrían espantosas convulsiones mientras que alguien, en la sombra, tocaba Mozart al piano. Salió de allí ligeramente asustada, tan turbada como escéptica, el estómago nada conforme, porque la demostración había durado toda la velada y Judith y su tío no habían cenado.

—¿Qué pensáis, tío? —preguntó ella un poco más tarde, mientras empezaban a comer un guiso de conejo a la mostaza.

—¡Delicioso!

—Os pregunto por el magnetismo.

—Mmm... Quizá existan en el organismo fuerzas invisibles — declaró Guillaume entre dos bocados—, pero todo ese teatro más me parece hecho para enmascararlas que para desvelarlas.

Judith asintió con movimientos de cabeza, preguntándose si el organismo tenía de verdad una memoria independiente, y si el suyo conservaba algún recuerdo de los días que precedieron a su pérdida

en el bosque. Pero se trataba, sin duda, de una pregunta sin respuesta, de manera que prefirió olvidarla.

En Burdeos visitaron a Philippe de Marbourg que los invitó a una copiosa cena de ostras y otros mariscos. Judith se asombró al oír que los dos hombres se llamaban «hermanos», pero descubrió sin demasiada sorpresa que su tío frecuentaba, además de la academia de ciencias de Périgueux, una logia de Bergerac, y que el diputado y armador se ilustraba desde hacía mucho tiempo en círculos similares. Curiosamente aquello fue todo un alivio, como acordarse por fin del nombre de un viejo conocido, porque siempre había sospechado que Guillaume de Salerac no se dedicaba sólo a la construcción de extrañas máquinas y a la destilación secreta de alcohol de patata.

En cuanto al diputado del Parlamento de Burdeos, no se necesitaba sumergirlo en una de las cubetas del señor Mesmer para verlo presa de convulsiones: entraba literalmente en trance tan pronto como empezaba a hablar de los Estados Generales. Desde que había contratado un administrador para llevar su compañía marítima, se dedicaba en exclusiva a la preparación de las elecciones, es decir, de la suya, ocupación sobre la que informó abundantemente a sus invitados mientras cascaba las patas de un cangrejo.

En el curso de aquella velada se produjo algo por completo inesperado, al menos por lo que a Judith respecta. Aprovechando un instante de soledad que les dejaba Guillaume, el diputado bebió un sorbo de vino blanco seco, se levantó de la mesa, se arrodilló delante de la joven y pidió su mano.

Estupefacta, Judith enrojeció primero y luego se echó a reír.

—Señor mío, ¡me parece que se os ha subido el vino a la cabeza!

—Por mi parte, creo que no es el vino. La primavera pasada me embrujasteis con unas tostadas untadas de miel.

Aquellas palabras, quizá pronunciadas como una galantería ligeramente paródica, pero acompañadas de una sonrisa amable, tuvieron sobre Judith el efecto de un bálsamo sobre una herida. Se quedó muy quieta y miró sin parpadear al hombre arrodillado ante ella como si lo viera por primera vez. Tenía un rostro alargado y una frente amplia bajo un mechón de cabellos rubios, el labio inferior carnoso y caído, pero unos ojos azules muy vivos y simpáticos. Supo que serían buenos amigos.

—No... No sé qué responderos...

—En ese caso, intentad responderme que sí.

Mientras ella le sonreía, Guillaume regresó a la mesa.

—¿Qué sucede? Tenéis cara de conspiradores...

Su sobrina le replicó, desconfiada, que el más conspirador de los tres era sin duda él. Guillaume lo admitió. Ella dio el «sí». Philippe de Marbourg pidió el mejor champaña. El matrimonio se concertó y la ceremonia se celebró en enero en la basílica de Burdeos, en presencia de numerosos miembros del Parlamento de Gironde.

Aquel día, mientras el órgano resonaba bajo la bóveda, Judith sintió que se le ensanchaba el pecho por la satisfacción de haber tomado la primera decisión verdaderamente libre de su vida. Abandonaba un apellido que no era el suyo para tomar otro escogido por ella: iba a convertirse en Judith de Marbourg, esposa de un armador prendado de la política, y viviría en Burdeos, una hermosa ciudad. Sin embargo, cuando por la noche se encontró a solas con Philippe en su dormitorio iluminado con velas, se acordó de que aquella primera decisión ya la había tomado algunos meses antes, en la casa de un ahorcado.

Alegre por el vino de la boda, se entregó a Marbourg con una ternura juguetona que les hizo felices a los dos. El abrazo fue dulce, y dormirse junto al hombro de un marido le resultó a Judith mucho más agradable de lo que nunca hubiera podido imaginar. Si la sombra de otro se deslizó aquella noche en su sueño, reivindicando oscuros derechos, estaba tan agotada que ni siquiera se despertó.

El Sena se deslizaba ante los ojos de la joven. La brisa que corría sobre el río le acariciaba las mejillas como una mano amorosa. Mientras veía pasar una barca, Judith respiró como si todo el aire del mundo no perteneciera más que a sus pulmones.

Prosiguiendo su paseo por la orilla derecha, abandonó el Quai de la Mégisserie y se aventuró por las estrechas callecitas que rodeaban el viejo Louvre. Era un barrio antiguo, hecho de pasajes y travesías oscuras donde el palacio y la ciudad se entremezclaban como las piernas y los brazos de una pareja voluptuosa, y contaban la historia de un tiempo en el que el rey y la hidra eran una sola cosa. Pero siglo y medio antes un niño de cinco años había temblado de miedo en los pasillos del Louvre. Tuvo miedo de los complots y de los degolladores a la edad en que otros no temen más que a los lobos y, convertido en Luis XIV el Grande, instaló su poder absoluto en el esplendor del palacio de Versalles, en medio de los espejos y las guardias, en un marco de jardines y de fuentes, rodeado de bosques para la caza de montería. Desde que el Rey Sol y sus herederos se habían alejado del barro de la ciudad, la hidra sólo incluía cabezas sin corona.

Si bien a una de aquellas cabezas, precisamente, le hubiera gustado llevarla.

Orgullosa y extravagante, su última impertinencia hasta la fecha era la del Palais-Royal. Antaño morada del cardenal de Richelieu, el edificio había pasado de mano en mano hasta llegar a las del excéntrico duque de Orleans que había emprendido, algunos años antes, la tarea de remodelarlo por completo. Situado exactamente detrás del viejo palacio de los reyes de Francia, el duque había hecho de su modesto domicilio el lugar más moderno y extravagante de París. Las alas del edificio contenían apartamentos que el dueño alquilaba a cualquiera que pudiera pagar la renta, y el jardín interior, adornado de surtidores, y donde abundaban los castaños, rebosaba de tiendas, de cafés y de las dos únicas instituciones capaces de enloquecerlo: las casas de juego y las casas de placeres... Como es lógico, aquel lugar abierto a todos escandalizaba en gran medida a los grandes señores de la Corte, que no por ello dejaban de ir allí a gastarse sus rentas.

Judith entró por la puerta sur, atravesó el patio de honor, pasó bajo los arcos y se introdujo en el jardín. A la altura del Café de Foy compró un sorbete de grosella y se sentó en una mesa, bajo los árboles, para saborearlo mientras contemplaba los trajes de los paseantes y observaba a los jugadores de dados bajo los capiteles coloreados así como las maniobras de las prostitutas al abrigo de las galerías.

En la mesa vecina, un hombre leía un libro. O más bien fingía leerlo, porque Judith reparó, nada más llegar, en que los ojos de su vecino no recorrían ya las páginas abiertas: sus párpados por el contrario permanecían inmóviles y tenía el aire concentrado y vagamente estúpido de quien trata de ver con las orejas. Judith sonrió para sí. A decir verdad, era un hombre bastante bien parecido o, al menos, de un tipo que ya le había llamado la atención el día anterior en aquel mismo café. De cabellos y ojos negros. Con una modesta levita parda de mangas raídas y un pañuelo de algodón

blanco liado descuidadamente, o más bien suelto, en torno al cuello.

Con los ojos entornados Judith siguió saboreando su cucurucho de helado. Debía de haber algo en su actitud que, unido al ambiente del lugar, incitaba a la audacia, porque una voz de cómico de la legua le produjo un repentino sobresalto.

—¡Por San Luis! ¿Ha visto nunca nadie una golosa más seductora?

Al volver la cabeza Judith sólo se tropezó, en un primer momento, al borde de la mesa, con los ajustados pantalones de satén de dos caballeros. Después, al alzar los ojos, descubrió los chalecos de brocado, las chaquetas bordadas, las chorreras de encaje y los rostros de aquellos señores bajo tricornios adornados con plumas. La actitud del que había hablado era de cierta arrogancia. Llevaba una sortija llamativa, huellas de mordiscos en el cuello y ojeras de cansancio. El caballero que le acompañaba se le parecía como un hermano o un primo, a excepción de los colores más pálidos de la ropa y de la menor fatiga que dejaban traslucir sus ojos.

—Señorita, busco una persona que se ocupe de mis hijos.

Judith sintió que la mirada de su interlocutor se alargaba sobre el nacimiento de sus pechos, los párpados caídos por el peso de la imaginación.

—Y yo, caballero, no busco a nadie que me los haga —replicó ella.

El lector de la mesa vecina casi estalló, pero disimuló su risa con un falso ataque de tos. Los dos señores lo fulminaron con la mirada y se alejaron deprisa. Judith rió a carcajadas. Abandonando el libro, su vecino de mesa aplaudió.

—¡Bravo! ¡Vuestro sorbete es de grosella, pero lo que os sale de la boca sabe más bien a limón!

Volviéndose hacia él, Judith arqueó las cejas con aire desconsolado.

—¿He sido demasiado dura?

—¡Nu... nunca lo se... seréis en exceso con esos pre... pretenciosos!

Acto seguido se pasó a la mesa de Judith.

—Me pre... presento: me llamo De... Desmoulins y, por lo que a mí respecta, no tengo hijos de los que deba ocuparse nadie.

—Y yo repito que no busco a nadie para hacérmelos —replicó Judith con una malicia menos agresiva.

Ruborizándose discretamente, su interlocutor mantuvo una sonrisa divertida.

—Sabéis despertar ideas que ignorábamos tener. ¿Sois de pro... provincia?

—De Périgord.

—Se nota, tenéis un ligero acento.

—Ni mucho menos: sois vos quien tiene un horrible acento parisiense.

—¿Yo? ¿Un acento horrible? ¡Soy el me... mejor orador de Pa... París!

De un salto se subió a la mesa y empezó a gritar:

—¡Da... damas encantadoras y am... amables se... señores! Es... escuchadme...

Judith le tiró al instante del pantalón.

—¡Estáis loco! Todo el mundo os mira —exclamó ella divertida.

—Aquí todo el mun... mundo mira pero na... nadie ve nada —

deploró el otro volviendo a sentarse—. Pero tenéis razón: hablo mal y ésa es mi desgracia. ¿Quién querría un abogado tar... tartamudo para de... defenderlo?

—¿Sois abogado, señor Desmoulins?

—He querido serlo...

Se encogió de hombros con un poco de tristeza y después, jugueteando con su libro cerrado, lanzó a Judith una mirada penetrante.

—Pero vos..., no sois vendedora, ¿no es cierto? ¿Quién sois? Desde hace una semana os veo pa... pasar... Sois muy distinta de las que rondan por aquí.

Judith rió a carcajadas.

—Gracias por no confundirme con las tres amazonas que atrapan a sus clientes bajo aquel arco...

—¡Esas tres! ¡Ni si... siquiera el duque acabaría con ese comercio! Aunque como vicioso podría hacer pa... palidecer a una mujer de la ca... calle. Pero no respondéis a mi pregunta.

—Sois vos quien habla de otra cosa.

—Es cierto.

—Y además, ¿quién me dice que puedo abriros mi corazón? — Judith se hizo la interesante mirando los árboles.

—Vuestro corazón y todo lo que queráis... Os aseguro que podéis.

—¡Vaya seguridad!

—Os diré lo que pienso: tenéis aspecto de ser una gran señora disfrazada de espía, y si ocultáis un com... complot, quiero ser el primero que lo de... denuncie. ¿Es María Antonieta quien os envía

para vigilar lo que se dice en casa del duque?

Judith rió de nuevo.

—¡Por el Gran Relojero! ¡Lo que me faltaba!

Ante aquellas palabras Desmoulins se encogió de hombros como dándose por vencido.

—Evidentemente, si juráis por el Gran Relojero, ya me parecéis mucho más de fiar..

Colocó un pie sobre el banco y apoyó el codo sobre la rodilla alzada.

—¿Sabéis que cuando Voltaire estaba pro... prohibido, era éste el único sitio donde se le podía leer? La policía no entra nunca: estamos en dominio principesco, en casa del primo del rey. Y de... detrás de esas paredes encantadoras que veis ahí, imprentas clandestinas producen de noche los panfletos que corren por París durante el día.

—Tenéis aspecto de saber muchas cosas... Añadid esto a vuestros vastos conocimientos: soy la esposa de un diputado de los Estados Generales.

Desmoulins abrió mucho los ojos.

—¿Del tercer estado?

—No; de la nobleza de Gironda.

—¡Ah! ¡Que me ahorquen! ¡Hablo con una aristócrata!

Mientras decía aquello se derrumbó sobre el banco hasta tal punto que Judith no oyó más que una voz desprovista de cuerpo.

—Aunque yo soy plebeya de nacimiento —añadió sin saber si mentía o no.

—¡En ese caso no os re... retiro mi amistad! —respondió su interlocutor, reapareciendo—. De todos modos, vuestro marido es un títere como los demás: los Estados Ge... Generales no sir... sirven para nada en absoluto. Tengo amigos, dejadme que os lo di... diga. Aunque las sesiones empezaron hace más de un mes, aún siguen las ter... tergiversaciones sobre la ma... manera de votar. ¡Nada más que tiempo perdido!

Ignoraban que en aquel mismo momento, en Versalles, los diputados del tercer estado acababan de poner término a los falsos debates declarándose Asamblea Nacional, único órgano investido de capacidad para legislar. Los otros dos órdenes, el clero y la nobleza, seguían aún con la boca abierta. La reina había estado a punto de desmayarse y el rey no sabía qué hacer: una declaración semejante no se había producido nunca desde que Francia existía.

—Y mi... mientras el marido está en Versalles, su mujer se pasea por París disfrazada de vendedora y pierde el tiempo en el Palais-Royal a la espera de que alguien la aborde... La po... política es una rival terrible, señora. ¿Sufrís de soledad?

La impertinencia de aquella observación escoció a Judith como una abeja escondida en un ramo de flores. Miró fijamente a su interlocutor que, de repente, no le hacía ya ninguna gracia. Desde que dejara Castelroux disfrutaba de una felicidad tranquila, sin temblores ni alarmas, sin desorden ni confusión, pese a lo precipitado de su salida para Burdeos y de las prisas posteriores para su traslado a París. La ciudad de las mil cabezas se agitaba a su alrededor, entre risas y rugidos, pero ella respiraba con serenidad y su corazón latía acompasadamente, sin magullarle los costados. En resumen: era feliz con una dicha sosegada y cálida como una infusión de valeriana bebida por la noche antes de acostarse... ¿Sufría de soledad?

—No, señor Desmoulin, no me siento sola en absoluto.

El otro asintió con un movimiento de cabeza. Judith llegaría a saber un poco más tarde, cuando Camille Desmoulin se convirtiera en el panfletista más temido de París, que por entonces no era más que un abogado sin recursos y que se moría de amor por una joven cuya madre le negaba su mano con obstinación. Dondequiera que, con su ropa gastada, hacía acto de presencia, adoptaba una actitud frívola por despecho y para engañar a su propio corazón. Sin que llegaran nunca a ser grandes amigos, Judith y Desmoulin se cruzarían a menudo en el curso de los años venideros, siempre con sonrisas y palabras amables, en casa del duque de Orleans durante aquel verano, y más adelante en el club de los jacobinos. Camille Desmoulin se casaría el año noventa y uno y pasaría a ser uno de los hombres más dichosos de París, esposo, padre de familia, periodista y diputado satisfecho, todo al mismo tiempo. Pero su felicidad sería breve: su mejor amigo lo haría detener y su cabeza rodaría en la guillotina y terminaría dentro del cesto del verdugo en el año noventa y cuatro.

—Hasta pronto, señor Desmoulin —dijo Judith, levantándose—. Nos volveremos a ver mañana.

—Adiós, querida amiga del pueblo, mañana os compondré un poema.

—Que las musas os acunen esta noche, señor abogado. Hasta mañana.

Judith salió del Palais-Royal por la puerta norte y regresó a su casa, situada en la rue Louis le Grand, cerca del convento de los capuchinos. A última hora de la tarde, una nota llegada de Versalles le informó de que los Estados Generales habían saltado en pedazos. La hidra comenzaba su temible metamorfosis: un grupo de cabezas pretendía hablar en nombre de todas las demás. Philippe analizaba

la situación con los diputados de Gironda y no regresaría aquella noche.

Mientras doblaba la nota, Judith se sintió de repente demasiado cansada para ir al teatro. Cenó sola y después relató por escrito a su tío unos acontecimientos que, a la caída de la noche, llenaban ya de rumores las calles de la ciudad. También dormiría sola, feliz y sin estremecerse.

18. Medianoche en casa del gran maestro

Terminaba el mes de junio y era casi de noche. Por la ventana abierta entraba a raudales en el gabinete la luz dorada de los largos atardeceres de verano, y caía sobre los muebles y los cojines. Judith corrió las cortinas y se quitó la ropa que aún llevaba. Su bata de casa cayó sobre la alfombra, dejándola desnuda en la luz cálida, con escarpines de satén y medias sostenidas por encima de las rodillas por sendas ligas malvas. La modista, que acababa de marcharse, le había alzado los cabellos en un delicado entretejido de bucles que le dejaban al descubierto la nuca, el cuello y los hombros empolvados. Deslizándose en un corsé de encaje, se preguntó si Philippe seguiría pensando aún en su querida Asamblea.

—Sed bueno, amigo mío, ayudadme a sujetar esto...

—¿Por qué habéis dejado marchar a vuestra costurera la noche que salimos? —preguntó el diputado, alzándose del canapé donde estaba sentado y disponiéndose a atar un largo lazo de satén en la espalda de su mujer.

Judith inclinó la cabeza, vuelta hacia el espejo.

—Su hijo estaba enfermo: le he dicho que volviera a casa... y

además —añadió, después de una pausa—, así tengo el placer de que os ocupéis un poco de mí.

—Habéis hecho bien.

Judith no supo si hablaba de la madre devuelta a la cabecera de su hijo o de propiciar una ocasión para estar solos. La duda le molestó, pero la misma contrariedad le resultó grata, como un temblor en la piel, una espera imprecisa. Philippe le colocó una mano tibia en la cintura.

—Me gustaría que mi esposa fuese esta noche la mujer más bella de París —le susurró al oído con una voz que nada tenía de tribunicia—. Me gustaría que atrajese todas las miradas y que todos los hombres me la envidiaran...

Judith le sonrió en el espejo.

—Sea —dijo ella con ironía en la voz—. Me esforzaré por hacer que se vuelvan todas las cabezas y satisfacer así vuestro amor propio.

Mientras desaparecía en su guardarropa, Philippe de Marbourg salió en busca de varios candelabros que distribuyó aquí y allá sobre los veladores, porque la luz rojiza del crepúsculo empezaba a desaparecer.

—Esta semana hace un año que nos conocimos en la boda de vuestra hermana —señaló él mientras encendía las velas—. ¿Os acordáis?

Desplegando dos vestidos sobre el canapé, Judith se acordó de repente de la última sonrisa de Hélène en el huerto, de la noche que caía sobre Castelroux, de los fuegos que se encendían en la llanura...

—En efecto —murmuró ella.

Y no añadió nada, prefiriendo permanecer en silencio, como si reflexionara sobre la elección de su arreglo personal.

—¿Qué vestido os vais a poner?

La mirada pensativa de la joven fluctuaba del azul celeste al rosa, color del vino de naranja.

—¿Con cuál me preferís?

—Os prefiero desnuda: la piel es vuestro mejor adorno.

—Entonces iré desnuda —decidió Judith con picardía—. ¿No deseáis que atraiga todas las miradas?

Mientras ella reía, Philippe entró a su vez en el guardarropa y salió con los brazos cubiertos por una masa de seda de color verde pálido.

—Poneos esto, ¿querréis?

Era un suntuoso vestido de gala que Philippe había mandado hacer para ella pero que Judith no había tenido nunca la audacia de ponerse. El escote, vertiginoso, suspendido como en equilibrio sobre el extremo de los hombros, bajaba mucho por la espalda y dejaba además los pechos casi al descubierto. La cintura quedaba subrayada por un sabio corte decorativo, al tiempo que unas costuras transversales a los lados de las caderas dibujaban al máximo la combadura de la espalda. Los bajos del vestido no eran más que pliegues y repliegues de seda verde que susurraban y ondulaban al ritmo de la marcha. Philippe ayudó a Judith a vestirse. Cuando la joven se vio en el espejo, escandalosa como una mala actriz, hubiera preferido al instante su disfraz de verdulera, pero aceptó lucir aquel otro, incitador y provocativo, por la turbación que vio nacer en la mirada de su marido.

Sentándose ante el tocador como quien acepta un juego, tomó un frasco de perfume y se dio golpecitos en el cuello con el extremo del tapón.

—¿Y si renunciásemos a ir? —murmuró una voz indecisa a su espalda.

Judith escudriñó los ojos azules de Philippe en el agua ambarina del espejo. El destello que vio brillar le hizo sentir un vacío en el estómago. Su aliento se alteró —lánguido y breve—, a no ser que fuese el corsé lo que le dificultaba la respiración.

—Podríamos quedarnos... —respondió ella, tentada.

Sus vidas se habrían transformado para siempre. Habrían pasado la velada saboreando aquella intimidad que sus ojos buscaban en el espejo. Judith habría podido descubrir su estremecido amor por Philippe. Este último no habría asistido a la reunión del Palais-Royal. Tal vez habría perdido influencia entre sus iguales, lo que le hubiese permitido seguir con paso más tranquilo la marcha furiosa de las conmociones venideras. Más tarde, al producirse la destitución del rey y la llegada de la República, habrían regresado a Burdeos y habrían atravesado juntos con relativa paz los años terribles. Habrían tenido una larga descendencia, larga vida, y se habrían amado mucho tiempo en el siglo siguiente.

Con un brillo nostálgico en los ojos, Philippe contempló a Judith.

—Por desgracia el duque de Orleans es nuestro gran maestro: si nos reúne esta noche quizá sea porque estamos escribiendo la historia.

Sin duda escribía ya la suya y la de su mujer, porque cuando entraran poco después en la biblioteca del Palais-Royal, iba a perderla sin remedio y sólo volvería a encontrarla para una breve despedida cuando fuese ya demasiado tarde.

Con ternura, Judith le apretó la mano que Philippe le había dejado en el hombro.

—No os inquietéis, vayamos a casa de vuestro duque. Pero reservémonos mañana una velada que sea sólo para nosotros dos...

—Solamente tú y yo, te lo prometo —dijo él, besándola en el hombro.

Judith cerró los ojos, saboreando dulcemente el beso mientras el crepúsculo se apagaba sobre los techos. Detrás de los muros y de las puertas de París, las tropas que se agrupaban ya en la oscuridad prometían ahogar aquella voluptuosidad frágil, mientras que otras, todavía lejanas, procedentes del norte y del este, se ponían en camino para reducirla a la nada.

Philippe colgó del cuello de Judith su dije dorado. Los angelotes gemelos al pie de la doble cruz se posaron sobre el pecho de la joven, enigmáticos y protectores. Judith se volvió y besó a Philippe. Fue el penúltimo beso sincero que tendría ocasión de darle.

A casa del duque llegaron poco antes de la medianoche.

Mientras subía por la impresionante escalinata que llevaba a los apartamentos privados del Palais-Royal, Judith alzó los ojos hacia la araña que colgaba del techo y el asombro estuvo a punto de hacerle tropezar: nunca había visto brillar juntas tantas velas en el vacío, ni extenderse por la oscuridad una luz tan viva.

La decoración suntuosa de la primera galería le inspiró una nueva exclamación, después de admirar el brillo de los mosaicos de mármol y el esplendor de los dorados en los que centelleaba el reflejo de las velas. Maravillada, tomó el brazo de Philippe para no caer, o tropezar con las columnas y perderse, y dejó deslizarse sus ojos embrujados por los cuadros titánicos y el extremo embelesado de sus dedos sobre el pie aterciopelado de las estatuas.

Eclos de violín y de clave venían a su encuentro. Las risas estallaban en los salones, surgidas de una algazara etérea que murmuraba bajo los techos. Decenas de huéspedes empolvados, perfumados y vestidos con sedas deambulaban por los salones, furtivos y ligeros como los bailarines de un ballet, y se volvían a hurtadillas para mirar a la joven con ojos tan brillantes como los de los gatos. Por una puerta abierta Judith oyó el chasquido seco de las bolas de billar, el entrechocarse de los dados en su cubilete, las carcajadas de los ganadores, el tintineo de las monedas de oro... Un lacayo silencioso les ofreció unas copas de champaña sobre una bandeja de plata. Judith tomó una, Philippe otra; bebieron. El vino espumoso estaba fresco y burbujeaba incluso debajo de los párpados. Judith sintió de repente un ansia loca de placeres.

Una bandeja de apetitosos pastelillos pasaba precisamente delante de sus ojos cuando un desconocido los abordó con entusiasmo.

—¡Ah! ¡Por fin os encuentro! El duque y el marqués de La Fayette están en la biblioteca, ¡venid!

Siguiendo al desconocido atravesaron salones y corredores. La fiesta desenfadada que alcanzaba su apogeo casi hacía olvidar lo grave de la situación. Sobre la Asamblea formada pocos días antes por los diputados del tercer estado se cernían múltiples amenazas. Indeciso, el rey había empezado por ordenar el cierre de las puertas para impedir los debates. Sin embargo, al ver que los revoltosos seguían reunidos en la sala del juego de pelota y que era imposible desalojarlos, el soberano procedió a autorizar la Asamblea Nacional. Por otra parte su hijo primogénito, el heredero de la corona, acababa de morir: la desorientación del rey era palpable, y se decía por todas partes que María Antonieta estaba tan encolerizada como una loba herida. ¿Y si el rey cambiaba de idea y decidía emplear la fuerza para

disolver la Asamblea? Ya había reunido tropas en los alrededores de Versalles.

Pero el marqués de La Fayette diría pocos minutos después, en la biblioteca, que sólo se trataba de una burda maniobra de intimidación. Dos hombres de su confianza, que regresaban de una misión de reconocimiento por los alrededores de París, lo podían confirmar: las tropas habían acampado de manera descuidada, carecían de órdenes de atacar y nada permitía suponer que fuesen a recibirlas. En cualquier caso, los regimientos no atacarían. El rey podía dar la orden y los príncipes exhortar a las tropas al ataque, pero los hombres no obedecerían, porque los soldados eran personas del pueblo y favorables, por tanto, a la Asamblea. ¿No se habían amotinado, por añadidura, muchos regimientos algunos días antes? Aunque de aquello el duque estaba ya al corriente: él mismo había hecho liberar a los cabecillas, unos hombres que ya estaban de su parte. La Asamblea podía reunirse sin miedo, fue la conclusión.

Pero uno de los acompañantes de La Fayette tomó a continuación la palabra, incómodo, como emocionado por hablar delante de un público tan importante, y explicó, sin dejar de mirar al duque, que la situación no carecía de peligro. Era cierto que las tropas francesas estaban más o menos ganadas para la causa de la nueva Asamblea, pero no había que olvidar a los soldados extranjeros del ejército francés, a los regimientos de caballería alemán y croata. Si se les daba la orden, se presentarían en Versalles en el espacio de tres días. Era la maniobra que podría tentar al rey para, con mano firme, recuperar el poder. La Asamblea debía de tenerlo en cuenta. Y, sin dejar de mirar a los ojos al gran maestro, aquel suboficial añadió que sería necesario armar al instante una milicia de voluntarios.

El duque de Orleans asintió con la cabeza y le dio las gracias

por sus consejos, añadiendo que lo consideraría.

—¡Bien! —exclamó a continuación—. ¡Tenemos a nuestros diputados, a nuestros clubs, a nuestros panfletistas e incluso al ejército de nuestro lado! Amigos míos, ¡vamos a forjar una nación grande y hermosa, monárquica y constitucional! ¡Vino! ¡Brindemos!

Y con aquellas buenas palabras se acabó la reunión. En el curso de los meses y de los años que siguieron, el duque de Orleans trataría en vano de alcanzar el trono de aquella hermosa monarquía constitucional con la que soñaba en voz alta. El año noventa y dos, abolidos los títulos de nobleza, tomaría el nombre de Felipe Igualdad. En enero del noventa y tres votaría la muerte de su primo, Luis Capeto. Pero la fronda parlamentaria que tenía aquella noche entre las manos no seguiría siendo durante mucho tiempo un animal domesticado: se convertiría en una bestia furiosa asustada de su sombra y el duque no poseería la prestancia de Alejandro sobre la grupa de Bucéfalo. La hidra lo descabalaría. En noviembre del año noventa y tres su cabeza rodaría también y terminaría en el cesto del verdugo.

Judith entró en la biblioteca junto con Philippe de Marbourg. Se encontraba allí una treintena de personas, en su mayor parte varones lujosamente vestidos, de pie en torno a una gran mesa sobre la que se había extendido un mapa de los alrededores de París.

Judith no ignoraba que estaban allí los que se llamaban a sí mismos nobles liberales: un puñado de grandes señores de ideas reformistas, diputados de los Estados Generales, que habían prescindido de su origen nobiliario para unirse a los plebeyos en la nueva Asamblea. Tampoco ignoraba que tenía delante a los señores de La Fayette, de Clermont-Tonnerre, de La Tour-Maubourg, de La Rochefoucauld y de Montmorency, así como algunos otros que quizá un día dieran su nombre a calles de pueblos, y que en el centro se

hallaba el gran maestro: el duque, el hombre más rico y más influyente del reino, un príncipe sin corona ni cetro, sentado en lo más alto de una pirámide hecha de hombres de leyes, de negocios y de letras, todos ellos creyentes en una nueva trinidad: libertad, igualdad y fraternidad. Judith estaba al tanto de todo aquello en el momento mismo en que entró en la biblioteca y las miradas se volvieron hacia ella, pasó bruscamente a no saber nada.

Sonaron las campanadas de medianoche en casa del gran maestro y Judith quedó petrificada.

De todos los invitados que volvieron la vista hacia su escote, ella sólo vio a uno que se limitó a mirarla a los ojos y que no necesitó nada más para palidecer y desviar su atención hacia el mapa desplegado sobre la mesa.

Judith también apartó los ojos y no oyó ya nada más.

Con aire vanidoso, los labios de un hombre con demasiada barriga y traje rojo de seda articularon algunas palabras y se encargó de responderle otro individuo flacucho con peluca, pero Judith se enteró tan poco de lo que dijeron como si hubiese contemplado a unos peces que abrieran la boca dentro de una pecera.

Como un telón que se desgarró, la luz de la mañana estalló de repente en el corazón de la noche, la ciudad se llenó de bosques y los dorados del Palais-Royal se desvanecieron bruscamente bajo las paredes desconchadas de la casa del ahorcado, y con los ojos desorbitados, fijos en el mapa que todos miraban, Judith se encontró desnuda para uno solo, ofrecida como una muerta, tendida en su memoria sobre aquel suelo duro, entre la capa áspera que casi atravesaban las astillas de los tablones y el cuerpo ardiente que la sacaba de la nada, y en los oídos el recuerdo de su voz entrecortada, llena de confusión, agonizante, que le murmuraba me vuelves loco y que le repetía como una oración, me vuelves loco, hasta creer que era

cierto, que estaba loco de verdad, pero que aquella locura era su salvación, la salvación de los dos, del bastardo y de la hija de nadie, la niña perdida, la muerta que él devolvía a la vida, de la misma manera que volverlo a ver aquella noche la hacía morir aún y renacer aún y que el corazón le latiera hasta reventar y que su esqueleto aullara como un lobo al oír de nuevo su voz, turbada y reencontrada, que se alzaba por encima del mapa desplegado y decía algo a propósito de regimientos extranjeros.

—Si se les da la orden llegarán a Versalles en tres días. Es la mejor maniobra que podría tentar al rey para, con mano firme, retomar el poder. La Asamblea debería armar al instante a una milicia de voluntarios para su defensa.

El hombre grueso con traje rojo de seda asintió con la cabeza, le dio las gracias y habló acto seguido de una nación grande y hermosa, de vino y de ir a beber.

Charles de l'Eperay guardó silencio. Mientras los diputados salían alegremente al reclamo del vino, permaneció inmóvil junto a la mesa, mirando el mapa extendido como si contemplase algo hundido a profundidades insondables, buscando quizá lo que pudiera añadir para convencer de la amenaza que presentía, o pensando quizá en otro asunto completamente distinto e incapaz de encontrar las palabras que tendría que decir después de casi un año.

—¿Vamos a tomar parte en esta celebración?

Judith contempló a Philippe de Marbourg como si se tratara de un gigante caído de Sirio. Lo encontró enseguida bueno y encantador y tuvo ganas de arrojarse a sus pies para pedirle perdón, perdón anticipado, perdón por una falta imperdonable que no había cometido. Despavorida, ruborizada, sus ojos buscaron una respuesta a su alrededor, sobre las estanterías, en los cuadros, en los tapices, en los sillones, en el centro de la mesa, sobre el mapa abierto, en los

ojos negros. Aquello no duró más que un instante. El tiempo de quedar desposeída de todo. Charles giró sobre sus talones y desapareció en el corredor.

Entonces Judith reconoció en la biblioteca el vacío de su vida desde el otoño, el vacío de sus días, de sus noches, de sus despertares, el vacío que envolvía sus horas, que la acompañaba por las calles, el vacío que caminaba con ella por los muelles, el vacío inmenso en el que estaba perdida.

—Id —balbució—. Me reuniré con vos... La cabeza me da vueltas, necesito tomar el aire...

Presintiendo con horror que a partir de aquel momento su vida no sería ya más que un tejido de mentiras, Judith salió al corredor.

No tenía ganas de reunirse con *él*. No tenía ganas de encontrarse con *él* en el secreto de un gabinete. Quería estar sola y caminar al azar, y poco le importaba perderse en el dédalo del Palais-Royal ni vagar toda la noche bajo las arañas que goteaban cera allí donde las velas cedían. Pasó de corredor en corredor y de sala en sala, atravesó salones en los que se hablaba de política, otros en los que se jugaba, y otros aún en los que se cultivaban otros placeres. Varias veces creyó descubrir a Charles entre las luces temblorosas, las risas y el brillar de las copas. Se detenía, los ojos desorbitados, contenida la respiración, para saber si aquella sombra que distinguía en la claridad bulliciosa, si aquel hombro, aquella imagen en el espejo... Se obligaba entonces a partir en la dirección contraria. No; no quería verlo, no quería hablarle: le habría dicho cosas... cosas... No quería saber lo que le habría dicho.

Desorientada se detuvo junto a una chimenea y se apoyó, para respirar, en la repisa de mármol frío. Le hubiera gustado, al abrir una de aquellas puertas, encontrar las cocinas de Castelroux, el olor de los ragús de Eleonora y las largas horas de su infancia en las que leía

en voz alta cerca del horno donde se cocía el pan... Una voz aterciopelada resonó en el fondo de los latidos de su corazón.

—Bonito dije... Ya he visto esa cruz en otra ocasión.

Judith alzó los ojos. Una mujer —una criatura majestuosa, con un vestido oscuro de muaré que ondulaba como una brasa al fondo de una chimenea— se había detenido a su lado. En sus cabellos oscuros brillaban pasadores de ópalos negros y sus ojos, sombreados con un largo trazo negro, resplandecían con dulzura andaluza.

—¿De verdad? —balbuceó su joven interlocutora—. ¿Dónde?

—No lo recuerdo. Mi joyero podría informaros mejor: id a verlo en el diecisiete de la rue Grenelle.

La desconocida se despidió con una sonrisa y a continuación se perdió entre la multitud sin hacer el menor ruido. Apretando el dije entre los dedos, Judith sintió que se le estremecía la piel como si la muerte en persona acabara de dirigirle la palabra.

Unos instantes después Judith salió al aire fresco del jardín. Sombras furtivas se agitaban bajo los arcos, pero el patio de honor estaba en calma. Se sentó en un banco y alzó los ojos hacia las estrellas y la luna de junio.

Eran las mismas estrellas cuyos nombres Guillaume de Salerac le enseñaba en otro tiempo desde el camino de ronda, las mismas de todos los años al llegar el verano, las mismas de un año antes por encima de las hogueras de San Juan, las mismas que ya brillaban en el cielo antes de que ella naciera, y que seguirían brillando mucho tiempo después de su muerte. Mientras contemplaba los astros, Judith creyó de pronto adivinar sus oscuras y centelleantes

maquinaciones. Suspiró, convencida de repente de que todo había conspirado allí en lo alto para que volviera a ver a Charles de l'Eperay aquella noche, convencida también de que no había llegado a París más que por él y que él no se había presentado en el Palais-Royal más que para encontrarla; y la alegría que surgió en su pecho ante aquella idea la llenó de una inexplicable seguridad que la calmó por completo. Como si la tierra se hubiera achicado bajo sus pies y, como antaño, pudiera contemplar el mundo desde el globo aerostático. La belleza inmensa de las cosas. La armonía perfecta de un mecanismo de relojería.

En aquel momento mismo —Judith lo sabía— Charles cruzaba salones y galerías con la mente llena de ella, la sangre agitada, dilatado el pecho por la misma alegría loca. En aquel momento mismo —lo sabía— la buscaba también, trastornado, seguro de no tener ya posibilidad de elección. Estaba allí. Acababa de aparecer en la puerta del jardín. Lo adivinaba. Avanzaba hacia ella. Un ruido de pasos sobre la grava. Judith se estremeció. ¡Dios mío, sí! ¡Venía! Su pecho enloqueció. ¡Se acercaba! Sintió con toda claridad su presencia detrás, su mirada en la nuca, su cuerpo atraído por el suyo como la aguja de la brújula por el norte.

—Estáis aquí, amiga mía. ¿Queréis que volvamos a casa?

Una zarpa desgarró su corazón, pero la herida misma fue como un grito de placer.

—Sí —dijo, inclinando a medias el rostro—. Me siento cansada...

Se levantó, tomó el brazo de Philippe y se dirigió hacia los arcos sin volverse. Si lo hubiera hecho habría reconocido sin duda en el primer piso, encuadrado por una ventana iluminada, la silueta melancólica de un hombre que contemplaba el patio.

19. La puerta cochera

Charles lanzó su caballo al galope por la orilla del Sena maldiciéndose una vez más, porque era él quien había tenido razón.

A la edad de diecinueve años había entrado en la academia militar de Mézières, en París. No sin dificultad, porque lo incorrecto de su ascendencia hizo fruncir el ceño al genealogista del rey encargado de establecer su certificado de nobleza. Después de haber pasado casi toda su vida como huérfano y como plebeyo, en el olvido de un seminario, he aquí que se encontraba con el regalo inesperado de un padre, conde y coronel, que lo enviaba a llamar a todas las puertas con las manos repletas de cartas en las que reclamaba para su hijo la formación militar que le permitiera acceder a los altos puestos «a los que los méritos de sus antepasados lo destinaban». A Charles aquellas frases le encogieron el corazón como si se tratase de los elogios tardíos grabados en una lápida funeraria. No dijo nada, sin embargo, y fingió olvidar que era hijo de una criada sin nombre y sin antepasados, imitando en ello a aquel que durante mucho tiempo había fingido olvidar que lo había engendrado.

Desgraciadamente, el reglamento del ejército real se hallaba en plena reforma. Reconocida a regañadientes su ascendencia, Charles

de l'Eperay se vio excluido de los grados superiores de mando: le faltaba la nobleza necesaria y era por añadidura fruto de una relación adúltera. Todo ello un falso pretexto, porque otros menos bien nacidos que él lograban atravesar las mallas de la red. De no ser por la mano de un tabernero que le impidió apurar su vaso, se habría embarcado como simple marinero, dispuesto a atrapar el escorbuto, a nadar en aguas infestadas de tiburones o, en el mejor de los casos, a terminar, lisiado y tatuado, a la cabeza de una banda de piratas. De los cuatro grandes cuerpos del ejército, sólo el de ingenieros ofrecía aún algunas posibilidades de ascenso en los empleos inferiores a los plebeyos y a quienes tenían problemas de nacimiento como era su caso. Charles se contentó con aquello. A los veintitrés años se convirtió en alférez segundo, a las órdenes de un mariscal de campo apenas mayor que él pero con una genealogía sin tacha. En aquella situación no tenía ya ninguna esperanza de ascender a menos de ir a merecerlo, por ejemplo, a la cama de la mujer del ministro de la guerra. Poco seguro de sus talentos, ni siquiera se planteó aquella opción.

En la academia militar había dado pruebas de ciertas cualidades asombrosas y de un conjunto bastante considerable de lagunas. A pesar de una despierta inteligencia, se le daba mal la aritmética y apenas mejor la geometría, pero poseía una capacidad inquietante para la estrategia: adivinaba literalmente las maniobras del enemigo. Aquella virtud, que habría debido forzar la admiración de sus profesores, los llenaba por el contrario de temor, porque en él se trataba de un don previo a la reflexión, de una intuición natural que lo dominaba a la manera de las visiones de los cartománticos. Del mismo modo que los animales advierten la proximidad del cazador por su olor en el aire, Charles presentía el ataque, el momento, la maniobra... Pero aunque acertara con los planes del enemigo, encontraba en cambio todas las dificultades del mundo

cuando se trataba de dar a los suyos la coherencia necesaria para su ejecución. En las reconstrucciones de batallas históricas, por más que adivinara la táctica de las tropas contrarias, era incapaz de llevar a sus hombres a la victoria. Así, colocado en el bando de los griegos, se estrellaba eternamente contra las murallas de Troya; pero si compartía el terror de los sitiados, presentía de inmediato la añagaza de Ulises, el saqueo de la ciudad, la matanza ineludible. Sus camaradas le pusieron el apodo de «Casandra de los mapas de estado mayor», sus profesores ironizaban que quizá tenía madera de profeta pero no de buen estratega, y en junio del ochenta y nueve nadie lo escuchó en la biblioteca del Palais-Royal.

Pero tenía razón.

A comienzos del mes de julio aparecieron en los alrededores de París varios regimientos de infantería extranjeros. Seis, once, después dieciséis: treinta mil hombres en total. El rey, mal aconsejado, había destituido al único ministro todavía capaz de hacer creer en sus buenas intenciones, y Camille Desmoulins, aquel iluminado, se había subido a las mesas del Palais-Royal para gritar que los batallones alemanes a las órdenes del rey iban a degollar a los parisienses. Aquello había sucedido el domingo, dos días antes: el pueblo se echó a la calle, enloquecido. En reacción lógica, el regimiento alemán cargó para dispersar a la multitud, haciendo así verdad la profecía y dando peso a los rumores de complots, de carestías organizadas, de matanzas premeditadas. Toda la ciudad entró en una vorágine enloquecida de pillajes e incendios. Se necesitaba pan. No había. Armas de fuego. Faltaban.

Después de una noche sin reposo subrayada por los toques de alarma de Notre-Dame, las autoridades de la ciudad constituyeron un comité que reclutó una milicia burguesa. ¿Hombres con deseos de defenderse? Los había en todos los barrios. ¿Soldados del regimiento

de guardias franceses para dirigirlos? Un puñado estaba ya en pie de guerra, dispuestos a asumir el mando de las patrullas. ¿Armas? Cincuenta mil picas debían forjarse y distribuirse en el espacio de tres días. ¡Absurdo! Se las necesitaba de inmediato. Las armas existían. ¡Había que apoderarse de ellas!

Al mediodía de aquel martes Charles de l'Eperay, que llevaba dos noches sin dormir, no tenía ya más que una idea en la cabeza: armar a sus hombres. La milicia no era por el momento más que un tropel de personas hambrientas con quienes los dragones del duque de Broglie no hubieran tenido ni para empezar. Nervioso, todos los sentidos en alerta, presentía que se iba a producir aquel día un acontecimiento terrible: una carnicería sin precedentes, una guerra, un vuelco de la marcha del mundo. Se necesitaban armas.

Charles y tres alféreces habían acompañado a los hombres de la milicia al hospital militar de los Inválidos. Veintisiete cañones y treinta y dos mil fusiles: un buen botín. Pero sin munición. Alguien afirmó que había en la Bastilla.

Los cañones marchaban ya hacia la vieja prisión al otro extremo de la ciudad cuando, en el Quai d'Orsay, Charles frenó en seco su montura y llamó a un alférez de infantería que apareció a su lado sobre un caballo de ojos enfurecidos. Charles le gritó que fuese a pedir órdenes al ayuntamiento, porque el gobernador de la Bastilla no abriría las puertas y sería necesario luchar o negociar. Él volvería a subir por la rue Saint-Antoine para contener el fuego a la espera de las instrucciones.

Sin imaginar que acababa de tomar una decisión que cambiaría el curso de su vida, espoleó a su caballo, subió el Quai d'Orsay al galope maldiciéndose una vez más, atravesó el Pont Royal, el Quai du Louvre y después un dédalo de callejuelas para desembocar al fin en Saint-Antoine. Allí, una segunda ola humana, compuesta por los

agentes del duque de Orleans y de todo lo que París disponía en materia de papanatas y de chusma, se dirigía hacia la Bastilla desde el Palais-Royal. Charles vio al fondo de la calle las torres grises de la vieja fortaleza contra las que la cresta de la ola se estrellaba ya. Apretando los costados de su caballo que se resistía, se abrió camino a través de la multitud. Y fue allí, de pronto, en el momento en que la ciudad a su alrededor se transformaba en un caos inmenso cuando por puro milagro reconoció una forma que se debatía en el corazón del diluvio y que una marea de horcas empuñadas por otras tantas manos casi se tragaba ya.

Charles tiró bruscamente de las riendas del caballo, obedeciendo a su destino.

Judith se alzó de los viejos escalones de madera en donde se había sentado para llorar y, trastornada, resolvió regresar a su casa.

Curiosamente, un día después de la velada en casa del duque de Orleans se había despertado con un recuerdo obsesivo: la dirección del joyero de la dama de negro. Alguien conocía el símbolo de su dije. Se trataba quizá del estandarte de una ciudad, del escudo de armas de una familia... Tal vez aquella cadenita colgada del cuello la llevara a los suyos, le devolviera una familia de hermanos y hermanas, un padre, una madre, la historia — ¡por fin! — de los tres primeros años de su vida, de su nacimiento y de su pérdida. ¡No podía sucederle nada más importante que encontrar a aquel joyero!

Una mañana del mes de julio se puso su vestido de verdulera y se presentó en el diecisiete de la rue Grenelle. Allí encontró el escaparate de un sombrerero. Con paso nervioso recorrió la calle de un extremo a otro y no vio ningún joyero, de manera que acabó por

entrar en la tienda a preguntar. Era cierto que un joyero había ocupado el local en otro tiempo, pero se había mudado y la sombrerera no supo darle noticias de su paradero. Quizá su madre pudiera informarla, pero se hallaba en Saint-Cloud en casa de una pariente y no regresaría hasta tres días después.

Judith pasó aquellos tres días consumida por una impaciencia insoportable, unas veces permitiendo que su imaginación le inventara una ascendencia, y otras reprochándose aquellos castillos de naipes que en pleno día la hacían marchar como en un sueño. Finalmente regresó a la sombrerería de la rue Grenelle. La madre había vuelto. En efecto, un joyero había tenido su establecimiento en aquel lugar: un viejo judío achacoso y avaro, cuyo negocio se encontraba ahora en la rue Dragone, cerca del Palais Luxembourg. Judith decidió ir allí al día siguiente. Pero llovió a cántaros de la mañana a la noche, y decidió esperar un día más. Sin embargo, como Philippe tuvo que quedarse en París, acatarrado por las corrientes de aire que visitaban la sala des Menus Plaisirs y que constituían una amenaza para la Asamblea bastante más peligrosa que los príncipes de la Corte y aquellos malditos regimientos de extranjeros, Judith, recurriendo a los remedios de Anne de Salerac, le preparó una infusión de clavo y espino albar y se quedó a su lado, por lo que volvió a retrasar su visita a la rue Dragone, vagamente asustada por lo que corría el riesgo de encontrar.

Un día después descubrió feliz en la rue Dragone el escaparate de una joyería —recién pintado de laca roja—, pero no halló a ningún judío achacoso o avaro. Judith mostró su dije al joven joyero que se había quedado con las existencias del establecimiento. Este último examinó la doble crucecita con la lupa y le propuso comprársela por una buena suma. Judith rechazó la oferta con tanta ferocidad como si le hubiera propuesto fugarse con él a las fuentes del Orinoco. Lo que quería era hablar con el judío achacoso. El anciano vivía aún. Judith

preguntó si había dejado una dirección.

Al día siguiente, cuando atravesaba los jardines del Palais-Royal, Camille Desmoulins salió de entre los arcos a la carrera, muy pálido, los ojos desorbitados. Llegaba de Versalles, saltó sobre una mesa y empezó a gritar que se iba a degollar a todos los parisienses. El pánico fue inmenso. Judith corrió a encerrarse en casa mientras la mitad de París se echaba a la calle.

Al día siguiente por la mañana, inquieta porque Philippe no había vuelto, trató de ir a Versalles, vio que era imposible salir de París y escribió tres billetes para pedir noticias de su marido; a la caída de la noche recibió la respuesta: la Asamblea, convertida en Constituyente, había decidido permanecer reunida, y el marqués de La Fayette asumía la presidencia durante la primera noche de vigilia. Judith suspiró, la cabeza entre las manos, se preguntó qué habría hecho Guillaume en su lugar y decidió, sencillamente, irse a acostar a la espera de que el agua turbia se aclarase por sí sola.

Cuando despertó todo parecía más tranquilo. Una milicia burguesa había restablecido el orden en París: los hombres habían acudido a los Inválidos para procurarse armas. Perfecto. Según la dirección dada por el joyero de la rue Dragone, el judío viejo habitaba exactamente al otro extremo de la ciudad.

Poco antes del mediodía Judith se presentó en el sesenta y nueve de la rue Saint-Antoine. Entró en el patio, subió a los pisos, llamó a las puertas, preguntó. Nadie conocía al anciano. Judith insistió, afirmó que vivía allí. Le respondieron que no y le dieron con la puerta en las narices. Una anciana algo más amable le dijo que probablemente había muerto y le pidió algo de comer. Judith le entregó su pañuelo con dos luises de oro. Mientras bajaba por la escalera una profunda desesperación la dejó sin fuerzas. Se sentó en los escalones y lloró a lágrima viva, perdida una vez más en un

bosque de zarzas, desconocida de sí misma, con un sabor a muerte en el fondo del corazón... Después se tragó la pena jurándose que nunca más intentaría descubrir nada en absoluto sobre sí misma. Además, ¡iría inmediatamente a tirar su dije al Sena!

Animada por aquella idea, salía a la calle cuando la atrapó un torbellino surgido de la nada.

La barahúnda la elevó como a una rama seca y se encontró atropellada, golpeada, los cabellos retorcidos y los pies aplastados por hombres tan pesados como toros. Al evitar de milagro una horca que le rozó la frente, se puso a gritar pero no oyó que saliera sonido alguno de su boca, hasta tal punto la ensordecía el estruendo de la calle. Alzó los brazos para protegerse, sintió descosérsele la manga del vestido y deshacérsele el corpiño por la espalda. ¡Iban a matarla! ¡A tirarla al suelo y a patearla! ¡Aplastarla hasta romperle los huesos! Perdió un zapato. Su pie derecho tropezó con las piedras sin pulir de la calle. Entonces, cerrando los ojos, gritó una vez más, ahogada en un río de pánico —el miedo la sumergió, la engulló, y ya no hubo más que el caos, la loca huida, la carrera a través de las ásperas ramas de los matorrales que le arañaban los brazos y el pie descalzo— cuando se estrelló contra el pecho de un caballo.

Una mano enguantada en cuero se tendió hacia ella.

Alucinada, Judith alzó los ojos.

Fue como un eclipse. Como si el mundo entero se apagara a su alrededor. Los ojos negros llenaron el universo, envolvieron a la niña perdida, la aislaron..., y se hizo la noche, la calma, la paz.

Ninguno de los dos se preguntaría jamás de dónde había salido el otro. Judith tomó la mano de Charles y se lanzó sobre el

estribo del que él había sacado el pie para permitirle montar. Luego la alzó sobre el cuello del caballo y, cogiendo las riendas con la mano derecha, la rodeó con el brazo izquierdo para impedir que cayera. Judith cerró los ojos y se apretó contra él, tranquilizada, viva. Ninguno de los dos se preguntaría nunca cómo aquello fue tan sencillo.

Charles, entonces, se encontró de pronto desorientado. No porque se hubiera producido una maravilla en el corazón de la catástrofe, sino porque ya no sabía dónde ir. La Bastilla, imposible. No con ella, que temblaba de pies a cabeza contra su costado. Lo primero era escapar del tumulto, cortar por la calle más próxima, alcanzar los muelles y dejarla en un sitio seguro. No pensar. Detener aquel largo escalofrío.

Espoleó a su caballo. El animal, asustado, golpeó el suelo con los cascos, reculó en lugar de avanzar y se encabritó mientras relinchaba angustiado. Charles advirtió entonces, a pocos metros de allí, una puerta cochera, uno de cuyos batientes permanecía abierto. Tiró de las riendas. Su montura comprendió la orden, dio media vuelta y se introdujo al galope en la sombra de aquella puerta donde quizá, en otro tiempo, había vivido un joyero achacoso.

Los días son como piedras arrojadas a un lago. Casi todos se hunden en el olvido, pero sucede a veces que algunas rebotan por encima del agua. Su recuerdo reaparece y perduran sus ecos. De rebote en rebote, la piedra no se hunde, desafiando al abismo. Lo que sucedió aquel día en el barrio de la rue Saint-Antoine reaparecería durante mucho tiempo en la memoria de las gentes. A siglos de distancia, habrá todavía bailes en los pueblos, guirnaldas tricolores, fuegos artificiales, desfiles, tambores, declaraciones solemnes, carpas

en los patios de los cuarteles, vino en los vasos y champaña en las copas, cánticos y danzas y multitudes alegres en recuerdo de una escena lejana, primitiva, que engendró un día un mundo diferente. De aquel día, sin embargo, dos personas no conservarían más que el recuerdo de una puerta cochera sombría y silenciosa en la rue Saint-Antoine; y aquel recuerdo, que no contarían nunca, desaparecería con ellos.

Mucho después Charles reapareció en el umbral con los ojos perdidos, como un durmiente que se despierta de un pesado sueño que lo ha embotado por completo. Miró despacio a su alrededor. Un humo perezoso se alzaba al pie de la Bastilla, cargado de clamores. Aspirando el aire de la calle, escudriñó los tejados de la ciudad y después se perdió de nuevo en la oscuridad de la puerta.

Volvieron a salir juntos a lomos del caballo, Charles llevando al animal y Judith sentada delante de él, contra él, en amazona sobre la cruz de la montura. En la calma recuperada, el caballo marchaba despacio, balanceando suavemente el cuerpo de sus dos jinetes. Descendieron por la rue Saint-Antoine hacia el Louvre. Algo había cambiado en el aire del verano. En los colores de la ciudad. En el rostro de la gente. Quizá en ellos.

Los pómulos encendidos y los ojos febriles, Judith miraba pasar la calle sin ver nada, perdida como poco antes, todavía trastornada, pero de otra manera. Charles la sujetaba por la cintura por la misma razón que la primera vez, para que no se cayera, pero su brazo la apretaba más y la mano quemaba la tela.

Su nombre figuraría más adelante en las listas de «vencedores de la Bastilla», algo que le parecería siempre una curiosa impostura:

no había realizado aquel día ningún acto de valor, no había participado en ninguna batalla, había más bien abandonado las armas, desertado incluso... Se sentía, sin embargo, más glorioso que Alejandro ante los esplendores de Babilonia. No a causa de la vieja cárcel al final de la calle cuya caída carecía de sentido, ni por la bendita penumbra de aquella puerta cochera, cuya fiebre le abandonaba ya, sino por aquel instante, por aquella travesía de París a lomos de su caballo, por Judith en sus brazos y el perfume de sus cabellos que él respiraba junto con el aire cargado de olor a pólvora, por la extraña paz que le llenaba los pulmones como otra posibilidad de sí mismo.

A su alrededor las plazas y los bulevares resonaban con los gritos y los cantos de la gente que daba palmadas. Todas las campanas de la ciudad repicaban al unísono. Disparos de fusil y fuegos artificiales estallaban aquí y allá en el cielo como en una boda. El caballo marchaba sin prisa y aquel instante resonaría, resonaría...

En el límite de la rue Louis le Grand, Charles inmovilizó su montura. Antes de abrir los brazos para soltar a Judith, se movió hacia ella, como para besarla o morderla. Ella lo detuvo llevándole un dedo a la boca.

—Aquí no.

Él la dejó deslizarse hasta el suelo pero en el último momento le retuvo la mano.

—Vivo en el número seis de la rue de Condé —le susurró inclinado sobre ella—. Te esperaré todos los días.

Judith se sumergió en sus ojos negros, incapaz de imaginar el instante que seguiría a la desaparición de Charles en la inmensidad de la ciudad, pero recordando de repente —y fue un pensamiento que la quemó— que los diputados de Versalles no regresarían sin

duda a París aquella noche debido a los regimientos dispuestos para la contraofensiva, y que estaría sola toda la noche, que le podría dedicar toda la noche si él lo quería. Charles vio brillar la tentación en sus ojos —y fue una tentación ardiente— pero reconoció al instante que aquella idea era suya, que era él quien la acababa de tener y ella quien la había robado de su propia mirada, reenviándosela como la imagen en un espejo.

—Cerrad bien vuestra puerta esta noche, señora de Marbourg. Sobre todo si estáis sola...

Judith presintió que la ponía en guardia precisamente contra él. O quizá contra los dos. Para prohibirse pensar en ello cuando cayera la noche.

Mientras él se marchaba hacia aquel nuevo caos, Judith se sintió invadida por el miedo. Se esforzó por no imaginar nada, no desear nada, no gritar ni de alegría ni de angustia. Al otro extremo de la ciudad, cerca de una fortaleza derruida, los parisienses paseaban la cabeza de un hombre al extremo de una pica. Fue aquel día, oficialmente, cuando cambió el mundo.

20. Lo que no se puede decir

Judith quería a Philippe de Marbourg.

Estaba convencida de que era bueno y generoso, disfrutaba de su conversación y se sentía halagada por los vastos conocimientos que poseía sobre todo. Admiraba la manera que tenía de defender los valores en los que creía y encontraba digna de la más alta estima su vocación de legislador por el bien del prójimo. Su entusiasmo la tranquilizaba, al igual que su confianza en la naturaleza humana y la mirada optimista con que veía el porvenir. Tenía que reconocer, en resumen, que no era mal marido... Sin embargo, una semana después de lo que quedaría como el primer día de la Revolución, acudió al número seis de la rue de Condé.

El país había cambiado ya de dueños. Habían huido todos, los grandes señores y los príncipes de la Corte: el conde de Artois, los Condé, los Conti, los amigos de la reina... En unas cuantas noches calurosas y sofocantes habían abandonado sus palacios como ladrones para precipitarse hacia las fronteras, presa de pánico ante lo que adivinaban, ya, inevitable. Mientras ellos huían Judith dejó pasar las horas, paralizada por el deseo y la certeza de que cedería demasiado pronto, de que también su propio mundo se cambiaría

sin remedio y de que nunca jamás los veranos volverían a ser como antes. Finalmente, el vértigo angustioso de los deseos que se cumplen se apoderó de ella a medida que subía la escalera hacia el apartamento de Charles.

Encontró la puerta, y dudó un último segundo antes de llamar. El corazón le retumbaba con tanta fuerza en las sienes que no oía nada más. Al abrirse la hoja se encontró delante a un muchacho de cabellos pajizos.

—¿El señor de l'Eperay? —preguntó.

—Volverá enseguida... pero me ha dicho que, por favor, lo esperéis.

Judith se acordó de los campesinos de Castelroux, de los hombres del campo, de su querida Eleonora partiendo las nueces con los dientes.

—¿Sois de Périgord?

—De Vaillac, señora.

El criado hizo que entrase repitiendo que su señor no tardaría. Que así sea, imploró Judith en silencio, de lo contrario no volveré nunca...

Después de algunos pasos por un corredor, le sorprendió bastante entrar en un salón sin dorados ni pobreza, de buen gusto aunque un tanto austero. Pensando que quizá la vivienda se pareciese al dueño de la casa, se dedicó a examinar la decoración, buscando entre los objetos anodinos algo que le hablara de Charles y le contase un poco de su alma. En primer lugar vio en la pared un cuadro de la batalla de Yorktown que le recordó la independencia de la lejana América del Norte. Después se entretuvo examinando un reloj de pared colocado sobre la repisa de la chimenea, y que marcaba las tres y cinco, una espada de Toledo en un cofrecillo de terciopelo, una

mesa de marquetería, un arco con flechas, sillas y sillones, una licorera con un líquido ambarino en una vitrina, un velador sobre el que descansaban tres libros... Sin abrirlos Judith repasó las cubiertas, en busca de un título que pudiera revelar rasgos del hombre que esperaba. ¿Prefería Voltaire o Rousseau? ¿Le gustaban las matemáticas o la poesía? Pero se trataba sólo de obras técnicas sobre la construcción de fortificaciones.

De repente oyó el ruido de la puerta principal, reconoció los pasos y supo, estremecida, que los reconocería siempre. Abandonando el velador se dirigió hacia la ventana desde donde contempló la calle para darse un falso aire de paciencia. El criado habló en el corredor.

—Tenéis una visita, señor, y esto que ha llegado de Vaillac...

Se acercaban. Mientras acariciaba el festón de la cortina, Judith hubiera querido no oír, no temblar, no quedarse ya sin aliento.

—Vuestro padre está inquieto, parece que el país ya no es un sitio seguro...

—Después.

La puerta del salón se cerró.

Judith, el pecho palpitante, volvió los ojos hacia quien acababa de entrar. Botas negras, pantalón blanco, casaca azul realzada por el granate de los puños y del cuello, y por las charreteras y los botones dorados... En pocos días Charles había pasado a ser capitán de la joven Guardia Nacional, a las órdenes de La Fayette. Francia iba también a convertirse en tierra de libertades. Judith sonrió, trémula y deslumbrada.

Charles atravesó el salón a grandes pasos, Judith soltó la cortina y abrió los brazos. Se estrecharon con un ardor tempestuoso y se besaron en la boca.

El salón hasta entonces tan tranquilo se llenó de un torbellino de suspiros y de locos murmullos. Titubearon mientras se prodigaban caricias apresuradas. Judith casi tropezó con un sillón. El velador cayó, y los libros se abrieron sobre la alfombra. Charles la llevó hacia una puerta que abrió empujándola con un hombro, lo que derribó el reloj de la repisa de la chimenea. Se agitaron en pleno delirio, devorándose como si estuvieran hambrientos. Judith no reconoció la habitación en la que se encontraba hasta que se sintió caer de espaldas sobre el suave edredón de una cama y vio desplegarse por encima de ella los pliegues azules de un baldaquín. Hundió las manos en los cabellos negros de Charles, le abrió la hermosa casaca azul entre gemidos. Le pareció que las costuras de su vestido estaban a punto de romperse, tales eran sus deseos de ofrecérsele desnuda. Él se quitó la casaca de oficial a toda prisa. Saltó por los aires un botón que no encontraría en ningún sitio ni repondría nunca. Se enlazaron con manos ardientes. Charles alzó el montón de sayas y Judith se abandonó a una felicidad brutal.

Pero debo interrumpir mi relato.

He presumido de mis fuerzas y quizás he mentido.

Dije al principio, en la génesis de esta historia, que lo veía todo y que podía describirlo todo. He dicho que lo sabía todo, presente, pasado, porvenir, y que iba a contarlo todo. Pero no es cierto. No es posible decirlo todo. Más pronto o más tarde la lengua se tropieza con lo indecible. Y yo, miserable que soy en mi pobre océano negro, no sé decir lo que pasó aquel verano, cuando mi madre y mi padre se volvieron a encontrar una primera vez en casa de él, después una segunda, y una tercera; las suficientes para que se rindieran a la evidencia de que se habían convertido en amantes.

Por supuesto podría decir cuándo y cómo. Podría enumerar las horas que pasaron en aquel gran lecho mientras el sol del mes de agosto que abrasaba fuera las calles no existía para ellos, porque ya nada existía para ellos, y cabe que ellos mismos cesaran en algunos momentos de existir. Podría describir las posturas de los cuerpos sobre el edredón, sus languideces, sus violencias, las palabras que intercambiaron y los rugidos que salían de sus gargantas cuando no eran más que varón y hembra presos en una absurda agonía. Todo eso lo podría contar, es cierto. Me llevaría incluso mucho tiempo y me haría olvidar que voy quizá a morir, porque en el curso de aquel verano y de aquel otoño, los primeros de la Revolución, hicieron tantas veces el amor y de tantas maneras que ellos mismos perdieron la cuenta.

Pero no está ahí lo indecible.

21. Bajo el terciopelo

Pasó el otoño. Llegó el invierno. En el país cambió todo excepto la lluvia de diciembre que caía en aquel instante sobre los tejados, suave y lenta, después de la tormenta que había golpeado los costados de la ciudad por la mañana.

Los ojos cerrados, tumbado, Charles escuchaba el corazón que latía debajo de su oído, el crepitar amortiguado de las gotas de lluvia sobre el alféizar de la ventana, el leño deshecho en brasas que no exhalaba ya más que un largo suspiro de agonía... La tira de terciopelo con que Judith le había tapado los ojos le obligaba a sentir el mundo a través de la piel, las manos, la boca, a buscar el placer como ciego en las tinieblas del terciopelo. El calor de las llamas llegaba hasta sus pies descalzos. El vientre de Judith era un lecho de felicidad extendido bajo sus costillas. Sentía el roce húmedo de las piernas todavía abiertas a los lados de su cuerpo, de los pies ligeros que le acariciaban las pantorrillas, de los dedos de Judith que ascendían, muy despacio, hacia su nuca.

Se estremeció y respiró. Saciado. Aplacado. Como un náufrago varado en la orilla después de la sacudida de las olas. Judith isla desnuda. Judith playa cálida y perfumada. Paraíso de delicias en

mitad de las tempestades... Ya no le temblaban los músculos, sus nervios no se estremecían, su esqueleto tenía el peso del viento. El corazón de Judith latía bajo su sien, los dedos de Judith le acariciaban el cráneo pesado, un gusto a almendras y a miel se le disolvía en la boca y casi se dormía...

Descubre que se encuentra en el frescor húmedo de las noches de septiembre. Una clase de esgrima ha terminado en una cita que le inspira ideas escabrosas. Vaga por Bergerac sin saber si guía a su caballo o si el animal lo conduce. Una escalinata iluminada por un farol rojo. Una aldaba en forma de cabeza de jabalí. Llama tres veces. Un coloso lo mira fijamente y le abre. Tres monedas por ocuparse de su caballo.

Aparta cortinas tan pesadas como las puertas de una fortaleza y entra en un corredor de resplandores aterciopelados, en un salón donde brillan las velas. Ve a hombres arrellanados en canapés, a mujeres con las nalgas al aire, corsés desatados sobre pechos voluminosos, máscaras y ataduras y cuerpos sin rostro aglutinados como puñados de caracoles. Oye golpes, castigos, estertores mezclados a la melodía de un clavecín. Avanza, la boca seca, y su corazón se acelera a medida que se hunde en las alfombras mullidas.

Dos criaturas lo rodean con sus carnes venenosas. Ojos que brillan como monedas de oro sobre un abanico negro le dicen que elija a su manera, que están por completo a su disposición... Tentación terrible. En Vaillac se ha apoderado del dinero suficiente para cualquier capricho. Las dos, dice. Y un cortejo de risas lo escolta hacia una alcoba, hacia la penumbra de un lecho de sábanas ya arrugadas.

Cuáles son las audacias que os gustan, le pregunta la más menuda. Le falta un diente a un lado y, a la claridad de las velas retorcidas, se diría que tiene rota la nariz. Responde que no sabe de

nada que le disguste. Quizá sea que no lo habéis probado todo, replica la otra, la más grande, una rubia de largos cabellos lacios.

Las chicas le desabotonan la casaca al borde de la cama. Las detiene cuando le entreabren la camisa. No; no quiere estar desnudo. Más que caricias, quiere que le cuenten. Que os contemos nuestros placeres, pregunta la rubia. No; quiere saber lo que siente una mujer la primera vez. Y qué clase de hombre es él para ese tipo de cosas.

La chica de la nariz rota le desata los cordones del pantalón mientras la otra se tumba a su lado. Casi resultaría bonita, con sus cabellos largos y sus ojos claros que parecen de ámbar al resplandor de las velas. Que le cuente ella. La muchacha lo mira como una reina derrotada, forzada a pactar con el enemigo, pero Charles cierra los ojos ya, porque la otra tiene la palma suave y la mano viva.

A los trece años había encontrado, en los muelles de una ciudad de la que no quiere hablar, un hombre bien parecido que se detuvo para piroppearla. Nadie se había fijado nunca en ella antes de aquel oficial de marina que le habló de los colores del océano Índico y del perfume de vainilla que flota por la mañana en los puertos de la isla Borbón. Era un aristócrata de palabra fácil. Lo que Charles quiere saber sucedió una noche, al extremo de un pontón que olía a algas secas. Sólo había sentido algo así como una quemadura, como las heridas cuando se las moja con agua de mar, y el relieve entrelazado de las cuerdas que le magullaron la espalda. La tarde siguiente aquel hombre regresó con algunos marinos de su mismo barco y llamó prueba de amor a lo que le pidió que hiciera. Eso es todo, dijo ella. Lo había hecho, pregunta Charles. La muchacha no quiere contar nada más. Se levanta y golpea a la otra para intercambiar sitios.

La menuda viene a tumbarse a su lado. Charles contempla su curiosa nariz rota. La chica sonrío con una amabilidad un poco boba, como quien escucha la charla de un extranjero sin entenderla. No

tiene gran cosa que decir, no sabe, no se acuerda. Habría que creer que salió del vientre de su madre desvirgada y puta. O quizá que era una niña muy pequeña cuando sucedió.

—Los niños son como trozos de madera, ¿sabéis, señor? No sienten nada y lo olvidan todo.

Esta frase le quema el vientre a Charles como el hierro al rojo con que se marca a los animales. El fondo de su memoria sólo está habitado por imágenes crepusculares, de cuadros con pigmentos ennegrecidos: el orfanato donde ya era grande para su edad, la tranquilidad del patio, el pan del refectorio y aquella extraña sensación de paz, de comer lo suficiente, de dormir sin que lo despierten de repente a mitad de la noche.. Ya tiene diez u once años. De su infancia despiadada ya no sabe nada. Pero no es un niño de madera. Es un hombre con el cuerpo de mármol.

Algo se calienta en su interior. Escucha la cera que gotea sobre los pies de los candelabros pensando que será él ese oficial de marina pasado mañana, y no quiere esperar. Desea a la muchacha de Castelroux, allí, la quiere ahora en esta alcoba, la quiere puta con él y quiere gozar de ella, con ella, esta noche. Se yergue bruscamente, se apodera de la masa de cabellos rubios y exige. El placer es una ciénaga en la que se hunde, un agua turbia que refleja el cielo pero que lo sumerge en el barro, el fango y todo lo que huele a muerto. Sólo se conoce la apariencia si no se experimenta a la vez una vaga repulsión. Acaba enseguida, en un frenesí angustiado.

Queréis saber qué clase de hombre sois, le dice la rubia de ojos ambarinos. Seré sincera, ya que así lo queréis. Sois de la peor clase. De los que queman y hielan al mismo tiempo. Ninguna mujer puede salir indemne de vuestros brazos y habría que haceros pagar el triple para compensar por lo que infligís. He conocido hombres menos vigorosos y otros más viciosos, pero ninguno me ha dado nunca la

impresión de estar vacía, de estar completamente muerta pese a vivir. Es como si el alma se apagara en el cuerpo. Entre vuestras manos, señor, se tiene la sensación de ser una autómata.

Charles se sienta al borde de la cama. Su garganta es una caverna de donde surge una voz apagada.

—Hay autómatas a los que se trata mucho mejor que a los seres humanos.

La joven de los ojos ambarinos sale de la alcoba. La menuda de la nariz rota, la niña nacida ramera, gesticula amablemente. No os inquietéis, señor. Eso que dice ella lo siento yo todas las veces. No sois vos, no os creáis peor que los demás. Es sólo que aquí no hay que buscar ninguna verdad.

Sin duda tiene razón, esta flaca tabla de madera que ha perdido la memoria. Sin duda no hay verdad que buscar allí.

Por el camino de vuelta Charles galopa con el alma más desconcertada que nunca. Desearía correr hacia Castelroux, franquear fosos y murallas, deslizarse por las ventanas, atravesar los corredores, encontrar la habitación de Judith como un perro olfatea el rastro del zorro, descubrir su cama y reunirse con ella, lánguida en un rayo de luna, y arrojarse en sus brazos para que ella le diga que todo aquello no existe, que sólo son cuentos oscuros —las casas de placer, las prostitutas con la nariz rota, los trozos de madera, los oficiales, los autómatas—, que sólo se trata de sortilegios y maleficios nocturnos, de sombras que se agitan en sus pesadillas y que ella le ama infinitamente.

—¿En qué piensas?

Charles regresó de pronto a su sitio bajo el terciopelo, al cuerpo tibio, al corazón que latía bajo su sien. ¿En qué pensaba?

—Pienso en ti.

—¿Acaso te inspiro pensamientos deleitosos?

—No lo dudes.

—Gemías de cuando en cuando como un perro dormido...

—Te perseguía.

—Se diría que has terminado por alcanzarme...

—Por alcanzarte quizá, pero no he terminado aún.

—Todo acaba al final.

Guardaron silencio. El chapoteo de la lluvia se había vuelto silencioso, como si una venda de terciopelo cubriera también los tejados. En el hogar de la chimenea, las brasas se adormecían silbando. Sin el calor de sus cuerpos abrazados, casi habrían tenido frío ya en aquel lecho que flotaba sobre el perfume acre de la madera quemada.

—Y tú, ¿en qué piensas?

—En un caballo que Jean de Monterlant compró hace tiempo en la feria de Bergerac...

Charles sonrió, aspirando el olor tibio de su piel salada. Mientras sus pensamientos se perdían por caminos absurdos, los de Judith crecían como un bosque grotesco. ¿Qué entrecruzamiento de ramas le hacía pensar en un caballo de otra época? Como no lo estuviera inventando. Porque inventaba a menudo.

—Charles, ya que no duermes, tengo algo que decirte.

—Escucho.

La escuchó, pero no oyó más que un gran silencio. O, a decir verdad, el silencio de su boca, porque el corazón de Judith empezó a latir de repente más deprisa, con más fuerza, como un animal atrapado, un toro aterrorizado por el incendio del establo y que embiste las puertas con una rabia brutal para salir, correr, escapar a la muerte que le quema los ollares. Aquel latir enloquecido le inquietó. Se alzó sobre los codos, apartó la tira de terciopelo y la miró.

Era casi de noche. Un crepúsculo invernal se había instalado alrededor de la cama mientras hacían el amor, pero Charles no necesitaba mucha luz para distinguir los contornos que envolvía la penumbra. Una simple vela, la luz de la luna en cuarto menguante o la claridad que se filtraba por debajo de una puerta le habían bastado con frecuencia. La vio, por tanto, y quizá mejor que a pleno sol.

Los ojos velados por una tira semejante a la suya, su rostro reposaba en el hueco de la almohada, modelado por la luz grisácea que caía desde la ventana y por la otra, rojiza y cálida, que ascendía de las brasas agonizantes. Los cabellos deshechos parecían una aureola salvaje y ella no se movía, en apariencia tan serena que la hubiese creído dormida si no hubiera oído el latir demente de su corazón. Si es cierto que las estatuas carecen de memoria —como los troncos—, en ese caso él no era ya ni mármol ni tabla, porque se acordaría mucho tiempo de aquel instante, de aquel retrato de Judith como una pintura lóbrega al pastel sobre una tela de cáñamo. Sería el cuadro jamás pintado que llevaría consigo durante largos años, cuando ella no estuviera allí, cuando ya no viniera a inclinar así su cabeza entre las almohadas, cuando él se fuera a las fronteras y a las marcas de Vendée, cuando el brusco silbido de la guillotina reemplazara en sus oídos los murmullos del amor; sería la imagen que arrastraría hasta las sombras de la cárcel, hasta el fondo del fondo del último calabozo, allí donde no habría ni rastro de luz

incluso para sus ojos de felino, allí donde esperaría la muerte acordándose de todo, sería a ella a quien volvería a ver en aquel instante —el último— cuando sus labios se entreabrieran, vacilaran aún, y después dejaran escapar en un tenue suspiro dos palabras casi silenciosas de sentido inconcebible.

22. La espalda

Un verano, una infinidad de años antes, Jean de Monterlant había comprado un caballo en la feria de Bergerac. Era un media sangre andaluz, joven y vigoroso, con un magnífico pelaje oscuro que, al sol, lanzaba destellos cobrizos. Su anterior propietario se deshizo de él por el precio de un penco viejo, diciendo, según la conversación repetida por Jean en la mesa a la hora de cenar, que sólo servía para comérselo. Apenas incorporado a las caballerizas, asustó a todas las demás monturas. Pasaba las noches piafando sobre la paja seca y, de día, cuando los animales descansaban en el campo, se mantenía lejos, olfateando el viento, los ollares estremecidos, las orejas tiesas. Los niños lo espiaban desde la valla. Ménard le tiraba piedras y hacía apuestas con François: si el caballo se marchaba sin encabritarse, François ganaba. Pero si se encabritaba y relinchaba, era Ménard quien ganaba. Jugaban así a hacerle correr de un extremo a otro de la pradera. Judith, por su parte, se callaba, ceñuda. Aquel juego le parecía estúpido: ella quería acercársele. Por una razón inexplicable se había convencido de que aquel caballo era suyo y de que un día lo domaría. Esperaba a que los otros se cansaran y se fuesen y entonces se acercaba. Le enseñaba al caballo las manos abiertas y se aproximaba muy despacio. Pero el animal tenía miedo y

se alejaba. Le asustaba todo. Los insectos que zumbaban entre la hierba, el viento, las ramas, las piedras, las sombras de la caballeriza... Si los caballos tenían alma —y Judith, pequeña, creía de buena gana que todo tenía alma—, la de aquel animal estaba llena de terrores. Por eso era tan fino su oído, tan vigorosas sus patas, tan rápido su galope. Pero nadie conseguía montarlo. Los palafreneros lo asustaban todavía más que los niños y los perros. Una sola vez, a finales de verano, Judith había logrado acariciarlo entre los ollares. La piel era sedosa y tibia. Extraordinariamente suave. Jean de Monterlant lo había vuelto a vender a los dos días, gritando que había que convertirlo en salchichas.

Muchos años después, una tarde lluviosa de diciembre, cuando las brasas agonizaban en el hogar de la chimenea, Judith se acordaba de aquel caballo apenas acariciado. La lluvia sobre París se asemejaba a un largo diluvio y Charles la había amado tan bien, con tanta fuerza y tan tiernamente, que estaban todavía aturridos, embriagados el uno del otro sobre las sábanas húmedas del gran lecho.

Bajo el terciopelo que le vendaba los ojos, Judith saboreaba el éxtasis violento que se le calmaba en el vientre, y adoraba sin límites aquel cuerpo pesado adormecido sobre el suyo, la piel caliente que se estremecía sobre la suya, la espalda pegajosa de sudor por la que dejaba que se le deslizaran los dedos... Un olor a leña quemada flotaba en la habitación, y Charles temblaba sobre su pecho como un perro dormido que persigue en sueños una liebre. Le preguntó en qué pensaba y fue entonces, confundidos el uno con el otro bajo el terciopelo que les cubría los ojos, cuando Judith sintió llegado el momento de decirle lo que sabía ya desde hacía una semana.

Vaciló. Le costó trabajo pronunciar las palabras.

—Estoy encinta.

Un silencio del fin de los tiempos cayó, plúmbeo, sobre su

murmullo. Judith no oyó nada más, no sintió ningún otro movimiento sobre su vientre, ni de calor sobre su cuerpo, como si su amante acabara de enfriarse bruscamente, como si hubiera dejado de respirar, transformándose en estatua. Tuvo frío a su vez. Toda su piel se estremeció y una helada inquietud se apoderó de ella. Retiró su tira de terciopelo para mirarlo.

La oscuridad de sus ojos negros devoraba la de la noche que llegaba. Entre el resplandor rojizo de las brasas y el crepúsculo gris de la ventana, Judith miró a Charles. Sus ojos clavados en ella parecían dos pozos insondables, dos precipicios espantosos que descendían hasta las entrañas de la tierra, un abismo, una puerta del infierno. Tembló sin saber por qué. Con una mano que quiso que fuese suave le acarició la mejilla.

Él bajó los ojos, desvió la mirada. El precipicio desapareció. La puerta se cerró. Lentamente, se separó del vientre de Judith, se desprendió de sus brazos, de sus muslos acogedores, se irguió con agilidad y se sentó en el borde de la cama.

Sin decir una palabra miró hacia la ventana.

Judith, por su parte, contempló su aterradora espalda. Nunca había dicho nada de las señales que llevaba e, imitando su silencio, tampoco ella le había preguntado; pero, desde el otoño, Judith había mirado tantas veces aquellas marcas que habría podido seguir el dibujo con la punta de los dedos incluso con los ojos cerrados... Pálidas, suaves y lisas, eran cicatrices antiguas. A la luz de las brasas que se apagaban, Judith las contempló una vez más. Líneas rectas. Entrecruzadas. Rotas. Huellas finas. Grandes chirlos. Cortes. Desolladuras. Breves muescas. Y los largos tajos que le ceñían los riñones de lado a lado. Desde la nuca hasta las nalgas, se hubiera podido hablar de una intrincada tela de araña tejida sobre su espalda, una caligrafía casi invisible grabada en la piel misma, como

la filigrana de los papeles de buena calidad que sólo se ve al trasluz, un texto escrito en una lengua diabólica.

Charles se estremeció como si un viento helado le hubiera tocado la espalda. Judith vio de repente que se le movían las cicatrices, que temblaban un instante y se contraían como esas ramas secas que adquieren vida porque son en realidad insectos al acecho, para luego dormirse de nuevo a lo largo de su columna vertebral.

Mientras ella se cubría con la sábana cargada de olores, Charles se volvió y la miró fijamente en silencio. No intercambiaron ni una sola palabra, ni pregunta, ni respuesta: ya sabían todo lo que habrían podido decirse. Después él se levantó y dijo:

—He de ir a reunirme con los jacobinos... Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Judith lo miró con ojos de gata lánguida en los que brillaba la última luz del día. Tenía frío: el fuego no ardía ya y le abandonaba el calor de la voluptuosidad. Charles se vistió apresurado. Su espalda cubierta de cicatrices desapareció bajo su hermoso uniforme azul.

23. Rose Blanchet

Las personas que marcan nuestras vidas no son forzosamente aquellas con las que pasamos más tiempo. Fue lo que descubrió mi madre al final de aquel invierno: alguien entró una mañana en su salón, la abrazó y la transformó para siempre.

Estaban en el mes de febrero.

A Rose Blanchet le gustaba aquel mes gris y aquellas nubes tan bajas que hacían pensar en una colcha depositada sobre los tejados. Ágil a pesar de su edad, saltó por encima de un charco embarrado en la esquina de la plaza de Luis XV y subió hacia el Palais-Royal con pasitos rápidos que servían para quitarle el frío. Las mujeres de vida alegre traían al mundo bebés hermosos. Rose estaba segura de haber ayudado a nacer a algunos de aquellos chiquillos robustos que corrían por las calles, hijos de príncipes quizá, criados en el arroyo. Rose les sonreía. Le gustaba el invierno, los días oscuros y la escarcha en las ventanas. El invierno no era más que un vientre de frialdades lleno de frutos.

Rose se dirigía a la rue Louis le Grand, a casa de una desconocida de la que le había hablado su cuñada. Un criado la hizo entrar en lo que parecía, desde el corredor, una casa rica. Al

examinarse en un espejo, se arregló los cortos rizos grises que nunca había visto envejecer porque Rose había nacido así, con cabellos de color ceniza. Después se ajustó los pliegues del chal y entró en un salón.

Una joven sentada en un sillón dejó un libro y se puso en pie.

—¡Ah! Señora Blanchet...

Su rostro perdió de pronto el color y.. Rose se precipitó para recoger en sus brazos a la desmayada.

—¡Vaya, señora! ¡Sí que empezamos bien!

La joven abrió de nuevo unos ojos muy brillantes y se excusó al tiempo que enrojecía. Rose le sonrió con infinita ternura.

Se sentaron cerca de la ventana y Rose interrogó a la joven sobre su estado. La señora de Marbourg llevaba encinta cuatro meses y, aunque tenía ojos llenos de vida, dientes sanos y pelo abundante de un color magnífico, se desprendía de ella una extraña debilidad, como una pena oculta que le apagaba el brillo de la piel.

—¿Es el primero?

—Sí... hace un año que me casé.

Rose pensó que el matrimonio no tenía nada que ver con concebir hijos pero la felicitó. La señora de Marbourg desvió la mirada y luego se levantó. Temiendo una nueva indisposición, Rose se preparó para acudir en su auxilio. La joven se dirigió hacia la ventana y la entreabrió ligeramente como si el aire de la habitación la asfixiara de pronto.

—¿Tenéis familia aquí? —preguntó Rose.

Un estrépito de cascos de caballos resonó en la calle: una patrulla de la Guardia Nacional que se alejaba ya.

—¿Señora?

—No; no tengo a nadie. A excepción de mi marido... ¿Es importante?

—A veces es bueno que una madre o una hermana, con su presencia...

—Mi madre murió, señora.

Sus miradas se cruzaron en silencio. A la luz nacarada que entraba por la ventana, Rose vio de repente a aquella joven erguida y encantadora como a una niña perdida, inmensamente triste y desamparada. Impresión fugaz sin razón ni necesidad de tenerla, porque los brazos de la comadrona estaban allí para todos los niños del mundo, desde los más pequeños que lanzaban su primer grito, hasta los que habían crecido demasiado deprisa y ya habían respirado veinte años en silencio sobre esta tierra árida.

—Llamadme Rose y no os preocupéis por nada.

Regresó al día siguiente para examinarla. Vestida con una simple camisa, la joven se tumbó dócilmente y se inmovilizó tan pronto como Rose la tocó, volviendo la cabeza hacia el reloj de pared como para dejar de estar allí. Rose le hizo respirar porque ella, por el contrario, quería que estuviera allí, atenta a su vientre y no al tiempo que pasaba. El útero y el feto estaban bien colocados. El embarazo parecía sin riesgos. Terminado el examen, Rose se lavó las manos y tomó entre las suyas las de la señora de Marbourg.

—Querida señora, voy a enseñaros una cosa sencilla que saben ya todas las mujeres.

Las clases para el parto eran una disciplina nueva, aunque las mujeres dieran a luz desde la noche de los tiempos. Rose Blanchet seguía los métodos de la señora de Coudray, formidable comadrona que había revolucionado la obstetricia como Newton la física y que

había extendido sus luces por todo el reino gracias, sobre todo, a una extraña muñeca articulada a la que ella llamaba «su maniquí». Rose se había procurado un aparato idéntico al de su iniciadora, y lo utilizaba para la formación de las matronas y para preparar a las futuras madres. Se presentó en casa de Judith con dos criados que transportaban un baúl.

—Se trata de una especie de máquina...

—¡Qué interesante! Mi tío, en Périgord, las construye muy..
¡Dios mío!

Rose Blanchet estaba acostumbrada al efecto de su «máquina». Se trataba de un maniquí de tela relleno de algodón que presentaba la anatomía exacta de una mujer encinta con las piernas abiertas. De tamaño natural, unos mecanismos internos simulaban la apertura del cuello del útero y el proceso complejo del parto. La obscena marioneta contenía por añadidura una muñeca alojada en sus entrañas e iba acompañada de distintos accesorios pedagógicos como un aparato genital femenino etiquetado con nombres científicos, muñecas gemelas y algunos dibujos cuidadosamente realizados con pluma de oca.

Judith se quedó sin voz. Rose no consideró necesario decirle que, bajo los rellenos de algodón, la cosa poseía una auténtica pelvis de mujer generosamente ofrecida por un cadáver de la escuela de medicina, porque hace falta haber vivido mucho tiempo para comprender que la muerte es una pedagoga benévola.

Pasado el estupor, Judith la asedió a preguntas. Rose se apresuró a contestarlas y fue así como le enseñó, día tras día, el arte de dar la vida.

Curiosamente, Rose nunca tuvo mejor alumna que aquella alumna que no lo fue nunca. Judith resultó ser la discípula que

esperaba desde siempre. Extraña impresión que, también en aquel caso, carecía de causa. Ciertamente, contaba a su favor con una infancia en el campo, con los corderos en el establo, los conejos que despedazaba al alimón con la cocinera del castillo, las decocciones de plantas que preparaba su tía, los grabados para la Enciclopedia y finalmente con su tío, aquel curioso constructor de máquinas que tanto le había hablado de la ciencia y de la naturaleza... Pero eso no era todo. Judith entendía las cosas escondidas en el fondo de los bolsillos oscuros y la necesidad de sacarlas a la luz. Poseía el don de las parteras. Rose, además, tuvo con frecuencia la impresión de que no era ella quien le transmitía sus conocimientos, sino que era Judith quien se los sonsacaba. Con ternura y obstinación aquella joven habría podido hacer parir a una piedra.

Rose, que tenía unas creencias muy suyas, vio en ello la obra de la Gran Madre. A veces la Naturaleza elegía a una niña, destruía a su madre carnal y rompía a toda su familia con el fin de poder guardarla para ella sola, hacer de ella su discípula y enseñarle todos sus secretos por la noche, cuando los demás descansaban en el dormitorio común. Al tratar con Judith, Rose Blanchet se acordó del frío orfanato de los Alpes, de la luz verdosa de la luna sobre la nieve y del viento que murmuraba entre las ramas oscuras de los abetos. De todos modos, ni siquiera a su mejor alumna le habló de las sombras de su infancia, de la misma manera que Judith no confesó que su hijo quizá tuviera otro padre, aunque Rose, a su edad, encontrase aquel secreto más bien encantador...

El día del parto, en pleno mes de julio, después de una noche entera de contracciones, de dolores y de sangre, Judith, vencida, estalló en sollozos mientras Rose lavaba y ponía los pañales al bebé.

—¡Rose! Rose... ¡No quiero volver a tener hijos, nunca! ¡Lo odio!

—Vaya, preciosa... No digas eso delante del niño: los pequeños lo entienden todo y lo ven todo. Y tienen buena memoria.

—Rose... Rose... Los hombres son unos ignorantes...

Rose colocó al niño en brazos de su madre, se sentó en el borde de la cama y meció tiernamente a la joven.

—Descansa, pequeña mía... Cuando se ha tenido un hijo tan hermoso como el tuyo, eso quiere decir que vendrán otros después, ten la seguridad.

A continuación le susurró al oído, casi en secreto, porque hay cosas que no se deben decir en voz alta delante de un varón, ni siquiera de un niño de pecho que está dormido:

—Pero, si quieres, también te enseñaré a no tenerlos...

En los días que siguieron, Rose enseñó a Judith la parte oscura de sus secretos, la besó una última vez en la frente y después se marchó, terminada su tarea.

24. Carne de su carne

Aquello fue otra revolución. Las noches huyeron a la inversa y el tiempo dejó de correr. Judith contemplaba aquel trozo de carne dormido en el hueco de su inmensa cama. Ya no echaba de menos ni a la pequeña salvaje de brazos llenos de arañazos, ni a la aventurera que se escondía bajo las pieles de los corderos para volar por los aires, ni a la joven airada, ávida de besos, ni a la paseante que aspiraba los perfumes de París... No; ya no echaba de menos nada de su vida pasada, porque lo más hermoso estaba allí, dormido: había nacido Antoine.

Sus días se contaban aún con los dedos de una mano. Su cabeza entera cabía en una palma de su madre. Pero en aquella habitación que inundaba la luz aterciopelada del más hermoso de los veranos, no existía nada más que aquella cabeza, aquella boca que no hablaba aún y aquellos ojos imprecisos que sólo debían de captar del mundo un torbellino de sombras y luces. Protegido en las horas de calor por los postigos de las ventanas, mecido de noche por los visillos que ondeaban al viento, Judith estrechaba a Antoine entre sus brazos. La ciudad entera podía muy bien desfilarse por aquella calle apartada, a ella le traía sin cuidado. Tenía un tesoro de tres kilos

acurrucado sobre su corazón: su hijo, su pequeño.

— Antoine... Antoine...

Con el niño había nacido en ella una locura nueva, un dulce atontamiento como la ebriedad de los primeros sorbos de vino, que le incendiaba el alma y no desaparecía nunca. Las horas volaban contemplándolo, sonriéndole dulcemente, tarareándole palabras de amor que ni siquiera los amantes se murmuran siempre.

— Antoine, tesoro mío, mi corazón... ¡Vida mía!

Por centésima vez Judith acarició con suavidad la cabecita calva, sintió el cosquilleo de los escasos cabellos bajo la palma, rozó con los labios la frente sedosa de Antoine y después inhaló hasta el vértigo el olor de los pliegues de su cuello, allí, detrás del oído.

— ¡Qué bien hueles, tesoro mío! — exclamó mientras sonreía con una felicidad demasiado nueva para que ya tuviera un nombre—. Qué bien hueles, qué bien hueles...

En el amanecer de su vida, sin embargo, Antoine no era más que una criatura sin forma ni rostro. Su cabeza no era más que una bola arrugada cortada por dos pliegues casi siempre cerrados, la nariz un bulbo minúsculo y la boca un orificio que se torcía en todos los sentidos y se abría de manera desmesurada para gritar de hambre. Pero ya tenía manos delicadas y pies perfectos, uñas finas como escamas de pez y muslos fuertes de poderoso andarín.

— Qué guapo eres, amor mío... Y qué bien hueles...

Desde los primeros días la madre y el niño se hicieron inseparables. Nada más levantarse, Judith tomaba al niño en brazos e iba con él de la alcoba al salón, de la cocina al estudio. Como una demente que farfulla sola, le contaba lo que eran todas las cosas, para qué servían los diferentes objetos, lo que contaban los libros, y caminaba con él durante horas enteras canturreando antiguas nanas

cuyas palabras no recordaba o los estribillos de las nuevas canciones patrióticas. Rose Blanchet reía al verla.

—¡Ah, pequeña mía! ¡Cuando te conocí temblabas ante la idea de lo que te crecía dentro del vientre..., y aquí estás, peor que una loba!

—¿Una loba? —se sobresaltó Judith.

Rose decía con frecuencia cosas extrañas. En Périgord abundaban las historias de lobos sanguinarios y de rebaños diezmados. ¡Algunos devoraban incluso a los niños!

—¿Por qué demonios soy peor que una loba?

—¡Vamos, vete a pasear! —le lanzaba Rose sin responder—. Tu pequeño tiene la tripa llena y duerme como un lirón. Aprovecha para dar una vuelta hasta las Tullerías y respira a gusto.

—Pero aquí respiro muy bien.

Rose tuvo que echarla a puntapiés para obligarla a desentumecer las piernas. La joven bajó por la rue Louis le Grand a toda velocidad, dio la vuelta al Palais-Royal, llegó a tocar el muro exterior de las Tullerías para poder decir sin mentir que había ido, y luego volvió a su casa a todo correr para acurrucarse junto a Antoine. Procedió a cubrirlo de besos, porque todavía no le había besado lo suficiente desde la mañana, y pegó la nariz a su cuello para aspirar su olor, porque no lo había respirado aún lo bastante.

Antoine se despertó. Cortos cabellos oscuros empezaban a cubrirle el cráneo y los rasgos de su rostro se modelaban con el paso de los días en la arcilla informe de todo principio. El niño frunció los labios, buscó a su madre con pupilas llenas de vida, clavó los ojos en los de Judith y la miró como si la viese por primera vez. Ella se inmovilizó. El corazón le tembló dentro del pecho.

Por supuesto había reconocido ya los ojos negros de su hermoso hijo. Pero lo que vio de pronto brillar aquel día en la mirada de Antoine fue una imagen resplandeciente, casi una visión: obsesiva como un sueño, imperiosa como una orden. En un amplio salón de grandes ventanas por donde penetraba una luz radiante, Charles en camisa blanca tenía a su hijo en brazos, le sonreía y lo besaba. Sus gestos eran los del mejor de los padres y su alma la de un hombre feliz.

Charles de l'Eperay había abandonado París en lo más frío del invierno y su marcha estuvo tan rodeada de misterio que Judith no sabía muy bien por qué se le enviaba de repente a Alemania. Había oído decir, en los clubs de la nobleza liberal que frecuentaba con Philippe, que se había enviado emisarios secretos a Londres y a Coblenza para espiar las maniobras de los emigrados. ¿Se temía que el conde de Artois movilizara a los príncipes para restablecer una monarquía intransigente? Judith lo ignoraba. Sólo supo en enero que Charles se marchaba sin otra explicación que un largo beso que le había hecho aflorar la sangre bajo la piel del cuello y en julio que había vuelto, poco antes del primer aniversario de la toma de la Bastilla, en el más completo de los silencios.

Judith entreabrió la ventana sin hacer ruido. El aire viciado de las habitaciones largo tiempo cerradas flotaba entre los muebles. Todo, en aquel salón, había conservado la apariencia del verano anterior, aunque los objetos parecieran extrañamente distintos, como alterados desde el interior a la manera de esos armarios carcomidos por las termitas, olvidados durante siglos, que se derrumban de pronto, convertidos en un montón de serrín polvoriento. El reloj sobre la repisa de la chimenea marcaba las tres y cuarto. En la vitrina,

la licorera de contenido ambarino estaba apenas más vacía que antaño. Judith suspiró, nerviosa. Apretando el dije entre los dedos, se volvió. Su propia imagen en el espejo atrajo su atención. Tampoco ella estaba como el primer día que había venido a casa de Charles: llevaba el pelo más corto, el cuerpo más pesado, el pecho más redondo... Había tenido un hijo. ¿Qué aspecto tendría él?

Un ruido le hizo dar un respingo. Después de un breve silencio, oyó un rápido martilleo de pasos sobre las baldosas del corredor. Quizá a causa de aquel chasquido seco de las botas, justo antes de que él entrara, temió haber cometido una espantosa equivocación.

—Judith.

Lo miró en el umbral. Tenía los ojos de su hijo. Ojos de tinta pura, de ala de cuervo, de noche sin luna. Los mismos ojos de Antoine.

—Charles.

—Perdóname por haberte hecho esperar.

Se acercó a ella, hasta quedar a pocos centímetros de su rostro. Se quemaron con la mirada y Judith sintió que se doblaba toda entera, como una caña bajo un viento terrible.

—No he sabido nada de ti durante seis meses...

—Me era imposible darte noticias mías.

—Te has marchado sin decirme nada, sin explicación...

—No podía decirte nada. Te juro que es la verdad.

—Y has vuelto sin decirme tampoco nada...

—Teniendo en cuenta tu estado, habría sido indecente que exigiera verte.

Pendiente de sus labios, Judith reencontró de pronto a la joven atormentada que había sido antaño en el salón de música de Castelroux, el ansia apresurada de ser abrazada, besada, amada con desesperación. Pero al apoderarse Charles de sus mejillas con manos tibias, ella detuvo el gesto con un dedo ligero sobre su boca.

—A riesgo de importunarte, te he pedido esta cita porque creo que hace falta que sepas...

Él la interrumpió a su vez, dedo de piedra sobre sus labios de ciruela.

—No digas nada. Lo sé. Todo París lo sabe. Tu amigo Desmoulins ha escrito una cuarteta mal rimada en *Les Révolutions de France* para celebrar el feliz acontecimiento.

Judith lo contempló en silencio, desconcertada al descubrir que sabía ya, esforzándose por adivinar lo que trataba de decir y, más allá de las palabras, lo que trataba de callar con su voz grave, con su rostro de mármol, con el brillo dorado de sus galones.

—Pero hay algo que ni Desmoulins ni Philippe saben...

—No digas nada más —le cortó de nuevo—. No quiero saber lo que ellos no saben. No quiero que me hables de tu hijo. Prefiero no saber que no se parece a su padre.

Judith movió con suavidad la cabeza.

—Desengáñate —dijo ella—. No he venido a hablarte de mi hijo.

Se volvió, caminó ágilmente hacia la ventana, se detuvo delante del pequeño sofá y bajó los ojos sonriendo.

—He venido a mostrarte el tuyo.

Charles la vio entonces tender los brazos hacia los cojines y

apoderarse de un bulto de tela blanca que no había visto hasta entonces: algo que no era suyo, que no formaba parte de sus bienes, que no era un componente de su mobiliario.

—No; no has po... po...

Se atragantó, se quedó tieso, las manos y los pies paralizados como si hubiera quedado preso en cal viva. Judith volvía hacia él, sonriente, feliz, sus bellos ojos verdes más centelleantes que nunca, más radiante que después del más embriagador de sus abrazos, con aquella cosa blanca en los brazos, aquella especie de capullo de lana y de encaje de donde sobresalía una mano temblorosa de gnomo monstruoso.

—Y yo encuentro que se parece enormemente a su padre — dijo ella—. ¡Es tan guapo como tú! Cuando supe que estaba encinta, esperaba en el fondo de mi corazón tener un hijo tuyo. Hasta ese punto estaba deseosa de llevar tu fruto, de traerlo al mundo... Y desde que ha nacido soy muy feliz. ¡Se te parece tanto! Y a medida que crezca, estoy segura de que se te parecerá más.

—En ese caso, más valdría matarlo enseguida.

—¿Cómo?

Judith estrechó al niño contra su pecho. Charles apretó las mandíbulas mientras tragaba saliva y respiraba, pausada, profundamente.

—Me encanta tu felicidad. Pero no quiero saber nada de ese niño. Vuelve a tu casa. Nos veremos otro día.

Sus ojos fríos no habían parpadeado. Parecía tan imperturbable como una fortaleza milenaria que ningún ariete derribaría nunca. Al verlo así, tan alejado de lo que ella había esperado, un estremecimiento de inquietud le mordió el fondo del vientre.

—Míralo al menos —balbuceó—. Ni siquiera lo miras...

En efecto, los ojos negros de Charles permanecían fijos en los suyos como si un sortilegio le hubiera petrificado los globos oculares.

—Porque no quiero verlo. Porque no soy su padre.

Judith, estupefacta, perdió por un instante la facultad de hablar. En sus brazos, Antoine movió los labios.

—¿Debo recordarte cómo lo hemos hecho?

—Sé muy bien cómo se hacen los bastardos. Porque eso es todo lo que has hecho, Judith: ¡un bastardo! Ni mi hijo ni el de Marbourg.

Antoine, que se despertaba, gesticuló y gimió. Charles se volvió bruscamente y se dirigió hacia la vitrina.

—¡Míralo! —le gritó Judith.

Pero no alzó los ojos. Tomó la licorera de cristal tallado y se llenó un vaso entero de licor ambarino.

—¿Por qué has venido a mostrármelo? ¿Crees que deseo ser el padre de todos los hijos que he concebido? Quizá tenga centenares que desconozco y está muy bien que sea así...

Bebió hasta apurar el vaso, sus dedos blancos crispados sobre el cristal.

Apretando a Antoine contra el pecho, Judith cerró los ojos y respiró lentamente, como se va a buscar dentro de uno mismo la calma inmovible de las viejas montañas talladas por la erosión.

—Tiene tus ojos, tu sangre...

El cristal del vaso estalló con un agudo estrépito.

—¡Pero no tiene mi apellido!

Antoine se echó a llorar. La mano ensangrentada, la mirada enloquecida, Charles se inmovilizó como un autómatas roto. El llanto del niño resonaba en el salón, estridente e irritante. Judith se esforzó por acunarlo, pero no logró sosegarlo. Ni siquiera ella llegaba a calmarse. Todo se agitaba a su alrededor, en los ojos de Charles, en los gritos de Antoine, en ella misma. No, no llegaba a contener su decepción, su amargura, todas aquellas heridas acumuladas bajo los besos, toda aquella cólera amasada.

—¡Podría haber tenido tu apellido si hubieras querido! ¡Habrías podido casarte conmigo si hubieras querido! ¡Yo no esperaba más que una palabra tuya, un gesto, y no lo has hecho! Era toda tuya, lo sabías y no hiciste nada, has esperado a que te lo diera todo sin entregar nada a cambio, tenían todos razón en lo que te atañe, no eres más que un aprovechado, nada cuenta para ti excepto tu propia vida, has abusado de mí, de mi confianza, del amor idiota que te he tenido porque caí en el orgullo estúpido de creer que era la única que te veía como no lograban verte los demás... ¡Pero he estado ciega! ¡Y bien tonta de esperar algo de ti! ¡Ahora veo el hombre que eres, incapaz de mirar a tu hijo, torpe, insensible y miserable!

—Creo que será mejor que te vayas —murmuró Charles con voz lúgubre.

—¿Me echas?

El otro no respondió. Judith meneó la cabeza con desdén.

—Eres un cobarde, no tienes suficiente corazón para atreverte a alimentar sentimientos verdaderos, sólo has querido de mí lo que era fácil de tomar...

—Tampoco tú te quejaste —cortó él secamente.

Judith se detuvo.

—Te desprecio por decir eso.

—Despréciame si quieres, me tiene sin cuidado. Hoy todo me tiene sin cuidado.

Se frotó la frente con un gesto lento, como aturdido ya por el alcohol que acababa de beber, y en aquel gesto miserable Judith lo vio metamorfosearse, como si se le hubiese dado la oportunidad de vivir el instante en el que, en las viejas leyendas, los encantamientos se acaban, los objetos se callan y los seres recuperan su naturaleza monstruosa. Charles de l'Eperay era feo, malo, odioso. Era egoísta y presuntuoso, y tenía la frente cubierta de sangre.

—Tienes razón: más vale que no sea hijo tuyo. Sería una maldición demasiado grande para él tener un padre como tú.

—¡Vete! ¡Vete con tu monstruo y no vuelvas nunca!

Judith guardó silencio. Deshecha. Liberada de repente de la locura de amar. Sobre la repisa de la chimenea el reloj marcaba aún las tres y cuarto. El tiempo se había detenido hacía ya meses, como todas aquellas máquinas extravagantes que construía su tío. A decir verdad, todo había acabado entre ellos hacía ya mucho tiempo, y quizá incluso nunca había sucedido nada. Judith sólo sentía odio.

—Adiós, señor, no necesito de vos para ser feliz —concluyó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Adiós, señora —refunfuñó él, mientras el resonar de los pasos de Judith se alejaba ya por el pasillo—. Sed entonces dichosa... puesto que podéis...

Cayó en un sillón, y permaneció mucho tiempo inmóvil, sin pensar en nada, escuchando el silencio que lo devoraba.

Antoine lloró toda la noche. Ante las mejillas inflamadas, Rose

Blanchet diagnosticó sin dificultad que le estaba saliendo un diente. Entendía peor, en cambio, por qué a Judith le ardían los ojos de fiebre y parecía torturada, también ella, por colmillos que no terminaban de atravesarle las encías. Antes de acudir a su sesión de la Asamblea Constituyente, Philippe de Marbourg vino a interesarse por su salud.

—¿Estáis segura de encontraros bien? ¿No queréis que haga venir a un médico?

Con un nudo en la garganta, Judith respondió que no, que sólo estaba terriblemente fatigada. En resumidas cuentas, había llevado un hijo en el vientre y acababa de traerlo al mundo. Philippe movió la cabeza.

—A pesar de lo que penséis, voy a pedir que venga el doctor Philbert. Os recomendará algún reconstituyente.

Judith escondió el rostro entre las almohadas, cerró los ojos y suspiró en silencio. Oyó a Philippe dirigirse hacia la cuna de Antoine.

—¿Creéis que soy lo bastante hábil para cogerlo en brazos?

Judith alzó un ojo para mirarlo.

—Hacedlo si tenéis ganas: los bebés no se derriten como si fueran de azúcar..

Philippe de Marbourg lo hizo y Judith le vio hacerlo: extendió los brazos hacia la cuna, tomó a Antoine y lo levantó despacio en el aire.

—Venid, querido niño: mostradme ese hermoso diente.

¡Cualquiera sabía coger a un niño en brazos! ¡Cualquiera era capaz de mirarlo! Judith hundió de nuevo el rostro en las almohadas con la impresión de que le habían arrojado sal dentro de los ojos. Sí, Rose, Judith era una loba y tenía ganas de morder y de aullar y de

degollar con sus dientes doloridos a aquel lobo sin piedad al que tanto había creído amar.

—¡Qué ojos tan oscuros tiene este niño! Pero imagino que se le aclararán más adelante, ¿no es cierto?

Judith surgió otra vez de entre las sábanas, el semblante descompuesto.

—Sí, es lo que dicen...

Suspiró y se hizo un razonamiento. Tenía un hijo y un marido. Iba a levantarse, a vestirse, a peinarse, a darse de nuevo un rostro humano y a lucir una sonrisa feliz. Iba a esforzarse por vivir creyendo que con el tiempo Antoine tendría la mirada azul y generosa de Philippe. E incluso aunque no fuera ése el caso, habría que aparentar lo contrario.

25. El océano

Al final de aquel verano Judith vio el océano por vez primera.

Cuando el mes de agosto se acababa, fue una tarde a buscar a Philippe a su despacho y le pidió permiso para marcharse algún tiempo: desde el nacimiento de Antoine el tumulto incesante de París le había destrozado los nervios, por así decirlo, y tenía ganas de volver a Burdeos, de descansar lejos del mundo. Naturalmente, no era en realidad permiso lo que Judith pedía: hablaron de un deseo que les atañía a los dos. Sin embargo, a la luz de las velas que extendían su inestable claridad sobre los libros del diputado, Judith tuvo la sensación de encontrarse aún delante de Jean de Monterlant.

—Si sentís necesidad de calma, querida mía, id más bien a pasar unas semanas a nuestra casa de las Landas... ¿No la conocéis aún, no es cierto? No hemos tenido ocasión de ir después de nuestra boda. Allí estaréis más tranquila, porque en Burdeos la agitación es tan grande como en París...

La marcha fue un alivio y el viaje un sueño lleno de sacudidas; después Judith se instaló con su hijo, una doncella, la nodriza que le imponía Philippe, un lacayo y un cochero en la relativa soledad de una casa solariega rodeada de pinos altos y sombríos, que olía a

cortezas húmedas y a resina tostada en el fondo del hogar de la chimenea, que se llenaba de arena y de agujas de pino en cuanto se levantaba un poco de viento, y que crujía por la noche como un barco atracado por equivocación en medio de un bosque. Apenas llegada, Judith se cubrió los hombros con un chal, siguió el ruido de las olas, subió una duna y descubrió el océano.

El hedor húmedo de las algas varadas en la playa fue como una bofetada. No había querido regresar a Castelroux por temor a la presencia invisible de Vaillac detrás de las colinas. Le bastaba y le sobraba con los ojos de su hijo para recordarle lo que quería olvidar. Contempló el océano. Escudriñó las olas hasta el horizonte en busca del fin del mundo. Ya estaba allí: en el lugar donde todo acaba, donde todo adquiere el mismo gusto salado.

Después de algunos días de buen tiempo, el otoño se instaló con la lentitud de una marea húmeda y oscura. Cada nueva mañana los días se hacían más perezosos. La noche llegaba antes todas las tardes. El cielo se cubrió de nubes frías y de brumas que los pinos rasgaban en jirones. Los vientos del mar, cargados de lluvia, golpeaban contra los postigos, cantaban en la chimenea y hacían bailar el bosque mientras el océano se retiraba todos los días un poco más hacia el horizonte, abandonando la inmensidad gris de la playa a los pies descalzos de Judith.

La joven se paseaba por allí todas las tardes, sola a pesar del cochero, que se había metido en la cabeza vigilarla desde las dunas.

Sin propósito y sin ganas dibujaba o escribía a veces en la arena, con la ayuda de un bastón, palabras que se llevaba la marea. Recogía conchas sin saber por qué tenía ganas de conservarlas y observaba el vuelo de las gaviotas de cabeza negra que planeaban por encima de las olas. A veces se detenía para seguir a un cangrejo con la mirada, contemplaba las quisquillas transparentes prisioneras de

un charco en la depresión de una roca y se preguntaba si Guillaume de Salerac habría atrapado ya una de aquellas criaturas minúsculas que saltaban como pulgas entre los montones de algas pardas. Durante sus paseos, en apariencia monótonos a ojos del cochero sentado en la duna, Judith encontraba a veces huesos de sepia blancos y ligeros, peces devorados a medias, un día una gigantesca medusa gris suavemente encallada sobre la arena, sus tentáculos crujientes y estremecidos a su alrededor como los encajes de Marthe de Salerac. En el mes de noviembre hubo incluso una semana en la que encontró trozos de madera, tablas carcomidas con los enganches deshechos y cabos de cuerdas rodeados de algas. Probablemente los restos de un barco perdido en el abismo. No le hubiera sorprendido descubrir cadáveres bajo los montones de pájaros posados en la playa.

El olvido tardó mucho en llegar, el dolor largo tiempo en guardar silencio. Entre el fragor de las olas Judith se acordaba aún de los brazos de Charles, del sabor salado de su piel y de otras olas que les asaltaban juntos y se rompían entre las sábanas arrugadas y empapadas de sudor. Volvía a ver los fuegos lejanos de la noche de San Juan, al seminarista vestido de negro apenas vislumbrado en Vaillac en otro tiempo... El viento que soplabla hacia la costa arrancaba a las olas gotitas saladas que le salpicaban los cabellos y el rostro. De paseo en paseo, el océano lloró así sobre ella todo el otoño. Perdidas entre las salpicaduras, las lágrimas de Judith dejaban de tener importancia.

Al final del invierno regresó a París, consciente de que su sitio estaba junto a su marido y de que Antoine debía crecer al lado de un padre. No sintió más que indiferencia ante los ecos del Palais-Royal, los debates tumultuosos de la Asamblea, las incertidumbres del rey, los artículos vitriólicos de Camille Desmoulins, las coléricas declaraciones de Marat, las protestas del clero y los centenares de

clubs jacobinos donde las cabezas pensantes de la hidra exhortaban a los demás sin tregua.

La ciudad había cambiado. La bandera tricolor reemplazaba por todas partes los antiguos estandartes de la monarquía. El Café Saint Eloi, famoso por sus tartitas de peras, se llamaba ahora Café de la Constitución. Felizmente, las tartitas seguían siendo igual de buenas, pero ya no se pagaban con el dinero de antes. Había que utilizar trozos de papel que, por así decirlo, tenían el valor de las tierras confiscadas al clero. Muy pronto, de hecho, los asignados perderían todo su valor, y las tartitas desaparecerían, al igual que el pan, mientras la guerra rugía en las fronteras.

Un día, durante el invierno del año siguiente, al atravesar un pasadizo cubierto, Judith se encontró de pronto en una calle que le costó trabajo reconocer. Era la rue de Condé, pero cambiada también de nombre para llamarse rue de l'Égalité. La calle misma donde ella vivía, la rue Louis le Grand, se había convertido desde hacía poco en la rue des Piques. La joven se detuvo delante del número seis. Miró el portal, las ventanas del primer piso, y volvió a encontrar a través de los muros los muebles del salón en su sitio de antaño, el fuego que crepitaba en la chimenea de la alcoba, la cama deshecha bajo el baldaquín azul: el sabor efímero de los juegos de los amantes.

Una pesada ola le subió hasta la garganta, venida desde el fondo del océano. Ya con retraso, siguió su camino sin saber que Charles ya no vivía allí, toda ella sumergida en el fragor de las olas, en el estruendo del oleaje sobre la playa, en el estrépito de las largas ondulaciones que se forman y se rompen en el mar desde la noche de los tiempos.

26. Una noche sin fin

Desde el comienzo de la Revolución Charles de l'Eperay había solicitado que se le destinara a la guardia nocturna. Regresaba a su casa al amanecer y se acostaba para despertarse después de mediodía, salía, callejeaba un poco, husmeaba el ambiente de los cafés y de los clubs y después regresaba a su alojamiento. Judith se le unía casi siempre de improviso, con un vestido de verdulera que le sentaba de maravilla. Cada vez que la veía aparecer era como un latigazo en los riñones. Se tumbaban bajo el baldaquín como dos hambrientos que se abalanzan sobre la mesa de un banquete y no lo abandonaban durante el escaso tiempo que podían robar a la marcha del mundo, una hora, dos quizá, que transcurrían ardientes y los dejaban perdidos en un río de temblores.

Cuando al final la puerta se cerraba tras la joven, Charles contemplaba el vacío sin ver nada, en una soledad absoluta. Desde el primero de sus encuentros había decidido no abrir las cortinas para verla alejarse por la calle, y no lo haría ya nunca. Una vez que su perfume se disipaba en el aire, dormía un poco más. Después, a la caída de la noche, como las aves nocturnas y las criaturas maléficas, salía.

Salvo un puñado de recaudadores de impuestos perseguidos a golpes de horca y de algunos señores que vieron incendiadas sus mansiones, el 1789 no dejaría en las memorias el recuerdo de un año terrible. Era aún un tiempo de abrazos fraternales y de canciones: el crepúsculo gozoso de un siglo que había creído en la felicidad. Nadie discernía de verdad los rasgos de su enemigo en la euforia de la fiesta y hacía falta ser un ave de mal agüero para presentir la noche que subía por las callejuelas.

Mientras la hidra festejaba su muda en las tabernas y los salones, Charles conoció desde el final de aquel primer verano las calles oscuras, los adoquines relucientes por la lluvia bajo los faroles, los escombros de la Bastilla que surgían de las tinieblas como un cadáver despedazado, las siluetas encapuchadas que se deslizaban a la entrada de los clubs, el olor sutil de los complots detrás de las puertas cerradas de los conventos... En las noches sin luna patrullaba con inquietud, los sentidos en alerta como si hubiera adivinado una presencia imprecisa a su espalda: un depredador que le seguía de lejos al paso de su caballo, tan mortífero, invisible y sobrenatural como la aterradora bestia de Gévaudan^[1].

Noche tras noche, la oscuridad despertó en él temores que poco a poco le asediaron también de día. Muy pronto sólo las caricias de Judith lograban aún calmarlo, tranquilizarlo, y Charles perdió toda prudencia con ella. Los días en los que la Asamblea Constituyente votó las leyes más importantes de aquel otoño, tuvo la suerte, o quizá la desgracia, de hacer el amor furiosamente.

Cuando su amante quedó embarazada, supo de inmediato todo lo que tenía que saber. Era como si la bestia que merodeaba a su espalda por las noches hubiese logrado deslizarse en su lecho, hasta el fondo de aquel vientre adorado. Judith dejó de ser su reposo; su carne embriagadora dejó de proporcionarle el más mínimo consuelo,

y la noche se hizo todavía más oscura. Se esforzó por creer que estaba en el orden natural de las cosas que la señora de Marbourg tuviera un hijo y se esforzó sobre todo por no pensar en ello. La Fayette le sirvió su huida en bandeja.

Desde que los motines de octubre habían instalado a la familia real en las Tullerías, el comandante en jefe de la Guardia Nacional no tenía más obsesión que la protección del rey y el mantenimiento del orden en París. Ahora bien, la víspera de Navidad la guardia interceptó al portador de una carta que revelaba un posible secuestro de Luis XVI para permitir al «Señor», su hermano, ocupar su sitio en el trono, disolver la Asamblea y restablecer una fuerte autoridad monárquica. Se echó tierra sobre el asunto hasta donde fue posible por temor al caos. Al desventurado mensajero se le ahorcó por robo. Dos días después, en el mayor de los secretos, Charles partió camino de Coblenza.

Ya había viajado por las orillas del Rin y hablaba un poco de alemán, estudiado durante sus años mozos en la academia de Mézières. En Coblenza adoptó la personalidad de un noble de provincias que, asustado por las nuevas leyes, había elegido el exilio para defender la corona de Francia, lo que, desde luego, podría haber sido su caso. A quienes le interrogaron en los salones, habló con nostalgia de las puestas de sol de Vaillac y de las gestas de sus antepasados. Se maquilló para acudir a las mesas de juego de la nobleza en el exilio, rió burlescamente, apostó con audacia, deslizó galanterías junto a los pendientes de las damas y mostró sus cartas con la ligereza desdeñosa del aristócrata que hubiera podido ser. Se compenetró hasta tal punto con su personaje que muy pronto hablaba de la abolición de los privilegios con voz dominada por la rabia y casi se convenció a sí mismo de que estaba dispuesto a conspirar contra los diputados constituyentes para defender a Dios y al rey. Una tarde, casualmente ante un espejo, sorprendió en su

rostro los rasgos del conde de l'Eperay. Se estremeció hasta la médula, sin saber ya quién era, perdida de repente la certeza de sus mentiras.

Durante una fría noche de marzo, mientras caminaba solo por la orilla de un Rin que centelleaba bajo la luna, las imágenes de otra vida surgieron en su espíritu como las yemas en las ramas de los arbustos desnudos. Habría podido incorporarse a la marina o a la artillería, llegar a coronel, a almirante quizá. Habría tenido asegurada la entrada en Versalles. Habría podido dar órdenes a sus lacayos sin tener la sensación de insultar a sus hermanos. Habría vivido la mitad del año con sus tropas y la otra mitad en sus tierras. Habría vivido en Vaillac. Habría devorado las uvas maduras de la vendimia y cazado en las colinas con sus vecinos. Habría disfrutado de la amistad rústica de los Puyvallon y de la compañía ilustrada de los Salerac. Se habría prometido con Judith desde tiempo atrás por cuestiones de tierras, motivo al que él habría unido algo de vicio y de sentimiento. Un verano cualquiera su unión habría sido bendecida en la capilla. Habría hecho gemir a Judith por vez primera entre la seda azul de un gran lecho, bajo los retratos de sus antepasados. Habría sido suya como la caza de sus dominios y la eternidad de su blasón. Habría visto hinchársele el vientre con orgullo. Habría tenido hijos. Habría sido conde y habría dado larga descendencia a su nombre. Habría llevado, en resumen, la vida que merecía un hombre bien nacido. Pero aquella vida, imposible, no era la Revolución quien se la había quitado.

De regreso a París, supo que la señora de Marbourg se encontraba bien y que se acercaba el momento del parto. Descubrió que aquella noticia le entristecía.

Tres días antes del aniversario de la toma de la Bastilla se le invitó una tarde al club de los Amigos de la Constitución para que

contara lo que los príncipes exilados murmuraban en el secreto de sus antecámaras. Charles respondió a las preguntas y expuso sobriamente sus convicciones a propósito de un supuesto complot de los aristócratas. Sostuvo que dar como cierta la amenaza de guerra de las potencias europeas sería un error que, bajo ningún pretexto, había que cometer, porque la guerra sólo podía conducir al país hacia la peor de las tiranías.

Era ya tarde y la reunión de aquella noche, informal. Charles escudriñó los rostros perplejos a su alrededor. Bajo las antiguas bóvedas monásticas del convento de los jacobinos sólo se habían reunido los más curiosos o los más desconfiados: Lameth, Duport, los divos de izquierdas de la Constituyente, un escribiente que trabajaba con Marat, y algunos otros, más discretos, la escarapela tricolor en el ojal de la solapa, cuyos rostros fatigados se llenaban de sombras escultóricas a la luz de los candelabros. Desde muchos días atrás todos los patriotas de París estaban extenuados debido a la vasta obra del Campo de Marte: para la gran fiesta del 14 de julio se allanaba la explanada, se alzaban graderíos, se montaba el grandioso altar desde donde Talleyrand bendeciría la Asamblea y a la Guardia Nacional, y donde todos, incluso el rey, jurarían las leyes ilustradas de la Constitución. Diputados, militares y simples artesanos cavaban y azadonaban unos al lado de otros bajo el sol y los chaparrones, como si las ampollas en las manos y los lumbagos pudieran forjar una fraternidad de perros y gatos.

Como en la noche ya lejana en la que expuso sus temores en casa del duque de Orleans, cuando Charles creía no ser escuchado cruzó la mirada con un hombre discreto sentado al fondo. Enteramente vestido de negro, lo contemplaba con ardiente interés. Un encaje blanco de una extrema delicadeza sobresalía con orden de sus mangas y su chorrera parecía no haberse arrugado ni un ápice desde la mañana. Tenía cara redonda, boca de gourmet, rasgos

infantiles. Sus cabellos cortos, ahuecados y empolvados, terminaban en dos rodillos a los lados de las sienes. No lucía escarapela alguna, aunque Charles reconoció a un hombre muy seguro de sus convicciones. Sus ojos grises lo estudiaban en silencio como una comadreja mira a un lobo.

No se dijeron nada aquella noche. No intercambiaron más que la mirada silenciosa con la que cada uno valoró al otro a su manera. Pero los dos se acordarían de aquel primer encuentro. Tres años más tarde, después de la traición del rey, después de la huida de La Fayette, después de la llegada de la República y de los primeros cañonazos de la guerra, el ciudadano Charles Eperay se acordaría de aquel oyente atento y el ciudadano Maximilien Robespierre se acordaría de aquel espía singularmente dotado del sentido de lo inevitable.

—Os escuché en otra ocasión en el club de los jacobinos cuando regresabais de Coblenza. La patria necesita hombres virtuosos e intrépidos.

—No tengo nada que perder, ciudadano.

—Todos tenemos al menos nuestra cabeza que perder. Los traidores están por todas partes. Mi encargo es que los encontréis.

Pero de momento el silencio reinaba bajo las bóvedas. Charles tuvo la impresión de que su estancia en Coblenza no había servido de nada. Regresó a la Guardia Nacional, juró la Constitución y se enteró, leyendo las gacetas, de que Philippe de Marbourg era padre de un hijo.

Su ruptura con Judith fue lógica y fácil, como es lógico y fácil morir a consecuencia de una herida infectada.

A nadie le contó nunca que estuvo a punto de provocar una carnicería durante la noche que siguió a su separación. Al pasar por

la rue Louis le Grand se detuvo bajo las ventanas de Judith y alzó los ojos hacia los postigos entreabiertos. Atrapada su mirada por la oscuridad de las piezas dormidas, sintió que la piel se le rajaba como un huevo que se abre. Perdió la razón, echó pie a tierra, trepó por la verja, saltó al interior del jardín, subió en silencio los escalones de la entrada y se deslizó hasta la ventana más próxima cuyo cristal rompió. Entró, se ocultó en la oscuridad del vestíbulo —lo había hecho innumerables veces en Vaillac para no ser visto—, subió la escalera, una inmensa escalera de mármol blanco decorada con estatuas; no, no estaba en Vaillac, estaba en París en la morada de los Marbourg. El mármol se ensombreció, la escalera se terminó. Atravesó un corredor sin fin, reconociendo en la oscuridad la silueta de las armaduras ancestrales; no, estaba en París, en casa de Judith. Oyó un ruido y se escondió. Un vestido negro. Una camarera. Charles saltó, mano sobre la boca, cuchillo sobre la garganta. ¿La habitación? La mujer señaló una puerta con la punta de un dedo. Charles la degolló con un gesto rápido, era fácil de matar, la sangre le corrió apenas por las manos, el cuerpo cayó a sus pies. Se dirigió hacia la puerta, la abrió, vio la masa de dos cuerpos dormidos bajo la palidez de la sábana, avanzó sin hacer ruido hacia Marbourg que roncaba. Primero él. Le tapó la cara con un cojín y le abrió la garganta. Una mancha oscura tiñó la sábana espectral. Judith se despertó. Saltó sobre ella, colocó una mano ensangrentada sobre su boca, el puñal sobre la garganta. Te voy a matar, amor mío, te voy a abrir el cuerpo de arriba abajo, voy a bañarme en tu sangre...

—¿Algo sospechoso en esa casa, mi capitán?

La voz de Jacques le devolvió a la calle, bajo el claro de luna. Se estremeció.

—No... Todo en orden. Prosigamos.

Continuó aquella patrulla sin distinguir ya nada de la ciudad

por la que deambulaba. El monstruo que le seguía desde tiempo atrás le lanzaba su aliento rancio sobre la nuca, le arañaba la espalda, hacía que le sangraran las cicatrices. Olfateando el viento nocturno Charles presintió que la Revolución había tejido a su alrededor una trampa de la que no saldría vivo.

Al final del verano se enteró de que Judith se había marchado de París. Supo que no se hallaba en Périgord, pero ignoraba adónde había ido. En los primeros días de septiembre solicitó su reincorporación a otra sección de la guardia y a las patrullas de día, pero incluso bajo el sol de mediodía y las tormentas de los días grises caminaría ya por una noche interminable.

En el mes de abril del noventa y uno, en el corazón de París, la Guardia Nacional salvó de milagro a tres religiosas de San Vicente de Paúl a las que un grupo de energúmenos pretendía azotar hasta matarlas. Desde que la constitución civil del clero obligaba a los sacerdotes a jurar la Constitución y a recibir sueldo de funcionarios, una guerra solapada había estallado por doquier. Cierta número de sacerdotes había prestado juramento, pero otros se negaban a hacerlo y fomentaban la desobediencia en nombre de la fe. Desde su cátedra romana, el Papa había lanzado un anatema contra el reino de Francia: la revolución nacida en su seno era una hija de Satanás, los sans-culottes eran los cerdos y los sapos de un gran aquelarre que los buenos católicos debían combatir en nombre de Dios. A los motines del ejército se añadió la revuelta religiosa, las misas secretas celebradas en las cabañas de los pastores por los curas refractarios, los juramentos arrancados por la fuerza, los conventos y las abadías saqueados por facciones de patriotas fanáticos, los castigos públicos, los insultos, los odios viscerales de las antiguas guerras de religión... Ya no se hablaba de felicidad en el curioso reino de Francia.

Al pie de un árbol adornado de guirnaldas tricolores, Charles

recogió un látigo caído en el polvo. Su larga lengua de cuero estaba impregnada de sangre. Charles la apretó entre las manos. La sangre de las religiosas le rezumó entre los dedos. Un olor le volvió a la nariz. Una sotana pasó ante sus ojos y la reconoció de repente, ligada a la arena del patio de Vaillac, con el olor del cuero y de la sangre. Reconoció la sombra que aparecía en sus pesadillas y a la que, durante años, sólo había escapado al despertarse sobresaltado, el miedo en el vientre y el corazón enloquecido.

Pero no era en realidad una pesadilla: hubo en otro tiempo en Vaillac un hombre de Iglesia de quien el conde no se separaba nunca y que vivía y reinaba en el castillo, en una época lejana, sepultada en su memoria, de la que también él formaba parte. No se trataba de una pesadilla: el ruido penetrante de sus pasos sobre el mármol blanco, el tintineo del rosario y de la pesada cruz de plata, la voz grave y tonante del Hombre de Negro: «Dad gracias a Dios, hijo mío, porque en su bondad infinita, extirpará el mal enraizado en vuestra alma, porque está escrito en el Eclesiástico: El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote, para que al fin pueda complacerse en él...».

Una de las tres religiosas de San Vicente de Paúl se apretó contra su brazo.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, hijo mío! ¡Que Dios os bendiga: sois un hombre de bien!

Charles se erizó como un animal feroz y miró con repugnancia a aquella loca de ojos enrojecidos, cabellos hirsutos, hábito desgarrado y espalda lacerada.

—¡Apartaos!

Con un gesto brusco, rechazó a la anciana que fue a llorar su gratitud en el brazo de otro de aquellos maravillosos salvadores de

uniforme azul. Charles cerró los ojos. Lo que una oleada de olvido se había llevado le volvió en otra de odio. El dolor le quemó la espalda como brasas sobre la piel, el sabor de las lágrimas derramadas sobre sus mejillas le envenenó la boca, el olor a su verdugo provocó en su garganta fuertes deseos de vomitar. El látigo le empezó a temblar entre las manos, rezumando su sangre desde muy adentro. Atravesó solo la plaza, en mitad de París, en mitad de Vaillac, en el infierno recuperado.

Un día de verano, cuando cabalgaba con su batallón en dirección al Campo de Marte, divisó de repente, al pasar por delante del jardín de las Tullerías, resplandeciente bajo los árboles, una llama de cabellos rojos. Judith.

Después de matarla oníricamente bajo sus ventanas, había hecho todo lo posible por no verla, por no oír su nombre, por no saber nada ni de ella, ni de su marido, ni de su hijo, por perder el recuerdo del perfume de su nuca, por no reencontrar el furor asesino del día de su ruptura... Pero la aparición en el jardín era demasiado hermosa. Dejó que el caballo galopara a su aire entre los otros y la miró.

Judith estaba en un paseo bordeado de rosales amarillos, vestida de blanco, los cabellos recogidos con una cinta. Su rostro resplandecía con el candor de antaño, prueba de que había sabido sobrevivirlo, prueba de que no lo necesitaba para ser feliz. Vio cómo se agachaba en el paseo que estallaba de luz y cómo tendía los brazos, y Charles necesitó un tiempo infinito para reconocer al niño de cabellos negros que caminaba hacia ella con pasos inseguros. Al niño que Judith tomó en brazos, acarició sonriente, besó y dejó otra vez en el suelo. Y el niño caminó de nuevo. Caminó titubeante, una

vez más, hacia la alegría de los brazos de su madre. El hijo de Philippe de Marbourg daba aquel día sus primeros pasos en el jardín de las Tullerías. La imagen se le grabó en la retina al rojo vivo.

De repente Charles se encontró en el Campo de Marte ante la multitud que reclamaba el destronamiento del rey, porque el monarca había querido huir, el rey era un traidor. Ante la lluvia de piedras y las detonaciones de las pistolas, La Fayette dio la orden de disparar al aire. Partieron las detonaciones. También la réplica. La Fayette resultó herido por un proyectil lanzado desde un talud. Charles bajó el cañón de su fusil hacia los amotinados y, cerrando los ojos, disparó el primero. En realidad mantuvo los ojos abiertos para poder apuntar al blanco elegido y alcanzarlo con precisión, pero fue como si se quedara ciego. Cuando abrió fuego sobre la multitud y a su lado los hombres a sus órdenes lo imitaron, lo que volvía a ver era el encanto de un paseo bordeado de rosales en flor, los colores felices de un jardín por donde él no pasearía nunca. Los disparos resonaron en sus oídos. El olor de la pólvora le aturdió. Cuando le faltó la munición, caló la bayoneta y atravesó los cuerpos que encontró delante, una y otra vez. Hasta borrar el jardín. El olor de las vísceras le llenó la nariz entre el estruendo de la refriega.

Ni a La Fayette ni a las autoridades de París se les responsabilizó oficialmente de la masacre de aquel 17 de julio del noventa y uno en el Campo de Marte: se afirmó que la había desencadenado un loco. En la confusión de la hecatombe la identidad de aquella persona no se estableció nunca con certeza. A partir de aquel día funesto, la monarquía constitucional comenzó su agonía, desgarrada entre los decretos de la Asamblea y el veto sistemático de un rey que no disponía ya de otra política que decir a todo que no.

No tardó en estallar la guerra contra las potencias europeas, ni en producirse el destronamiento de Luis XVI encarcelado después en

la prisión del Temple... Una ola de matanzas provocó la abolición de la monarquía casi al mismo tiempo que Valmy, la primera victoria militar, devolvió la moral a las tropas que combatían en las fronteras. Al día siguiente, 21 de septiembre de 1792, se proclamó la República: muy pronto se le llamaría el año I.

Para entonces hacía ya varios meses que el ciudadano Eperay había abandonado la Guardia Nacional. Después de abrir fuego contra los peticionarios del Campo de Marte, comprendió que se había equivocado. No sería nunca el aristócrata de Coblenza. Cambió de domicilio, vendió todos los bienes que poseía, vivió en una pensión modesta, se hizo discreto, casi invisible, esperando lo inevitable.

La cabeza de Luis Capeto, anterior rey de Francia, cayó en el cesto del verdugo en enero del terrible año noventa y tres.

Un adolescente rubio, casi un niño todavía, de rasgos elegantes y desdeñosos, estaba subido a un caballo blanco en el parque de Vaillac. El caballo se encabritó y el niño rubio cayó al suelo. Era un recuerdo antiguo e incandescente. Aquel hermoso muchacho, aquel príncipe de largas manos delicadas era el hijo legítimo del conde de l'Eperay, su heredero ante Dios y ante los hombres. Si hubiese vivido, habría sido el aristócrata exiliado en Coblenza. Pero Charles lo había matado en otro tiempo.

Su hermano.

Su hermano que montaba a caballo mientras él se lastimaba los pies con las zarzas; su hermano que ponía mala cara a las perdices en bandejas de plata mientras él robaba con dedos sucios los huesos que roían los perros; su hermano que dormía entre

sábanas de seda mientras él se refugiaba en la paja de las cuadras, entre los excrementos de los caballos, para conseguir un poco de paz. Su hermano que lo tenía todo, en razón de las leyes, y él, que no tenía nada, también en razón de las leyes.

Charles volvió a ver cómo caía la cabeza del adolescente rubio sobre las piedras del parque y pensó que aquello era justicia. Todos los que se habían burlado de la Revolución debían caer de la misma manera. Todos los que engañaban a la República debían ser juzgados como hermanos enemigos y como traidores. Todos los que mentían y disimulaban sus ambiciones. Todos los pequeños tiranos. Toda la nobleza y el clero. Y el duque de Orleans, y los sedicentes liberales, los partidarios de Brissot, los acaparadores de grano, los traidores de la Asamblea, los títeres de la Guardia Nacional, los sabotadores del ejército, y todos los marqueses y los condes de Francia y de las colonias, el tagarote más insignificante de provincias: hasta el último señor refugiado en su mansión era un enemigo y un traidor.

Charles se calzó las botas para acudir al club de los jacobinos. Necesitaba encontrar a un hombre, el único en el que confiaba.

Desde el día en que aquel caballo blanco se había encabritado delante de él en el parque de Vaillac, su destino estaba escrito. En las tinieblas que se anunciaban, Charles se convertiría en el brazo de la igualdad, en el arcángel vengador de la República. Acorralaría a los culpables y haría justicia, en nombre de los bastardos, de los sin título y de los sin derechos. Iba a derribar tantas cabezas como golpes había recibido y sólo se detendría cuando se hubieran borrado todas las cicatrices de su cuerpo, es decir, nunca.

27. La máquina

A medida que la claridad del día aureolaba las torres de Notre-Dame, los parisienses detenían sus pasos en el extremo del jardín de las Tullerías, en la plaza de la Revolución.

Colocada sobre un estrado muy alto, todos contemplaban la máquina.

—Es ingenioso —diría Guillaume de Salerac cuando la viera por vez primera en la plaza de Sarlat—. La muerte llega sin remedio, el pobre infeliz no sufre...

La máquina había sido concebida por un médico filántropo, preocupado por evitar al condenado la agonía de una ejecución interminable. La Asamblea la había aplaudido: la muerte, en un régimen ilustrado, debía ser breve y la misma para todos, fuera cual fuese su condición y el delito cometido. La nobleza de una muerte por el acero se hacía así universal. Luis XVI, que disfrutó del privilegio de examinar un prototipo en la época en que todavía reinaba, había sugerido que la hoja se colocara en diagonal para obtener un corte más limpio. A un fabricante de clavecines se le encargó la construcción de cientos de artefactos. La máquina se instaló hasta en el más apartado de los pueblos.

Era sencilla y hermosa. Sus piezas laterales de madera y el alto

travesaño tenían la majestad de una cruz romana elevada sobre el desorden. Los vivos rayos de la aurora hacían relucir su hoja.

Aquella mañana tenía lugar una ejecución. El condenado descendió de una carreta, vestido con una camisa blanca y las manos atadas a la espalda. Se murmuró que se trataba de un noble. Se le habían cortado los cabellos para que su nuca fuese bien visible en el momento de colocarla bajo la cuchilla. El reo subió los escalones del cadalso escoltado por dos soldados de la Guardia Nacional, tuvo una mirada para la estatua de la libertad que adornaba la plaza, en el sitio que ocupara en otro tiempo la estatua ecuestre de Luis XV, después el verdugo lo colocó sobre la plancha de madera que actuaba como báscula, la hizo caer sobre el pedestal de la máquina y la deslizó hasta el cepo con dos medias lunas, cuya parte superior cerró sobre el cuello del condenado.

Un ciudadano tocado con un gorro frigio leyó la orden de ejecución. El condenado tenía un nombre interminable al que se le habían amputado las partículas. El gran acusador público Fouquier-Tinville lo declaraba culpable de conspiración contrarrevolucionaria y de insultos calumniosos al ciudadano Marat.

Cayó la hoja. Cayó la cabeza. Todo acabado.

Fue tan rápido que el verdugo mismo creía oír aún el silbido de la cuchilla mucho después de que la cabeza hubiera guiñado los ojos por última vez en el fondo del cesto. Un último chorro de sangre se derramó a lo largo de la hoja y eso fue todo.

El verdugo de la plaza de la Revolución estaba de verdad triste: ya no podía seguir ofreciendo los espectáculos que hicieran la gloria de sus abuelos. En el caso de las primerísimas decapitaciones, alzaba la cabeza por los cabellos y la mostraba orgullosamente a la multitud que se estremecía de espanto, aunque después había pasado a estremecerse cada vez menos. Al cabo de algunos meses las

ejecuciones no interesaban ya a nadie. Los parisienses estaban decepcionados: la máquina iba demasiado deprisa. Ya no había tiempo para ver al criminal retorcerse al extremo de una soga, ni se oían sus gritos como cuando se le condenaba al suplicio, ni se advertía el atractivo olor a grasa quemada de las hogueras.

La muchedumbre se dispersó arrastrando los pies mientras el verdugo limpiaba la cuchilla ensangrentada.

28. El adiós

La víspera de aquella ejecución, dos mujeres caminaban hacia la prisión de la Conciergerie. Casi de la misma talla, una iba sobriamente vestida de blanco y la otra ostentaba los colores recargados de una prostituta de baja extracción; una venía de Quercy y la otra de Périgord, una tenía cuarenta y ocho años y la otra alrededor de veintitrés, pero las dos caminaban al mismo paso bajo la lluvia de verano que hacía manar fango de entre los adoquines de París.

Los cabellos protegidos por un chal de encaje rojo, Judith avanzaba decidida a pesar de la desazón que se le fijaba en el estómago. Su vestido, de tela de algodón y color violeta oscuro con escote ajustado, casi le impedía respirar, y el maquillaje que le ennegrecía los párpados hacía que le picaran los ojos como si algún desvergonzado le hubiera exprimido un limón delante de la cara. De todos modos estaba tan decidida como el día en que se escondió bajo las pieles malolientes de los corderos para subirse a la máquina voladora de Guillaume de Salerac: ¡si hubiera muerto aquel día cuando cayó entre los viñedos de Vaillac!, pensaba acordándose del cielo inmenso y de la belleza del mundo bajo sus ojos.

Las dos mujeres llegaron al muelle de la Mégisserie. Del otro lado del Sena, en la Île de la Cité, se alzaban las torres de la Conciergerie.

—Olympe, ¿estás segura de que va a funcionar?

La otra sonrió. Breves bucles castaños sobresalían de su cofia blanca, subrayando el aire rebelde de su rostro.

—No te inquietes: desde las matanzas de septiembre, la Convención hace vigilar las prisiones con mayor rigor, pero las prostitutas siempre consiguen colarse, sobornando a los carceleros si es necesario... y a veces también por otros medios.

—No es eso lo que más me asusta.

—Representa tu papel y todo irá bien. Cuando se trata de aprovecharse de las mujeres, los hombres son todos hermanos. Por entreverte los muslos, los carceleros dejarán que te metas hasta en la cama de Fouquier-Tinville.

Judith frunció el ceño, mordiéndose los labios de repugnancia.

—Sería quizá una solución...

—Te prohíbo que lo pienses. ¡Nada en el mundo justifica tener que rebajarse a lamerles las botas a esos asesinos! Y cuando hablo de botas...

Las dos mujeres se detuvieron en la esquina del Pont au Change. Judith suspiró nerviosa. Con una ojeada rápida, Olympe examinó su manera de andar.

—Acuérdate de que sabes lo peor de esos patanes y de que vas a tentarlos porque los detestas.

Judith asintió. Entrar en la Conciergerie disfrazada de prostituta era una idea, una de las numerosas ideas, de aquella

bastarda de Quercy que el azar de los clubs y de las sociedades de mujeres le había permitido conocer dos años antes. La semana anterior, después de haber chocado tres veces con fusiles cruzados que le impedían el paso al presentarse con su verdadera identidad, Judith acudió a los girondinos para implorar socorro, pero ellos, igualmente amenazados de detención, se habían limitado a recomendarle que no insistiera. Judith fue después a llamar a la puerta de sus amigos personales: Camille Desmoulins, diputado de la Convención, y Olympe de Gouges. Los periodistas lo sabían todo, la gente de teatro disponía de mil recursos en su faltriquera y ella, Judith, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por penetrar en aquella maldita prisión.

—Tú no —le había corregido Olympe—. Otra. Llamémosla... Nini la Futée. Una prostituta a la que envían para que venda sus servicios a un condenado.

—¡Perfecto! ¡Acepto el papel!

Con gestos decididos, Olympe añadió un poco de rojo a los labios de Nini la Futée, le dio unos golpecitos en las mejillas, le quitó el chal, le acarició los cabellos a contrapelo para despeinarla y con la punta de los dedos sombreó un poco más la línea de las pestañas.

—Para darte un aire de fatiga, pequeña mía. Has pasado la noche haciendo unas locuras de las que mis castos oídos ni siquiera quieren oír el nombre latino —dijo su amiga sonriendo.

—Si solamente fuese verdad... —suspiró Judith con voz desesperanzada.

Intercambiaron una mirada cómplice. Judith respiró hondo y se dispuso a cruzar el Pont au Change.

Cuatro años antes, una verdulera atravesaba feliz aquellos mismos puentes parisinos: una joven recién llegada de su provincia que callejeaba con el corazón despreocupado y la sonrisa en los labios, aturdida por los ruidos de la ciudad, maravillada por los sabores, los olores, los rostros, las mil promesas de las mil cabezas de la hidra... Aquello había sucedido cuatro años antes. Un siglo.

Mientras cruzaba el Pont au Change, Judith constató de repente el abismo abierto bajo sus pies. Sobre aquel río donde se detenía antaño para contemplar el porvenir, hoy se sentía morir. La hidra se había vuelto loca: sus cabezas dementes se mataban entre sí con rabia. Ayer, las obsequias de Marat. Hoy por la mañana, la ejecución de Charlotte Corday. Y mañana... No; Judith no quería pensar en el día siguiente. Quería que el sol dejara de alzarse por detrás de las torres de Notre-Dame, que el Sena cesara de arrastrar todos los amaneceres la sangre embarrada de las guillotinas. Como un cuenco de leche abandonado al calor del verano, la felicidad se había agriado. No había más que moscas y gusanos para alimentarse de su inmunda acritud.

Judith se secó los ojos a mitad del puente. Debía ahuyentar aquellos pensamientos, no estaba allí para filosofar sobre lo absurdo que era el mundo. Tenía que vestirse con la piel de su personaje. Qué don extraño el de los cómicos, su capacidad para transformarse a voluntad en otro... ¿Cómo capturar en unos pocos pasos la manera de andar y el alma de una prostituta? Quiso apretar su dije pero sólo encontró la escarapela tricolor prendida en el borde del escote: una furcia que anda rodando por las calles no lleva joyas de oro, había dicho Olympe. El final del puente se acercaba a toda velocidad. ¿Quién eres, Nini la Futée? ¿Qué parte tuya hay en mí? ¿Qué mujer sería yo si tuviera que vivir del comercio carnal? ¿Qué sentiría en un cuerpo sin iniciativas, siempre abandonado a los deseos de los demás? ¿Qué sabes tú, Judith, de la brutalidad de la carne? El

recuerdo del baldaquín azul la rozó como una zarpa, pero enseguida las olas del océano, inmensas y lentas, regresaron bajo sus párpados: la playa desnuda donde encallaban todos los navíos naufragados. Cuatro años. Un siglo.

Al poner el pie en la Île de la Cité, Judith sintió que la tristeza y la repugnancia se le endurecían sobre el rostro como una máscara de barro. Un maquillaje perfecto: Olympe lo habría aplaudido.

Nini la Futée atravesó la calle contoneándose, se detuvo ante uno de los centinelas situados delante de la cárcel y, con la mano en la cadera, clavó una mirada lánguida en los ojos repentinamente animados del soldado.

—¿Qué deseas, ciudadana?

—Soy la última voluntad de un condenado —le lanzó ella, forzando una sonrisa pícaro.

—¿Y quién te manda? —preguntó el otro centinela acercándose, quizá para mirar más de cerca el escote de aquella criatura.

Nini la Futée lo examinó de la cabeza a los pies con el ojo avisado de una experta.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Es para un señor de la legislativa.

Los dos centinelas se interrogaron con la mirada y después la dejaron pasar. Un poco más allá, Nini la Futée repitió la misma sonrisa, el mismo movimiento de caderas, la misma mirada con otras palabras. Atravesó un corredor suntuoso con una columnata, cruzó una puerta, descendió por una escalera, atravesó otra reja y se

encontró en la penumbra de un pasillo bordeado de barrotes. Avanzó, sobre la paja sucia que recubría las losas gastadas, siguiendo al carcelero, que se detuvo delante de una puerta e hizo girar una llave enorme en la cerradura. El ruido del hierro resonó bajo las bóvedas. La puerta se abrió y Nini la Futée se perdió en la sombra del calabozo.

—Philippe...

La luz apagada de un tragaluz arrojaba una aureola azul sobre la silueta de un prisionero sentado en el suelo. Judith se arrodilló en la paja y lo estrechó entre sus brazos. Le ardía la frente. Sus cabellos enmarañados olían a la suciedad de las cuevas. Al acariciarle las mejillas, la joven sintió en la mano los pinchazos como de cardo de una barba tupida.

—Philippe, Philippe... Vas a salir de aquí —susurró Judith—. Vamos a hacer que salgas.

No sabía quiénes eran aquellos «nosotros» de los que hablaba, pero estaba segura de encontrar aliados. La hidra podía muy bien bailar como una loca en trance, pero aún eran numerosas las cabezas razonables.

—Ahora que Marat ha muerto, a quienes lo temían no les importará hacerse oír: reconocerán que tenías razón, cambiarán de idea.

—Judith, Judith... No habrías debido venir —le respondió un murmullo ronco—. Quedan Danton, Robespierre y tantos otros, tantos otros... Robespierre detestaba a Marat, pero por principio no se opondrá nunca a una decisión del Tribunal Revolucionario. Soy hombre muerto, es cuestión de horas.

Ella negó con la cabeza, le acarició las mejillas, buscando en la penumbra el brillo de sus ojos azules.

—No, no... Eso no es posible, no es justo. Has servido a la nación, eres un patriota.

Philippe de Marbourg acarició a su vez los bucles de Judith, el óvalo de su rostro, su barbilla, el dibujo apetitoso de sus labios pintados.

—Pero los tiempos han cambiado, querida mía. Llega la hora del juicio para los que, como yo, querían reformar el país mediante leyes mejores: hemos creado monstruos y un desorden inconmensurable, hemos dado el poder a criminales y asesinos. ¡Marat diputado de la Convención! Un hombre que gritaba todas las mañanas que era necesario amontonar los cadáveres de mil parisienses antes de que anocheciera... ¿Qué política es ésta? No, Judith, el fiscal tiene razón al condenarme porque desde la muerte del rey voy camino de convertirme en un decidido contrarrevolucionario.

—¡Marchémonos! ¡Vayamos a Inglaterra!

—Nadie escapa de la Conciergerie.

—Iré a defender tu causa ante el Tribunal Revolucionario. ¡Iré esta tarde misma al Comité de Seguridad General!

—Sería inútil. Y pondrías tu vida en peligro.

A medida que hablaba sus ojos azules se aclaraban en la oscuridad del calabozo. Y cuanto más miraba a Judith más le brillaban los ojos. Se diría que las lágrimas se le quedaban atrapadas en el fondo de la mirada y que no sabían deslizarse por las mejillas. Judith se arrojó en sus brazos.

—¡No es verdad, no puede ser verdad! ¡Necesito que vivas!

Philippe le acarició el pelo y la estrechó entre sus brazos.

—Eres más fuerte que yo. Abandona los clubs y los periódicos, vuelve a nuestra casa en Burdeos, ocúpate de Antoine y de los bienes que te dejo... Vivirás mucho y de manera inteligente, lo sé.

Judith se apartó y buscó de nuevo su mirada en la penumbra.

—Philippe, eres la mejor persona que he conocido en mi vida, y si alguna vez me he portado mal contigo, te juro que lo lamento.

—Unas palabras bien ridículas. Yo sería un hombre de bien si, teniendo la posibilidad de hacer el mal, hubiera elegido hacer el bien. Pero no he tenido nunca que luchar contra mí mismo.

Judith sonrió amargamente.

—¡Estás casi muerto y todavía filosofas!

—Querría que me olvidaras o, más bien, que conserves de mí el recuerdo de nuestras primeras semanas en Burdeos, antes de la Revolución.

—No; no quiero. No quiero acordarme de ti. No quiero que mueras.

Los ojos azules de Philippe de Marbourg se iluminaron con reflejos rojos.

—¿Recuerdas la boda de tu hermana? ¿Aquel primer desayuno que compartimos en la terraza mientras todo el mundo corría tras los fugitivos? ¿Quién lo hubiera dicho entonces, no es cierto, quién lo hubiera dicho?

Judith asintió en silencio. Aquel recuerdo se le clavó en la garganta como una fría hoja de acero con dos filos igualmente cortantes. Philippe, a quien debería habérselo dado todo... y el otro, de nombre impronunciable, desterrado de sus pensamientos, de

quien nunca había recibido nada y del que nunca había vuelto a tener noticias. Ahuyentando aquel recuerdo, Judith alzó los ojos hacia las bóvedas sombrías y el óvalo claro del tragaluz. No quería volver a ver el pasado. Tampoco quería imaginar los días futuros. Ni respirar más en aquel presente mentiroso que se convertía en pesadilla.

—Debería... debería haberte querido mejor...

—No te reproches nada.

Philippe enmudeció y le acarició la mejilla.

—Pero hay una cosa, sin embargo, que me gustaría saber...

—¿De qué se trata?

—Si el pequeño es de verdad hijo mío.

Ante aquellas palabras, la Conciergerie se hundió en silencio. Las pesadas murallas medievales del palacio de Felipe el Hermoso se derrumbaron lentamente y la luz del día estalló, cegadora. Judith no dudó más que una fracción de segundo, pero le pareció que aquel instante duraba una eternidad, hasta tal punto los escombros de su vida se le amontonaron en la cabeza. ¿Qué responder? ¿Qué decir cuando sólo quedan unos minutos que compartir y unas pocas palabras que intercambiar y ya no se dispone de una vida entera para tomarse el tiempo de explicar? La verdad, sin duda. La verdad que no siempre es verdadera, porque Judith, que había creído siempre que la verdad era redonda y blanca como una perla, se daba cuenta de repente de que las palabras justas, a veces, no son las verdaderas.

—Sí, claro que lo es —se oyó decir Judith.

Philippe de Marbourg sonrió.

—Te tiembla la mano... Gracias. Siempre he temido no haber sabido ganar de verdad un sitio en tu corazón. Pero tu mentira de hoy es la prueba, a pesar tuyo, de tu amor por mí.

—Philippe, no...

—Calla, no te reproches nada. Sé bien que sólo aceptaste casarte conmigo por despecho. No me corresponde juzgar tus sentimientos, ni siquiera conocer todas las causas. No era más que una pregunta, no una acusación.

Una lágrima ardiente rodó por la mejilla de Judith. Durante todos aquellos años había amado a Philippe sin darse cuenta del amor que le inspiraba, porque aquel sentimiento hecho de ternura, de respeto y de buena voluntad le había parecido siempre una amistad raquíca, un arroyo tranquilo si se comparaba con las olas terribles que había sentido por el otro, al que no quería nombrar nunca más. Pero era amor. Era quizá el único amor posible en aquel mundo en ruinas.

Entonces, acercándose más, estrechó a Philippe en sus brazos como habría debido hacerlo desde hacía mucho tiempo y, sin saber cómo ni por qué, se encontraron de repente entrelazados en aquella prisión sombría. Y cuando todo hubo terminado, cuando los carceleros creyeron que Nini la Futée cumplía sencillamente con su cometido, Judith comprendió con un escalofrío que siempre había sido así, que siempre habían hecho el amor de aquella manera, un poco triste, como dos amigos que se reconocen demasiado tarde y que se dicen adiós, y que aquel último abrazo les descubría por fin lo que habían sido el uno para el otro y cómo, con toda sencillez, se habían querido.

Al amanecer, Philippe de Marbourg fue guillotinado.

29. La marcha

Trepando sobre el banco de madera, Antoine puso la mano sobre el brazo de Judith.

—Mira, mamá.

Judith dejó el tenedor con el que se estaba comiendo la tortilla que el mesonero les había preparado e interrogó a su hijo con la mirada. El niño había encontrado, su madre no sabía dónde, tres caracoles que exhibía con tanto orgullo como si se tratara de un tesoro inca.

—¿Dónde has encontrado eso, querido mío? —le preguntó con voz preocupada.

A manera de respuesta, Antoine señaló con un gesto impreciso el fondo del emparrado donde se habían sentado para comer, y a continuación le puso los caracoles en las manos sonriendo. Judith reprimió un suspiro. El día en que arrestaron a Philippe de Marbourg, Antoine recogió un caracol muy grande en el jardín de las Tullerías, lo guardó todo el día en la mano y se apasionó por aquella criatura babosa y enigmática que metió luego en una caja y que conservó después en su habitación. A pesar de una hermosa hoja de

lechuga, el animal se había ocultado enseguida en su concha y no había vuelto a dar señales de vida aunque el niño zarandeaba una y otra vez aquel pobre caparazón con la esperanza de hacerlo salir. Desde entonces no había cesado de hablar del caracol, asediando a su madre con preguntas angustiadas para saber lo que había en el fondo de la concha, si *Gaston* dormía (tal era el nombre que le había dado) o si la lechuga le había echado a perder la tripa... Judith se acordaba con amargura de que casi le había sido más fácil explicarle que su padre se había ido muy lejos y que tardaría mucho tiempo en volver.

—Ah... —había dicho sencillamente el niño como alguien que no se interesa apenas por las sandeces que se le cuentan—. Pero, mamá, *Gaston* sigue en la concha, ¿o no?

Judith estuvo a punto de perder la paciencia, absolutamente consternada y desamparada. ¿Por qué no tenía un hijo que se apasionara por los perros? Mientras la impresión de sus últimos días en París era la de caminar en una noche espantosa, Antoine no cesaba de reclamar la vuelta al jardín de las Tullerías para encontrar otro *Gaston*... Por consiguiente, claro está, aquella posada a orillas del Loira, aquella terraza resguardada por una parra donde se habían detenido para reponer fuerzas, al niño le parecía un auténtico paraíso. Antoine no veía más que las procesiones de caracoles que se arrastraban bajo las piedras, no se asombraba de nada, no era consciente del hilo incierto del que pendían sus vidas. Sólo contaban los caracoles. Se hubiera dicho Guillaume de Salerac sumido en sus herbarios. En el fondo, Judith lo envidiaba.

—¿Mamá?

—Sí, querido mío —dijo Judith volviendo a aquella terraza, a aquella tortilla, a aquellos caracoles viscosos que le quitaban el apetito.

—¿Los caracoles tienen boca?

Judith alzó los ojos y miró el río Loira que se teñía de nácar bajo los resplandores rosados del final de la tarde. Veinte veces la misma pregunta. Por vigésima vez se dispuso a responder, sabiendo ya la sucesión obsesiva de las preguntas que seguirían.

—Creo que sí —dijo, volviéndose hacia el niño—. Una boca muy pequeña.

—Pero ¿no tienen dientes?

—No, eso no, no tienen...

—Entonces, ¿cómo se las arreglan para comer?

Judith suspiró. ¡Antoine habría acabado con la paciencia de toda la Academia de las Ciencias!

—¡Comen, eso es todo! Y ahora déjame comer también a mí, ¿no te parece?

Antoine permaneció un instante silencioso, contempló las conchas de los caracoles, sus pies, las piedras de la terraza y de nuevo a su madre.

—¿Tienen ojos?

—Dios mío —suspiró Judith, como hablando sola—. Es todavía más cabezota que yo...

—Claro que los tienen —intervino entonces Charles dejando su vaso de vino sobre la mesa de madera—. ¿Cómo verían si no?

Antoine alzó unos ojos sombríos hacia el desconocido vestido de negro que viajaba con ellos. Judith miró también al hombre sentado frente a ella. Charles bebió un sorbo de vino. Desde que abandonaran París apenas se habían dicho nada. Satisfecho con la respuesta, Antoine se fue a buscar más caracoles.

Perdóneseme el desorden del relato y el brusco salto que acabo de dar en el curso de los acontecimientos. Aquella posada al borde del Loira fue tan esencial para mi historia que estaba impaciente porque quería que llegara, quería estar allí, respirar la brisa de aquel instante, del día que se acababa y de la noche que llegaba, barnizando de nácar rosa la piel estremecida del río entre sus riberas arenosas... Si un día muero —si un día vivo— quisiera que mi espíritu flotase allí hasta el fin de los tiempos, como esos insectos que vuelan veloces sobre las charcas en la eternidad de las tardes de estío.

Pero es cierto que antes de llegar a aquella terraza, a aquel fresco emparrado al borde del Loira, mi madre, mi hermano y mi padre —porque también estaba allí— habían tenido que recorrer un largo camino desde París. Reteniendo en la palma de la mano los caracoles que Antoine acababa de darle, Judith dudaba todavía de que todo aquello fuese real, de que Charles hubiera reaparecido tan pronto, de que fuesen camino del sur. Estaba tan extenuada y tan triste que creía más bien en una jugarreta de su espíritu. Soñaba sin duda —como soñó antaño, el día de la boda de Hélène, que se habían casado junto a las hogueras de la noche de San Juan y que se habían amado.

Judith pasó tres días reclamando el cuerpo de su marido para darle una sepultura decente. Se lo entregaron por fin, bajo un sol de justicia, en una carreta sobre la que zumbaban moscas tenaces, el cuerpo envuelto en un lienzo blanco manchado de sangre y la cabeza

en un cesto, cubierta con una tela blanca igualmente ensangrentada. Al tiempo que respiraba hondo, la joven maldijo su sed de certeza. No habría podido vivir con la duda de dar sepultura quizá a un desconocido y de abandonar a Philippe en el osario de las fosas comunes. Trepó a la carreta, descubrió la cabeza y se quedó inmóvil.

Como la mirada que la contemplaba desde el fondo de la nada.

—Tengo suerte —se dijo—. Tengo mucha suerte.

Porque era muy difícil recuperar los cuerpos de los condenados a los que se ejecutaba en la plaza de la Revolución. Porque eran sin duda los ojos azules de Philippe de Marbourg. Y porque no había comido nada desde el día anterior. Su estómago se contrajo con violencia y Judith descendió de la carreta pero no vomitó.

Luego caminó hasta una fuente próxima, mojó su pañuelo negro y se humedeció la frente. Después se subió de nuevo a la carreta. Curiosamente, le resultó más difícil identificar el cuerpo, como si hubiera conocido mejor el rostro de su marido que su apariencia carnal. Pagó al cochero y se puso a buscar un lugar donde reposaran en paz los restos de Philippe. Tuvo que comprar muy caro un sitio en el Cimetière des Enfants Trouvés y recurrió a un sacerdote juramentado. El entierro se llevó a cabo aquella tarde misma. Bajo la tormenta que acababa de estallar, con el sacerdote y los dos enterradores apoyados en el mango de sus palas respectivas, Judith se tragó el gusto amargo de aquel nombre irónico —Cementerio de los Niños Encontrados— como si aquel agujero en la tierra fuese más bien el suyo o le sirviera para reconciliarse de manera oscura con los abismos de su destino. Sobre una tumba cubierta de líquenes vio trepar un caracol blanco que recogió para Antoine. ¿Qué sentido podía tener la vida de un animal tan ingrato? ¿Qué sentido tenía la suya? ¿Vivía aún? Judith sentía que estaba muerta como un cuerpo fatigado se hunde en el sueño, sin siquiera darse cuenta.

Su último coletazo de vida, mientras llevaba a cabo la tarea extenuante de buscar una sepultura y de enterrar a su marido, fue un grito cuyas consecuencias no se molestó en medir. El día de la ejecución de Philippe pasó la noche escribiendo una carta abierta a los asesinos del Tribunal Revolucionario y del Comité de Salud Pública. Judith dio nombres, acusó a los acusadores e invocó sobre la cabeza de los verdugos y de los jueces todas las sentencias y los castigos que se merecían. Después, por la mañana ya, metió la carta en un bolso, junto con todas las joyas que poseía, excepto su dije de antaño, que llevaba desde hacía algunos años junto con las conchas recogidas en las playas de las Landas, y se dirigió a casa del editor Moreau. Por haber frecuentado el mundo de los periódicos girondinos, sabía que, con la tapadera que le proporcionaba una gaceta titulada *L'Arbre de la Liberté*, Moreau publicaba panfletos monárquicos. Judith le hizo entrega de sus collares y pendientes para que imprimiera todos los carteles que pudiera e hiciese colocar por todo París la acusación que lanzaba y la justicia que reclamaba. Fue su primer y su último acto político.

Después del entierro, Judith regresó a la rue des Piques, despidió a su doncella, se encerró en su casa y tuvo la extraña impresión de no ser más que un cuerpo vacío en el que todavía late el corazón, un cadáver cuyos costados se dilatan aún pero del que ha escapado el alma. Dio a su hijo el caracol del cementerio y de repente echó de menos los campos en flor de Castelroux, de una primavera que ya no volvería, de un castillo desaparecido en el transcurso del tiempo. Sin Antoine, se habría quitado la vida con toda seguridad aquella noche.

Para distraerlo tuvo la idea de fabricar una máquina voladora.

—¿Para mi caracol?

—Sí, querido mío, para tu caracol...

Judith se acordó del invierno en el que Guillaume de Salerac llenaba las bóvedas de su laboratorio de globos miniatura, fue a buscar hojas de papel muy fino, tijeras, hilo y una aguja y dobló, cortó y cosió con una aplicación que ninguna labor de bordado le había inspirado nunca. Al acercarse la noche, encendió los candelabros del salón, tomó una vela e hizo deslizarse un poco de cera fundida sobre las suturas de la pequeña máquina. Antoine la observaba con una atención intermitente, prefiriendo concentrarse en el caracol que le había traído su madre.

—¿Tiene boca?

—Sí, cariño mío... Colócalo en la barquilla.

Con extraordinaria delicadeza, Antoine depositó al animal. Judith calentó el aire con ayuda de una vela hasta que el artefacto despegó lentamente. Boquiabierto, Antoine lo siguió con sus grandes ojos negros desorbitados, y Judith esbozó la sonrisa triste que provocan los sollozos a punto de estallar. Antoine no tenía más que tres años: la misma edad que ella cuando Guillaume la encontró en lo más profundo del bosque de Font-de-Vouvres. Sin duda no se acordaría nunca de aquel instante, de aquel globo miniatura que volaba por el salón, de aquellos caracoles, de aquella oscuridad fúnebre y de la soledad de aquella casa en la que ya no eran más que dos. Judith, sin embargo, tuvo la sensación de llevar a cabo un gesto de una importancia vital. Hacer volar un globo. Llenar aquel vacío. Rechazar las tinieblas. Impedir que la desesperación arrojara sus redes sobre los hombros de su hijo.

El globo aterrizó sobre la alfombra. Antoine corrió a buscar su caracol. Cuando la fatiga se le instaló bajo los párpados, Judith se lo llevó a la cama. Le colocó la cabeza sobre las almohadas y después, sentándose a su lado, le acarició los cabellos negros, se inclinó suavemente, respiró su olor tibio, allí, en su cuello sedoso, y sintió

latir en el fondo de su ser la terrible ternura que el mundo necesitaba.

¿Qué hacer a continuación?

Contemplando a su hijo dormido, se esforzó por imaginar al hombre que sería más adelante. Tendría la bondad de Philippe, la curiosidad de Guillaume de Salerac, la risa jovial de su primo François, la viva inteligencia de Camille Desmoulins, la elegancia de un gentilhombre y el alma serena de un cabrero. Y por lo demás, pensó mientras se comía con los ojos al niño acurrucado junto a ella, tendría una hermosa mirada de terciopelo negro, la prestancia de un cuerpo bien construido y la piel sin heridas de un niño bendecido por la vida. Valía la pena vivir por aquello... Sí, valía la pena.

Cerró los ojos y debió de dormirse un poco, porque tuvo un sobresalto repentino y tardó en recordar dónde estaba.

Un ruido, un chasquido, algo la había despertado.

Aguzó el oído: la calle estaba tranquila, no oyó nada más, pero su corazón de loba seguía alerta, como si el silencio le hubiera susurrado la presencia de una amenaza furtiva que se movía en la noche.

Se levantó, tomó una de las dos velas todavía encendidas y salió de la habitación. En el corredor desierto sólo se movían las sombras colgadas de los costados de los muebles. Todas las ventanas del piso estaban cerradas. Judith descendió la escalera con la impresión de que los escalones temblaban bajo sus pies. La llama de la vela se le ondulaba en el hueco de la mano. La puerta de entrada estaba cerrada, el cerrojo corrido. Nadie habría podido forzar su hoja. La joven suspiró.

«Cálmate, Judith, y reflexiona. Estás inquieta porque no sabes qué es lo que vas a hacer ahora: piensa en ello y no temblarás más

por el ruido de un gato en la calle...»

—¿Judith?

Se volvió sobresaltada y lo vio delante de ella.

Un fantasma. Un aparecido.

La palmatoria que dejó caer se rompió sobre el embaldosado y la noche lo devoró todo.

No. Tú no. Va todo ya tan mal, no vuelvas, no quiero saber nada de ti, te he olvidado, te he ahogado en el océano, te he convertido en arena en los cuatro vientos de la playa, te he quemado con la corteza resinosa de los pinos durante todo un otoño, ya no existes, ya no me atormentas, no vuelvas, no vuelvas... Oh, Dios todopoderoso, no me concedáis ese deseo.

—Judith, ¿entiendes lo que te estoy diciendo?

—No... no...

—¡No importa, ven!

Una mano de cuero se apoderó de su puño e hizo que se sobresaltara en la oscuridad.

—¡Suéltame!

Charles la soltó, pero su voz se hizo más cercana cuando habló.

—Tienes que marcharte de París al instante.

—No...

—¿Cómo que no? No sabes lo que dices. Ven, date prisa.

—No, no, todo eso no tiene sentido... Estoy soñando, no puedes estar ahí, no puedes ser verdad...

Dos manos poderosas se posaron sobre sus brazos, reales y apresuradas.

—Fouquier-Tinville ha firmado tu orden de detención —le explicaron un aliento cálido muy cerca de su oído y un olor afrutado a cuero que reconoció—. Se presentarán aquí por la mañana.

Judith lo comprendió todo. O más bien captó sólo la urgencia, pero era más que suficiente.

—¡Antoine!

Se soltó de las manos de Charles, buscó la escalera a tientas y estuvo a punto de tropezar con el primer escalón.

—Date prisa.

La urgencia, nada más que la urgencia. Subió la escalera como en un sueño brutal. El corazón le latía completamente desbocado, tenía vértigo: «Estoy a punto de volverme loca...». Recorrió el pasillo del piso alto como una sonámbula en dirección a la frágil claridad de la habitación de Antoine. Al ver a su hijo, sus pensamientos recuperaron un poco de lógica. Pesaba contra ella una orden de detención.

—¡Antoine, Antoine! Despierta, tesoro mío...

Se sentó en el borde de la cama y acarició al niño con brusquedad para despertarlo. Antoine parpadeó y farfulló que había visto un montón de caracoles. Decididamente, nada tenía sentido.

—Date prisa, Judith.

No supo qué responderle y ahogó entre dientes un gruñido.

Charles no había entrado en la habitación: advertía su presencia con el rabillo del ojo pero no quería mirar. Se levantó, fue hacia la puerta con los ojos fijos en el suelo y lo empujó para que se apartara. La urgencia, nada más que la urgencia. Se deslizó rápidamente entre su capa negra y el vano de la puerta: Dios santo, estaba allí, él, vuelto... Sintió un picoteo nervioso bajo la piel. La urgencia. La guillotina. Había que marcharse. Entró en su habitación, abrió un baúl, tomó unas grandes alforjas de cuero, abrió el cajón de su coqueta a la luz plateada de la luna, examinó algunas cajas: había asignados que ya no valían nada, títulos, cartas, fruslerías, todo un fárrago de recuerdos que adivinaba a oscuras.

—No te lleves nada: hay que dar la impresión de que no te has marchado. Cuanto más tarden en descubrir tu huida, más tiempo ganaremos.

Judith se echó una capa sobre los hombros.

—Entonces estoy lista —dijo apretando entre los dedos los angelotes de su dije y las conchas pulidas por la arena de otro tiempo.

El océano. La urgencia. Al abandonar la habitación rozó de nuevo su silueta oscura, sintió de nuevo el estremecimiento. En el otro dormitorio, Antoine se había derrumbado de nuevo sobre la cama.

—¡Oh, no! ¡No, no!

Judith tomó al niño en brazos. Dormitaba y pesaba más que nunca. Charles se apoderó de una palmatoria y se les adelantó por la escalera. Judith descendió detrás, sufriendo para adivinar el emplazamiento de los peldaños bajo sus pies, se diría que la casa se estaba metamorfoseando. Charles se dirigió hacia la puerta principal, apagó la vela y dejó la palmatoria. Luego descorrió el cerrojo,

entreabrió el batiente y miró fuera. La luz helada de la luna le cayó sobre la frente. Se volvió hacia Judith.

—Dámelo.

Sus ojos negros brillaban en la noche como dos pozos en los que se refleja una media luna. La joven tardó un tiempo infinito en entender. Los brazos con los que ceñía a Antoine se endurecieron como hechos de madera. No. A ti no. Nunca.

—Sea —renunció él—. Como quieras.

—Espera...

La lógica. La urgencia. Charles era más fuerte que ella: llevaría a Antoine con más facilidad e irían más deprisa. Creyó romper dos ramas secas cuando abrió los brazos para darle al niño.

Charles alzó el cuerpecito como una brizna de paja. Al brillo lechoso de la luna a Judith le pareció ver que su silueta vacilaba un breve instante como si la levedad del niño le desconcertase de pronto o como si, por primera vez en su vida, midiera su propia fuerza. Capaz de llevar a Antoine con un solo brazo, Charles se lo recostó sobre el hombro. El niño abrió los ojos, alzó la cabeza y, por efecto de una suprema inspiración, o quizá por un sueño demasiado pesado, tuvo el acierto de no protestar, de no reclamar los brazos de su madre. Cerrando de nuevo los ojos, dejó caer la cabeza sobre el hombro que lo llevaba y siguió durmiendo a pierna suelta.

—Vamos —susurró Charles en la puerta entreabierta.

Se lanzaron a la noche, atravesaron el minúsculo jardín, pasaron la verja, salieron a la calle y avanzaron aprovechando la sombra de las casas dormidas. Judith, que caminaba a pasos cortos pendiente del oscuro empedrado, reparó de pronto en que no sabía adónde iban. El brazo de Charles la obligó a marchar más despacio.

—Camina lentamente... quítate la capucha... no tenemos prisa... vivimos unas pocas calles más arriba, venimos de pasar la velada en casa de tu hermana que es comerciante y regresamos a casa, fatigados después de haber bebido un poco más de la cuenta...

Estaba a punto de preguntarle qué mosca le había picado cuando, al alzar los ojos, distinguió a tres hombres con carmañolas bajo la luz rojiza de un farol. Sans-culottes: guardianes de la nación, salidos del fango y del taller, ciudadanos concienzudos en el caso de los mejores, fanáticos perros callejeros en el de los peores, armados de guadañas y de picas, que habían tomado la ley entre sus manos y pisoteaban a todos con sus zuecos, los mil y quinientos novios de la República. Judith se quitó la capucha y caminó más despacio.

—¿E imagino que tampoco estará de más que te coja del brazo?

—Será sin duda más convincente.

—¿Hace falta que te diga también algunas palabras tiernas?

—Prefiero que te calles.

Caminaron en silencio con la lentitud de una pareja fatigada que regresa a su casa. Judith pensó que al fin y a la postre su mutismo era más creíble que una efusión de alegría que no habría sabido fingir. Sólo Antoine representaba a la perfección su papel de niño dormido sobre el hombro de su padre y no lo hacía aposta. Charles tapó a Judith con su sombra mientras pasaban bajo la luz del farol.

—Buenas noches, ciudadanos —saludó con voz grave.

—Ciudadano, ciudadana...

Judith movió la cabeza y esbozó una sonrisa. Caminaron mucho tiempo sin volverse. Al final de la rue des Piques Charles torció por una callejuela. La masa oscura de un coche esperaba en la

sombra. Charles despertó al cochero con una frase breve y luego abrió la portezuela, hizo subir a Judith y le entregó a Antoine. Después de lo cual subió a su vez y se situó en el asiento frente a ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó Judith.

—A un lugar en el que se olviden de ti.

De un equipaje de mano que le pertenecía sacó una escarapela que quiso prenderle del vestido, pero ella detuvo su gesto.

—Si no la llevas te expones a que te detengan. Creo que lo sabes.

—Lo sé —confirmó Judith, tomando la escarapela para prendérsela ella misma—. Y tengo por costumbre llevarla, ¿qué creías?

—Que has sido imprudente.

Alzó los ojos hacia él, pero no distinguió nada en la oscuridad del interior del vehículo. Charles golpeó dos veces la madera y el cochero respondió con un grito a los caballos. Antoine se agitó sobre sus rodillas.

—¿Mi caracol? ¡Mamá! ¿Mi caracol?

—Aquí —dijo Judith, dándole el animal, que conservaba en la mano.

El coche atravesó París. Judith adivinó que franqueaba el Sena y rodaba hacia el sur. De repente tuvo el presentimiento de que no regresaría a aquella ciudad durante mucho tiempo, quizá nunca. Dejaba una casa, amigos, cuatro años de su vida y a Philippe enterrado en el Cimetière des Enfants Trouvés. Apretó su dije entre los dedos reteniendo un suspiro. Temblaba y tenía ganas de echarse a llorar, pero contuvo la respiración, apretó los labios y se mordió la lengua. No lloraría delante de él. No le daría jamás como pasto

ninguna de sus emociones. Nunca más estaría a su merced, dispuesta a ser despedazada por su rabia carnícora, aunque fuese exactamente la situación en la que se encontraba aquella noche.

Los detuvieron a la puerta de la ciudad. Judith se estremeció: aquello era el fin, los sans-culottes, sospechando su huida, habían entrado en su casa y, al no encontrar a nadie, habían alertado a las autoridades. Pero Charles, impasible y frío, tendió a los centinelas que vigilaban la puerta dos pliegos atados con cintas tricolores. En la penumbra de la noche los examinaron con aplicación de niños que aprenden a leer y después miraron de pronto a los pasajeros del vehículo con tranquilidad y respeto.

—Buen viaje, ciudadano. Viva la República. ¡Muerte a los enemigos de la nación!

Aquella frase golpeó a Judith como un puñetazo en el estómago. Mientras el carruaje reemprendía la marcha, comprendió de pronto que el hombre sentado frente a ella había dejado de ser capitán de la Guardia Nacional. Su uniforme azul de antaño había cedido el sitio a un traje negro de lo más discreto. De una sobriedad inquietante.

—¿Cómo has sabido que me iban a detener? —le preguntó de repente.

En el oscuro interior del coche el silencio se mantuvo inalterado. Judith sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Charles de l'Eperay ya no era Charles de l'Eperay. Ya no era el elegante hijo ilegítimo que conociera en el huerto de Castelroux ni el oficial fogoso que la desnudaba bajo el baldaquín azul. Como un animal que se metamorfosea para obedecer a las leyes de su destino, se había convertido en otro. Había algo en sus gestos que denotaba seguridad y poder. Sintió que estaba sentada delante de un ser temible.

—Hablaemos mañana —terminó por decir Charles—. Basta con que sepas que no te sucederá nada.

Golpeó la madera del techo y el coche se detuvo. Judith alzó la cortinilla y vio, a la luz verdosa de la luna, que se hallaban ya en los campos que rodeaban París. Charles descendió. La joven creyó que se marchaba y quiso retenerlo para conseguir al menos la explicación que pensaba merecer.

—Hay mantas a tus pies. Deberías dormir. Voy a conducir hasta el amanecer. Mientras los caballos resistan no nos detendremos... Mañana hablaemos.

Charles se fue hacia adelante. El cochero entró en el vehículo, se dejó caer sobre el asiento que había quedado vacío y pronto empezó a roncar. El tiro se puso en marcha lentamente.

—Mi caracol... —murmuró Antoine.

Judith le acarició el rostro. Después, apoyando la cabeza sobre una manta enrollada, cerró los ojos, rezando para que todo aquello sólo fuera una pesadilla, para despertarse aún en París la mañana del día siguiente, o incluso en su antigua habitación enmohecida de Castelroux, mucho tiempo antes; rezando, en suma, para que el tiempo marchase al revés mientras ellos avanzaban de noche entre los campos verdosos del camino de Orleans.

Tercera parte

30. La boda de Jean el Cojo

El sol se alzó sobre inmensos trigales ondulantes que quizá nadie llegara a segar: campos que se perdían de vista, largas olas de una llanura sin orillas que dieron a Judith la impresión de que iban cabeceando por un océano infinito, como si la tierra bajo las ruedas del coche se hubiera vuelto líquida y fuesen a hundirse todos juntos —vehículo, caballos y pasajeros— en un fango hambriento que el sol recalentaba. El rostro apoyado contra la ventanilla, la joven cerró los párpados ardientes. Soy yo el fango devorador, mi cabeza, mi corazón... No había dormido, todo lo más dormitado. No había soñado, tan sólo tratado de reunir bajo los párpados el álbum de las más bellas imágenes de su vida, pero no había encontrado ninguna, como para pensar que su memoria no era más que un herbario bellamente decorado en otro tiempo, pero con páginas vacías de repente, barridas por el viento. No conseguía ver nada, ni el mundo contemplado desde lo alto, ni la belleza de las colinas, ni el Dordoña, verde como una culebra, bajo sus pies... Todo había desaparecido. Todo se había hundido en el polvo del camino como unas alforjas caídas de la baca. Y la noche había sido tan negra dentro del vehículo que hasta el amanecer Judith tuvo la impresión de ahogarse en un armario bamboleante.

Antoine, la cabeza sobre las rodillas de su madre, dormía como un tronco, envuelto en un abrigo negro demasiado grande para él, que le daba aire de liliputiense con el paletó de Gulliver. Judith le acarició la frente. Después, una mano sobre sus cabellos negros, miró al frente.

Charles dormía también.

Se detuvieron en Étampes al despuntar el día. La guerra desgarraba las fronteras desde hacía casi un año y por todas partes la leva en masa ordenada al final del invierno por la Convención no había dejado más que viejos agriados, mujeres tristes y niños armados de bastones que cantaban la Marsellesa al borde de los caminos. La guillotina montada en la plaza de la ciudad hizo estremecerse a la joven. Mientras Antoine estiraba las piernas, Judith fue a llenar sus cantimploras en la fuente y vio desaparecer a Charles en el interior de un edificio engalanado con estandartes tricolores. Las provincias del oeste se habían sublevado contra las exigencias del Comité de Salud Pública, y otra guerra había estallado cuatro meses antes: al sudoeste del Loira los mosquetes y los bieldos del ejército católico y real tenían en jaque a los soldados de la República. Era un fracaso intolerable: se buscaba a los culpables, traidores, saboteadores, conspiradores realistas que armaban a los bandoleros de Vendée. De la misma manera que un pescador echa sus redes en aguas revueltas, el Comité de Seguridad General desplegaba su vasta tela de araña de representantes en misión, de agentes, de espías... Charles había salido del edificio y se dirigía hacia la fuente. En aquel instante Judith no tuvo ya la menor duda de que viajaba con uno de aquellos hombres. Lo notaba en su manera de andar, lo advertía en su frente. Se volvió para que no se cruzaran sus miradas. El cochero le tendió una cesta de albaricoques.

—¿Queréis, ciudadana?

Judith reconoció al mocetón de Périgord, Sébastien o Adrien, que le abría la puerta cuando se presentaba en el número seis de la rue de Condé. Vio de repente el barniz oscuro de la puerta principal, el cuadro de la batalla de Yorktown, la tela azul del dosel... Charles tomó un albaricoque, lo abrió en dos, se lo comió y dio la orden de volver al coche. Él mismo alzó a Antoine hasta el interior. Judith rechazó la mano que le tendía para ayudarla a subir. Se pusieron en camino al paso, para no agotar demasiado pronto a los caballos. Las casas se convirtieron en muros irregulares y después las vallas en puñados de árboles lanzados al borde del camino.

Antoine comía albaricoques y Charles lo miraba. Observaba su manera de hacer con seria curiosidad. El niño abría la fruta con esfuerzos delicados, extraía y chupaba el hueso, después se lo daba a Judith que lo tiraba por la ventanilla mientras él se comía los medios frutos al tiempo que golpeaba el asiento con los pies. Charles lo contemplaba perplejo. El sol que se filtraba a través de los árboles lanzaba sobre su rostro sombras fugaces que daban a sus rasgos formas como las que imprime en la arcilla la mano del escultor al modelarla, buscando una emoción en la masa informe de la materia, y Judith se preguntó qué sería lo que pensaba.

Charles alzó los ojos hacia ella. Fue como una espina en el corazón, un dolor vivo que oprime el pecho. Judith apartó los ojos. Los campos volvían, inmensos y desnudos, desoladoras olas de trigo que no se acababan nunca.

—Judith...

—Cállate —susurró ella—. No digas nada.

Temía su voz, su mirada, todo lo que era posible que dijera o hiciera. Temía, sobre todo, que el océano hubiera sido demasiado pequeño.

Charles calló. Judith no añadió nada. Viajaron en silencio, evitando mirarse, como si temieran ver surgir en el agua dormida de sus ojos monstruos olvidados de escamas relucientes.

En el camino de Beaugency, Fleury era un pueblo en las orillas del Loira, poco después de Orleans. Charles conocía una posada con buena mesa y camas lo bastante blandas para no despertarse dolorido. Dormirían allí aquella noche porque los caballos tenían sangre en las patas.

Cuando entraron en el pueblo les asombraron las guirnaldas de flores, las mesas preparadas delante de la posada y los montones de ramas secas en mitad de la plaza que hacían pensar en una hoguera. Judith estuvo a punto de lanzar una exclamación al bajarse del coche: con sus casas bajas y sus piedras ásperas, le pareció que tenía delante el caserío de Castelroux. El posadero acogió a los viajeros con una sonrisa a la vez feliz y afligida. Charles le pidió dos habitaciones, paja y agua fresca para los caballos, una comida copiosa y café fuerte; luego solicitó también agua caliente para un baño, interrogando a Judith con la mirada. Esta última aceptó. Se moría de ganas de meterse en el agua, y Antoine tenía tanto polvo en los cabellos que se había vuelto rubio.

—¡Cuánto lo siento, ciudadanos! Mi mujer os preparará enseguida el baño. Pero en cuanto a comer, no me quedan más que huevos para haceros una tortilla...

Charles interrogó de nuevo a la joven con la mirada y luego inclinó la cabeza en dirección al mesonero.

—No te excuses, ciudadano, los tiempos son duros: si la tortilla no te supone una privación, la aceptamos gustosos.

El posadero sonrió.

—¡En absoluto! ¡Los tiempos son dichosos por una vez! Hoy casamos a nuestro Jean... Jean el Cojo.

Los recién llegados sonrieron cortésmente, imaginando que el aludido era tan conocido por aquellos parajes que ellos deberían haber oído hablar de él hasta en París. Mientras Sébastien desenganchaba los caballos, el posadero los condujo al otro lado de la casa, hacia una terraza donde les esperaban algunas mesas acompañadas de bancos. Judith se sentó lanzando un suspiro. Su cuerpo no era más que un saco de huesos desarticulados. Luego se cogió el cuello entre las manos para masajearse la nuca. Charles se sentó frente a ella. El ventero les sirvió una tortilla de cebolla acompañada de un cantero de pan negro y de una jarrita de vino mezclado con agua. Charles le dio las gracias. Comieron sin decir palabra. Antoine devoró el contenido de su plato entre gruñidos glotones y después se fue a jugar con los caracoles que encontraba bajo las piedras, volviendo para importunar a Judith con preguntas a las que su madre no tenía ningún deseo de responder.

Y ésa fue la razón de que se encontraran sentados el uno frente al otro, bajo los racimos de uvas verdes, contemplando cómo el Loira se coloreaba de nácar, con el deseo cada vez más intenso, cada vez más urgente, de hablarse.

—El Loira es más grande que el Dordoña, ¿verdad que sí?

Sorprendido por la pregunta, Charles se apresuró a repasar sus recuerdos de los mapas de estado mayor.

—Es dos veces más largo, aproximadamente... Más caprichoso también, con crecidas más frecuentes.

Judith volvió despacio los ojos hacia él. Charles tenía aire cansado. También ella debía de tener un aspecto terrible.

—¿Adónde nos dirigimos?

Charles alzó los ojos y la miró por encima de la taza de café humeante que el posadero acababa de traerle.

—Lo mejor para ti es que vuelvas a Castelroux y que te hagas olvidar.

—Dispongo de una casa en las Landas que es perfecta para el olvido.

—Ya no tienes nada: todos los bienes de Marbourg han sido confiscados.

Charles le ofreció su taza de café. Judith extendió la mano, estupefacta, incapaz de concebir lo que acababa de oír. Sus dedos se rozaron alrededor de la loza caliente. Fue un contacto grato y fugaz. Después Judith hundió los labios en el brebaje oscuro, tan amargo que tuvo deseos de escupirlo al instante, pero se forzó a beber tres largos sorbos... Antoine jugaba más abajo, en la orilla del río. Era viuda, no le quedaba nada, pesaba sobre ella una orden de detención, carecía de raíces en Périgord, los Salerac no eran su familia, e incluso había hecho caso omiso de ellos durante todos aquellos años; nadie la escondería ni cuidaría de ella, tendría que buscar colocación en una granja o en un taller, coser capotes y calzas para los soldados de los ejércitos republicanos, encontrar pan, leña...

—Yo que en otro tiempo tenía tanta prisa por convertirme en viuda... ¿Te acuerdas?

Charles asintió, sin decir palabra.

—¡No me parece que a la larga haya sido un éxito!

Se le escapó una risa nerviosa. Le cayeron lágrimas por las

mejillas, que se secó rápidamente con el dorso de la mano. Charles volvió los ojos hacia el Loira. La brisa era suave. Habría podido ser una hermosa tarde de verano, una tarde de fiesta. No supo qué decir.

—Podría emigrar —aventuró Judith.

—Si te marchas te será imposible volver.

—¿Quién te dice que quiera volver?

Sus miradas se cruzaron de nuevo. Un instante muy breve. Charles bebió un sorbo de café y contempló de nuevo el Loira.

—Quiero que te quedes en Francia.

—He cambiado —murmuró ella.

—Yo también.

Fue entonces cuando apareció en la terraza: un gigante deforme con cabellos de paja. Judith lo vio avanzar renqueando tanto, tan retorcido, que parecía imposible que aquella criatura hubiera podido vivir y llevar una vida de hombre, comer y trabajar como un hombre, hablar, tener amigos, amar como un hombre. Se detuvo al borde de la mesa. Su ropa pasada de moda habría hecho mejor efecto sobre la espalda de un espantapájaros, pero él la llevaba con orgullo de niño.

—Buenos días, ciudadanos... Me llamo Jean Lucain, pero todos me conocen por Jean el Cojo. Acabo de casarme con la chica que quiero y esta noche es nuestra fiesta y nuestro banquete. Sólo estamos la familia y los vecinos del pueblo, pero me gustaría invitaros aunque no seáis de aquí. Me siento tan feliz que me gustaría que todo el mundo lo fuera, ¡quiero que todo el mundo baile, que todo el mundo coma y beba!

Jean el Cojo sonrió con dientes de caballo.

Charles miró a Judith y Judith miró a Charles. Fue de repente una evidencia, un deseo tan sencillo como un palurdo sin elegancia: beber y festejar, alegrarse y bailar, el deseo de un poco de fiesta y de alegría; el deseo absurdo de ser feliz, tan tenaz que se enrosca como una hiedra incluso en el corazón de un cojo.

—Gracias —respondió Charles—. Será un placer asistir a vuestra celebración, ciudadano Lucain.

—El Cojo, llamadme el Cojo como mis amigos... y el placer será todo mío.

No lo vieron sonreír y apenas lo vislumbraron mientras se alejaba hacia el fondo de la terraza porque en aquel momento se miraban el uno al otro. Judith sintió estremecerse los árboles y temblar el agua del río. Apartando los ojos, miró de nuevo el Loira, la luz del sol poniente que lo iluminaba de oro, las orillas desiertas y en calma. Las orillas vacías.

—¿Antoine? —saltó Judith.

No oyó la respuesta de Charles: después de cruzar la terraza había descendido ya los tres escalones que la separaban de la orilla y corría hacia el río gritando e imaginando mil muertes que ella vivía ya al mismo tiempo.

—¡Antoine! ¡Antoine!

El niño salió de detrás de una roca de gran tamaño, avergonzado, con algunos guijarros en la mano. Judith le regañó con aspereza. No debía desaparecer así, ¡que no volviera a hacer nunca una cosa parecida! Después lo estrechó entre sus brazos, lo besó, lo acarició, tesoro mío, mi pequeñín...

—¡Pero qué sucio estás! Ven, vamos a lavarte el pelo y la cara.

Llevándolo en brazos, subió hasta la terraza. De pie en lo alto

de los escalones, Charles la miraba con los brazos caídos y el recuerdo nebuloso de una mujer de cabellos negros que lo llevaba así en otro tiempo, muchos años antes, en la orilla de otro río, y que le susurraba las mismas palabras tiernas en otro idioma.

Judith entró en camisa en el agua enturbiada por el jabón. Lavado ya y bien frotado, Antoine jugaba sobre la cama. El agua tibia se apoderó del cuerpo de la joven como de una golosina. Judith se tumbó en la bañera, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para tratar de desenredar el caos del mundo.

Philippe había muerto, todos sus bienes confiscados, ella había acusado al gran acusador, estaba huida, no sabía dónde vivir, faltaba el pan, la guerra lo devoraba todo... Pensándolo bien, ¿no le quedaba otro remedio que ahogarse en el fondo de la bañera! Lo que hizo en realidad fue sonreír. En el marco de la ventana, el azul del cielo pasaba al añil. ¿De qué servía aclarar el caos del mundo? Los que lo intentaban se mataban unos a otros en el campo de batalla lanzando palabras altisonantes: ¡libertad, fraternidad, Dios, rey! Era mejor, a veces, que el mundo siguiera hundido en la confusión... Las ranas cantaban entre la maleza al borde del río. Pasándose por la cara la esponja repleta de agua, Judith saboreó de repente aquel caos, aquella huida, aquella posada. Peor aún: se sentía feliz. Vergonzosamente feliz en aquel instante violento. Habría debido llorar y lamentarse; se estremecía por el contrario con una certeza inconfesable. Era una bella tarde de verano. Tenía hambre de aquella celebración, de aquel festín, de aquella noche que presentía sin atreverse a decirlo.

Se enjabonó toda entera, salió del agua y se secó. Después volvió a ponerse el vestido que llevaba desde la víspera, porque en su

huida precipitada no había pensado en coger ningún otro, y tampoco se tomó la molestia de peinarse, dado que no tenía nada con que hacerlo. Bajó así, como una gitana. Antoine brincaba delante de ella como un perro feliz porque lo sacan de paseo.

En la noche tibia iluminada por los farolillos se abrían toneles, se bebía, se reía ya. Gallinas y perros corrían entre las piernas de los pueblerinos. Judith empujó a Antoine hacia un grupo de niños.

—¡Ve! Corre, búscate amigos y juega.

El niño se aventuró en un primer momento con paso temeroso, y la misma Judith entró con prudencia en aquella alegre multitud. Seis lechones de buen tamaño se asaban en espetones. Los flautistas tocaban. Los novios bebían y abrazaban a sus padres y a sus amigos y volvían a beber. Judith se dirigió hacia Jean Lucain. De no haber sido cojo, en lugar de casarse aquel día quizás hubiese muerto ya bajo el fuego de los cañones austriacos. Es bueno a veces ir por la vida cojeando, pensó ella mientras besaba al lisiado.

Grupos de niños corrían entre las mesas y Antoine los seguía ya. Judith besó a la joven novia. La esposa de Jean el Cojo era una campesina con ojos de lechuza, nariz torcida y mentón prominente. Era tan fea como un mastín y sin duda nadie hubiera pedido su mano a excepción del cojo del pueblo. Al besarla, Judith se acordó de repente del viejo barón de Beauvilliers. Pero la joven novia sonreía bajo su corona de rosas silvestres y espigas de trigo, bebió de nuevo con su cojo, se besaron y Judith, estupefacta, reconoció en el brillo de sus ojos que se amaban de verdad.

Habría dado el mundo, el resto de su vida, por un segundo de aquella mirada, por uno solo de aquellos besos, por aquel inmenso amor, feo y patituerto.

Una mano en la espalda le hizo estremecerse. Se volvió.

Charles, vestido de negro, le ofrecía un vaso de vino.

—Sabe a miel. Creo que te gustará.

Judith se llevó el recipiente a la boca y se mojó los labios con un vino rosado ligeramente espumoso, de sabor azucarado. Sí, le gustaba. Le gustaba todavía. Pese a lo que era. Pese a lo que había hecho.

El banquete los reunió en la misma mesa pero en sitios alejados. Judith se encontró entre dos viejos y Charles rodeado de campesinas de tez rosada cuyos escotes se abrían como por arte de magia bajo sus ojos: las primas o las hermanas, o incluso las tías de Jean el Cojo. No tenía más que escoger si por casualidad sentía deseos de terminar la noche en la cama de alguna. Allí, como en otros sitios, faltaban los hombres, la estación de los amores no se celebraba desde hacía mucho tiempo... La carne de los lechones asados se deshacía en la boca de Judith y su piel le crujía bajo los dientes como un caramelo salado.

Una mano sobre su muslo, un brazo en torno a su cintura: Antoine se acurrucó contra ella, los ojos pesados de sueño. Para él la fiesta había terminado. Judith se levantó y tomó en brazos al niño. Al dirigirse hacia la entrada de la venta, se detuvo a la espalda de Charles y le susurró al oído:

—Si todavía te quedan fuerzas después de recorrer tanta distancia, creo que podrás aprovechar alguna de las muchas camas que tienes abiertas esta noche...

Charles se volvió, la tomó del brazo y la retuvo.

—Se lo agradeceré a Fouquier-Tinville.

Se mordieron con los ojos. Judith se deshizo de su mano y se alejó hacia el interior de la posada. Una vez en su habitación, acostó a Antoine en la más pequeña de las dos camas, le cantó una nana hasta

que se quedó dormido y después cerró a su alrededor la pesada tela parda que colgaba del dosel.

Cuando regresó a la plaza del pueblo los músicos tocaban una giga. Alguien la tomó de la mano y la arrastró a una farandola. En un primer momento se resistió: estaba tan cansada que se derrumbaría al cabo de tres pasos. Pero la mano se negó a soltarla y la obligó a bailar. La farandola onduló como una serpiente entre las mesas, se retorció en torno al fuego, se aceleró de pronto y después se dislocó y se dispersó entre risas y gritos.

Judith siguió bailando al son de las flautas y el tamboril. Un gran brasero ardía ya en el corazón de la plaza, hoguera sin víctimas cuyas llamas no devoraban más que el pasado, la tristeza, los infortunios, los amores perdidos y los remordimientos. Era una noche de bodas, una noche para el placer y la alegría. Judith bailó y bailó, sorprendida por el brío que le saltaba en los pies y le golpeaba las manos, dominada por la embriaguez danzante que le llevaba el compás en el vientre. Impetuosa y lánguida, se puso a girar como si fuese una gitana rodeada de comedores de fuego, porque aquella noche quería ser una cingara en medio de malabaristas y de músicos, una nómada, una hija de los caminos, de la fiesta y del viaje. Los cabellos sueltos a su alrededor como llamas, bailó en medio de los campesinos con la extraña impresión de reconocerlo todo y de haber visto ya desde toda la eternidad todo lo que se agitaba a su alrededor: aquella fiesta, aquella boda, aquel fuego que quemaba los recuerdos de la muerte.

Lo vio entonces caminar hacia ella. La sonrisa en los labios y el corazón acelerado se lanzó a bailar para él. Bailó para sus ojos brillantes, para su boca que le daba hambre, para sus manos cálidas de antaño. Bailó como se ama, vientre, brazos, caderas, como una invitación sin palabras, una trampa de cazadora ardiente.

Charles la tomó de la mano, luego por el talle y Judith a él por el hombro. Las llamas subían tan alto que parecían lamer las estrellas: ¡era ya un fuego inmenso, tan grande que se hubiera dicho un fuego de la noche de San Juan! San Juan, San Juan el Cojo, protector de los amantes renqueantes, bendícenos... Se lanzaron juntos a una zarabanda improvisada y Judith se acordó de repente, ¡sí, ya había vivido aquel momento! ¡Ya había bailado en aquel pueblo y había dado vueltas con Charles alrededor de aquel gran fuego! ¡En un sueño olvidado! Un sueño tan intenso que lo había creído verdadero al despertarse, la mañana que siguió a la boda de Hélène. Un sueño en el que también ellos se habían casado sin ninguna bendición, alrededor de un fuego pagano. Judith rió con ganas.

Danzaron hasta el límite de las llamas, hasta que la piel empezó a arderles y el sudor les perlaba la frente. Entonces Judith se apretó contra Charles como para murmurarle algo al oído —oh dulce locura, deseo cenagoso de ti sobre mi piel, deseo que me atenaza como una mano cava la arcilla— pero su murmullo se hizo beso húmedo, cálido y salado. Él la estrechó en sus brazos, la aplastó entera contra sí. Judith cerró los ojos, sintió el mordisco en el cuello, el fuego en el vientre... Oh, San Juan el Cojo, únenos.

Charles se apoderó de su mano pero no bailaban ya: corrían, huían, cambiaban la plaza por la sala oscura de la posada, por el muro rugoso contra el que se abrazaban ya, la escalera tortuosa que subían jadeantes, el pasillo donde todavía se besaban, la puerta de la habitación que abrieron...

—Chsst... —dijo Judith con un dedo sobre la boca.

Charles le devoró el dedo y los labios. Cayeron sobre la cama y se miraron en la sombra del claro de luna recuperando el aliento, incrédulos. Amor mío, mi locura devoradora... El tamboril se detuvo.

Las flautas enmudecieron. La oscuridad se hizo lenta. Se desnudaron como si se mecieran, acariciándose como quien se consuela de una pena interminable y se unieron estremecidos de alegría.

Entonces hubo de nuevo fruta madura en las ramas, pan sobre las mesas y peces en los ríos; hubo granjas llenas y pueblos florecidos, jardines perfumados, amigos reunidos alrededor de las mesas, campos cosechados y vino en jarras llenas, niños que corrían bajo el sol, cascadas de agua fresca, noches de verano, fuegos tranquilos en las chimeneas y amaneceres claros, cánticos como oraciones, miradas dulces como la miel, alegría de vivir, paz y lechos mullidos en los que amarse.

La fatiga los venció sin separarlos. Aquella noche durmieron juntos por primera vez. Los ojos cerrados ya, Charles rodeó con el brazo a Judith, que se acurrucó contra él, dejando que sus cuerpos saciados se acoplaran como una pieza de fundición y el molde que la ha fabricado, excepto que hubieran sido perfectamente incapaces de decir cuál de los dos daba su forma al otro y tuvieron ni más ni menos la impresión de que aquel primer sueño compartido los devolvía a un Edén perdido, al paraíso silvestre de una criatura con dos cabezas, hombre y mujer monstruosos y monstruosamente felices, dormidos, debilitados, y que se acoplaban todavía en el corazón de los sueños, sin abrir siquiera los ojos.

Algo suave rozó el rostro de Judith. Una mano ligera le acarició la nariz, la mejilla, el oído. Al abrir los ojos vio la mirada traviesa de Antoine; el niño se echó a reír. Procedió a abrazarlo entre exclamaciones de alegría: lobito mío, mi tesoro... Un ruido de agua le asaltó. Levantado y vestido ya, Charles hundía las manos en el agua de una jofaina para lavarse la cara. La luz dorada del amanecer

aureolaba sus cabellos negros. Se volvió y sonrió. Después se llegó hasta la cama, se sentó en el borde, se inclinó hacia ella y la besó dulcemente con labios frescos. Judith cerró los ojos, mi amor, mi vida...

Existen misterios que el espíritu humano no penetrará sin duda jamás, pero de todos modos me gusta creer que fue en aquel instante, en el latido de felicidad que alzó el vientre de Judith, cuando mi vida se encendió en ella como un destello. Y ésa es la razón de que yo sepa que Charles fue mi padre, que fue él quien me hizo nacer en ella, pese a lo que mi madre pudiera decir más adelante.

Habrían podido quedarse en Fleury. Habrían podido dejar su escasa impedimenta en aquel pueblo y vivir felices hasta el fin de los tiempos... ¿O no se trataba más que de un sueño que el día se llevaba como el Loira se lleva sus aguas cristalinas?

Estaban sentados de nuevo en la terraza, bajo las uvas verdes del emparrado y terminaban de compartir un café en el que habían mojado trozos del pan de la víspera. Judith habría querido que el sol se detuviera por encima de los árboles. Tan feliz la noche anterior, aquella mañana temía perderlo todo de nuevo. Antoine se presentó corriendo para decirle que Sébastien había terminado de enganchar los caballos.

—Vamos —dijo Charles con voz ronca.

Abandonaron la terraza, el comedor, la posada. El coche esperaba en la plaza. Charles sacó de su abrigo negro varios papeles doblados que ofreció a la joven.

—Un certificado de civismo... un certificado de ausencia de

sospecha... un atestado del registro civil...

Frunciendo el ceño, Judith desdobló las hojas y leyó: «Julie Martineau, de soltera Lajoie, viuda del compañero Constant Martineau, antiguo “combatiente de la Bastilla”, caído en la batalla de Valmy...». El documento llevaba sellos y firmas. Cualquiera lo hubiera tomado por auténtico.

—¿Me cambias de nombre?

—Tu apellido es peligroso. Adopta este otro durante algún tiempo. Los certificados son para el caso de que... Y bajo el asiento del coche encontrarás algo de dinero y bonos de racionamiento para el pan y la carne.

Judith le vio bajar del coche su equipaje para dejarlo sobre el suelo polvoriento de la plaza.

—¿No vienes con nosotros?

—Tengo cosas que hacer. Sébastien te llevará. Puedes confiar en él.

Reajustó las correas de sus dos bolsos de cuero, atareado, lejos ya de aquel pueblo y de la noche anterior.

—¿Dónde vas?

No respondió. A Judith, sin embargo, le bastó mirarle a la cara para adivinar lo que callaba.

—¿A Vendée, no es cierto? Sí... de aquí te basta con seguir el Loira para llegar a Saumur primero y después a Angers... Vas a hacer que caigan cabezas, enviarás a gente a la guillotina, ¿no es así?

Ante aquellas palabras, Charles la miró con ojos tan opacos como las tinieblas de las cuevas.

—Vendée es una puñalada en la espalda de la República. Si

perdemos en Vendée, perdemos contra los monarcas de Europa y lo perdemos todo... No quiero volver atrás. Nunca.

Le resultó tan desconcertante la seguridad de Charles que buscó las palabras.

—Pero... tú... los tribunales revolucionarios sólo están dirigidos por tiranos y los hombres que te envían...

Él le tapó la boca.

—No vuelvas nunca a decir eso. Una frase como ésa sería otra vez motivo de detención.

Judith dio un paso atrás, los ojos desorbitados.

—¡No pretenderás hacerme callar!

—¡Sí! Eso es exactamente lo que quiero hacer: ¡reducirte al silencio! Has de ser Julie Martineau y callarte. Puedes pensar lo que quieras de los tribunales revolucionarios, de la ley de sospechosos y del país furioso en el que nos toca vivir, pero cada vez que tengas ganas de abrir la boca, quiero que te acuerdes de que hoy, en este momento mismo, están a punto de cortar el hermoso pelo rojo de la ciudadana Marbourg, que la van a instalar sobre la guillotina, que la hoja se dispone a cortarle el cuello y que su cabeza rodará hasta el fondo de un cesto... ¡Estás muerta, Judith! ¡Has dejado de existir! Ahora bien, si quieres seguir viva, ¡ve a enterrarte en Périgord y no digas nada más!

No había hablado: había rugido, tronado, explotado. En otro tiempo no se encolerizaba tan fácilmente. Sí, había cambiado: se había convertido en un hombre furioso. Judith presintió que sus momentos de ternura no habían sido más que un espejismo, sus abrazos un error, un poco más de desorden en el caos del mundo.

—Charles... esto es el fin, ¿verdad? No conoceremos jamás la

paz...

—No lo sé. Espero que sí y que lo esperes tú también... De todos modos, poco importa lo que pienses hoy. Lo único que cuenta es que regreses a Castelroux con tu hijo y que te calles y que seas prudente. Quiero que estés asustada, ¿entiendes?, quiero que tiembles y que tengas pesadillas. Porque el miedo es la única manera de seguir vivo...

Se dio la vuelta y fue a transmitir las últimas consignas a Sébastien. Después volvió junto a ella.

—Ahora vete.

Bajó los ojos hacia Antoine que lo miraba frunciendo el ceño. Abrió la boca pero, incapaz de dirigir ni una sola palabra al niño, volvió la vista hacia el suelo polvoriento de la plaza, hacia los huesos de los lechones arrojados a los perros, hacia los caballetes que el posadero recogía, hacia las cenizas de la víspera.

—Vete —murmuró—. Y sé prudente.

Se apartó para dejarla subir. Con un nudo en la garganta, Judith trepó al interior del vehículo y estrechó a Antoine contra su pecho mientras Charles cerraba la portezuela. El coche se puso en marcha. Judith cerró los ojos.

—¿Lloras, mamá?

—No... Me pican los ojos, eso es todo.

Fue así como Judith abandonó Fleury, el Loira y el pueblo de Jean el Cojo.

Los hombres marchaban a la guerra, regresaban en pedazos o no regresaban. El pan faltaba por todas partes. La harina del año anterior se había consumido ya a comienzos de la primavera, y el trigo maduro no se había segado aún. ¿Quién lo haría? ¿Quién se

ocuparía de la tierra, quién cuidaría de los animales, quién daría de comer a los niños? El trigo se pudriría en el campo bajo aquel sol incandescente y sólo la guillotina cosecharía sus frutos sangrientos en el antiguo reino de Francia.

Con el corazón dominado por la náusea, Judith comprendió aquella mañana que el paraíso no era más que un alto en el camino, una noche efímera, una posada que desaparecía ya entre el polvo, un frágil enclave en medio del infierno.

31. Planes de guerra

Charles se quedó un día más en Fleury, para observar el pueblo y la vida de los campesinos y después, al acercarse la noche, para contemplar el Loira y el cielo rojo del oeste como quien ve avanzar la tempestad por una llanura lejana y sabe ya la intensidad de la catástrofe que se abatirá sobre la comarca.

Pero no presentía el ataque de los otros: calculaba el suyo.

Las tropas de Kléber llegarían pronto por el norte. Habría que dirigir una doble ofensiva desde Nantes y Les Sables-d'Olonne, cercar la floresta de Vendée, bloquear la isla de Noirmoutier para impedir un desembarco de tropas inglesas... No; aquel desembarco sólo era una falsa amenaza. El peligro estaba en otro sitio, en el fondo de los castillos y de las iglesias. Para que la toma de Vendée fuese un éxito, había que entrar en el corazón del territorio insurrecto, dividir a los jefes, cortar sus vías de comunicación.

Caminando por la orilla del Loira, Charles se agachó para recoger un caracol blanco rayado de finas líneas negras y lo examinó con atención. Al hijo de Judith sólo había sido capaz de decirle una cosa: que los caracoles tenían ojos. Era todo lo que había sabido explicarle. Una frase. Nada más.

La frente ensombrecida, se irguió y regresó a la posada. El crepúsculo abrazaba el occidente. Sería necesario limpiar Vendée como una casa infestada de ratas, acabar con aquella chusma execrable, aquella nobleza arrogante, aquel clero que tiranizaba las almas. Había que aplastar Vendée y sería aplastada, aunque para ello hiciera falta demoler todas las torres y los campanarios y no dejar más que campos de cenizas en muchos kilómetros a la redonda.

A continuación, cuando Vendée quedara sometida, volvería a Périgord.

Después regresaría a Vaillac, a casa del conde, porque tenía otros enemigos que perseguir, otra guerra que combatir, otra cuenta que saldar.

Cuando reabrió la mano para depositar el caracol sobre la valla, su palma sólo contenía fragmentos viscosos que se limpió contra la piedra tibia. Al día siguiente se vistió de campesino, confió sus cosas al posadero y salió a pie camino de Saumur.

32. Mentiras

Judith abrió la portezuela y descendió del coche. Gotas de sudor le pegaban a las sienes pequeños mechones ondulados. Mientras miraba el camino se secó la frente con su fular negro. Nunca el verano había aplastado tanto con su calor las colinas de Périgord o, al menos, Judith no conservaba el recuerdo. Respirando a pleno pulmón, caminó sola hasta el borde del camino, abandonó la sombra de los avellanos donde el vehículo acababa de detenerse y avanzó hacia el barranco.

Lo que vio la dejó petrificada.

Sobre la colina, frente a ella, por encima de los ciruelos esqueléticos plantados antaño por Marthe de Salerac, se alzaba el caparazón ennegrecido de Castelroux.

No se lo había dicho a Charles bajo el emparrado de Fleury unos días antes, pero sabía desde hacía casi un año que aquel paisaje la esperaba un día u otro, en el caso de su improbable regreso. En una carta del mes de agosto precedente, Guillaume de Salerac le había contado el «gran miedo» del verano, la sublevación campesina y el motín de los pordioseros que habían venido a reclamar los libros de cuentas de Jean de Monterlant, a reclamar el pan y los tesoros

robados a lo largo de los siglos, a reclamar algo, a reclamarlo todo, no importaba qué, a fin de apagar el miedo que les quemaba el estómago y les envenenaba la saliva. El fuego había prendido en el estudio de Jean. Guillaume creía que las llamas no se propagarían por todo el castillo, pero eso era lo que había pasado. El fuego se extendió por la biblioteca, después por el salón de las salamandras donde había consumido las pesadas alfombras y los sillones de brazos gastados, así como la mesa de madera de encina donde Judith había sido depositada en otro tiempo a fin de que la familia pudiera contemplarla. El fuego corrió después por los pasillos. Se tragó la puerta del salón de música donde Hélène ensayaba sus piezas de clavecín. Subió a las habitaciones y las devoró una a una, la de la abuela Marthe, la de François, la suya. El viejo olor enmohecido de los tapices no había servido de nada contra las llamas que se habían tragado la cama, la cómoda, el baúl de sus primeros vestidos. Después, arrastrándose hasta los tejados, el fuego comenzó a adormecerse como un animal ahíto. Fue sin embargo entonces cuando entró en el laboratorio de Guillaume. El hombre de ciencia se declaraba incapaz de explicar lo sucedido: sin duda las llamas encontraron en los cajones, en las arcas o en las estanterías algún alimento de su conveniencia. La explosión había resonado lejos por las colinas. La torre que coronaba el laboratorio se hundió como una peluca demasiado pesada, y abrió una brecha en el camino de ronda en el sitio mismo donde el sabio instalaba sus máquinas. Los bloques de piedra se estrellaron sobre la terraza, donde se cenaba antaño bajo un dosel de lienzo blanco, aprovechando la suavidad de las noches de estío. En el fondo del alma de la joven, un resplandor se apagó para siempre.

Una mano se apoderó de la suya. Los ojos brillantes de lágrimas, Judith se agachó al lado de Antoine:

—¿Ves ese castillo sobre la colina? Porque se diría que es un

castillo, ¿verdad? Todo el mundo cree que lo es, pero no es cierto... En realidad, si lo miras bien, es un dragón dormido. Los dragones duermen mucho, ¿sabes? Y ése duerme desde hace mucho tiempo... ¿Lo ves? Lo ves allí, con el lomo erizado, y las grandes fauces abiertas, de dientes puntiagudos, cerca del puente levadizo...

Antoine asintió con un movimiento de cabeza.

—Ha cometido la imprudencia de dormirse sobre un volcán. Y el volcán se ha despertado y ha escupido fuego... Pero los dragones no temen al fuego. Ese de ahí sólo ha sentido unas ligeras cosquillas bajo las alas, nada más, y ha seguido durmiendo. Y creo que va a seguir así hasta el fin de los tiempos, tranquilamente...

Antoine contempló con seriedad el castillo quemado, como si oyera la música lejana de una verdad enterrada bajo un adorno de mentiras.

—¿Dónde está mi padre?

La cabeza envuelta en la tela manchada de sangre. Los ojos azules vacíos abiertos sobre la nada.

—Ha muerto —murmuró Judith.

Y, al bajar los párpados, Castelroux desapareció por completo.

—¿Como *Gaston*? ¿También *Gaston* ha muerto?

Judith volvió a abrir los ojos. El niño seguía mirando fijamente la colina.

—Sí, como *Gaston* —dijo ella, pensando en el caracol desaparecido en el fondo de su concha.

Las mejillas de Antoine se enrojecieron, las ventanas de la nariz palpitaron y en sus ojos comenzó a brillar un fuego líquido.

—No es cierto... No es cierto...

Judith lo tomó en sus brazos y lo apretó muy fuerte al tiempo que lo besaba. ¿Cómo sabes que no es verdad? ¿Cómo sabes que miento? Porque mentía, todo era mentira: mentira que los castillos quemados fuesen dragones y mentira que Antoine no tuviese ya padre. Mentira también que lo tuviera. Estrechando a su hijo entre los brazos, Judith no sabía ya si existía aún alguna verdad, ni quién podría enunciarla.

33. La Vieille Ânesse

Entraron en Sarlat bajo el sol abrumador de las primeras horas de la tarde. No; nunca había hecho tanto calor en Périgord, o al menos Judith no se acordaba ya. Los tejados de piedras planas y los muros, también de piedra, parecían cortezas tostadas de pan, salidas de un horno gargantuesco. Sébastien detuvo el coche a la sombra de la catedral. Antoine corrió hacia una fuente de donde escaparon volando varias tórtolas. Judith se soltó el lazo de la cinta que le sujetaba el pelo y se lo volvió a atar, se roció el rostro y la nuca, después hundió de nuevo las manos en el agua y acarició la piel viscosa de las piedras, disfrutando de su frescor con la punta de los dedos.

—¿Adónde vamos, señora?

Poco a poco, en el transcurso del viaje, Sébastien había abandonado el «ciudadana» revolucionario por el «señora» respetuoso que utilizara en otro tiempo cuando la joven se presentaba en el número seis de la rue de Condé.

—Quédate con Antoine. Voy a buscar a mi tío.

Dejando que el cochero y el niño refrescaran a los caballos con

ayuda de paños húmedos, Judith se adentró sola por la ciudad.

La última carta de Guillaume de Salerac le había llegado desde Sarlat en el transcurso del invierno precedente. En su huida, Judith no había pensado en recogerla, pero se acordaba del nombre de una calle que, según le decían, se encontraba detrás del mercado de ocas. Cruzó la ciudad, encontró la calle, pero no a su tío, volvió sobre sus pasos y se puso a caminar sin rumbo, sola, bajo un sol poniente que creaba sombras góticas en las fachadas irregulares.

Cruzó plazas, pasó por debajo de arcos y recorrió callejuelas. No veía nada, no reconocía nada y si alguien por casualidad hubiera repetido su nombre no se habría vuelto, forastera de sí misma, tan aterrada como cuando se sueña despierto.

Al salir de su torpor, la sombra erizada de un muro de hiedra le estaba trepando por las piernas. Se había sentado en un banco, en el Cementerio de los Penitentes, cerca de la Linterna de los Muertos. Se sentía fatigada y derrotada. Quería que Charles le diera la mano, pero Charles no estaba allí. Pensó en Antoine, en los ojos azules de Philippe en el hueco de lienzo blanco, en Marthe de Salerac dormida en el camino de ronda, en las máquinas lúbricas de Rose Blanchet... Después desapareció el desorden de su espíritu y se encontró sola en un cementerio poblado de gatos. Tenía hambre y sed. Se levantó y se puso en camino para encontrar el coche y la fuente.

Cuando Sébastien le preguntó dónde había ido no supo responder.

El día se acababa. Las calles se animaban con el frescor nocturno y los paseantes.

—Mamá, tengo hambre.

—Busquemos una posada —suspiró Judith—. Y sentémonos para comer y pensar. Sobre todo comer.

—Hay una cerca de la Porte de la Grande Rigaudie: el ragú allí es excelente ¡y la camarera que llena de cerveza las jarras tiene una sonrisa capaz de hacer cantar la Marsellesa a todas las tropas austriacas!

—Entonces estamos salvados...

Unas cuantas calles más lejos, bajo la imagen de un asno cubierto de escarapelas tricolores, vieron una gran puerta de madera que Sébastien abrió. Judith entró con Antoine en brazos. El interior de la Vieille Ânesse no se parecía en nada a la imagen fantasmagórica que se hacía ella muchos años antes, cuando oía a su primo y a Vincent de Puyvallón recordar, emocionados, sus partidas de caza y sus correrías por la ciudad. Ni guarida de bandidos ni templo del maligno (eran las palabras del señor cura en sus prédicas de cuaresma), ni menos aún sala de libertinaje y de perdición, el comedor de la posada ofrecía la sencillez arquitectónica de una cuadra, unos muebles rudimentarios —mesas y bancos—, un mostrador que Judith adivinó hacia la izquierda, detrás de los clientes que bebían de pie bajo una pared de barricas de vino y de cerveza y de lámparas de aceite cuya claridad amarillenta bailaba bajo las bóvedas de piedra. Hacía calor. Olía bien. El guirigay de las voces aturdiría los sentidos.

Sébastien fue a pedir a la camarera algo de comer y de beber y Judith se dirigió hacia una mesa aislada bajo una ventana. Instaló a Antoine, se sentó a su lado, puso los codos sobre la mesa y se frotó las sienes al tiempo que suspiraba. Luego se tapó los oídos con las palmas de las manos para tratar de oírse pensar.

—Mamá, tengo hambre.

Pensar.

No había sido capaz de hacerlo en Fleury, pero ya estaba en

Périgord. ¿Qué se había hecho de su tío? ¿Por qué no se había presentado para recogerla como en otro tiempo? Tenía que haber alguien capaz de informarla. Judith se apretó tanto los oídos que las conversaciones a su alrededor se transformaron en un murmullo acuático... ¡Gaétan Lepailler, por supuesto! ¡Gran amigo del gentilhombre de Castelroux y más parlanchín que una comadre! Debía de haber pasado diez veces delante de su librería sin siquiera darse cuenta.

Estaba a punto de levantarse para correr a casa del librero cuando dos jarras de cerveza desbordantes de espuma se posaron bajo su nariz.

—¿Señorita?

Judith no vio en un primer momento más que el vientre redondo de una mujer encinta, después un pecho abundante adornado con un amplio escote y finalmente los azules ojos desorbitados de una perfecta desconocida.

—¡Señorita! ¡Vos!

¡Blanche!

Judith gritó su nombre, se levantó y la abrazó. La risa de la antigua camarera tenía aún la misma resonancia cristalina que se prolongaba durante tiempo y tiempo por las escaleras del castillo.

—¡Señorita! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Sébastien, que venía a sentarse, las contempló, asombrado. Antoine, divertido, se olvidó por un instante de repetir que tenía hambre.

—Quedaos ahí —dijo Blanche—. Sentaos, vuelvo enseguida...

Lanzó una sonrisa coqueta a Sébastien y a continuación desapareció entre los que bebían y hablaban. Judith se apoderó de

una jarra de cerveza, bebió con el cochero e hizo tomar un sorbo a Antoine. Blanche regresó enseguida con una bandeja cargada con una jarra de agua, un buen trozo de pan moreno y tres platos de un guiso de pavo con alubias. Antoine hundió su cuchara de palo y devoró la comida alegremente.

—Pero... ¿esta preciosidad de niño? —preguntó Blanche.

—Mi hijo Antoine —respondió ella, acariciando los cabellos negros del pequeño.

—¡Qué principito tan guapo...! ¡Vaya! Pequeño ciudadano, eso era lo que quería decir.. ¡Linette! ¡Linette!

Una criatura rubia salió de debajo de las mesas. Un ser frágil, casi de la misma edad que Antoine, que se agarró a la falda de Blanche y miró a Judith más o menos con los mismos ojos con que ella se había enfrentado a los Salerac muchos años antes.

—Angeline, mi hija...

Judith descubrió un brillo familiar en los ojos color avellana de la pequeña.

—... y de vuestro primo —añadió Blanche.

Judith sonrió a la niña y le tendió los brazos llamándola, como se conquista a un gato callejero. Angeline dio un paso. Judith la besó en la frente sucia y sedosa. Era la primera Salerac que encontraba.

—Perdonadme —dijo Blanche—. Me gustaría quedarme a charlar un rato, pero hay tanta gente sedienta en la república como en la monarquía... ¡Si no los atiendo van a decir que soy mala patriota!

Judith la retuvo.

—Blanche, ¿sabes dónde está mi tío?

La camarera se inmovilizó, con la bandeja delante del vientre como un escudo.

—¿El señor Guillaume? Lo requisó el ejército al final del invierno.

—¡Dios mío! ¡Qué catástrofe! —palideció Judith.

—Tranquilizaos: trabaja en la fábrica de municiones, cerca de la cantera, en la carretera de Monfort. Prepara la pólvora para los cañones, y vive allí abajo.

—No sé si eso me tranquiliza de verdad... —suspiró Judith.

Pero sentía en realidad un alivio inmenso. Al otro lado de los vidrios de colores la oscuridad crecía ya. Sébastien bebía y comía, los labios ribeteados de espuma de cerveza. Antoine no tardaría en tener sueño. Era demasiado tarde para ir a la fábrica de municiones. Y además, también ella se sentía adormecida por la cerveza. Caía la tarde. Iría al día siguiente a casa de su tío. Después de todo, estaba en una posada: tenía bebida y comida y otras personas con las que charlar.

—Blanche —preguntó, buscándose en los bolsillos la bolsa que Charles le había dejado—, ¿tendrías una habitación para nosotros esta noche?

Blanche rechazó el dinero que Judith le ofrecía.

—Venid a buscarme después de cenar. Que os aproveche.

Nada más alejarse Blanche, la pequeña se escapó de los brazos de Judith y desapareció de nuevo bajo las mesas. Cuando hubo terminado de comer, Judith siguió a Blanche por los pasillos estrechos de la Vieille Ânesse hasta una habitacioncita bajo la techumbre. Era la habitación de la camarera. El patrono le deducía el alquiler de su salario.

—Me da un poco de vergüenza, no es gran cosa. Pero mañana veréis a vuestro tío y todo se arreglará.

A la luz de la vela, Judith vio el suelo gastado, las paredes deslucidas, el baúl, el banco idéntico a los del comedor, el somier de madera donde se amontonaban varios colchones viejos.

—Gracias.

—Los niños dormirán allí —dijo Blanche, apoderándose con mano firme de uno de los colchones amontonados sobre la cama—. De ordinario duermo sola con mi hija, pero esta noche dormiremos juntas.

Judith se apresuró a ayudarla. Arrastraron el colchón por el suelo y lo dejaron en mitad de la habitación. Sébastien, por su parte, había elegido dormir en el coche. Las dos jóvenes acostaron a los niños en la cama improvisada, y después Judith se sentó en el borde del colchón y contó una historia que los dos pequeños escucharon hasta caerse de sueño. También Blanche había escuchado con los ojos perdidos en el vacío.

Cuando la camarera bajó nuevamente al comedor, Judith se acostó en la otra cama y apagó la vela. Contempló mucho tiempo el cielo por el agujero del tragaluz, escuchando los ruidos lejanos que resonaban en la osamenta de la posada como los mil gorgoteos de un vientre repleto. Las estrellas cambiaron lentamente de sitio y el murmullo del comedor se extinguió poco a poco. Blanche vino a tumbarse, suspirando de fatiga.

—¿Y este otro? —preguntó Judith, señalando en la penumbra el vientre de su compañera—. ¿También de François?

—Sí... Vuestro primo y yo, sabéis, desde hace mucho tiempo...

—¿Dónde está?

—En Vendée.

Judith se entristeció. No necesitaba preguntar bajo qué bandera había tomado las armas su primo. Estaba tan enamorado de los relatos de caballería, creía con tanta ingenuidad en los valores de la aristocracia, además de considerarse heredero de Godofredo de Bouillon... Judith se estremeció. Volvía a ver, como un cuadro en movimiento sobre la pared a oscuras de la habitación, un lejano duelo a espada bajo los árboles del huerto. Las fanfarronadas de François. La fría maestría de Charles. Un nudo en la garganta. «Charles, ten piedad de tus enemigos...»

—Siento mucho lo de vuestro padre —murmuró Blanche, bien lejos de seguir los pensamientos de Judith—. Se dice que fue Ménard quien lo golpeó con una horca el día del incendio...

—No era mi padre.

—Lo sé.

El silencio reinó de nuevo y las estrellas se desplazaron un poco.

—La vida es extraña —suspiró Judith—. Habríamos podido encontrarnos como camareras las dos y lavar juntas las sábanas.

—Dios no lo permita, señorita.

—¿Vas a seguir mucho tiempo llamándome «señorita» y tratándome de vos como a una marquesa?

—No, lo dejo. ¿Por qué habéis vuelto a Sarlat?

—Blanche...

Rieron juntas en la noche.

—Perdón —intentó contenerse la camarera—. ¡Ay! Me duele la tripa cuando me río.

—¿En qué mes estás?

—Creo que en el sexto.

—Déjame ver.

Judith colocó una mano sobre el vientre de Blanche y trató de sentir la posición del niño como Rose Blanchet le había enseñado a hacerlo en otro tiempo. La amistad es un lazo curioso. A veces se teje con la lentitud de los encajes y a veces surge como una estrella fugaz. Aquella noche Blanche y Judith reconocieron de pronto que eran amigas de infancia. Judith le contó a su compañera de cama la larga historia de todo lo que le había sucedido. Se lo contó todo, excepto el nombre que le quemaba los labios, pero que fue incapaz de pronunciar en voz alta en la calma de la habitación.

34. Pólvora y memorias

Guillaume de Salerac iba y venía por el terreno de experimentación de la fábrica de municiones con un paso más lento que antaño, el rostro aureolado por una masa de cabellos blancos que su esposa trenzaba todas las mañanas, por temor a que el salitre se le acumulara, pero que terminaba siempre por hacerlo parecer un viejo león desgredado cuando llegaba la noche.

—Se diría que la peluca de mi madre se me ha caído encima con los años —suspiró—. Descanse en paz... Atención, pequeño, ¡no toques eso!

—¡Antoine! —gritó Judith.

El niño volvió a dejar delicadamente el mosquete que acababa de coger.

—¡Por el Gran Relojero! La madre se montaba en mis máquinas aerostáticas y el hijo juega ya con mis fusiles: ¡qué familia!

La fábrica de municiones, que Guillaume llamaba su «molino de pólvora», era un pesado edificio al borde del camino, cerca de la cantera de Lonsac. Se componía de un taller, un laboratorio y una cabaña contigua donde habitaba el sabio. Se trataba de una actividad

militar, bajo las órdenes de un oficial y dotada de un batallón de obreros que se parecía al ejército de Sambre y Mosa, pero Guillaume se sentía a gusto. Controlaba los procesos de fabricación de la pólvora de cañón y experimentaba a su gusto con los elementos químicos que la componían con el fin de mejorar su rendimiento.

—¡La explosión de mi castillo ha debido de hacerles creer que tenía dones especiales!

Aunque se hubiera convertido en artificiero de la República, no por ello había perdido el humor. Anne de Salerac, en cambio, estaba deshecha. Desde principios de año, los experimentos de su marido habían costado ya tres vidas. Guillaume se declaraba desconsolado, pero los pobres muchachos que manejaban los molinos de bolas o encendían las mechas de sus cañones de prueba estaban de todos modos condenados a perecer frente a los fusiles austriacos o en la guillotina si pretendían escaparse.

—Estupenda lógica —suspiró Anne.

—Es la época, cariño. Al menos éstos han servido a la ciencia.

—Una ciencia que sirve a la guerra...

Anne de Salerac echaba de menos los herbarios y las máquinas que terminaban por pararse en el camino de ronda. También ella había envejecido. Su mirada estaba llena de una nostalgia resignada: la certeza de haber perdido una época que ya no volvería y de tener que seguir viviendo a pesar de todo.

Durante el tiempo que Judith pasó en su compañía el día en que se encontraron, Guillaume habló mucho de los secretos de la combustión y de la deflagración. La pólvora negra, la que había sido inventada por los chinos y mejorada por los alquimistas árabes, era una mezcla de salitre, azufre y carbón. Sobre aquella base, Guillaume experimentaba con variaciones, añadiendo tan pronto resina como

alquitrán o cualquier otra sustancia que le sugiriese su fantasía. También modificaba el diámetro de los granos de pólvora con el fin de estudiar los efectos balísticos. Las nuevas sustancias resultaban caprichosas: se inflamaban a veces por razones desconocidas o bien, por el contrario, absorbían toda la humedad del aire y reaccionaban tan mal como un borracho apoltronado en la esquina de una mesa. Guillaume había observado que cuanto más purificaba los compuestos, mejor era la pólvora. Desarrollaba en consecuencia métodos de filtrado y de cristalización del salitre, llevaba a cabo una destilación cuidadosa del azufre y una combustión lenta de madera de tilo para un carbón perfecto. En resumen, aquella maldita pólvora se había convertido en la piedra filosofal del Gentilhombre a Cuatro Patas.

De aquella hermosa disertación Judith sacó dos conclusiones que tuvo la prudencia de no compartir con nadie. La primera, que su tío corría a todas horas el peligro de que le explotaran sus cañones en la cabeza; y la segunda, que la fábrica de municiones no era sitio ni para ella ni para Antoine. A la caída de la tarde, regresó a la posada de la Vieille Ânesse y pasó una noche más en compañía de Blanche. Pero tampoco la posada era sitio para ella.

En la mañana del día siguiente, dejó a Antoine jugando con Angeline delante de la puerta del mesón, subió por la rue de la République, pasó por delante de la catedral y empujó la puerta de la librería La Boétie. Antes casi de que el carillón dejara de tintinear y Gaétan Lepailler terminase de reconocerla, Judith ya le había preguntado si no necesitaba una empleada. Explicó que se contentaría con la cama y la comida.

Sorprendido, el librero se levantó de la mesa donde estaba

ocupado en escribir.

—Sí. Precisamente.

—Tengo un hijo de tres años —advirtió Judith.

—Perfecto, yo no tengo.

Y fue así como Judith se instaló en la librería de Sarlat, bajo el techo de un bretón singular y de su extraña compañera negra. Resultó, hay que confesarlo, una adopción fuera de lo corriente. Cuando Judith regresó con Antoine, Mariam los recibió con palabras ininteligibles y con la punta de los dedos les trazó arabescos sobre la frente con ayuda de un polvo fino que Judith reconoció como sal.

—No os inquietéis —les susurró Gaétan Lepailler—. Para ella es algo así como una bendición... No es una persona muy católica.

—¡Pero no me como a nadie! —exclamó Mariam.

Había nacido en Santo Domingo una cincuentena de años antes, esclava como es lógico, y al bautizarla se le había impuesto el nombre exquisito de Marie-Amélie. Llegada tiempo atrás a Sarlat con el librero, había vivido siempre como mujer libre y discreta. Su piel negra, su cabello crespo y sus collares de conchas provocaron en otro tiempo el escándalo en la plaza del mercado de las ocas, pero después la gente se había acostumbrado: «la Negra» hacía el mercado como las demás mujeres, le gustaba el puré de castañas y el vino blanco de Bergerac; y no maldecía nunca. Con el tiempo los habitantes de Sarlat aprendieron a respetarla. Se susurraba por los lavaderos que, en las noches de luna llena, podía cambiar el curso de las cosas con ayuda de una gallina vieja. Por supuesto, no eran más que habladurías: nadie en Périgord había recurrido jamás a semejantes sortilegios.

Mariam rozó con la punta de los dedos el dije de Judith y las conchas que le colgaban del cuello.

—Regalo del mar... —dijo, sin añadir nada.

Efecto mágico de aquel recibimiento o alivio por haber encontrado un techo, Judith durmió con un sueño reparador y se despertó con la certeza de haber nacido al amanecer. Le asombraba que el librero la hubiera aceptado tan deprisa, como si la estuviese esperando sin saberlo. Un lazo de afecto indefinible iba además a tejerse entre ellos con el paso de las semanas, tanto y tan bien que un día, en el transcurso del invierno, cuando Judith estaba todavía en cama pero ya convaleciente de su terrible enfermedad, le preguntó al librero, que había subido a su habitación para llevarle una taza de té y unas galletitas:

—Decidme entonces, maese Lepailler... ¿y si yo fuese vuestra hija?

Lo dijo con la mayor seriedad del mundo, como una hipótesis sobre la que había reflexionado con calma durante sus noches de fiebre. Después de todo, el librero era pelirrojo como ella (a decir verdad, como en todo lo relacionado con él, era imposible determinar el color exacto de sus cabellos: rojos, rubios, tirando a grises... muy bien podía por tanto haber sido pelirrojo), numerosos episodios de su vida seguían siendo tan enigmáticos como el origen de Judith, y eran en gran medida tan extravagantes los unos como los otros. Ante aquellas palabras, Gaétan Lepailler uniría las manos a la manera de los bienaventurados tocados por la gracia.

—Ah, pequeña mía... ¡hija mía! ¡Qué felicidad volver a encontrarte por fin!

Y procedió a besarla en las dos mejillas con infinita ternura.

—No, lo que quería decir... Se trataba de una pregunta — protestaría Judith.

—¡Ah! Pensé que se trataba de una propuesta.

No se lo contaron a nadie, pero algo sucedió en aquel momento, sin música ni funcionario del registro civil. Bien hundida entre dos gruesas almohadas, Judith sonreía mientras saboreaba las galletas empapadas en té. Sentado al pie de la cama, Gaétan Lepailler, por su parte, le contó los chismorreos recogidos en la plaza y los progresos de Antoine en la lectura. Aquel día, Judith encontró en esas galletas de anís un discreto sabor a amor paternal.

Maese Lepailler vivía en una casa de pueblo de escaleras irregulares y paredes torcidas: o más bien una casa en la que todos sus ocupantes suponían que las paredes estaban torcidas, porque era imposible entrever ni siquiera una sola. Judith, que únicamente había entrado en otro tiempo en la habitación principal del piso bajo, es decir, la que, hablando con propiedad, hacía oficio de librería, y la encontraba ya muy llena de estanterías, no pudo evitar una exclamación cuando subió la escalera y descubrió que toda la casa estaba tapizada de libros.

Los pasillos, de por sí estrechos, quedaban reducidos a ambos lados por veinte centímetros de obras con cubiertas de piel de todos los colores permitidos por el arte de los encuadernadores, a veces colocadas sobre estantes improvisados cuyas baldas se adivinaban apenas bajo el peso de los volúmenes, pero la mayor parte de las veces amontonados a manera de ladrillos o en columnas inestables. Hasta la altura de las viguetas del granero Judith no vio más que paredes enteras de novelas, ensayos, diccionarios, gacetas, revistas y obras innominadas, hasta el punto de no poder determinar con certeza si había verdaderamente paredes detrás, o si todo el edificio estaba de hecho sostenido por aquellos curiosos ladrillos compuestos de páginas, de capítulos, de palabras. ¡Lo llenaban todo! Incluso en

los peldaños de la escalera, donde se apilaban montañas de revistas y de publicaciones. Abriendo libros al azar, Judith había dado con textos en alemán, en sueco, en ruso, como para creer que el librero se proponía reunir bajo su techo todo lo que el ser humano había impreso desde la invención de Gutenberg. La joven renunció muy pronto a la esperanza de completar un inventario.

Gaétan Lapailler le asignó, en el segundo piso, una habitación bastante grande con un balcón que daba al patio. Las paredes estaban también cubiertas de libros, y la joven desplazó varias estanterías con el fin de crear un tabique que le permitiera separar, en el interior de su propio cuarto, lo que se convertiría en la habitación de Antoine.

Hasta los primeros fríos del otoño la vida fue todo lo agradable que era posible en aquel verano del noventa y tres. Dordoña era un departamento relativamente afortunado: nadie, en el Comité de Salud Pública, esperaba que con sus castaños y sus nogales se atendiera a las necesidades de los ejércitos. Sarlat, que había cambiado poco desde hacía siglos, tampoco lo había hecho en los últimos años. La guillotina disfrutaba, por supuesto, de derecho de ciudadanía como en todas partes, pero las ejecuciones no se prodigaban. El clero se sometía a las leyes de la República y los nobles nostálgicos se enterraban en el fondo de sus mansiones, acunados por los viejos relatos de la guerra de los Cien Años, cuando los ingleses acampaban en valles pequeños. Los uniformes azules de los guardias republicanos se cruzaban en las callejuelas medievales con los gorros rojos y los pantalones a rayas de los sans-culottes o con las carmañolas de los patriotas de Périgord que iban a discutir al comité jacobino, taciturnos y dóciles. Un árbol de la libertad se

esforzaba más mal que bien por sobrevivir al calor en mitad de la plaza del 14 de julio, bajo las guirnaldas tricolores de la última fiesta nacional.

Muy pronto Antoine se sintió en Sarlat como pez en el agua. Aprendió enseguida el camino desde la librería hasta la posada de la Vieille Ânesse y después se entregó a la alegría de saltar por las calles, de correr entre los paseantes y perder horas enteras delante del cercado donde tenía lugar el mercado de los animales. A Judith se la llevaban los demonios cada vez que su hijo se aventuraba a salir de la casa, pero la loba que había en ella le murmuraba que no pusiera trabas al aprendizaje de la libertad. «Deja correr a tu pequeño. Déjalo perderse y que eche los dientes...» Sabía, en realidad, que lo encontraría sentado a la mesa en la Vieille Ânesse, o dormido en la cama de Blanche, al lado de Angeline.

Maese Lepailler apenas leía ya. La literatura revolucionaria le fastidiaba prodigiosamente y la lectura de las gacetas que recibía de París y de Burdeos le aburría hasta el punto de abandonarla con alegría al cuidado de Judith. Todas las tardes los curiosos se amontonaban en la librería en busca de noticias. Mientras la voz de la joven narraba los sobresaltos de la Convención, Gaétan Lepailler se instalaba en el fondo de su establecimiento, se ponía delante una pluma, un tintero y algunas hojas, procedía a sentarse y a continuación daba a luz interminables guirnaldas de palabras sobre el papel. No había pasado una semana cuando la curiosidad empujó a Judith a preguntarle qué era lo que escribía.

Dos meses antes, durante una visita de Guillaume de Salerac, los dos amigos habían jugado a las cartas. El sabio preguntó al librero qué juego era aquel que había aprendido en China y del que

le había explicado los rudimentos no hacía mucho, muy interesante por lo demás. El librero no se acordaba. «Mi querido amigo, perdéis la memoria», había exclamado el químico. El librero estuvo de acuerdo y dio cartas. Ya habían disputado varias bazas y el librero ganaba (Guillaume se enredaba en cálculos complicados con el fin de deducir las cartas de su adversario, olvidando de paso las que él tenía entre las manos) cuando el químico exclamó:

—Pero, vamos a ver, ¿por qué no las escribís?

—¿De qué habláis?

—¡Vuestras memorias, pardiez! Mientras que os quede una brizna...

—¡Qué decís! Mi vida no se presta.

—¡Qué absurda modestia injustificada! Todas las anécdotas que me habéis contado a lo largo de los años resultarían prodigiosas una vez encadenadas unas con otras en buen orden cronológico.

—Ciudadano Salerac, ocupaos de vuestras pólvoras.

—Ciudadano Lepailler, hacedlo por mí, en nombre de nuestra amistad.

—¡Es cierto que sois el amigo más curioso que he tenido nunca!

—Ah, aunque espero que me consagréis un capítulo entero.

—¡Ja, ja! ¡Era ahí a donde queríais ir a parar!

Aquella conversación, a la larga, los llevó a hacer una apuesta. Si Guillaume ganaba la partida, Gaétan escribiría sus memorias. El librero sacó su mejor licor de ciruela con intención de confundir el ánimo del químico, pero su subterfugio fracasó: Guillaume desconfió, Gaétan terminó por embriagarse y a partir del día

siguiente tuvo que emprender el relato de su vida «en buen orden cronológico». Comenzó, refunfuñando, torturado por un dolor de cabeza que acentuaba su humillación. No obstante, al cabo de tres días, Mariam lo vio sentarse delante de sus hojas con aire divertido y tomar la pluma sonriendo cuando recordaba alguna aventura antes de trasladarla al papel. Pronto empezó a escribir bien dispuesto, desde las primeras horas de la mañana hasta muy tarde por la noche. El rumor de que maese Lepailler redactaba sus memorias se extendió como un reguero de pólvora por la vecindad. Todo el mundo quería leerlas. El día en que Judith le interrogó, el autor sólo había dado a conocer el título: *Mi vida: proezas y desventuras de un librero del Sarladés*.

—Proezas... —se reía de forma burlona Guillaume, seducido sin embargo por el tono prometedor del relato.

El manuscrito permanecía cuidadosamente guardado bajo llave.

De manera que Judith pasaba las tardes leyendo las gacetas al público de la librería. Aquellas lecturas le daban a veces la impresión de animar un salón, aunque era bien poco lo que aquél tenía en común con los clubs de París: la sagacidad de los espíritus, la pertinencia de las ideas, las réplicas ásperas de los grandes debates, todo aquello faltaba. La joven leía. Se hacían comentarios. Se protestaba. Se reía. Se hablaba de ocas y de trufas en medio de las leyes de la Convención. Judith guardaba silencio.

Leídas las gacetas, la joven las clasificaba, las apilaba, ordenaba los libros y les quitaba el polvo. Por la mañana hacía la compra con Mariam, traía agua de la fuente, iba a buscar los bonos

de racionamiento para los artículos que más escaseaban y vigilaba las reservas de leña. Al levantarse por la mañana, atizaba las brasas en la gran chimenea de la librería, reavivaba el fuego, preparaba té y café. Imitando los gestos de Eleonora, hacía mermeladas con la fruta demasiado madura, desplumaba los patos y los asaba, amasaba el pan y se esforzaba siempre que le era posible por reunir a su tío, a su tía, a Blanche y a la pequeña Angeline, además de a Sébastien, a Gaétan Lepailler y a Mariam alrededor de la gran mesa de la librería.

En aquella vida, muy pronto reglamentada por una nueva rutina, echaba de menos a Philippe. Le faltaba su difunto marido como falta un sueño agradable que se difumina, como faltan las horas de una vida que se tiene de pronto la impresión de no haber vivido. Apenas un mes después de instalarse en Sarlat, Judith dudaba de haber tenido casa en París y de haber pasado allí cuatro años de su vida. ¿Dónde estaban los jardines del Palais-Royal? ¿Los vendedores ambulantes del Pont-Neuf? ¿Los colores claros de su casa? A medida que reencontraba Périgord, París se desvanecía en ella como un perfume del que persiste tan sólo el recuerdo.

Únicamente sus sueños, por las noches, la devolvían aún a la capital. Encontraba a Philippe y volvía a besarlo. Recorría las avenidas florecidas del jardín de las Tullerías por las que Antoine aprendía a andar. Subía por los bulevares hasta el club de los girondinos... Dormida, revivía como una obsesión toda su vida de antes, quizá para estar segura de no olvidar nada; quizá para apropiarse una vez más de todo lo que había abandonado.

Se despertaba a menudo sin saber dónde estaba, convencida de que la luz que le bañaba los ojos era la de la rue des Piques. Un sabor desagradable le subía hasta la garganta, tenía ganas de vomitar, de morir hasta la noche.

Pero Philippe no respondía. Sin duda había sido en vida un

hombre demasiado racional para que la muerte lo transformase en fantasma. Quizá el fin de sus pesadillas empezara por ahí: cuando dejase de creer en fantasmas y de hablar con los ausentes. Mientras tanto, Robespierre se había incorporado al Comité de Salud Pública, las tropas de Kléber habían llegado a Vendée y el Terror se extendía sobre el mundo como el ala oscura de un águila.

35. La levadura

Una mañana gris de septiembre, cuando Gaétan añadía otra página a sus memorias, Judith bajó a la cocina y se ató un delantal sobre el vientre. Llovía. Pesadas masas de nubes habían ahuyentado desde hacía dos días el sol y el calor. Llegaba el otoño, húmedo y triste. La joven estaba pensando en lo que iba a preparar cuando las paredes bailaron a su alrededor y el suelo se le hundió bajo los pies. Cayó sobre un taburete. Le temblaban los brazos, el estómago vacío se le subió a la garganta... Se secó la frente con el extremo de la manga. Aquello pasó y Judith se levantó.

Necesitaba comer algo, beber un poco de café caliente.

Con la ayuda de un trapo recogió la cafetera depositada al borde de las brasas en el horno. Se sirvió y bebió el líquido haciendo una mueca. Se les había acabado el azúcar. Judith miró a su alrededor, abrió la artesa de amasar, no quedaba pan. Eso era lo que iba a hacer. Pan.

Entró en la despensa y sopesó el saco de harina. Maese Lepailler se había vuelto los bolsillos y ella misma había añadido dinero para comprarlo, con la esperanza de que durase hasta el verano siguiente. Judith tomó la escudilla que le servía de medida, la

hundió en el saco, después vertió el contenido sobre una tabla, varias veces, hasta formar un montículo.

Cuidar del fuego, amasar el pan... La joven se miraba hacer y no se reconocía. Se había convertido en una desconocida, y menesterosa por añadidura, ajena a sí misma como la culebra que acaba de abandonar su piel gastada sobre una piedra y se pregunta quién es esa serpiente translúcida que la mira, inmóvil. Se ató el pelo rojo con una pañoleta, se remangó, espolvoreó con un poco de levadura el montón de harina, rascó el fondo del cuenco de la sal, añadió una medida de agua y empezó a amasar.

Pero a sus brazos les faltaba fuerza: se sintió agotada en menos de un minuto aunque se empeñó en amasar de todos modos entre resoplidos y muecas, como si aquella lucha contra agua y harina revistiera una importancia vital. Extraño torbellino que mezcla los ingredientes, los une y los hace mantenerse juntos en una bola blanda con otra consistencia... Le asaltó de nuevo el vértigo y se detuvo, respirando sobre sus brazos extendidos, las manos hundidas en la masa informe. Después, tratando de olvidar el dolor que le quemaba los brazos hasta los hombros, continuó.

Poco a poco la pasta se volvió dócil y maleable. Judith siguió amasándola sin pensar en nada, la cabeza perdida en el tumulto sordo de las gotas de lluvia sobre las piedras del patio, mirando sencillamente aquella pasta que ya se le enroscaba sola alrededor de los dedos, y fue entonces, de repente, mientras su espíritu divagaba a su alrededor sin encaminarse a ningún sitio, cuando tuvo la revelación fulgurante de mi presencia. Sintió de pronto la mano invisible que la amasaba también a ella, que le trabajaba la carne, que la modelaba desde el interior, y supo de la bola de pasta que se formaba en su vientre, el germen que se alzaba suavemente...

Le fallaron las piernas. Se derrumbó despacio sobre las losas,

una mano sobre la boca, y se mantuvo mucho tiempo sin llorar, aplastada por la certeza de una catástrofe.

36. El último de los Salerac

A finales del mes de octubre llegó a Sarlat un hombre con una carreta. Se detuvo en la posada de la Vieille Ânesse y preguntó por los Salerac: tenía que devolverles una cosa que les pertenecía. Blanche envió enseguida a alguien a la fábrica de municiones y corrió a avisar a Judith en la librería.

Aquel hombre llegaba de Vendée. Su carreta no contenía otra cosa que una forma alargada recubierta por una recia tela de yute parecida a la de los sacos de cereales. Judith, al verla, se acordó de los lienzos blancos que envolvían el cuerpo de Philippe y se quedó inmóvil. También Anne y Guillaume quedaron petrificados.

El recién llegado contó que el día 17, estando él en Cholet, habían atacado los soldados de la República. Vio caer Vendée y presencié la huida de miles de personas hacia el norte, hacia el Loira y la Bretaña, mujeres, niños, ancianos, heridos, pueblos enteros... Los azules no daban cuartel a nadie.

Luego guardó silencio. Guillaume se acercó a la carreta y alzó el paño de tela gris. Todas las luces del siglo se apagaron en su mirada.

—Que alguien vaya a buscar a un sacerdote..., uno católico, de los de antes.

Judith alzó los ojos hacia él y vio que se había convertido en un anciano de perfil tan arrugado como la corteza de las encinas.

—Tío, no hace falta...

—Se dirá la misa como antes. Mañana. En la capilla del castillo. Y no me importará nada tener que acabar por eso en la guillotina.

Dio al viajero con qué beber a la salud del difunto, tomó al mulo por la brida y subió calle arriba hacia la catedral. Blanche invitó al de Vendée a entrar en la posada. Anne y Judith quedaron solas sobre los adoquines.

—Al menos ya nos hemos librado de esperarlo —suspiró Anne antes de entrar a su vez en el mesón.

Judith meditó sobre aquella frase absurda. Los muertos inspiran a los vivos unas mentiras bien extrañas.

Guillaume detuvo la carreta en el patio de la librería, llamó a la puerta de su amigo y le confió el cuerpo de su hijo mientras se hacían los preparativos para el entierro del día siguiente, porque había olvidado por completo, al dar la orden de ir en busca de un sacerdote, que ya no era gentilhomme ni contaba con criado alguno a su servicio.

Gaétan Lepailler interrumpió aquel día la redacción de sus memorias y cerró la tienda. No se leerían las gacetas en Sarlat. No se sabría nada de la República ni de los comités de perros rabiosos que la gobernaban. En señal de duelo. Por respeto a François y a todos los que habían caído en aquella guerra fratricida. Después empezó a retirar todos los volúmenes de una gran estantería de madera de haya situada en el corredor. Judith le ayudó a dejar las tablas sobre el suelo frío para clavarlas juntas en forma de ataúd. Antoine les fue

pasando los clavos sin decir nada.

Terminado el féretro, Judith volvió a la posada. Anne de Salerac se había marchado, y el hombre de Vendée había desaparecido. Pensativa detrás del mostrador, Blanche tardó mucho en alzar los ojos. El viajero le había contado las batallas de los monárquicos desde la primavera y las últimas semanas de François.

—Nunca le habló ni de mí ni de Angeline.

Judith inclinó la cabeza.

—Esas cosas no se confiesan forzosamente al primer llegado.

—No me quería.

Judith suspiró.

—No lo sé... El amor es una cosa que cada vez entiendo menos.

Le propuso a su amiga quedarse con ella o llevarse a Angeline a la librería si, por el contrario, Blanche prefería estar sola.

—No. Incluso los peores días son días ordinarios... Bebamos, eso nos alegrará.

Con un nudo en la garganta, Judith alzó su jarra y bebió en silencio antes de regresar a la librería. Caía la tarde ya. La humedad brotaba de las piedras como el alma nocturna de la ciudad. La joven notó una claridad en el patio. Bajo las tinieblas verdosas del claro de luna, a la luz de una lámpara cuya llama danzaba, Mariam velaba al muerto. Judith quiso acercarse, pero la Negra la detuvo con un gesto.

—¡No! ¡Vete! Los espíritus podrían confundirse y llevarse a tu hijo.

Con una mano sobre el vientre todavía liso, Judith retrocedió. Vio entonces que Mariam había trazado con carbón signos enigmáticos sobre el cadáver. En torno a ella ardían hierbas en

cuencos. Del patio se elevaban pesadas volutas de humo de las que hacen que dé vueltas la cabeza.

A la mañana del día siguiente el mulo del vandeano, la cabeza baja, tiraba de su carreta por el camino de Castelroux. Sus ollares despedían un vapor blanco. La bruma de los días fríos de octubre se resistía a desaparecer en el fondo de los vallecitos. Los cuervos graznaban en los campos de hierbas amarillentas.

Guillaume de Salerac subía sin decir palabra el camino tantas veces recorrido antaño, cuando con su caballo regresaba de sus largos paseos de herborizador con las alforjas llenas y al llegar cerca del castillo, aparecía en el puente levadizo un niño que corría hacia él... Anne de Salerac ahogaba sus lágrimas con un pañuelo bordado. Blanche caminaba detrás, sosteniéndose el vientre redondo. Seguía Judith con Gaétan Lepailler. Mariam se había quedado en la librería con Antoine y Angeline, porque su mirada de animal exótico molestaba a los sacerdotes.

El cortejo pasó bajo el rastrillo y entró en el patio. Tres hombres estaban ya presentes: obreros de la fábrica de municiones cuyos brazos había alquilado Guillaume además de comprar su silencio. Uno de ellos le mostró las fisuras que agrietaban la capilla, además de algunos bloques de piedra reventados sobre los escalones. Un momento antes, mientras ellos esperaban, habían caído aquellos trozos de piedra. El castillo se hundía lentamente. Guillaume examinó el patio y los muros agrietados por la explosión. Sin decir nada, entró solo en la capilla.

Salió blanqueado de polvo. La cripta se había derrumbado. No se podía llegar a las tumbas. Todos guardaron silencio,

desconcertados por la noticia, y Judith se estremeció a causa del viento frío que soplaba en el vientre vacío del dragón. Se alzó entonces la voz de Blanche, frágil y temblorosa:

—Se le podría enterrar en el huerto, junto al árbol cercano al banco de piedra...

Quienes habían conocido a François lo volvieron a ver sentado en aquel banco las tardes de verano, con un libro en la mano, al tiempo que consumía la fruta madura de una cesta.

—El huerto no es tierra consagrada —protestó el cura.

—Nada lo es ya en los días que corren —replicó Guillaume.

Se trasladaron allí. Los hombres cavaron un hoyo profundo. El sacerdote ofició y después, con la ayuda de unas cuerdas, se depositó en el fondo del agujero el estrecho ataúd fabricado la víspera sobre el suelo frío de la librería. Judith sintió que el aire se le helaba en los pulmones. No era a François a quien hundían en la tierra negra, no, no podía ser él, tan vivo, en aquella caja mal clavada... Dejando escapar un breve suspiro para expulsar la opresión de la tristeza, miró los ciruelos desmedrados. Qué agradable era jugar a las cartas en aquel huerto, unos años antes... Las lágrimas le impidieron ver y bajó los ojos. François había muerto. Philippe había muerto. El viejo barón de Beauvilliers había debido de morir también él, de vejez si la suerte que le acompañaba en el juego había durado hasta el final de su vida. Era ella, por tanto, la única superviviente de aquella partida de cartas de otro tiempo. Cuántas cosas desaparecidas.

—Voy a traer al mundo al hijo de un muerto —murmuró Blanche.

Judith abrió la boca pero fue incapaz de articular una sola palabra.

—Perdón —dijo la camarera—. No quería...

—No, no tiene importancia.

Tampoco se lo había confesado a nadie, pero no estaba segura, por su parte, de llevar en el vientre al hijo de un muerto. Desde la mañana en que tuvo la intuición brutal de su embarazo, no había cesado de repasar los acontecimientos del mes de julio como se examina un montón de grava con un peine para recuperar un diamante perdido. Los hombres creen de buena gana que las mujeres saben siempre esas cosas, pero Judith lo ignoraba. Volvía a ver la claridad sombría del calabozo de la Conciergerie y los ojos azules de Philippe la víspera de su ejecución... Después volvía a ver el fuego inmenso de la boda de Jean el Cojo, la habitación oscura de la posada, aquella cama demasiado pequeña y aquella noche demasiado corta... Cinco días separaban apenas los dos abrazos, los dos hombres, los dos padres para su hijo. Philippe o Charles. Un muerto o un ausente, ¿qué más daba? El muerto se convertía en polvo en el fondo de su tumba y el ausente apenas tenía más valor que una sombra. Por tanto, a medida que los días se replegaban en su caparazón y que el otoño salía de la tierra, cargado de olores, Judith sacó una conclusión: el pequeño que llevaba en el vientre sería de ella, de Blanche, de Gaétan, de Guillaume —de los vivos—, de todos los que estaban allí, de pie, alrededor de la tumba de François de Salerac.

El féretro desapareció por completo. Anne de Salerac se apoderó de un terrón y lo arrojó en el inmenso agujero. Después cerró los ojos y respiró despacio. Se hubiera dicho que contemplaba el cielo a través de los párpados cerrados. Cuando los abrió de nuevo se volvió hacia Blanche, caminó hacia ella, se detuvo delante y la miró como si descubriera la belleza de un cuadro colgado desde siempre en el salón.

—Si es niño, ponle François.

—Sí, señora.

—Y no vuelvas a llamarme señora.

Las lágrimas le cegaban los ojos enrojecidos. Cogió del brazo a la camarera y descendió con ella por el camino, huyendo del frío de aquel entierro salvaje en un castillo en ruinas.

—Y tú, niña mía, ¿vienes también?

Judith asintió con la cabeza, cansada de pensar incesantemente sin decir nada.

—Sí, maese Lepailler, volvamos.

—Tratemos de convencer a vuestro tío de que cene con nosotros esta noche.

—De acuerdo, intentémoslo.

Descendieron por el camino de tierra de Castelroux, dejando en el huerto a los hombres que terminaban de cerrar el foso y a los cuervos que graznaban en las ramas desnudas de los ciruelos.

37. La lluvia de brumario

Llovía sobre Sarlat y había caído la noche.

El día había sido gris y frío, un día ordinario en el que nada había venido a quedarse en la memoria ni en el corazón, un día como el anterior y quizá como el que vendría a continuación, un día insulso de aquel curioso tiempo nuevo que habían inventado los expertos de la Convención. Porque ya no se pronunciaba el nombre de los meses de antaño por temor a ser oído, denunciado, guillotinado. Ya no se sabía cuándo iba a ser Navidad, ni Reyes, ni las fiestas de los santos y aquel año la lluvia torrencial que caía sobre los tejados de Sarlat en un largo redoble de tambor se había convertido en la extraña lluvia de brumario. Tan fría, tan violenta y tan desoladora como la antigua.

Pegada a los cristales de la librería, Judith vio que la oscuridad se empañaba delante de su nariz con un halo blanquecino. Había llovido con tanta fuerza durante todo el día que la noche llegó antes que de costumbre, cubriendo los empedrados de la ciudad de una laca oscura que parecía la sangre demasiado cocida de un otoño negro. Venía el frío. Venía el invierno. Una horda de sans-culottes se había presentado la víspera en Sarlat y las noticias de París eran desconsoladoras. A los girondinos detenidos durante el verano se los

guillotina uno tras otro. Brissot. Madame Roland. Olympe de Gouges. E incluso el duque de Orleans, que había creído poco antes forjar una hermosa nación ilustrada en medio de los dorados de su palacio... Judith posó un dedo sobre el cristal empañado, pero no supo qué dibujar. Olympe, muerta también. Volviéndose de espaldas a la ventana se preguntó si Anne iba a tardar mucho todavía.

Precisamente en aquel momento su tía abrió la puerta y entró tiritando.

—Brrr... ¡Por todos los santos, qué tiempo de perros!

—Venid, tía; quitaos ese abrigo, tembláis de frío.

Judith la ayudó a quitarse la esclavina y la colocó sobre el respaldo de una silla cerca de la chimenea.

—El pequeño François acaba de comer como Gargantúa.

—¡Ja, ja! —rió burlescamente Gaétan Lepailler—. ¡Ese hermoso niño hace ya honor a Rabelais!

—Podíais haber traído a Angeline —señaló Judith.

—Dormía ya... Y con esta lluvia prefiero que no salga a la calle.

Mariam se agachó al lado de Antoine.

—Cuando era pequeña y llovía mucho, me resguardaba debajo de una hoja.

Antoine sonrió.

—¿Una hoja? ¿Una hoja así de pequeña? —preguntó, uniendo los dedos hasta casi tocarse.

—No, una hoja muy grande —respondió Mariam abriendo mucho los brazos—. Una hoja de banano. ¿No has comido bananas todavía?

Antoine negó con la cabeza.

—Estoy segura de que las comerás un día.

Gaétan Lepailler llegó de la leñera con un tronco que arrojó en la chimenea.

—He aquí algo que nos durará toda la noche... ¡Espero!

Atizó las brasas refunfuñando y explicó por centésima vez, a quien no lo sabía aún, que la chimenea tiraba mal los días de lluvia.

—Huele bien —se alegró Anne—. ¿Qué nos has preparado?

—Una especie de gallina en pepitoria —respondió Judith—. Con la gallina entera.

—¡Yo sé de uno que va a disfrutar!

Señaló a Guillaume de Salerac, sentado algo más lejos, en un sillón de brazos gastados. Impasible, el anciano ojeaba los grabados de anatomía de la Enciclopedia y de diversas obras encuadernadas de gran tamaño colocadas sobre sus rodillas. Ni Judith ni Gaétan Lepailler lo habían visto levantarse en toda la tarde, quizá alguna invención descabellada germinaba bajo su frente cubierta de arrugas; o más bien lo esperaban, porque Guillaume había perdido por completo el ánimo.

—Deberíamos cerrar la puerta, de lo contrario este aroma engolosinará a todos los menesterosos de los alrededores.

Mariam dirigió al librero una mirada de reproche.

—¡No tengo nada contra los menesterosos! —protestó maese Lepailler—. Se trata sólo de que esa gallina es muy pequeña.

La puerta, por tanto, quedó abierta. Judith se dijo que la cerraría con llave cuando hubiera terminado de poner los cubiertos. Extendió un mantel amarillo sobre la amplia mesa de la librería,

ocupada durante el día por revistas y gacetas, y colocó encima tres candelabros y seis platos. Mariam trajo vasos de estaño y un cántaro de vino mezclado con agua. Judith lo revisó todo, un poco cansada, viendo fulgurar de vez en cuando, en la claridad más bien parda de la librería, el perdido brillo de las comidas en la terraza de Castelroux. Pero ¿no era más importante que estuvieran todos allí? Porque los desaparecidos jugaban al escondite entre las sombras de los vivos. Hélène. François. Philippe... Rostros que Judith nunca volvería a tener sentados a la mesa con ella, y que no obstante seguía viendo moverse, siluetas transparentes, como los peces que se deslizan bajo la piel reluciente de los ríos.

—¿Judith? Te veo muy pálida.

—No es nada, tía.

Se disponía a ir en busca del pan cuando se oyó un ruido muy fuerte en la entrada. Una ráfaga de viento frío se introdujo en la librería, las páginas volaron entre las manos de Guillaume, todas las velas parpadearon al unísono, a punto casi de apagarse, e incluso las pesadas estanterías parecieron vacilar por un instante antes de que la puerta se cerrase de nuevo. Había entrado un hombre.

Dio algunos pasos e irrumpió a la luz de las velas, tocado con un gran sombrero oscuro y envuelto en una capa negra de la que se desprendían gotas de lluvia. La escarapela que llevaba en el pecho ostentaba la cinta tricolor de los oficiales de la República. Estaba solo y sus botas iban dejando charcos de agua muy oscura.

Judith se apoyó con una mano en el borde de la mesa. Supo entonces que había imaginado de otra manera su regreso, quizá un día como aquél, de lluvia y de viento, en el que hubiera estado bien quedarse cerca de la chimenea; un día en el que ella habría estado sola en la librería, habría hecho café, todo estaría listo, el mundo viviría en paz; él llamaría, ella abriría y, pese al frío, notaría el calor

antes incluso de volver a encontrarse entre sus brazos; un día en el que no sentiría aquel dolor interior, aquella vaga aprensión, como si una amenaza imprecisa acabara de entrar con él en el tranquilo comedor.

—Buenas noches, ciudadanos —dijo.

Despacio, sus brillantes ojos negros examinaron la pequeña asamblea reunida junto a la mesa.

—¿Interrumpo vuestra cena?

Judith abrió la boca pero le faltaron las palabras. Gaétan Lepailler se puso en pie.

—No; entrad, por supuesto... ¿Ciudadano...?

—Eperay, comisario de la República en misión en Sarlat.

Se quitó el sombrero como un desconocido que se presenta, como si se ignorase todo sobre él, como si el Périgord Negro no lo conociera ya.

—Es un honor, ciudadano comisario. Yo soy el ciudadano Lepailler, librero del Sarladés, y he aquí a la ciudadana Donnadieu, los ciudadanos Salerac y la ciudadana Marbourg.

Charles clavó sus ojos en los de Judith. Guillaume de Salerac carraspeó.

—Presentaciones inútiles, Gaétan: me acuerdo del señor de l'Eperay... porque sois el hijo del conde, ¿no es cierto?

Judith fue la única que advirtió el hielo en el fondo de los ojos de Charles, que no respondió.

—¿Y qué podemos hacer por vos, ciudadano comisario? —preguntó Gaétan Lepailler con una llaneza un poco temerosa.

Durante mucho tiempo, Judith se preguntó por qué motivo

Charles no pudo limitarse aquella noche a solicitar su hospitalidad, dar su capa para que se la secaran y ocupar un sitio con ellos en torno a la gran mesa, compartir su cena y el calor frágil de la librería. Mucho más tarde supo que estaba hambriento y aterido, pero cuando se enteró de las razones de su regreso a Périgord, supo también que le era imposible pedir la menor hospitalidad, compartir ninguna comida, sentarse delante de un plato ni saborear en paz ningún caldo de gallina.

La respuesta tardó en llegar. La mirada de Charles se detuvo sucesivamente en todos ellos como si quisiera asegurarse la atención de cada uno. Mantenía la frente alta y la mirada hostil de un general llegado para conquistar un imperio.

—Vengo a ver a mi mujer y a mi hijo.

El estupor los dejó a todos sin voz.

—Debéis de estar equivocado, ciudadano comisario, porque no hay aquí...

—¿Cómo te atreves?

Gaétan Lepailler guardó silencio. Todos miraron a Judith, que había dejado escapar aquel rugido sordo. La frente y las mejillas rojas, fusilaba con ojos incandescentes al intruso calado hasta los huesos, sabiendo bien cuánto le decía sin abrir la boca.

«¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a venir aquí esta noche y a decirme eso? Durante noches enteras he esperado de ti que vinieras a buscarme. Durante noches enteras esperé que pasaras el rastrillo de Castelroux y que declarases, con voz clara y bien fuerte, que era tuya. Durante meses enteros he esperado en tu cama palabras de amor. ¿Cómo te atreves a venir ahora, ¡ahora!, con esas palabras en la boca para arrojarlas delante de todo el mundo, delante de los míos, delante de mi hijo? ¿Cómo te atreves a venir aquí como a tierra

conquistada con tu traje, tus escarapelas y tu cinta tricolor? ¿Cómo te atreves a exhibir tus victorias y tu odioso poder, y reclamar mujer e hijo como si se tratara de un derecho que te da tu Tribunal Revolucionario? Lo que vienes a reclamar no te pertenece ni te ha pertenecido nunca. Ah, Charles, yo que creía saber ya lo que era odiarte.»

Mientras se estremecía de furor, la mano de Antoine se apoderó suavemente de la suya y la apretó con fuerza. Judith tuvo entonces la seguridad total de lo que debía decir en voz alta.

—Te equivocas, ciudadano —articuló—. Porque este niño es el hijo del diputado Marbourg, guillotinado en la plaza de la Revolución, y yo no tengo otro marido que el que me dejó viuda.

Se cruzaron una mirada que hizo temblar los muros de la librería. A no ser que se tratara de la lluvia que martilleaba los tejados, la tormenta de brumario. Los ojos de Charles sólo encerraban un inmenso lago frío.

—Cierto, ciudadana: eres la viuda del ciudadano Marbourg —respondió—. Eso es una verdad que nadie puede negar. Pero tu hijo es mío. Tampoco puedes negar la sangre que corre por sus venas.

Por su tono de voz parecía que venía a reclamar aquella sangre en sacrificio, como los monstruos antiguos exigían su tributo.

—Sí —susurró Judith—. La sangre es lo más fácil de negar... Y tú lo sabes bien.

Vio lucir un relámpago en el fondo de sus pupilas. Después Charles volvió bruscamente la mirada hacia Antoine.

—¡Antoine, ven!

El niño no se movió, petrificado.

—¡Antoine, acércate y saluda a tu padre! ¿Tienes miedo? ¡Ven!

¡No quiero que tiembles como un cobarde! Ven a saludarme.

Había clavado sus ojos negros en los ojos negros del niño y las pupilas oscuras de los dos se reflejaban como espejos que repitieran hasta el infinito el mismo agujero, la misma locura, el mismo terror infantil. Un escalofrío corrió por el espinazo cubierto de cicatrices del comisario de la República, atravesó la mirada del niño, se estremeció en su mano contraída y subió por el brazo de Judith.

La joven se interpuso de un salto, rompiendo con su vientre aquella mirada maldita.

—¡Sal de aquí! ¡Nadie quiere saber de ti en esta casa y nadie te obedecerá!

Charles alzó los ojos hacia ella, desconcertado. En el silencio, roto apenas por el tamborilear de la lluvia, maese Lepailler se aclaró la garganta.

—Cuidado, pequeña —masculló discretamente—. En cualquier caso estáis hablando con un comisario de la República...

—Sé muy bien con quién estoy hablando.

Sostenía sin pestañear la mirada sombría de Charles con el encanto de una domadora que separa con sus manos las mandíbulas de una fiera y mete toda la cabeza entre sus colmillos, sabiendo, esperando quizás, que el animal no la morderá, o al menos no esta vez. Y a la fiera, de repente, le sorprendió un largo estremecimiento de frío.

—¿Me echas?

Judith no respondió.

—¿Es ésa toda tu gratitud por haberte salvado?

—Ya te di las gracias.

Charles entornó los ojos y le apareció un conato de sonrisa en las comisuras de la boca.

—No eres mejor que una perdida...

Judith estuvo a punto de replicarle que era eso lo que le gustaba de ella, que por eso volvía siempre y que ella podía, si lo deseaba, sujetarlo con tanta fuerza que lo tendría comiendo en su mano, pero se abstuvo.

Charles tragó saliva y su rostro de mármol se cerró en una expresión inflexible.

—Sea, ciudadana Marbourg —dijo, apartando los ojos y volviendo a ponerse el sombrero—. Me alojo en el ayuntamiento. Sabréis dónde encontrarme si por ventura deseáis...

No acabó la frase, se volvió y dio unos pasos para salir, luego se detuvo, hundió una mano enguantada en el bolsillo y sacó algo que depositó sobre el borde de la estantería. Bajo el sombrero, su rostro, de perfil, parecía una máscara mortuoria, hundida, desolada, con la palidez de las estatuas del calvario. Giró sobre sus talones y volvió a la lluvia de la que había surgido. Se había marchado.

—¿Qué ha dejado? —preguntó Gaétan Lepailler.

Mariam cerró la puerta y se apoderó de los pequeños objetos redondos.

—Caracoles.

38. El comisario y el conde

El comisario de la República abrió la portezuela, descendió del coche de camino y miró a su alrededor. Sólo le rodeaban árboles de ramas desnudas, troncos musgosos, cortezas carcomidas y matas de espinos rojos. No había más que bosque hasta el horizonte, y aquel día el horizonte estaba muy cerca en el Périgord Negro. Una bruma pesada se comía las copas de los árboles al tiempo que caía una llovizna helada.

El comisario de la República dio algunos pasos por el barro del camino y sus botas se hundieron en una pasta blanda. La rodada estaba llena de agua marrón y el suelo bajo sus pies había perdido toda consistencia. Sin los graznidos de los cuervos podría haber creído que no quedaba un solo ser vivo a su alrededor, que ya no estaba en Francia, ni siquiera en este mundo, sino en tierra de muertos, en un más allá invernal hecho de barro y de bruma, en un desierto de árboles convertidos en jirones.

El comisario de la República examinó el cruce de caminos. ¿Era posible que hubiera olvidado qué dirección seguir? ¿Que llegara a perderse cuando se dirigía a Vaillac? Todo se parecía tanto... No había vuelto a utilizar aquel camino desde hacía cuatro años. El ciudadano

comisario reflexionó. Habían tomado a la derecha después del puente para pasar luego por delante de la fábrica de municiones. Por tanto ahora debían de estar a la izquierda... Miró a la izquierda, después a la derecha. Una potencia maligna jugaba quizá a confundir su espíritu... Bien. Que decidiera el demonio y que el juego se convirtiera en destino.

—A la izquierda —exclamó antes de volver a subir al coche.

Y tenía razón: era el buen camino.

La bruma se disipó a medida que el vehículo abandonaba las colinas. Pronto el comisario de la República vio desfilar los viñedos de Vaillac. Vides hasta donde alcanzaba la vista. Un ejército bien ordenado de cepas negras que se perdían en el fondo gris de su campo de batalla, ejércitos de esqueletos retorcidos, torturados, inmóviles en la contorsión del sufrimiento.

Bamboleándose en el interior acolchado de su vehículo, el comisario de la República se acordó de repente de los muertos de aquellos últimos años. Volvió a ver los sotos y pantanos de Vendée, las llanuras inmensas de Flandes el invierno anterior, el frío triste del amanecer que helaba en el campo de batalla los cadáveres de la víspera, los cuerpos colgados de los faroles en las calles del París nocturno, los restos de los condenados arrojados al Sena, los gritos, los alaridos, los estertores, los bayonetazos, los golpes de horca, las puñaladas, por todas partes el mismo olor a pólvora, a sangre, a podredumbre humana, y aquella impresión, la de ser un superviviente que camina solo a través de las viñas —la certeza violenta de no haber hecho otra cosa en el curso de aquellos años que dar vueltas entre los viñedos de Vaillac.

El comisario de la República se estremeció bajo su capa también fría. Después de correr la cortinilla se recostó y pensó en las órdenes recibidas para su misión, en las luchas de la Convención, en

los poderes de los dos comités, en lo que había sido la Revolución hasta el momento presente, en cómo evolucionaría en el curso de los próximos meses... Demasiados delitos de la monarquía no se habían juzgado nunca. Pero ahora la justicia existía. Ahora la República legislaba y las leyes eran igualmente benéficas o terribles para todo el mundo. No, el comisario de la República no sentía ningún pesar por todas las muertes de Vendée, de Flandes o de París, porque la causa era justa. La felicidad de los hombres exige sacrificios humanos.

El coche se detuvo.

Había llegado. Abrió la portezuela y se encontró el patio.

Algunos dicen que Vaillac es el palacio más hermoso de Dordoña, una joya digna de las tierras del Loira y de los artistas del Renacimiento, perdido por azar en medio de las piedras rústicas de Périgord. Un senescal de Francia, Henry de l'Eperay, lo había hecho construir en el siglo XVI. Se decía que el edificio fue concebido como una pieza de orfebrería, cada bóveda calculada según las leyes de la física y de la armonía, las piedras trabajadas con todo el arte del que era capaz la mano del hombre, con estatuas tan conmovedoras que parecían llenarse de vida si se las miraba largo tiempo. No fue eso lo que vio el comisario de la República: los muros blancos estaban sucios como si les hubiera llovido barro negro; las estatuas de los capiteles hacían muecas; todo el conjunto no era más que un espantoso montón de piedras desprovistas de alma.

Por encima de los tejados, los nubarrones grises se entreabrieron dando paso a nubes vaporosas. Un leve resplandor iluminaba el patio. El comisario de la República miró los cuervos sobre las torres, las fachadas negruzcas y en la esquina, allí abajo, la puerta oscura de la entrada.

Un estremecimiento le oprimió el pecho; un sentimiento lejano

que Charles creía enterrado bajo sus botas, pisoteado y aplastado a cada paso como se aplasta a un enemigo vencido, pero que permanecía allí, duro como un guijarro que le magullaba el pie.

Se acordó del terror brutal entrevisto la víspera en el fondo de los ojos de Antoine —«Mi hijo»—. Su terror. Que venía de allí. Que le esperaba allí, detrás de aquella puerta adornada de bajorrelieves.

El comisario de la República Eperay tragó saliva para librar la garganta del lazo que la estrangulaba y se caló el sombrero negro. Su mano enguantada comprobó la presencia de la pistola bajo el chaleco. Pero mucho más que aquel arma, los tres colores de la República lo hacían invencible. Le bastaba con mojar la pluma en el tintero para que cayera la hoja de la guillotina. Bastaba con registrar un nombre para que la guillotina zanjara. Ningún terror escondido detrás de aquella puerta negra podía sobrepasar al que él traía hoy consigo, al que volvía con él a Vaillac, al que caminaba a su lado como una esposa: el gran terror que dominaba el país, el inmenso miedo asesino.

Se detuvo delante de la entrada, alzó la aldaba cubierta de cardenillo y llamó.

Los golpes secos resonaron sobre las fachadas, se repitieron en ecos y se prolongaron mucho tiempo. Como en otra época el eco del látigo, bajo las ventanas, ante los ojos de todos.

La puerta adornada de leones se abrió.

—Señor Charles...

El comisario reconoció a uno de los criados de las caballerizas. El anciano se apartó para dejarlo pasar.

—¿Dónde está el ciudadano Eperay?

—¿El...?

—El ciudadano Eperay.

—Ah... El señor conde está en el gran salón.

—¿Qué conde? ¿Se ignora aquí la abolición de los títulos nobiliarios?

El anciano indicó el corredor con un dedo tembloroso.

—... en el salón.

El comisario de la República avanzó decidido pasillo adelante. Sus pasos resonaron sobre el mármol blanco. No se detuvo a contemplar ni las estatuas ni las armaduras. Caminó mirando al frente, acordándose de las órdenes recibidas para su misión y de las leyes de la Convención. Pero a cada paso, a cada respiración, sentía estremecerse en el fondo de su pecho aquel miedo antiguo.

A mitad del corredor se detuvo de repente, se quitó un guante, rozó el mármol. Fue como una quemadura bajo la piel. Vaillac... el palacio, tan vasto, tan laberíntico, a menudo en otro tiempo le había servido como escondite: conocía hasta el más mínimo rincón, el refugio más insignificante, la cavidad más pequeña en la que se acurrucaba, los sitios donde hubiera querido fundirse, hacerse piedra también él hasta tener una piel de mármol, desaparecer en el vientre blanco de los muros, mientras que él se enterraba como una rata, como un caracol replegado en el fondo de una concha gigantesca: Vaillac, su imposible caparazón... Charles se estremeció. De repente entrevió el sentido de la obsesión de Antoine por los caracoles. Como si su necesidad imperiosa de protegerse la piel con una cáscara hubiera engendrado en su hijo, sin que él supiera cómo, aquella fascinación por los seres que viven en una concha y que no piensan, que no sienten: ¿tienen boca?, ¿tienen ojos? Judith carecía de respuesta para aquella angustia. Sólo Charles estaba en condiciones de hacerlo, porque la pregunta no era en realidad sobre caracoles.

Necesitaba volver a verla. Judith era su mujer. Y Antoine, su hijo.

El comisario de la República volvió a ponerse el guante, atravesó toda la galería y entró en el gran salón.

La estancia estaba sumida en la penumbra de los días de tormenta. Las seis cristaleras que daban a la terraza parecían aspirar la luz y arrojarla fuera en lugar de derramarla a través de los vidrios salpicados de gotas finas. Bajo los dorados descoloridos y los cuadros ennegrecidos, sillones tapizados de sedas gastadas esperaban invitados improbables e incómodas conversaciones. Consolas barrocas sostenían jarrones vacíos. A un lado, en una gran chimenea, el fuego devoraba con hermosas llamas un tronco del tamaño de un cerdo. Sobre una mesita redonda, cubierta con un mantel, había una bandeja de plata, donde yacían los huesos mondos de algún ave, y delante estaba sentado, frente a las ventanas y al cielo gris, un hombre con un batín de color granate.

—Llegas demasiado tarde para compartir mi almuerzo —dijo sin alzar los ojos.

Su voz agria resonó por el salón. Un perro a sus pies gruñó, miró a Charles, y después volvió a dejar caer la cabeza.

—No vengo a compartir tu almuerzo.

—He sabido de tu llegada a la ciudad. Sabía que te presentarías... No has tardado mucho.

El comisario de la República se detuvo entre los sillones. El ciudadano Eperay dejó los cubiertos, se limpió la barbilla y alzó los ojos.

Charles lo encontró sumamente envejecido. Nunca se había dado cuenta de que su padre fuera una persona tan mayor. Un hombre de tez gris, rostro demacrado y manos cadavéricas. Un

anciano agotado que, sin embargo, lo miraba con ojos brillantes y aún parecía dispuesto a empuñar su bastón negro para golpear los muebles con su pomo de plata.

—¿Qué vienes a hacer en Périgord?

—Vengo a hacer que se respeten las leyes de la República.

El ciudadano Eperay destapó una licorera y se sirvió.

—Ah, sí, la República francesa... esa barbarie que han inventado unos perros incultos tomándose por romanos.

Se llevó el vaso a la boca. Le temblaba la mano y algunas gotas rojas le escurrieron por la barbilla. El comisario de la República se dirigió hacia la chimenea.

—¿Barbarie el derecho al trabajo, a la instrucción, a la insurrección contra la tiranía? ¿El sufragio universal, el matrimonio civil, la libertad de divorcio, la escuela obligatoria y gratuita, la exención de impuestos para las familias sin recursos y la abolición de la esclavitud en nuestras colonias, todo eso os parece barbarie? ¿Que hijos legítimos y naturales tengan los mismos derechos os parece obra de una república de perros? Aunque no me sorprende ver que pensáis así.

El comisario de la República contempló el fuego. Sin quererlo, acababa de tratar de vos a su interlocutor y aquella señal de respeto, reaparecida a pesar suyo en su boca, turbaba su fría confianza, como si en el fondo de sí mismo, allí donde se forman las palabras y las frases, siguiera siendo el bastardo maldito, el hijo destinado para siempre al odio.

—Lo habéis destruido todo —refunfuñó el viejo aristócrata a su espalda—. Asesinado al rey. Asesinado a la reina. Habéis hecho de este país un enorme carnaval en el que los cerdos ocupan el lugar de los magistrados y donde los curas se casan... Y tú... Tú... Sé bien lo

que vienes a hacer. Robar la plata de las iglesias. Bajar las campanas de las torres para hacer cañones. Destruir. Destruir la obra de siglos. Y cubrirme de vergüenza.

Bebió otra vez. En el líquido rojo que sorbían sus labios, las llamas arrojaban reflejos leonados. El comisario de la República lo miró con frialdad.

—Vengo a destruir lo que hombres como vos han construido y me felicito por ello.

—Dios te juzgará... Dios juzgará al Comité de Salud Pública...

El comisario permaneció un instante silencioso. A través de los vidrios fríos contempló la terraza del palacio y los árboles desnudos más allá de las balaustradas.

—A propósito de Dios, antaño había aquí un hombre de Iglesia, un eclesiástico de ropa talar.. ¿Quién era?

La respuesta tardó el tiempo que precisó la memoria del viejo conde para remontar el curso de los años.

—Era el confesor de mi difunta esposa y el preceptor de mi hijo. Del hijo que habría estado conmigo si hubiera vivido.

El comisario de la República sintió una rabia sorda temblarle en los huesos.

—¿Dónde está?

—¿Por qué?

—Responded.

Una vez más el respetuoso tratamiento.

—Lo ignoro. Después del fallecimiento de la condesa, le dije que su presencia en el palacio no me era ya necesaria. Se fue. Quizás haya muerto. ¿Qué importancia tiene?

El comisario de la República le dirigió una mirada llena de rencor.

—Claro, qué importancia... No era más que un instrumento en vuestra mano, un animal más al final de vuestro brazo, como vuestros perros.

Charles puso los puños sobre el sillón situado frente al conde.

—Sois el único culpable, señor mío. Y por ese delito os juro que seréis juzgado.

El conde palideció.

—¿De qué delito hablas?

—Os hablo del hijo al que habéis maldecido, de los castigos que recibió, del infierno en el que vivió, de la vida que se le arrebató, de todo lo que se le arrancó del alma, ¡de todo lo que le impedisteis ser y tener!

—Charles, desatinas...

—¡Lo habéis molido a palos! ¡Lo encerrasteis mucho tiempo sin luz! ¡Hicisteis que pasara hambre durante días! ¡Y lo tratasteis peor que vuestros perros a las liebres que les soltáis! Todos los días... ¡durante años!

El conde de l'Eperay se agarró a los brazos de su sillón.

—Pero eso es falso, ¡es falso! Recibiste una educación justa.

—¿Una educación justa? ¿Justa? ¡Las heridas de las que llevo aún la señal! ¡Las cicatrices de las que estoy cubierto! Y todo lo demás... todo lo que no se ve...

Se apoderó de la mesa y la volcó de golpe. Los platos rodaron, la licorera se rompió y el vino se derramó sobre las baldosas como un charco de sangre. El señor de Vaillac se alzó, pálido y tembloroso,

mientras el otro avanzaba amenazador.

—No te acerques... me das miedo... voy a llamar...

—Hicisteis que me agujerearan la lengua con un clavo. Atreveos a decir que miento.

Tragándose las palabras, abría ya la boca, tomaba la punta de la lengua entre los dedos y se la enseñaba al conde que lo miraba petrificado.

—Pero... no veo nada... Charles, ¡estabas loco de niño y sigues loco de adulto!

—¿Loco? Sí... quizá... quizá...

Dominó bruscamente su cólera y respiró hondo.

—Ciudadano Eperay, serás acusado hoy mismo de calumnias contrarrevolucionarias y de complot monárquico.

Al oír aquellas palabras el conde de l'Eperay empuñó el bastón. Sus ojos grises lanzaron destellos metálicos.

—En ese caso, ¡voy a darte una buena razón para hacer que caiga mi cabeza! ¡Sí, soy gentilhombre y he defendido la corona de Francia como mi padre y mi abuelo antes que yo! Sí, soy una persona honorable y nadie me quitará los títulos que llevo. ¡Sí, soy fiel a mi rey! ¡No tengo por qué avergonzarme de mi lealtad! ¡No tengo por qué avergonzarme de nada! Sí, estoy contra esta revolución porque es un insulto a las personas de alto rango, tu República no tiene más honor que las putas con las que te revuelcas y tus pretendidos tribunales confunden mentira y justicia. ¡Sí, creo en Dios! ¡Pero no he hecho daño a mi hijo!

Fue presa de un violento ataque de tos. Tosió al principio golpeándose el pecho, después lo hizo al borde de la asfixia en la servilleta que se manchó de sangre y siguió tosiendo bajo la mirada

impasible del comisario de la República. Aunque el anciano se hubiese derrumbado, él no se habría movido, no habría llamado, lo habría visto exhalar la última boqueada como un extraño pez fuera del agua.

Pero la tos cesó, el conde respiró y, a través de las lágrimas que le oscurecían los ojos, miró de nuevo a Charles.

—Me has decepcionado... Me has decepcionado más de lo que las palabras son capaces de expresar. Después de lo que he hecho por ti. Para que te convirtieras en un gentilhombre a imagen mía. Mi más grande decepción en este mundo después del error de mi matrimonio es haber engendrado un ser como tú... Más me hubiera valido morir el día que conocí a tu madre... porque no eres más que un perro, un miserable, una hierba venenosa... Sal de este palacio: reniego de ti. Nunca debí darte mi nombre. Sal. No eres más que un traidor, vete... Y deja que espere solo mi fin... La muerte es más clemente que tú, vete para siempre...

Cayó de nuevo en su sillón, exhausto, más cadavérico aún, a semejanza de un muerto que siguiera respirando por error.

El comisario de la República le dirigió una última mirada.

—Huid esta noche como lo hacen las ratas, porque mañana pesará sobre vos una orden de detención.

Todo estaba dicho. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. A punto ya de abandonar el gran salón oyó aún a su espalda la voz rota de su padre.

—Vete al infierno... al infierno.

No respondió y abandonó el palacio.

39. Judith ante el espejo

La noche de aquel mismo día Judith se sentó delante de la mesa que le servía de tocador y se miró en un espejito redondo que sujetaba con dos rimeros de obras antiguas. Antoine, no lejos de ella, dormía como un tronco, y toda la casa se deslizaba sin ruido hacia los sueños apacibles de los libros amontonados. Ella no. Seguía atormentada por el regreso de Charles, por su irrupción violenta de la víspera, por los gritos y por la pregunta que le devolvía su mirada en el agua inmóvil del espejo.

Es cierto, si no hubiera vuelto, Judith se habría cepillado el pelo y se habría preparado para dormir: ¿qué se le puede decir a un ausente y qué puede responder? Pero Charles estaba allí, en Sarlat; y tan sólo algunas casas los separaban; llegaría a saberlo antes o después, lo advertiría o alguien se lo diría, la ciudad era tan pequeña... Ciertamente, Judith podía decidir de una vez por todas que el hijo que llevaba en el vientre no era suyo y, si venía a pedirle explicaciones, decirle que no tenía nada que explicar... Pero quizá aquel segundo hijo se le pareciera tanto como el primero y quizá se presentase de nuevo en la librería con los mismos gritos de la noche previa. En el fondo su actitud no era tan negativa como la del día en

que se había negado a ver a Antoine. O quizá sí. ¡Había llegado a ser todo tan absurdo!

Bajando los ojos se palpó el vientre. Aquel embarazo no era normal: el niño no parecía crecer. Su vientre apenas abultaba; el pecho, tan sólo un poquito más redondo... Tuvo de pronto la sensación de llevar en el seno un ser extraño que se negaba a crecer, que se resistía a venir al mundo, y ¡qué bien lo entendía! ¿Habría querido ella nacer en medio de las guerras y de las ejecuciones, hija quizás de un muerto, o de un enloquecido, en el vientre de una madre que se sentía de pronto tan frágil? No, desde luego que no; Judith no habría querido vivir en un mundo así...

Al alzar los ojos hacia el espejo se acordó de aquel tiempo lejano en el que todo eran dulzores y frutos, cuando la alegría anidaba en su corazón y corría por los pasillos de Castelroux llena de vida y subyugada por aquel desconocido, joven y apuesto, el señor de l'Eperay.. No; aquel verano no había existido nunca. Aquel verano no era más que un sueño. Una nostalgia inexplicable. ¿Por qué demonios tenía la impresión tenaz de que Charles era verdaderamente la otra mitad de su alma, la parte que le faltaba? ¿Por qué no podía dejar de amarlo de una vez por todas?

Suspiró. Antes o después tendría que ir a verlo, tendría que hablarle y él escucharla... ¡La vida era desconsoladora! Como ir al teatro y no entender nada. Ver a los actores entrar, salir, gesticular, buscarse, rehuirse... y preguntarse cómo encajaba toda aquella agitación. ¿Cuál es el sentido de lo que estoy viendo? ¿Alguien me lo puede explicar?

No. Había que ir y ver a Charles.

Abrió la cajita en la que guardaba un poco de colorete y una pizca de carbón para oscurecerse los párpados.

Iba a maquillarse. Mientras todo el mundo dormía, Judith iba a salir. Mi madre acababa por fin de tomar una decisión. Acababa de entender lo que yo trataba de sugerirle a través de todas aquellas meditaciones deshilvanadas: que una obra de teatro no puede tener sentido hasta que cae el telón, que sólo al final sabe el espectador qué es lo que ha visto, que sólo entonces silba o aplaude. Las horas en las que la vida pierde su sentido no son más que entreactos. Señal de que aún quedan peripecias por vivir, escenas que interpretar, lágrimas y risas; los actores tendrán que volver al escenario y darse prisa, porque ya está dispuesto el decorado para el acto siguiente y las complicaciones no han terminado.

40. El fin

Judith siguió a un centinela por la penumbra de un largo corredor. El farol tembloroso que su guía llevaba en la mano arrojaba sobre los muros resplandores rojizos que le daban el aspecto palpitante de una garganta abierta. Una puerta apareció a la izquierda. La joven oyó los golpes apagados de la mano del centinela contra la madera y después el ruido sordo del tirador que giraba. Una claridad dorada cayó sobre las baldosas al abrirse la puerta. Su acompañante le dijo unas palabras que Judith oyó apenas, como si el nerviosismo le hubiera tapado de pronto los oídos. Entró.

Debió de avanzar sin darse cuenta, porque se encontró de repente en mitad de la sala —una vasta pieza de pesadas bóvedas iluminadas por candelabros—, mirándolo. Charles estaba sentado detrás de un gran escritorio repleto de velas, dedicado a escribir. La mano que corría sobre el papel acababa de detenerse. No quitó sin embargo los ojos del extremo de la pluma, como un hombre absolutamente concentrado. Judith contempló su rostro inclinado, sus cabellos oscuros sueltos sobre los hombros, el pecho que se alzaba por el impulso de una respiración regular.

No supo cómo saludarlo. No supo quién era la persona que

tenía delante, aquel hombre al que conocía mejor que nadie y del que no obstante tenía la impresión de ignorarlo todo, de quien no sabía qué esperar. Escudriñó sus manos y su rostro, tratando de resolver sola el interrogante crucial que la traía hasta él, de advertir algún estremecimiento en el vientre a modo de respuesta, esperando absurdamente que la sangre del hijo en el fondo de sus entrañas reconociera la sangre del padre sentado detrás de aquel escritorio, quizá, si es que era suyo...

Inmóvil, Charles no había alzado aún los ojos hacia ella.

—Si vienes a apuñalarme, hazlo pronto —dijo con frialdad.

Judith vaciló, pensando que quizá ciertas palabras son en efecto puñales y que el consejo no dejaba de ser pertinente: darse prisa, decírselo rápido, marcharse después a toda velocidad, como una asesina asustada, y esperar mucho tiempo a que su perturbación se calmara en su cuarto de la librería, rodeada de volúmenes.

—Dada la manera en que me han registrado, también tus esbirros parecían tomarme por Charlotte Corday. ¿Te crees tan importante como para reemplazar a Marat?

—Me conoces mal: era un tipo de hombre que yo detestaba.

—También tú sabes hacerte odiar.

—No lo dudo.

Tuvo como un estremecimiento en el hombro y extendió el brazo hacia el tintero.

—¿A qué debo el inmenso placer de esta visita, ciudadana Marbourg?

Su voz era grave, la ironía punzante.

—Al inmenso placer de tu visita de ayer por la noche,

ciudadano comisario —respondió ella en el mismo tono.

—En ese caso podría dispensarte el mismo recibimiento. Y estaríamos en paz.

Judith observó los papeles extendidos delante de Charles, la botella de licor oscuro y el vaso vacío, los dos candelabros que ardían, goteando cera, a ambos lados del gran escritorio.

—Mírame, Charles. He venido a hablar contigo.

—Ayer no parecías tener muchas ganas —replicó él, sin mirarla.

—Hay cosas que no se proclaman delante de todo el mundo.

—Sí, los complots y las conjuras son de ese tipo...

—¿Que hable con el padre de mi hijo es un complot contra la República?

La mano de Charles dejó de escribir.

—¿No deberías buscarlo en un cementerio?

Judith guardó silencio. Le fue imposible no ver de nuevo los ojos azules de Philippe en aquella tela manchada de sangre y la tumba, tan honda, del Cimetière des Enfants Trouvés.

—Sí, quizá... No. Sabes bien que no. Sabes bien que la sangre es lo que resulta más doloroso negar —murmuró con voz ronca—. Olvidemos nuestros resentimientos, te lo ruego, o terminaremos por decirnos cosas que no queremos oír.

—¿Y qué es lo que quieres oír, Judith? ¿Quieres que te diga que desde aquí siento tu perfume y que cada vez que respiro tengo la impresión de que me entras toda entera bajo la piel? ¿Quieres que te diga cómo sueño contigo con los ojos abiertos cuando no duermo? Estás muy hermosa esta noche. Eres como una llama.

Los destellos de las velas brillaron en sus pupilas negras, porque había alzado los ojos. La expresión de su rostro había cambiado de repente.

—Discúlpame: estás ahí, has venido y no te acojo... soy imperdonable.

Se levantó y su sombra, tras él, se desplegó gigantesca contra el muro, multiplicada por las velas, como un ramillete de almas entrelazadas que su cuerpo albergaba. Judith se estremeció y se ajustó el chal sobre los hombros. Charles dio la vuelta alrededor del escritorio y avanzó hacia ella que tuvo el impulso instintivo de retroceder. Se colocó delante de ella sin decir nada, devorándole con los ojos los hombros, el cuello, los mechones de cabellos alrededor de los oídos. La observaba con una atención extraña. Olía a alcohol. Su frente estaba salpicada de minúsculas gotas de sudor. Judith extendió una mano para colocarla suavemente sobre su sien. Charles ardía.

—Tienes fiebre... Estás enfermo...

—No... Sólo es que no consigo dormir, me asaltan demasiadas pesadillas antiguas... Judith, tengo ganas de besarte —afirmó de pronto—. Déjame besarte, necesito tus labios, tus brazos, sentir tu piel... Soy como un caracol que tuvieras en la mano.

Ella no se movió.

—Estás enfermo —repitió.

—Cuídame... Bésame, sólo un pequeño beso de tus labios...

Judith le puso una mano sobre el pecho para mantenerlo a distancia.

—Ahora no. Tengo cosas que decirte. Si no estás en condiciones de escucharme, prefiero irme.

Charles entornó los ojos con aire desconfiado, se alejó un paso con brusquedad hacia un lado y se frotó la frente.

—Bien... debe de tratarse de un asunto importante. De ordinario no hay que insistir mucho para llevarte a la cama.

—De ordinario, quizá, pero hoy, no. Ayer te presentaste proclamándote marido mío y padre de mi hijo: por supuesto que se trata de un asunto importante.

Charles alzó la cabeza y miró la pared.

—Saint-Just ha declarado delante de la Convención que la paternidad es lo que fundamenta la unión de dos seres y que el verdadero matrimonio es el consentimiento íntimo intercambiado entre dos personas. En virtud de esos principios, Judith, *soy* el padre de Antoine y *soy* tu marido.

Ella estuvo a punto de echarse a reír, desmayarse o explotar de rabia.

—¡Ah! ¡Muchas gracias a Saint-Just! ¡Es una suerte que el Comité de Salud Pública vele por mi felicidad!

Irritada, se volvió, gruñendo como un gato acariciado a contrapelo. Su mirada cayó sobre un grabado de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: la del verano del ochenta y nueve, votada por Philippe en otro tiempo. Se acordó también de la Declaración de los Derechos de la Mujer que Olympe de Gouges había lanzado a la cara de aquellos señores de la Asamblea. Olympe. Guillotinada. Como Philippe.

—No he cenado aún —dijo la voz de Charles a su espalda—. Cena conmigo esta noche y hablaremos. No me queda por escribir más que una orden. Siéntate. En cuanto haya terminado estaré a tu disposición... Te escucharé, te lo prometo. Sólo tengo que redactar una orden, después todo irá mejor...

En el fondo no era una mala idea: no había comido más que una sopa de champiñones con cortezas de pan duro y sabía que el hambre regresaría antes del amanecer. Quizá no comer lo suficiente fuese la razón de que el hijo que llevaba en el vientre no creciera. Los alimentos que Charles le ofrecía eran un buen regalo. Y además, podrían hablar.

—De acuerdo.

Él se instaló de nuevo detrás del gran escritorio adornado de candelabros, se colocó delante una hoja en blanco y retomó la pluma abandonada sobre la mesa.

—Siéntate, no tardaré mucho.

Dócil, Judith se dirigió hacia el sillón, pero de pronto cambió de opinión. No, no se iba a sentar. No le diría nada. Iba a mostrárselo o, más bien, Charles iba a verlo. Hacía falta que viera, que fuera capaz de mirarla bien, todo el tiempo necesario, con la atención suficiente para darse cuenta del cambio, que adivinase al hijo en ella, que lo supiera sin tener que decírselo, que pudiera mirarle el vientre y comprender que algo más había pasado en esos cuatro meses, además de la guerra de Vendée, de la instauración del Terror y del caos lluvioso en el que se hundía el país. En ese caso el niño sería hijo suyo. Sería el padre y sería su marido aquella noche y hasta el fin de los tiempos... Pero si no lo veía, entonces no le diría nada. Le hablaría de algo sin importancia y seguiría siendo la viuda de Philippe de Marbourg. Sus hijos seguirían siendo los huérfanos de un diputado asesinado y no habría otra verdad para ella hasta el fin de los tiempos. Sería su ordalía, su juicio supremo, su manera de resolver todas las incertidumbres, de cortar definitivamente.

—Siéntate —repitió Charles.

—Prefiero seguir de pie.

Se quitó el chal y lo dejó en el sillón. Después se quedó delante de la mesa, bien visible. Charles mojó la pluma en el tintero y se puso a reflexionar, los ojos bajos, mientras la gota de tinta esperaba, negra y redonda, al final de la punta de acero.

Judith esperaba también, no tenía prisa. Para fingir desenvoltura dio unos pasos por la sala y contempló los estandartes tricolores que colgaban de las paredes, después las alegorías situadas sobre la chimenea y de las que adivinaba el título a pesar de la penumbra: la patria liberada, la igualdad que une al pueblo, el amor fraternal entre los hombres... ¡Sólo cosas bien hermosas! Sobre una estantería Judith descubrió, esculpida, una Bastilla en miniatura. El año ochenta y nueve, mientras los parisienses derribaban la vieja prisión, un empresario había tenido la idea de recuperar las piedras para tallar aquellos pequeños recuerdos. Y los había vendido por todo el país. ¡Conmemoración del día glorioso en el que cayó la tiranía! Se apoderó de la escultura y se preguntó en qué pensaría Charles cuando mirase aquella fortaleza minúscula.

Se volvió de repente. Él no había empezado aún a escribir y parecía petrificado, la pluma en la mano.

—Charles, mírame.

Alzó los ojos.

—Ya lo hago.

—No, mírame mejor.

—Nadie te puede mirar mejor que yo.

—¿Cómo me encuentras?

—Te lo he dicho hace un momento: te encuentro muy hermosa.

—¿No tienes idea de por qué estoy aquí?

Se le había acercado hasta colocarse al borde del escritorio. Charles contempló los pliegues de su vestido como si la viese desnuda, caderas, vientre, pechos, cuerpo entero todo para él.

—Quédate conmigo esta noche —murmuró con ojos ardientes.

Judith dejó la escultura sobre la mesa refunfuñando.

—¡No te hablo de eso! ¡Qué obsesión!

Se alejó, irritada.

—Me desconciertas —dijo Charles.

No; era ella la desconcertada, la descorazonada, la estúpida. Nunca se daría cuenta de su estado. Tenía más posibilidades de conseguir que un ciego se riera a fuerza de muecas.

—No es grave —suspiró—. Hablaremos dentro de un momento...

—Me desconciertas de verdad.

Judith se inmovilizó y las palabras le estallaron en la boca.

—François ha muerto. Mi primo. En la batalla de Cholet.

—Lo siento mucho. Era una persona con buenas cualidades.

—No creo que lo sientas de verdad.

—No estuve en Cholet, Judith: no maté a tu primo.

—No, quizá no con tus manos... Pero preparaste la trampa que hizo caer Vendée.

—Era necesario.

—¿Y cómo te enteraste de mi orden de detención?

—Te lo he dicho: estaba en París, en el Tribunal Revolucionario, y la vi.

—¿Y no estabas allí para ver la de Philippe?

—No... No pareces creerme.

—Me pregunto si hubieras impedido su muerte de haberlo sabido a tiempo.

—Oyéndote se creería que fui yo quien ordenó su ejecución.

Judith tembló. ¡Dios mío, quizás lo había hecho!

—¿Lo hubieras impedido? Dímelo.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Respóndeme: ¿lo habrías salvado si hubieses podido?

—No, ¡probablemente no! ¡Porque los girondinos habrían capitulado ante las monarquías extranjeras! ¡Porque la República no debe hacer concesiones! Porque hay que eliminar a todos los contrarrevolucionarios y ganar la guerra.

—¡No te hablo de política!

Dejó la pluma, extendió las manos sobre el escritorio y miró fijamente la hoja que tenía delante, la frase que acababa de escribir.

—¿Quieres saber si he dejado morir a tu marido? No. ¿Quieres saber si me alegré de su muerte? ¡Sí! ¡Sí, Judith, me alegré! Es lo que pensé en la boda de Jean el Cojo: qué felicidad que Marbourg haya muerto, bendito sea Fouquier. Es lo que pensaba todo el tiempo en Vendée, es lo que pensaba hasta ayer por la noche.

Tomó la pluma y la mojó de nuevo en el tintero. Le temblaba la mano.

—¿Y ahora?

Judith esperó.

—¿Ahora, Charles?

—¿Ahora? No sé siquiera si conservo aún la facultad de razonar... No consigo que mis ideas tengan la menor coherencia... He de terminar esta orden: escribirla, firmarla y mandarla al diablo... Después podré hablar contigo, hablaremos... hablaremos tú y yo... Quiero acabar, de una vez por todas...

Judith lo miraba sin entender lo que mascullaba. Tenía la cara enrojecida y los ojos brillantes. Buscó el chal y se cubrió los hombros porque un frío intenso se le estaba metiendo debajo de la piel y le hacía tiritar. Charles no veía nada. Estaba loco. Loco de atar y peligroso. Era el fin, la ordalía se había producido. Tendría que haber escapado a Inglaterra con Philippe hacía un año, antes de que procesaran al rey. No podía esperar nada de Eperay, el comisario de la República.

—Adiós, Charles —le lanzó—. Era eso lo que había venido a decirte, no merece la pena esperar más. Es mucho lo que ha habido entre nosotros pero ya no queda nada. Adiós.

Se dirigía hacia la puerta cuando oyó el ruido de la silla que Charles derribaba, el ruido de sus pasos, y supo que era demasiado tarde antes de sentir sus manos en la cintura, las manos que la agarraban, que la sujetaban, que la retenían.

—Pero ¿qué dices? ¡No me puedes hacer eso! Has prometido cenar conmigo, que hablaríamos tú y yo...

—¡Suéltame!

La estrechó contra sí. Trató de rechazarlo, pero sus brazos tenían la dureza del granito. La apretaba hasta ahogarla. Sus manos le recorrían la espalda en caricias frenéticas y le cubría el rostro de besos.

—Te necesito... Eres la única luz de mi alma. Sin ti mi vida no

es más que un infierno interminable.

— ¡Te digo que me sueltas!

Judith cerró los ojos. Sus párpados no pudieron retener unas lágrimas ardientes. Charles se acercó a beberlas, le lamió las mejillas, volvió a besarla.

— Necesito tus besos, estrecharte entre mis brazos... Judith, te lo ruego, libérame de mí mismo, asesíname, córtame la cabeza... bésame, te lo ruego — gimió en su cuello.

— Estás loco, completamente loco... ¡Dios mío, loco de atar!

La agarró bruscamente por el cuello.

— Te podría romper la nuca y pegarme un tiro después...

Los dedos le temblaban, pero tenían la fuerza suficiente para descoyuntarle las vértebras del cuello. La estrechó de pronto con fuerza y la alzó en brazos. Judith le clavó las uñas en los hombros para rechazarlo, se retorció contra él y gimió en vano. La sala giró deprisa a su alrededor. La empujó hacia atrás. Espalda y cabeza chocaron con la madera del escritorio. Ella gritó, con náuseas en el estómago y lágrimas en los ojos. Le alzó la falda y se desabrochó el cinturón a toda prisa. Cayó sobre ella con todo su cuerpo febril, pesado como una piedra, sudoroso y tiritando, se lanzó sobre su boca, se apoderó de sus labios, los devoró, deslizó su lengua en el interior como una ola, y la penetró con un estremecimiento.

De todo lo que mi padre y mi madre habían vivido juntos, y de todo lo que aún les quedaba por vivir, fue aquél el momento más sombrío, más espantoso, el que tratarían durante mucho tiempo de borrar después, como la roja cicatriz de una quemadura,

preguntándose cómo podían haber llegado hasta allí, cómo Charles había podido desbarrar hasta tal punto, enloquecer tanto, ciego y violento como un toro con los ojos quemados por las llamas.

Yo me hice una bola y el mundo se convirtió en piedra a mi alrededor. Mi madre gritó de dolor y mi padre estaba allí. Yo sentía los asaltos de su furor y oía gemir a mi madre diciéndole que se detuviera, que se calmara, pero yo sabía que sólo cuando llegase al final se detendría: que no cosecharía por añadidura el más mínimo disfrute de su rabia. Yo tenía miedo aunque no sentía rencor, como tampoco le reprochaba a mi madre haber ido a verlo aquella noche, porque desde el fondo de mi minúsculo océano, sabía bien lo que iba a suceder durante aquella noche: sabía de las heridas que sangraban en el alma de mi padre a raíz de su visita a Vaillac, sabía que la orden de detención que estaba escribiendo llevaba el nombre del ciudadano Eperay, y sabía qué ecos insoportables de dolor antiguo resonaban en él, que sufría como un niño, que sentía desgarrarse su alma y que necesitaba a mi madre, que ella le tenía, sí, como un caracol en la mano, que sólo ella podía curarlo de su locura, incluso aunque el sacrificio fuese violento; sabía, en resumen, que la amaba con un amor furioso y que también ella lo amaba, perdidamente... Pero hay instantes en los que todo pierde su sentido, en los que los sentimientos se transmutan sin lógica, en los que los actos empujan hacia el encarnizamiento, y lo que él hizo no tiene nombre.

Judith se agarró a él gritando, después sintió el dolor en el vientre, la bola endurecida en torno al niño que llevaba, y lloró, aulló, luchó: ¡iba a hacerle perder el bebé, hacerle sangrar, matarla! Incapaz de rechazar a Charles, agitó los brazos a su alrededor sobre la mesa y buscó a tientas el auxilio de cualquier objeto que se pusiera a su

alcance. Su mano ciega volcó el vaso que rodó hasta el borde y se estrelló contra el suelo con un ruido agudo de cristales rotos, después derribó la licorera que se vació, rozó el extremo de la pluma de oca y derramó el tintero.

La tinta negra, mezclada con el licor, corrió por la mesa donde luchaban los dos cuerpos: fue como una marea oscura, un manto de tinieblas que se tragó las hojas desperdigadas y se extendió en torno a la cabeza de Judith. Sus cabellos rojos, sueltos a su alrededor, se mojaron como pinceles y se fueron volviendo negros, muy negros, tan negros como los de Charles...

De repente tocó algo duro con la punta de los dedos. Un trozo de piedra. Las torres macizas de la Bastilla. Se apoderó de la escultura conmemorativa y golpeó a Charles en el rostro. Le alcanzó en plena mandíbula y oyó el crujido sordo del golpe que recibió. Charles soltó bruscamente su presa.

Judith entonces se liberó de sus brazos, se deslizó hasta el pie del escritorio y escapó, con el vientre convertido en piedra entre las manos. Corrió hacia la puerta, corrió por el corredor sombrío, corrió, titubeó, cayó, se alzó y volvió a correr, bajó escaleras invisibles, tropezó con una puerta maciza, descorrió un enorme cerrojo y salió a la noche.

Corrió al azar, el cuerpo ardiente, las mejillas heladas, la visión borrosa por la lluvia sucia que le golpeaba las pestañas. ¿Dónde estaba? Carecía de linterna. Se sentía mal. Cada vez peor. La lluvia golpeaba los tejados y el dolor le destrozaba los costados como una segunda tormenta en su interior.

La librería no debía de estar lejos. Avanzó a pasos cortos sujetándose el vientre, sin aliento, por un dédalo de calles oscuras. Al torcer la esquina de una calle sombría, tropezó de repente y recibió en el rostro la dura bofetada de los adoquines húmedos. El choque se

le transmitió hasta el fondo de los huesos, como un temblor de tierra. Gritó. Sintió que el vientre se le desgarraba entero: era como si fuese a dar a luz, pero no podía en aquel momento, era el fin, ¡el fin! ¡Iba a perder al niño!

Se hizo una bola sobre los adoquines enfangados, llorosa, dolorida, masa de sangre arrastrándose en la oscuridad, golpeada por la lluvia, tiritando de frío, maltratada, maltrecha, una niña perdida en el bosque de la que nadie se había ocupado. Iba a hendirse, a vaciarse, mañana la encontrarían muerta, empapada en su sangre y en la de su pequeño, nunca volvería a ver el mundo desde arriba, no volvería a besar a su querido lobito, que alguien se ocupe de él, que Charles no lo mate, por piedad... Ella iba a morir, no podía respirar, jadeaba, entraba en la agonía; y sin embargo oía un grito que resonaba, junto a su corazón, como un tambor lejano: ¡vivir! ¡Vivir! ¡VIVIR!

He gritado con tanta fuerza en mi océano sin luz que quizá mi grito ha resonado hasta en el otro mundo, donde la noche hiela los huesos, donde la lluvia azota las calles, donde quizá él me haya oído —y con tanta fuerza golpea la madera húmeda de la puerta que Gaétan Lepailler baja la escalera con una palmatoria en la mano, el gorro de lana sobre los cabellos aplastados y la casaca agujereada sobre el camisón, refunfuñando.

—Voy, voy... El diablo se lleve a quienes interrumpen el sueño —gruñe, mientras redoblan los golpes contra la puerta.

—¡Abrid! ¡En nombre de la República!

Gaétan Lepailler retrocede desconfiado: ¿por qué demonios quiere la República entrar en su casa a semejante hora? Cuando echa pestes contra Robespierre siempre tiene buen cuidado de hacerlo en el secreto de su cabeza, y a solas, no sea que algún tunante adivine sus pensamientos...

—¡Abrid, ciudadano Lepailler!

No sin aprensión, el librero se resigna y descorre el cerrojo que salta bajo los golpes, gira el tirador mientras adopta una expresión de

patriota inocente, abre la puerta y ve de pronto ante sí a un hombre empapado por la lluvia, de ojos enloquecidos y labios manchados de sangre, que lleva en brazos un cuerpo inerte hecho todo él de barro, como una estatua de arcilla arrancada de su costado.

—Señor Dios...

El otro entra en tromba en la librería. A la luz imprecisa de la vela, Gaétan Lepailler reconoce los cabellos rojos de su querida Judith en brazos del comisario de la República Eperay.

—¡Jesús bendito! ¿Qué ha sucedido?

La silueta inmensa atraviesa a grandes pasos la oscuridad de la librería y se arrodilla delante de la chimenea donde las brasas agonizantes desprenden todavía una claridad rojiza y un resto de calor.

—Había... había venido a hablarme de un asunto... pero se ha marchado... La he seguido y... la he encontrado así en una esquina...

Su voz tiembla y se quiebra. Se asfixia como si hubiera corrido mucho, con la emoción violenta de un hombre que huye de los demonios y de las pesadillas. Ha puesto una rodilla en tierra y mantiene a Judith contra sí. Judith no está inerte, no: tiritita y gime mientras sacude la cabeza.

—Judith... mírame... háblame...

Pero los ojos extraviados de la joven parecen no ver nada y se diría que no es ya capaz de articular ni una sílaba. Hace muecas, se agarra a los brazos que la sostienen, aprieta los dedos y hunde las uñas hasta desgarrar casi la tela mojada. Charles limpia con el revés de su manga la mejilla, la frente, las sienes también cubiertas de barro. Sus labios balbucean palabras que Gaétan Lepailler no entiende. El librero contempla asustado a estos dos seres de manos y rostros cubiertos de manchas negras sobre las que ha caído la lluvia.

Judith jadeante de dolor y el otro como un halcón despavorido, como un animal angustiado. Sin tratar de comprender más allá de lo poco que la vida deja con frecuencia entrever, se acerca decidido, pero se inclina hacia Charles con la prudencia instintiva que inspiran los perros desconocidos.

—Ciudadano comisario...

El otro estrecha a la joven contra su cuerpo. Un perro de esos con los que cuesta trabajo conseguir que suelten la presa, piensa Gaétan. Intercambia una mirada cómplice con Mariam que acaba de aparecer en el fondo de la sala y posa despacio sus manos sobre las manos nerviosas del comisario, que están heladas.

—Dejadla, ciudadano comisario... Id a buscar a la ciudadana Salerac a la posada de la Vieille Ânesse. Preguntadle a Blanche... Daos prisa.

Charles accede y suelta a Judith muy lentamente a medida que Mariam la toma en sus brazos. Se alza y retrocede algunos pasos; atontado mira a Judith, a la mujer negra que la acuna, al librero que trae una manta y alza los ojos al cielo invocando a extraños panteones exóticos... La posada de la Vieille Ânesse. La ciudadana Salerac. Abre la puerta y echa a correr.

Muchos años más tarde mi padre se acordará de aquella noche lluviosa con la impresión de que todo pasó como en pleno día, en la viva claridad del sol de mediodía, bajo una luz deslumbrante — cuando en realidad la lluvia fría de brumario le corre por el rostro y no reconoce ya ni los sitios ni las gules de piedra de las casas que lo rodean, no ve nada y está perdido, también él, como Judith muy poco antes—, porque algo más incandescente que la locura, la rabia o el

dolor le guía en las tinieblas de Sarlat, y es una luz que no olvidará nunca.

Charles corre, ciego y loco, sin saber adónde conduce la calle por la que avanza. Se escurre sobre los adoquines y está a punto de caer. Se roza las manos en las esquinas de las casas y siente sobre los hombros el tejido pegajoso de su camisa. El frío de la noche le hiela la nariz. La lluvia le cae sobre la frente. Pero un fuego arde bajo sus costados, le calienta las manos, sale de su boca y le envuelve el rostro. Oye el estruendo de las gotas, el ruido de las botas al pisar los charcos, el eco de su corazón en los oídos. Corre sin ver nada y se arroja con fuerza contra una puerta iluminada, sobre la que está colocada la enseña de un asno que ríe.

Entra en la vaharada amarillenta de una caverna llena de humo, se abre paso a través del guirigay y los efluvios del vino, pregunta por la ciudadana Salerac a la camarera que lo mira como a un demonio surgido del infierno, recorre un pasillo, sube una escalera, empuja una puerta y ve sobresaltarse a una mujer de cabellos cenicientos que vela junto a dos niñitos dormidos. Le dice que le siga de inmediato y sin duda con voz imperiosa, porque Anne de Salerac se levanta con gran prisa y se abriga con una esclavina. Salen a las calles oscuras. Charles empuña un farol que le ha entregado la camarera. La lluvia arroja ante él estrellas fugaces.

Maese Lepailler los aguarda en el umbral de la librería: han subido a Judith a su habitación. Charles sigue a los otros por una irregular escalera de caracol. La ciudadana Salerac franquea una puerta abierta. Charles se detiene. No se atreve a entrar en el cuarto de Judith y sólo entrevé de lejos, sobre el umbral, el reflejo de la ventana, la luz de la lámpara y la joven tumbada sobre una cama.

—Creo que va a perder el niño —dice Mariam.

—El hijo de un muerto... se puede permitir perderlo —

responde Anne, volviéndose.

La puerta se cierra y Charles queda solo en la oscuridad del pasillo.

La verdad se le clava entre los pulmones y lo hiere como un puñal. Retrocede con la impresión de que es el cuarto de Judith el que retrocede ante él, la frágil claridad debajo de la puerta la que se aleja de él, y el pasillo el que se mueve a su alrededor y se abre como las mandíbulas de una serpiente para tragárselo. Retrocede ante el horror de entenderlo todo y el horror de lo que es él —un monstruo que no merece vivir, un corazón que no merece latir, un alma condenada que no merece redención, una bestia asesina, maldita, maldita— y seguirá retrocediendo hasta meterse en las piedras para morir ahogado, como habría debido morir mil veces en Vaillac en otro tiempo, pero su espalda se tropieza con un relieve extraño.

Al colocar las palmas de las manos sobre el muro se estremece, porque no está hecho de piedras frías sino de pieles cortadas, ajustadas, con nervaduras, cosidas, plegadas, perforadas y doradas con oro fino, pieles de animales sacrificados, ajusticiados, martirizados, corderos, cabritos, onagros, pieles de asnos y pieles de zapa, pieles torturadas, todas semejantes a la suya y todas con una historia, un saber o, al menos, un intento de los seres humanos de superar la crueldad de vivir.

Charles aplasta la espalda contra los lomos de los libros y respira. Judith. Los pulmones se le llenan de aire como si respirase por vez primera. Judith. El nudo en la garganta, la boca seca, el labio herido le hacen daño. Judith, Judith. Mira el sutil rayo de luz que se filtra por debajo de la puerta y contempla, deslumbrado, la inmensidad de su amor.

Una luz viene a su encuentro desde el fondo del pasillo. Gaétan Lepailler le presenta dos copitas.

—Espero que esta invitación no se tome por un intento de sobornar a un funcionario.

El librero enciende las velas de un candelabro colocado sobre la mesa y se arrodilla delante del hogar de la chimenea empuñando un atizador.

—¡Ah! Condenada chimenea...

De pie, en medio de la sala, Charles lo ve desaparecer por una puerta y regresar con un tronco hendido en los brazos que procede a echar al fuego. Después vuelve hacia la mesa sacudiéndose las manos, destapa una botella envuelta en paja trenzada y llena las dos copas. Charles le mira hacer.

—Sentaos, ciudadano comisario. No os vais a quedar ahí quieto como un escolar sin pupitre... Mi mejor aguardiente de ciruela, ya me diréis qué os parece.

Charles se sienta delante de la mesa y da las gracias al ciudadano librero por la copa que le tiende.

—A la salud de quienes lo necesiten —dice el librero con voz monótona.

Charles asiente con un movimiento de cabeza. Beben ambos y Gaétan Lepailler chasquea la lengua mientras deja la copa. También Charles deja la suya vacía sobre la mesa. Los dos miran el fuego que renace al fondo del hogar, que se ondula como una vela sobre su cuna de brasas, y las llamas incipientes que se agarran a la madera seca.

—Triste otoño —comenta Gaétan.

—Está... está embarazada... ¿no es así?

—¿No había ido a hablaros de eso?

Charles se frota los ojos. Una saliva agria le llena la boca al tiempo que se le hace un nudo en la garganta. Ante la ausencia de respuesta, Gaétan Lepailler considera oportuno servirle de nuevo. Charles se bebe la copa de un trago: el alcohol le baja por la garganta como una llama líquida y le quema el estómago, consumiendo angustia y amargura. Un estremecimiento lo agita todo entero. El librero se levanta, desaparece de nuevo, lo abandona a la soledad de las estanterías silenciosas y del fuego que crepita, y regresa con una manta parda.

—Abrigaos, ciudadano comisario, o moriréis de frío... ¿Queréis quitaros las botas y poner os unas medias de lana que tengo por ahí?

Charles mueve la cabeza. La amargura vuelve ya, más fuerte, más intensa, como el veneno de una serpiente enroscada en su vientre.

—No, gracias, no me voy a que... quedar...

—Nadie os echa.

El librero extiende la manta y la coloca sobre los hombros de su huésped. El calor es tan repentino, tan sorprendente, que Charles está a punto de levantarse de un salto y precipitarse hacia la puerta, la noche, el frío. No recuerda que nadie se haya molestado nunca en calentarlos, ni en interesarse por sus pies helados. Traga la saliva envenenada.

—Deberíais echarme a la calle... La culpa es mía. Soy un monstruo.

—No me descubris nada, ciudadano comisario: que el vuestro es un origen diabólico se dice desde siempre —responde el librero

sentándose a su lado—. Y a mí no me tenéis que contar las leyendas de la comarca... Pero voy a deciros una cosa. No, dos. La primera, que no me interesa saber por qué estáis ambos en este estado. La historia es vuestra y yo ya tengo por mi cuenta mucha imaginación. Y la segunda, y ésta me concierne puesto que estáis en mi casa y a Judith la considero un poco hija mía, que no creo que fuera una ayuda para nadie que os echara a la calle. Ella lo hizo ayer y luego fue a buscaros, de lo que saco conclusiones fáciles... Finalmente, una tercera... que vos y yo tenemos mucho en común, ciudadano Martineau.

Charles alza la cabeza al reconocer el apellido con el que creció, el apellido del bodeguero, antes del apellido del conde. Gaétan Lepailler lo mira sin añadir nada durante largo tiempo, hasta que algo así como una sonrisa se le dibuja en la cara.

—Pensar que tengo delante de mí al que llamaban hijo del diablo... ¿Sabéis que un intendente se ahorcó al regresar de Vaillac y que se dijo que había sido a causa de vos?

—Esas supersticiones son odiosas y crueles y debido a ello, a tanto oscurantismo inhumano, debe cambiarse el mundo. Cueste lo que cueste.

Ha hablado con tono desabrido, con la rabia sorda de las heridas demasiado tiempo soportadas. El librero sacude la cabeza.

—No lo dudo. Ya os he dicho que tenemos mucho en común... Pero hay muchas maneras de cambiar el mundo, ciudadano comisario. Podríais pensar, por ejemplo, que tenéis un destino poco común. Una suerte, quizá. Después de todo, contar con Lucifer en la propia genealogía puede ser una riqueza si se piensa bien. Quizá hayáis pagado el precio de un don cuya importancia no apreciáis todavía... Y además... Esperad, me apetece mostraros algo.

Intrigado, Charles lo ve ponerse en pie una vez más, hundirse

en la oscuridad de las estanterías hasta casi desaparecer, revolver algo; después oye un ruido metálico, un breve chirrido de madera y lo ve regresar hacia él, esta vez con una carpeta de cuero rojo de la que se desborda un fárrago de hojas.

—Cada uno se enfrenta a su manera con las tinieblas, ciudadano comisario. Tened.

Con solemnidad de sacerdote, el librero deja la carpeta sobre la mesa, desata el cordón que la cierra y hace que se deslice hasta colocarla delante de Charles que frunce el ceño.

—¿Qué es esto?

—¡Ah, esto! Algunos pagarían mucho por tener lo que vos tenéis entre las manos... Sobre todo, ni una palabra al ciudadano Salerac.

Charles pone las manos sobre la carpeta y a continuación interroga de nuevo a su anfitrión con la mirada, como para estar seguro de que debe abrirla. Los ojos brillantes, el librero le anima con un gesto. Charles alza entonces la cubierta de cuero rojo y acerca el candelabro para ver mejor.

—*Mi vida: proezas y desventuras de un librero del Sarladés* —lee en voz alta.

—Por vuestro servidor... Son mis memorias —explica Gaétan Lepailler. Después respira hondo, como si fuera a confesar algo que se ha prometido no revelar nunca—. Pienso que sois la persona más capacitada para entenderlas.

Charles duda, desorientado, y no sabe bien qué es lo que debe hacer. Pasa delicadamente la primera página, como si se tratara de un manuscrito antiguo que sus manos brutales podrían hacer trizas, y descubre una escritura fina de trazos arqueados. Primera parte. Capítulo primero. Mi infancia.

Érase una vez, en la isla Borbón, un pescador de pulpos que, al día siguiente de una tormenta, encontró en la playa el mascarón de proa de un galeón probablemente naufragado en los arrecifes que bordean las aguas color azul intenso de la costa. El pescador cayó de rodillas ante el dios melencólico que se alzaba sobre la arena y le amonestaba con una mirada furiosa. Su tridente, resquebrajado por las olas, adornado con guirnaldas de algas, parecía señalar, como si lo hiciera adrede, un objeto caído a pocos pasos. Asustado pero curioso, el hombre se acercó. Sobre una tabla carcomida, descubrió un niño de pecho... Y fue así, por el completo azar de un naufragio y por los caprichos que rigen la pesca del pulpo, como yo, Gaétan Lepailler, librero de Sarlat, aparecí una hermosa mañana en el mundo enigmático de los hombres.

Charles hojea el manuscrito: mofletudo y jovial, Gaétan crece en la isla de Borbón, donde se alimenta de bananas y de cocos... Una veintena de páginas más adelante, convertido en adolescente en Córdoba, durante el reinado del gran califa Abderramán, aprende la filosofía de los griegos, la alquimia de los árabes y la cábala de los judíos... En el capítulo quinto, en París, el joven librero, de dieciocho años, está a punto de frustrar el atentado contra el almirante de Coligny y casi podría evitar la matanza de la noche de San Bartolomé, si no se encontrase encerrado en un palomar a causa de las intrigas de un malvado vinatero... Charles cierra la carpeta y contempla al librero estupefacto.

—Mi vida —declara éste, adelantándose a cualquier crítica—.

La que he elegido tener. Y os aseguro que no es ni más verdadera ni más falsa que cualquier otra. El destino es maleable, ciudadano comisario.

Charles querría protestar diciendo que las invenciones grotescas no cambian la suerte de un hombre, pero se calla. Cada uno afronta las tinieblas a su manera. ¿Cuál puede haber sido la vida de un librero que se inventa un nacimiento lejano, una infancia medieval y una juventud aventurera e improbable? Escudriña los rasgos de Gaétan Lepailler sin hallar respuesta. Se siente embotado, sus pensamientos se descarrían lentamente. Tal vez se trate del alcohol que ha consumido y del calor... Después de todo, quizá las memorias de Gaétan Lepailler transformen el mundo mejor que todas las órdenes de confiscación que él firma con su mano de funcionario, que todas las guerras que ha combatido, que toda la sangre que ha hecho correr... Judith... Judith...

A la deriva en sus pensamientos, Charles alcanza sin darse cuenta esos abismos profundos en los que ya no se piensa.

Cuando vuelve a ser él y regresa a la librería, mira las brasas de la chimenea. Las llamas han comenzado a consumir el tronco, pero el fuego no es simétrico y cede por un lado. Quitándose la manta que lleva sobre los hombros, se levanta, se dirige hacia el fuego, empuña el atizador y se agacha delante del hogar. Ya no tiene frío. Tampoco tiembla. El alcohol le ha calentado y las palabras del librero le han aplacado extrañamente. *Mi vida: crímenes y salvación de un niño maldito*. Da la vuelta al tronco, reúne las brasas, las remueve, sopla hasta ver elevarse una hermosa llama que contempla con una dolorosa mezcla de satisfacción y fatiga.

Judith... alma mía...

Se siente entonces invadido por una tristeza desconocida: la tristeza de descubrirse muy mayor sin un solo recuerdo digno de

llenar las páginas de las memorias que podría escribir, más adelante, para dar cuenta de los lances de su existencia. La tristeza de todo el tiempo pasado sin el sentimiento de haber vivido. La tristeza de los extravíos y de los instantes perdidos. Judith...

El humo hace que le escuezan los ojos. Se cubre el rostro con las manos y descubre que le corren las lágrimas por las mejillas.

La química, según Guillaume de Salerac, es la ciencia de las transformaciones sutiles de la materia, pero ninguna academia de París ni de provincias dispondrá nunca de un laboratorio lo bastante grande para comprender las transformaciones de la pólvora negra que se oxida en el corazón de mi padre. El ciudadano comisario llora. No son sollozos sonoros, sino lágrimas cálidas y mudas las que brotan de sus ojos, simples lágrimas de hombre que le caen por las mejillas y los dedos. Transmutación de la pólvora negra que tanto le ha corroído las entrañas. Salitre. Deseo de otra vida.

El Hombre de Negro ha vuelto. Antoine ha oído el carillón de la puerta, ha dejado sus caracoles y baja corriendo la escalera, pero se detiene en la sombra de la pared y no se mueve ya.

El Hombre de Negro habla con el tío Gaétan a causa de mamá, que está enferma pero va mejor, aunque de todos modos está enferma. El tío Gaétan ha abandonado su pluma de oca y se dirige a él como «ciudadano comisario». ¿Quizá es así como se llama? A Antoine le gustan las plumas de oca y aprende a escribir, aunque le cuesta. El tío Gaétan dice que lo más duro es quitarle la pluma a la oca.

El Hombre de Negro se vuelve y lo mira. Antoine retrocede. Tiene unos ojos que le dan miedo. Y también su voz, cuando habla. Un día le dijo algo, pero Antoine tuvo tanto miedo que no lo recuerda. Aunque no es un miedo como el que le da el perro del tío Leblet, porque cuando lo ve, al perro, Antoine corre deprisa en la dirección contraria. Y prefiere pasar por la calle de la fuente. El perro le persiguió un día y el tío Leblet dijo que se comería a Antoine sin ningún problema, pero Blanche intervino: «¡No le da vergüenza, pobre loco!». El Hombre de Negro da miedo, sus ojos dan miedo,

pero menos que el tío Leblet, y a Antoine le gusta ver lo que hace. Ahora se pone el sombrero y se dirige hacia la puerta.

—Volveré pronto, ciudadano Lepailler.

Cuando sale, Antoine corre y sale también. El sol lo deslumbra y parpadea. El Hombre de Negro camina allá lejos, calle adelante. Antoine corre detrás, pero el otro avanza deprisa. Dos individuos de gorro rojo lo saludan y le llaman ciudadano comisario. Todo el mundo se llama ciudadano. Ciudadano Lepailler. Ciudadano Salerac.

Antoine se acerca discretamente. Los hombres del gorro rojo dicen cosas sobre el comité *Jacob vino*. Interrogan al Hombre de Negro, que les responde. Es como un rey. Los reyes son personas que aparecen en las historias que el tío Gaétan cuenta por la noche tras recordarle que no debe repetir las. Los reyes viven en países lejanos donde hay colinas, hechas sólo de arena, y camellos, un animal muy grande, como un asno con joroba, que aparece en los dibujos del tío Guillaume. El Hombre de Negro viene quizá de un país lejano. Los hombres del gorro rojo escuchan atentamente. Sin duda se trata de un rey.

El Hombre de Negro se vuelve. ¡Le ha visto! Antoine no se mueve. El corazón le late como cuando le persiguió el perro del tío Leblet. No quiere que se le acerque. Ni que le hable. Ni que lo mire. El Hombre de Negro se vuelve y sigue andando. Antoine lo sigue una vez más.

Es día de mercado: la plaza está llena de animales. A Antoine le encantan los conejitos y las cabras, aunque tengan los dientes manchados y unos ojos muy extraños. Mira los patitos que están en una jaula, también le gustan mucho. ¡Alguien le ha puesto una condecoración a un cerdo! Antoine mira a su alrededor pero ya no ve al Hombre de Negro. Mala suerte... Dará la vuelta a la plaza, allí lejos hay caballos. ¡Oh! ¡Un caracol! Antoine se agacha para recogerlo. Un

hermoso caracol gris y negro. Se lo enseñará a mamá.

¿Qué ruido es ése? ¡No! Antoine se alza y ve tres grandes ocas grises que lo miran con ojos rojos, lanzan gritos espantosos y avanzan hacia él bajando el cuello y resoplando.

—¡No! ¡No! ¡Marchaos!

Las ocas lo rodean. Antoine las detesta: son malas y le dan miedo. Grita y mueve pies y manos hacia la más grande para que huya, pero no lo hace, extiende el cuello, bufa como un gato y su pico está lleno de pequeños dientes puntiagudos. ¡La oca va a atraparlo! ¡Vete! Antoine vuelve a gritar, se debate y, de pronto, se encuentra volando por los aires. Alguien lo lleva. Una bota negra ahuyenta a las ocas. Se encuentra apoyado en el hombro del Hombre de Negro.

—¡Vaya! Ya no te molestarán más por hoy.

Antoine querría gritar de miedo, pero se tranquiliza: ha escapado de las ocas. El Hombre de Negro lo lleva por encima de las aves de corral. Desde lo alto, ve a las ocas tan pequeñas como los gorriones, los cuernos de las vacas y las orejas de las mulas. Ve también el rostro del Hombre de Negro. Los ojos no son tan oscuros. Hay un poco de claridad en su interior.

Lo deposita en el extremo de la plaza.

—Vuelve a casa.

Antoine asiente con la cabeza pero no se mueve. El Hombre de Negro lo mira y él también lo mira. Después el Hombre de Negro se va y Antoine le trota detrás.

El Hombre de Negro va hasta la plaza de la fuente y pasa bajo las columnas de la casa grande. Antoine corre hacia la puerta para entrar también.

—¡Dónde vas, mocoso!

Un brazo lo sujeta. Un hombre con pelos que le salen de la nariz.

—A ver... al ciudadano comisario...

—¡Ciudadano comisario! ¡Hay un chiquillo que dice que viene a veros!

El Hombre de Negro se detiene a mitad de una escalera muy grande.

—Dejadlo pasar.

El centinela obedece. El centinela obedece al Hombre de Negro: ¡no hay duda de que es un rey!

Antoine corre hacia la escalera. Los peldaños son altos y nunca ha visto tantos. Sube ayudándose de las manos y llega a un corredor. El Hombre de Negro habla allí con otra persona que no viste de negro. Después viene hacia Antoine, lo mira, pasa delante de él y sigue caminando hasta el fondo del corredor. Abre una puerta y desaparece. Antoine lo sigue. ¿Quizá no debiera? El Hombre de Negro le ha dicho que vuelva a casa... La puerta ha quedado abierta. Antoine se detiene delante. En las historias del tío Gaétan los reyes son a veces muy malos, y gritan, y golpean a los ladrones y a los niños. Antoine mira dentro de la habitación y ve banderas de color azul, blanco y rojo, sillas, una mesa. El Hombre de Negro se quita el abrigo y lo deja sobre un sillón.

—Vamos, entra.

Antoine no se atreve, pero sus pies avanzan de todos modos, sin hacer ruido. El Hombre de Negro se sienta detrás de un escritorio casi tan grande como la mesa del tío Gaétan. Antoine se detiene detrás del sillón, muy cerca del abrigo del Hombre de Negro. Mira a su alrededor. Es una casa extraña: hay estantes como en la librería, y banderas y dibujos en las paredes. Y cosas escritas por todas partes.

—De... clara... ción... de...

—¿Sabes leer, Antoine?

Antoine se calla. Asiente con la cabeza, sin levantar los ojos porque no sabe si eso está bien o no.

—Tienes suerte. A tu edad yo no sabía.

Antoine se vuelve. El Hombre de Negro sostiene una pluma de oca, como el tío Gaétan.

—El tío Gaétan me enseña... Leo la Enciclopedia.

El Hombre de Negro lo mira alzando las cejas, después alisa la pluma entre los dedos.

—Eso está bien. Yo no la he leído nunca.

Luego se pone a leer sus papeles. Antoine se aproxima al escritorio. Hay un castillito cerca del borde de la mesa. Como uno de verdad, pero en pequeño, con torres altas y puente levadizo. Antiguamente mamá vivía en un palacio. El Hombre de Negro no mira. Antoine extiende la mano muy despacio.

—Lo puedes coger, si quieres.

Antoine se inmoviliza. ¿Cómo hace para ver sin mirar? Antoine se apodera del castillito.

—Gracias, ciudadano comisario.

El Hombre de Negro lo mira de repente con ojos muy negros. Mamá, sin embargo, insiste siempre en que dé las gracias cuando alguien le regala algo.

—Tu madre te educa bien, por lo que veo...

Antoine baja los ojos. ¿Quizá no debería quedarse con el castillito? El Hombre de Negro se levanta, da la vuelta a la mesa y se

agacha delante de él.

—¿Sabes qué es?

Antoine niega con la cabeza. Tiene miedo de decir algo indebido.

—Era una cárcel, en París. ¿Te acuerdas de París, Antoine?

Antoine mira al Hombre de Negro. El Hombre de Negro lo mira. Antoine niega con la cabeza. El Hombre de Negro lo mira sin decir nada, después le señala el castillito.

—Esa cárcel se llamaba Bastilla. Era un sitio donde se encerraba a la gente sin explicación. Antes los reyes tenían el poder de hacer eso.

—¿Y tú eres rey?

El Hombre de Negro frunce el ceño, muy sorprendido.

—No, por supuesto que no. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Antoine se encoge de hombros. No lo sabe. Contempla la pequeña Bastilla con su puente levadizo y sus torres, y después mira hacia otro lado. El Hombre de Negro no es rey.

—Antoine, ¿sabes quién soy?

Antoine le mira. El Hombre de Negro lo mira a él.

—¿Ciudadano... comisario?

El Hombre de Negro no muestra ninguna señal de aprobación. Sin embargo, todo el mundo le llama comisario. El Hombre de Negro se frota el mentón y mira hacia otro sitio. Sus labios hacen una mueca como el tío Gaétan antes de hablar. Abre la boca pero no dice nada. Mira a Antoine. Lo mira largo tiempo. Antoine no sabe si debe decir algo o no. Tal vez el Hombre de Negro esté enfadado.

—¿Te daba miedo la oca?

La oca grande del mercado. Antoine dice que sí con la cabeza.

—Pero no has pedido socorro. Eres un chico valiente.

El Hombre de Negro tiene una voz distinta ahora.

—Eres demasiado pequeño para ser valiente. La próxima vez, quiero que me llames. He luchado contra muchas ocas en mi vida y no tengo miedo. De manera que quiero que me llames. ¿De acuerdo?

Antoine mira al Hombre de Negro y dice sí con la cabeza.

—Me llamo Charles. ¿Te acordarás?

Antoine vuelve a decir sí con la cabeza.

—Ven, vamos, te llevo a tu casa... Te puedes quedar con la Bastilla, ya la he visto bastante.

Se levanta y se pone el abrigo. Antoine lo mira.

—¿Y has peleado con perros?

—Perros. Gatos. Ratas. De todo... Ven.

Antoine le sigue hacia la puerta.

—¿Hasta con el perro del tío Leblet?

—Por supuesto. Escapa en cuanto me ve.

Salen de la habitación y recorren el pasillo. En lo alto de la gran escalera el Hombre de Negro coge a Antoine en brazos.

—¿Y lobos?

—También.

—¿Te han mordido?

—Un poco.

—Eso debe de hacer daño.

—Hace mucho daño. Por eso quiero que me llames.

Están fuera. Antoine siente que Charles le estrecha con fuerza contra el abrigo. Será porque hace frío.

Charles sale del ayuntamiento y camina bajo la nevada. Ha esperado en vano que estos primeros días de nivoso no le trajeran la mala noticia que temía, pero esta tercera carta del Comité de Seguridad General le deja un regusto a muerte en el estómago. Junto a la fachada de madera tallada de la librería Lepailler, la antigua casa de Etienne de la Boétie atrae su mirada. Se detiene en mitad de la calle y alza los ojos hacia la fachada de piedra labrada de la vieja mansión. Sólo hay servidumbre voluntaria, escribió el amigo de Montaigne dos siglos antes en un libro que el ciudadano comisario ha leído, una tarde de lluvia y viento, en el antro del librero. La frase resuena en él sin que capte todo el sentido, como una canción de corro infantil, un enigma.

La librería, desde la entrada, huele agradablemente a madera húmeda y a castañas asadas. Mariam retira del fuego una sartenada de cáscaras negras hendidas que dejan entrever su carne suave.

—¡Vaya! Nuestro comisario. ¿Te gustan las castañas? Pruébalas, entonces.

Charles se quita los guantes fríos y se apodera de una castaña en el fondo de la sartén.

—¿Una sola? Coge más. Eres tú quien nos las ha dado. Y aunque hubieran caído por su cuenta en la chimenea, coge más, vamos.

Charles obedece pensando que pronto vendrán tiempos en los que ya no podrá comer las castañas asadas de Mariam. Ella le sonrío. Sus collares de conchas y sus cabellos crespos mal domesticados por un sombrero blanco le dan el aire incongruente de una criatura de leyenda. Mariam lo tutea con una rudeza que le agrada, porque es una mujer que se burla tanto de las formas revolucionarias como de los remilgos elegantes del antiguo régimen.

—Tienes los ojos de tu madre, ciudadano comisario. ¿Lo sabes?

Charles lo desconoce. Nadie le ha hablado nunca de su madre.

—¿La conocíais?

—Hace treinta años las extranjeras aquí éramos dos. Una española y una antillana. Pero yo había ganado ya mi libertad.

No se atreve a interrogarla más por temor a enterarse de verdades que prefiere no saber, no ahora, no en el corazón de estos días de invierno en los que disfruta al fin de la paz de vivir. Pela la castaña y se asombra de no haber oído aún los pasos apresurados que resuenan en los muros de la librería cada vez que entra.

—¿Dónde está Antoine?

—Ha salido a buscar leña con Gaétan.

—Os traeré leña...

Se mete la castaña en la boca y mastica lentamente.

—¿Algo te contraría, ciudadano comisario?

Charles traga con dificultad.

—¿Cómo está hoy?

—Duerme. Ve a verla.

—Haría falta que le hablara.

Mariam deja la sartén en el borde de la chimenea y le señala con el dedo.

—Y yo tengo que hablar contigo. Pero primero ve a verla: sabes de sobra que te espera.

Charles le devuelve las castañas con gesto hosco. Sabe perfectamente que Judith no le espera y que no tiene ganas de verlo... ¿o quizá se equivoca?

Al día siguiente de aquella terrible noche de brumario en la que todo estuvo a punto de acabar sin por ello encontrar su fin, Charles volvió a casa de maese Lepailler. Subió esta misma escalera, empujó esta misma puerta y descubrió este mismo decorado, la misma mujer acostada. Judith había gritado de dolor toda la noche y terminó por dormirse a fuerza de agotamiento y de brebajes narcóticos. Él se sentó en el borde de la cama y murmuró su nombre hasta que abrió los ojos. Su mirada verde de fulgores apagados se detuvo sobre él el tiempo necesario para reconocerlo. Después le empezaron a temblar los labios y sus pesados párpados se adornaron de lágrimas centelleantes.

—Vete...

—¿Por qué no me has dicho nada?

—¡Vete! ¡No quiero verte más! ¡Nunca!

Sus ojos verdes se habían convertido en brasas rojas y su boca

se deformó en un grito interminable. Las convulsiones la agitaron de pies a cabeza. Aspiraba profundos sorbos de aire mientras jadeaba, como si una mano invisible la asfixiase. Preso de pánico, Charles llamó a Mariam que colocó un frasquito bajo la nariz de la enferma mientras le murmuraba palabras enigmáticas pero dulces como las melodías de los xilófonos. Los espasmos cesaron. Mariam acarició con sus manos oscuras el rostro sudoroso de Judith mientras le repetía que todo iba bien, que también ella saldría adelante... De pie al borde de la cama, Charles tuvo la impresión de que la antillana se dirigía a él.

—Ven, ciudadano —le había dicho a continuación—. Los dolores se le despiertan al verte. Será mejor que vuelvas cuando esté dormida.

Pero durante muchos días seguidos se obstinó en volver cuando Judith estaba despierta. Las crisis de llanto recomenzaban al instante —Judith lo expulsaba a grandes gritos— y Charles terminó por rendirse a la evidencia: Mariam estaba en lo cierto, tenía que verla cuando durmiera.

A partir de aquel día sólo la visita durante el sueño. Se sienta en una silla y la mira. Le habla en voz baja y a menudo no le habla incluso: sencillamente piensa. Piensa mucho. A veces le coge la mano abandonada sobre el edredón y la estrecha en la palma de la suya. Si los párpados de la durmiente tiemblan, si ve de pronto que está a punto de abrir los ojos, se levanta y desaparece sin hacer ruido. «¿Antoine?», la oye llamar mientras contiene la respiración en el pasillo. Desciende la escalera de puntillas y se deja caer, perplejo, en uno de los grandes sillones de la librería donde Gaétan Lepailler, con inspiración combativa, sigue escribiendo sus singulares memorias.

Ha subido la escalera sumido en sus pensamientos, ha abierto despacio la puerta para luego cerrarla y camina con pasos silenciosos hasta la cama. Respira sin prisa, como un pecador que se recoge en la calma de un santuario, o como un incrédulo que entrevé por fin la belleza de lo divino. Una claridad de un azul discreto cae desde la ventana sobre las sábanas blancas, las mantas y el edredón bordado que cubren el cuerpo de Judith: es la claridad del invierno, del fin del mediodía y de la nieve ligera que cae fuera, en el patio.

Ha pasado más de un mes desde aquella noche terrible en la que todo estuvo a punto de acabar sin por ello encontrar su fin y Charles todavía se siente culpable. Incluso aunque quizá salvara a Judith aquella noche. Incluso aunque sin él quizá hubiera muerto bajo la lluvia, o ejecutada en París, o pisoteada por la multitud de la rue Saint-Antoine... Culpable porque Judith, sin él, viviría hoy una vida más dichosa, con el amor y los hijos de otro; y porque él la ha privado de todo sin darle nada. Se detiene al borde de la cama y murmura con su voz más baja:

—Buenos días, Judith...

No le responde, por supuesto. Sus labios inmóviles están tan blancos como las almohadas en las que reposa su cabeza. Charles se sienta sobre su taburete habitual y contempla su cara pálida como la de las estatuas y las ojeras de color humo, rojizas en el borde de los párpados a causa de la sal que arde en sus lágrimas, porque Judith llora mucho. Sus mejillas están hundidas como el lecho de los ríos, sus rasgos descompuestos por golpes invisibles y sus cabellos rojos, que se han ensombrecido, tienen el olor invernal de la fiebre y del sudor. Sin embargo es hermosa; sí, muy hermosa... Bajo el edredón bordado, su vientre ha crecido. El niño ha aguantado bien, agarrado a sus entrañas, y crece.

Charles apoya los codos en el borde de la cama y une las

manos cerca de la boca.

—Tengo malas noticias, Judith. La guerra continúa por todas partes... Y las matanzas...

Se calla, porque prefiere no decirle que en Lyon los representantes del pueblo en misión fusilan sin descanso, que en Marsella las ejecuciones se cuentan por centenares todos los días, al igual que en Toulon y en Burdeos; que una limpieza sangrienta ha comenzado en Vendée, y que es cierto que él ha contribuido a ponerla en marcha. En Nantes las cárceles están desbordadas de moribundos y Carrier grita de rabia por la lentitud de las ejecuciones. Hay demasiados condenados y no se dispone de guillotinas suficientes. Con la ayuda de pontones provistos de puertas correderas, se ahoga a las víctimas por barcos enteros. Y no son más que algunas gotas de sangre en un vasto maremoto. Por todas partes los agentes del Terror hacen una buena cosecha de cabezas.

Pero Sarlat está en paz. Al abrigo de sus colinas, disfruta de una frágil tregua y Charles tiene la impresión de que esa tregua procede de él, o está ligada a él de una forma extraña. La tregua de sus demonios. La terrible noche de brumario en la que todo estuvo a punto de acabar sin por ello encontrar su fin, regresó tarde al ayuntamiento y se durmió, embriagado por el alcohol y la tristeza de su vida malgastada; al despertarse arrojó al fuego la orden de detención del ciudadano Eperay que no era más que una hoja ennegrecida por olas de tinta. Los días pasaron sin que volviera a escribirla y, al cabo de una semana, se sentó, caída ya la noche, delante de la mesa de la librería, y redactó una sencilla carta dirigida a su padre para decirle que renunciaba a toda persecución contra él con el fin de dejarlo morir en paz, pero que nunca más se verían. Ha terminado con Vaillac. No regresará nunca, no caminará entre las

viñas, no franqueará más la puerta del palacio. Vaillac ha dejado de existir para él en frimario del año II y esa decisión corta su vida con más nitidez que el bisel de ninguna guillotina.

—Me han contado la manera en que tu tío hizo enterrar a tu primo... Pero, tranquilízate, no añadiré su nombre a la lista de sospechosos. Ni siquiera tengo ganas de interrogarlo para saber dónde encontró a ese cura refractario... Estoy desobedeciendo, Judith, y traicionando todos los juramentos que he hecho...

Lleva a cabo, es cierto, las misiones que se le han confiado. Se han cerrado todas las iglesias que estaban bajo su jurisdicción, se han retirado las campanas, llevándolas a Bergerac para fundirlas como cañones; se ha alistado a los hombres sanos, aunque también aquí ha hecho algunas excepciones, entre ellas Sébastien, su antiguo criado, a quien no ha tenido el valor de enviar a la muerte lenta y a la pestilencia de los regimientos acampados en las fronteras. Para este último ha inventado el pretexto de una invalidez, pero debe reconocer, cuando disfruta de su compañía en la posada de la Vieille Ânesse delante de las jarras de cerveza que Blanche les sirve, que jamás inválido alguno ha tenido un codo tan dispuesto a levantarse ni tanto ardor para correr tras las faldas de una camarera.

—No sé adónde me va a llevar todo esto...

Porque ha perdido la certeza sobre cómo se han de hacer las cosas. Cuando camina por Sarlat todavía trata de desplegar en su cabeza un vasto mapa del país, de las fuerzas presentes, de los campos de batalla y de los antagonismos. Trata de acordarse de la pieza que él encarna en este tablero. Pero la partida ha enloquecido tanto que ya no reconoce a su adversario. Su viejo instinto se ha embotado. No siente la inquietud del combate, la tensión guerrera que le ha habitado siempre. Como si su propia supervivencia hubiera dejado de tenerlo en vilo y su única derrota no dependiera ya más

que de la respiración de Judith, de los latidos de su corazón, de la sangre maravillosa que nutre su vientre, de su cuerpo que yace dormido bajo las mantas.

Todos los días sus pasos lo llevan hacia la librería La Boétie. Es el único lugar en el que quiere estar. Viene a verla, por supuesto, pero no sólo a eso. Trae provisiones a Gaétan y a Mariam, bonos de racionamiento para los artículos más caros, noticias. Disfruta con el calor de su gran chimenea, comparte algunas de sus comidas y ve a Antoine. También lee las gacetas o juega a las cartas con el librero, que está muy dispuesto a engañarlo con sus trampas provincianas. A veces coge un libro al azar y se sienta cerca de la chimenea. Antoine no abandona la gran sala mientras Charles está con ellos y se instala en un sitio no lejano para leer como él o para trazar sobre una pizarra dibujos que viene a enseñarle de tanto en tanto.

—Esta mañana, en la plaza del mercado, tu hijo se ha apoderado de un bastón para defenderse de una oca que lo molestaba... He visto lo que hacía sin saber si debía reír o inquietarme. Se me parece tanto que siento vértigo...

En el curso de sus recorridos por la ciudad y por los caseríos de los alrededores se ha dado cuenta de que no conoce nada del Périgord Negro. Aunque haya nacido en él, creció en una reclusión bárbara hasta la edad de nueve años, en medio de las viñas de cepas retorcidas, después lo enviaron lejos de allí, huérfano miserable desprovisto de todo lazo, sin visitas, sin protección, incapaz de imaginar el mundo, pero soñando con América en el silencio de los dormitorios. A los diecinueve regresó a su lugar de nacimiento sólo para recibir el disfraz de un apellido y para que lo enviaran de nuevo a la academia militar. Alumno deplorable, sin cultura ni modales, se convirtió a pesar de todo en un buen suboficial, en un buen capitán de la Guardia Nacional, y en un buen agente de la Seguridad

General. De las mujeres había conocido el comercio de las casas de lenocinio y un día, en Castelroux, los ojos de Judith. Toda su experiencia del amor es ella. Tiene un hijo que no lleva su apellido y otro que quizá nazca, si las cosas van bien. En el fondo, ¿no es un hombre normal? ¿No es normal esta necesidad de paz que siente, esta hambre de vivir entre los suyos, de disfrutar del reposo de un hogar en una tierra familiar? Curiosa tierra natal que descubre en el transcurso de este invierno ensangrentado como una parte desconocida de sí mismo y cuyo camino se abre bajo sus pies.

Cuando cayó la primera nieve estuvo paseando por la ciudad sólo por el placer de admirar las calles blancas y desiertas. Contempló la belleza de la catedral, las viejas piedras de las fundaciones religiosas, la asombrosa serenidad de las casas nobles de la Edad Media recubiertas por los primeros copos. Al azar de las calles descubrió blasones, escudos, leones tallados en la piedra, flores de lis que la nieve hacía resaltar. Debería dar la orden de destruir a golpe de buril todas aquellas huellas de la monarquía. No siente deseos. Comienza a entender que los estigmas del pasado no se borran a golpe de martillo.

Sin embargo, en el curso de este apacible invierno blanco que cae sobre Sarlat ha sabido de la inminencia de su regreso a París: Dordoña es un departamento demasiado tranquilo para un hombre como él, un hombre como lo imaginan allí, en los pasillos y en los conciliábulos de los dos comités. Se necesitan agentes de su temple allí donde corre la sangre, allí donde Carrier ahoga a sus condenados, allí donde la guillotina no basta, allí donde se sabe que también él hará maravillas. Arrojó la primera carta al fuego queriendo creer que no la había recibido y que no recibiría otras, semejantes, en las semanas venideras. Pero llegó una segunda que también consumieron las llamas. Después, esta mañana...

—He recibido una tercera carta... Esta vez, si no respondo, enviarán a alguien a buscarme...

El día se acaba detrás de la ventana y toda la habitación se ahoga en un estanque de color azul marino. Sigue cayendo la nieve, pero los copos blancos se han oscurecido y parecen transparentes en las tinieblas que llegan. Charles se lleva a los labios la mano de Judith. Nota en la boca la frialdad de los dedos. Les echa el aliento suavemente sin dejar de contemplar el rostro de la enferma: los labios pálidos, los párpados de mármol, la cabellera revuelta desplegada como unas crines pardas. Es curioso, nunca se ha tomado el tiempo de contemplarla tanto como en el curso de estas horas en las que está dormida. Dado que ella no quiere verlo, le está permitido contemplarla sin prisa, recorrer hasta los relieves más insignificantes de su rostro, descubrir las pecas que le salpican las mejillas, aprender todos los estremecimientos de sus párpados, alimentarse infinitamente... Le gustaría volver con ella a su cama de antaño, entre las sábanas arrugadas de sus juegos, y verla como la ve ahora. Volver a la casa del ahorcado sabiendo de ella, y también de sí mismo, todo lo que sabe ahora. Volver al día lejano de la boda de Hélène en Castelroux, cuando bebieron juntos un vino de naranja engañoso, y ser el que es ahora. No vacilaría ni la sombra de un instante.

—Judith, no tengo ganas de marcharme...

Ha cometido muchos errores: ahora los ve todos y el nudo en la garganta crece a medida que la noche se apodera de la habitación. Vuelve la cabeza hacia la mesilla de noche donde reconoce el dije dorado, la crucecita doble y los dos ángeles, acompañados ahora de conchas. Después ve la reproducción de la Bastilla que le regaló a Antoine. Se acuerda de la multitud enfurecida que corría por la rue Saint-Antoine y de Judith en sus brazos aquel día, de los muslos de Judith contra los suyos en la oscuridad bendita, de aquel deseo que le

incendiaba el alma... Debería haber sabido desde aquel momento mismo que su revolución no era la que retumbaba a cañonazos del otro lado de la puerta de madera.

—Es de noche, ciudadano comisario. No ves nada.

Se ha abierto la puerta y Mariam entra con una palmatoria que deposita sobre un montón de libros. Charles abandona suavemente los dedos tibios de Judith. Sí; es de noche.

—Gaétan y Antoine acaban de llegar y yo tengo que hablar contigo.

—Os escucho...

—No te va a gustar...

—¿Tiene que ver con ella?

—Sí. Pero no se trata sólo de ella. He reflexionado mucho sobre su estado, son reflexiones mías cuya explicación no precisas... Los espíritus me han dicho, quiero decir que mis reflexiones me han llevado a pensar...

—No os disculpéis, ciudadana Donnadieu, vuestras creencias no me molestan. ¿Qué os han dicho los espíritus? ¿Qué es lo que la aqueja?

—Tu mal.

Charles alza una mirada desconcertada a la mujer que sigue de pie a su lado. Los ojos de Mariam son dos gotas de café sin fondo.

—Hay muchas magias en este mundo y algunas se producen sin saberlo nosotros. Dar los propios demonios a alguien, o quedarse con los demonios de alguien, es una magia muy rara. Muy fuerte. Quizá sea el niño quien lo ha hecho. Pero el resultado está ahí y es un problema.

—No... no lo entiendo —balbuceó Charles.

Mariam se pone un dedo en los labios: le pide que baje la voz.

—No necesitas entender. Has tenido que sentir que te habías librado de los demonios. Desde la noche en que sucedió, ¿no estás más en paz contigo mismo?

Charles se proponía protestar pero lo que hace es quedarse inmóvil. Su corazón late más deprisa.

—Tienes menos miedos y menos pesadillas. Tu alma está menos atormentada, ¿no es cierto?

Está tan asombrado que sólo puede asentir con un movimiento de cabeza. Sí.

—Y más ligero, más feliz, como liberado del peso de ti mismo.

Sí. Es verdad. Sus pesadillas han desaparecido y sus demonios han dejado de obsesionarlo.

—Es ella quien te ha librado, o tú que se los has traspasado — explica Mariam poniendo su mano morena sobre la frente de Judith —. Sin embargo siguen ahí. Cuando te ve, los demonios se agitan, pero cuando se duerme y le hablas, los demonios se duermen también y no la torturan. Eso es lo que creo... No; estoy segura.

«Es una locura, esta mujer está loca de atar —se dice Charles

en el espacio de un instante—, tengo que llevarme a Judith y a Antoine lejos de esta casa». Pero en el momento mismo en que su espíritu lógico concibe esa idea, otra parte de sí mismo sabe que las creencias de Mariam encierran la misma verdad poderosa que las memorias de Gaétan Lepailler. Sus demonios han dejado de atormentarlo. Es capaz de sentir la dulzura de cada instante, de admirar la belleza de la nieve, de respirar en paz, sin temores, sin pesadillas. Un terror nuevo le oprime bruscamente el corazón.

—¿Quiere eso decir que experimenta mis sufrimientos y mis terrores?

—Sí —responde Mariam—. Aunque no como tú. Porque tú puedes enfrentarte con ellos si quieres. Tus demonios son como perros salvajes, pero son los tuyos. No los convertirás en palomas, pero los puedes conquistar. Sin embargo, a Judith le hablan en una lengua incomprensible. Para ella son lobos. Y además, ya tiene los suyos. Es mucho. Demasiado en su situación.

«Esta mujer está loca de atar», piensa Charles. Pero su mirada se pierde en el rostro de Judith como si buscara ver a través de su frente dormida.

—Que vuelvan a mí.

—¡Sí, claro! ¡No basta con decirlo!

—¿Qué hay que hacer?

—Donde nací, tenemos nuestros ritos. Pero no puedo garantizarte nada.

—¿Qué hay que hacer?

—¿Quieres de verdad recuperar tus demonios? Volverás a encontrar tus dificultades, sufrirás como antes y todavía más: ¿estás seguro de quererlo?

Charles mira por la ventana la nieve casi invisible que las tinieblas se tragan. No; quisiera guardar esta paz frágil, este invierno blanco caído sobre él.

—¿Qué hay que hacer? —pregunta una vez más.

—Pues bien, en la próxima luna nueva...

—No estaré aquí en la próxima luna nueva...

Mariam lo mira frunciendo el ceño.

—Entonces esta noche deja de comer y no bebas más que agua. Vuelve mañana. Yo me encargo del resto.

Tres días después Judith abre los ojos. Mira a su alrededor y se descubre tumbada en una buhardilla repleta de libros. Todos los años de su vida se le presentan juntos: Castelroux, París, Sarlat, la librería Lepailler, Charles, Philippe, Antoine... Al mover el cuerpo entumecido se toca el vientre en la madriguera caliente de las mantas. Su segundo hijo está allí, acurrucado. Sonríe y estira el cuerpo, pesado de tanta inmovilidad, y ronronea como una gata.

Siente deseos de levantarse. Siente que le late en las venas el deseo de beber leche caliente y de comer dulces, y de salir, de ir a ver a Blanche, de caminar por las calles para que el aire fresco le recuerde que tiene mejillas, nariz, pulmones, piernas. Una luz clara brilla detrás de la ventana y gruesas gotas caen del borde del tejado, gotas que se parecen a la nieve cuando se derrite. Judith mira al cielo. Es de un azul tan nítido que se subiría con gusto en un globo para ir a tocarlo más de cerca.

Se estira una vez más y luego se yergue. Cuando se sienta en el borde de la cama, un poco aturdida, ve sobre la mesilla de noche su dije dorado y, junto a él, una reproducción en miniatura de la Bastilla. La ha visto ya en otro sitio, pero ¿dónde? En el ayuntamiento, en el

despacho del comisario Eperay, sobre la mesa en la que escribía... Recuerda de repente los gritos, la pelea con Charles, su huida en la noche y el miedo loco a morir, pero lo hace como se mira un cuadro que describe la caída de una civilización antigua. Todo le parece de una época pasada, como la Bastilla misma o las lejanas primaveras de la monarquía.

—Mamá...

—¡Lobito mío, mi tesoro!

Antoine se esconde en sus brazos. Judith lo estrecha contra su pecho y le besa la frente aterciopelada, los suaves cabellos negros.

—Mamá, hueles a los animales del mercado.

Judith ríe a carcajadas.

—¡Quieres decir que apesto!

Mete la nariz en el camisón y finge desmayarse: ¡huele a redil, a perro piojoso y a la acumulación rancia de las noches de fiebre! Muy bien: empezará entonces por lavarse.

Desciende la escalera con paso precavido, el chal rojo sobre los hombros, y encuentra a Mariam en la cocina y a Gaétan en la librería. Los dos la abrazan con calor, después Mariam sigue barriendo y Gaétan vuelve a sentarse delante del tintero y de las hojas en blanco. Judith revive las brasas del fuego de la cocina, come un poco de pan mojado en leche y deja que se le deshaga en la boca una cucharada de miel con sabor a flores del campo.

—Permíteme —le dice enseguida a Mariam—. Voy a barrer. Teóricamente soy vuestra empleada: esa tarea me corresponde a mí.

Lo que hace reír entre dientes a Mariam.

Abandona de buena gana la escoba a la joven, puesto que eso

la divierte. Judith se pone a barrer mientras se calienta el agua para su aseo. De la cocina pasa a la librería. Su vista cae sobre algunas gacetas amontonadas: se habla de ejecuciones, de nuevos combates en Vendée... Desviando la mirada, prefiere expulsar las pelusas grises amontonadas al pie de los sillones.

—¿Todavía hundido en vuestras misteriosas memorias, maese Lepailler?

—Ya lo ves, pequeña mía —responde el librero, pluma en mano.

Cuando llega al otro extremo de la sala la cabeza empieza a dar vueltas. ¿Quizá ha calculado mal sus fuerzas? Apoya la escoba contra la pared y respira hondo mientras mira por la ventana. Un frío sol de invierno brilla sobre los adoquines húmedos de la calle. Montones de nieve se derriten a la sombra de las viejas casas.

—¿A qué día estamos exactamente?

Gaétan Lepailler se alza y viene a su lado.

—Tercero de la nueva semana de diez días y trece de nivoso del año II.

—¿Es decir?

—3 de enero del noventa y cuatro.

Por la ventana de la librería ven pasar a un hombre vestido con un largo abrigo negro y la enseña tricolor de los agentes republicanos. Judith no lo ha visto nunca.

—¿Quién es ése?

Quitándose los lentes que utiliza para escribir, Gaétan Lepailler escudriña a través de los cristales.

—Dublas, el comisario de la República... Gran bebedor, por lo

que dice Blanche. Y sólo lleva dos días en el cargo.

Judith mueve la cabeza. Se acaricia el vientre mientras deja escapar entre dientes un suspiro discreto. Se toma su tiempo antes de aventurarse a formular la pregunta que la atormenta.

—¿Y el comisario Eperay?

Al pronunciar el nombre, un dolor sordo le brota del fondo de los huesos, como una noche en su interior no del todo disipada. Pero no es odio. Tampoco amor. Es como si Charles le inspirase el sentimiento confuso y a menudo sin nombre que nos inspiramos nosotros mismos.

Gaétan Lepailler suspira antes de responder.

—Se ha marchado esta mañana.

—¿Esta mañana?

Ven a través de los cristales al grueso comisario Dublas que espanta a un perro sarnoso empeñado en olerle las botas.

—Ha sido relevado de sus funciones en Sarlat. El Comité de Seguridad General lo ha llamado a París.

Judith traga saliva en silencio. El comisario Dublas intenta dar un puntapié al perro sarnoso pero falla y el animal insiste en seguirlo.

—¿Ha dicho algo?

—Ha dicho muchas cosas.

Judith se lleva la mano al dije, recobrando el antiguo gesto de su infancia. ¿Quiere oírlo? No está segura.

—¿Qué ha dicho?

La respuesta tarda un poco en llegar.

—Te ha dejado esto.

Judith se da cuenta entonces de que maese Lepailler tiene entre las manos una hoja varias veces doblada. Se la tiende. Judith la toma. No hay ningún nombre escrito y el doblez lleva un sello de lacre marcado con el distintivo de la República francesa, el mismo que aparece en las órdenes de detención y de confiscación. Alza los ojos hacia el librero que se aleja ya hacia el fondo de su establecimiento, y a continuación abre la carta. Le tiembla la mano.

Se trata de tres cuartillas escritas con letra uniforme, algunas tachaduras y líneas irregulares. En lo alto de la primera lee la fecha, que es la de hoy: «Judith, cuando leas estas líneas estaré de camino a París o quizás haya llegado ya. Hubiera querido no irme. No tengo ni tiempo ni tinta suficiente para decirte todo lo que habría querido cambiar...». Torbellino de tinta negra y de noche. Dolores insoportables debajo de la piel. Náuseas. Tinieblas.

Judith arruga la carta. Respira más deprisa. El corazón le golpea con tanta fuerza contra las costillas que siente vértigo. Ahora la calle está desierta. El comisario Dublas ha desaparecido con su perro sarnoso. Judith mira mucho tiempo la luz del sol que brilla fuera, el ir y venir de los transeúntes y los montículos de nieve que se derriten a la sombra de las casas. Hasta que el corazón se le calme, hasta que se le normalice la respiración.

Entonces arroja las cuartillas arrugadas a la chimenea, retoma la escoba y termina de barrer el suelo de la librería. Cuando el agua está caliente, va a lavarse, y se esfuerza por olvidar las pesadillas que la han atormentado.

La tarde del día en que el comisario Eperay emprende viaje, Gaétan Lepailler encuentra en el fondo de su chimenea una bola de papel ennegrecida y reseca que las llamas han lamido apenas antes de apagarse una vez más; maldita chimenea, que los demonios se la lleven.

Agachado ante los rescoldos que humean todavía, el librero deja el atizador, saca la bola del hogar y sopla para quitarle las cenizas. La curiosidad es un feo defecto, pero a Gaétan Lepailler le gusta creer que ciertos feos defectos alimentan las buenas cualidades. En resumen: es una persona curiosa, ¿qué se le va a hacer? Despliega las cuartillas y, con un ligero hormigueo en los dedos y una discreta sonrisa en los labios, descubre largas frases todavía legibles. Cuando ha leído toda la primera página y después la segunda, arquea las cejas.

—Ah, ah. Demasiado valioso para convertirse en humo... ¡Vamos! ¡Con los enciclopedistas!

Se levanta e introduce las cuartillas ennegrecidas en un volumen de la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert, diciéndose que, entre todos los objetos de estudio que existen sobre la faz de la

tierra y todas las ciencias que se incuban bajo los cráneos de los seres humanos, faltan quizá esas pocas líneas... En todo caso, piensa mientras vuelve a colocar el volumen en su estante, es un buen padrino para un niño.

Viviré, lo sé ya.

En este siete de germinal del año II, mi madre se ha levantado con las primeras luces del día. A decir verdad, casi no ha dormido. Las pesadillas de este invierno vuelven todavía a atormentarla algunas noches y su vientre, redondo y tenso como un aerostato de los hermanos Montgolfier, no le permite adoptar ninguna postura cómoda en la cama. Tumbada de espaldas, las manos unidas sobre su ombligo prominente, ha respirado despacio a la luz helada de la luna llena. Que sea hoy, ha suplicado. No puedo más...

Se abriga bien al vestirse, besa en la frente a mi hermano dormido y desciende a la cocina donde prepara la tisana cuyo secreto Rose Blanchet le confió antaño. Luego reaviva el fuego de la gran chimenea y arroja una tabla quebrada, adornada de angelotes y de volutas. Con la muerte en el alma, Gaétan Lepailler ha reunido tres montones de libros cerca del hogar: obras monumentales escritas en ruso, en sueco, en toda clase de lenguas lejanas que nadie es capaz de descifrar, que nadie puede leer ni leerá jamás, libros inútiles en lo más hondo de Périgord, pero que nunca ha tenido el valor de arrojar al fuego para alimentarlo, prefiriendo aún deshacer uno a uno los

zócalos que adornan los bajos de las paredes y desmontar los marcos moldurados de las puertas.

Mi madre bebe la tisana a sorbitos a medida que amanece. El sabor es amargo y le recuerda el vino de naranja de la boda de Hélène, el café áspero de Fleury y todas las amarguras a las que el paladar se acostumbra con el tiempo.. Abre la puerta y sale, acompañada por el ligero tintineo del carillón. Un perfume primaveral corre por la calle. El sol pinta de rosa el tejado de las casas y un cielo azul anuncia un hermoso día, quizá templado, en las horas centrales, cerca de las paredes sin sombras y sin corrientes de aire.

Mi madre cierra la puerta y echa a andar. Velos de luz se deslizan a lo largo de las fachadas mientras callejea al azar. Caminar le sienta bien. A cada paso siente todos los movimientos de su cuerpo, el aire fresco que le entra y le sale de los pulmones, la sangre tumultuosa que le late en las venas, el ritmo vigoroso de sus piernas, tanta vida en ella. El movimiento regular de la marcha despierta sus órganos, le calienta todo el cuerpo, la agita, como para prepararla mejor para la prueba que la espera.

Cruza la plaza del mercado de las ocas y pasa delante del ayuntamiento donde ejerce ya sus funciones el comisario Dublas. Llega a la catedral, sobre cuya puerta se han clavado una serie de tablas y un decreto tricolor desgarrado por el viento. Se detiene un momento y sube los escalones del atrio sujetándose el vientre.

Sobre la puerta, las hojas del decreto republicano se estremecen con la brisa ligera de la mañana. Mi madre se acerca y coloca la palma de la mano sobre el borde agitado de la orden que prohíbe la entrada en la catedral. La tinta está casi borrada por las lluvias y las nieves del invierno, pero queda todavía en la página una escritura nerviosa y menuda. Y abajo, gris claro sobre las fibras amarillentas del papel, el nombre y la firma del comisario que ha

llevado a cabo el cierre. Los dedos de mi madre se deslizan sobre la tinta borrada a medias —un vértigo discreto la invade, un peso sobre el pecho, un gusto acre en la garganta— y mira mucho tiempo lo que queda de ese nombre, los ojos en el vacío y la cabeza inclinada, perdida en sus pensamientos...

Su vientre se contrae y mi madre vuelve bruscamente a esta mañana de germinal, al atrio de esta catedral cerrada, a esta hoja pálida clavada en la puerta y se encuentra sola en medio del mundo y descubre de nuevo su inmenso desconcierto.

El dolor le sube desde el fondo de las entrañas. Otra contracción. Después un río caliente se le derrama por los muslos, añadiendo peso a sus faldas, y yo me quedo sin océano. Un pánico repentino hace que le tiemblen las piernas. ¡La criatura va a llegar antes de lo previsto, y ella está allí, completamente sola, en mitad de la calle! Por fortuna no está más que a dos pasos de la librería. Todo irá bien: Mariam cuidará de ella, Anne vendrá a ayudarla, Blanche se ocupará de Antoine... El bebé nacerá deprisa y ella sólo estará un poco más fatigada cuando llegue la noche.

Un poco más sola en el mundo.

Una angustia olvidada le sube a la garganta, pero todo desaparece enseguida en el estruendo de su vientre que se abre. Se acuerda de la máquina de Rose Blanchet, de los engranajes, de las cuerdas que se estiraban y de las tenazas al fondo de las caderas que se separaban al hacer fuerza.

Delante de la puerta de la librería lanza un grito y lucha por respirar a fin de dominar el dolor. Va a dar a luz. Se va a morir. Esta vez no sobrevivirá, no habrá para ella otras mañanas. Perderá la vida al dársela al recién nacido. Ah, qué miserable es este mundo, donde no reina esperanza alguna, ni se obtiene jamás consuelo... Mariam corre a su encuentro. Unas manos fuertes la sostienen y Judith da

algunos pasos antes de derrumbarse con la falda manchada de sangre.

No hay tiempo para nada. Mariam le coloca unos cojines bajo la cabeza y traza en el suelo un gran círculo invisible murmurando palabras tan abstrusas como las de los libros apilados junto a la chimenea.

Entonces sucede algo similar a un ahogamiento, como un hundirse en arenas movedizas. Todas las imágenes del mundo que flotan delante de mí se borran una tras otra y caigo en un agujero sin memoria. Trato de retener algunos destellos de lo que puedo ver: estoy sobre un caballo, soy mayor y morena, fumo cigarros delgados en un salón con sillones acolchados, un joven recita poesías, me llaman condesa y veo un puerto blanco, aguas de color turquesa que lamen las rocas rojas de una isla soleada, siento el olor de los pinos y el calor, veo mi vida, destellos de mi vida, de lo que será mi vida... quizás... o tal vez no. Ya no lo sé. Siento dolor y tengo miedo. Quizá lo de antes no era más que un espejismo y nunca he podido ver ni el presente, ni el pasado, ni el futuro, ni nada. El otro mundo me aspira y nada está escrito en ningún sitio. La luz me desl...

Los ojos de Héloïse no son negros. No. Bajo unos párpados pesados que se entreabren apenas, hinchados de sueño, Héloïse tiene hermosos ojos claros, pero todavía es pronto para decir si serán azules o verdes.

Judith le acaricia la mejilla con la yema del índice. Héloïse dormita contra su pecho, envuelta en su gran chal rojo cargado de olor a leche, y no se cansa de contemplarla. Misterio adorable caído en sus brazos. No, no tiene los ojos de Charles... Pero tampoco se parece a Philippe. En realidad su rostro no le recuerda a nadie. ¿Quizá posee los rasgos olvidados de un familiar perdido en otro tiempo? ¿Quizá le devuelve el reflejo carnal de antepasados lejanos? ¡Qué importa! Es hermosa y Judith se maravilla de sus diminutos labios curvos y de las pestañas ya largas en el extremo de sus párpados minúsculos. ¡Qué alegría estar viva y qué dicha son los pocos kilos de vida que estrecha entre sus brazos!

Desliza su dedo índice por la palma de la mano de la niña para examinar mejor sus delicados deditos. Aunque adormilada, Héloïse cierra enseguida el puño en torno al índice de su madre. Judith trata de liberarlo pero Héloïse aprieta con más fuerza. ¡Qué vigor! Con una

sonrisa se inclina y le besa la frente. «No sueltes jamás, hija mía, agárrate a la vida y a la gente que amas como te has agarrado a mi vientre.»

Tres golpes discretos resuenan contra la puerta entreabierta. Gaétan Lepailler aparece en la habitación con un grueso libro entre las manos y algunos periódicos bajo el brazo.

—He aquí tres gacetas que acaban de llegar en el coche correo.

—Veamos...

Judith apoya a Héloïse contra su cadera y toma los periódicos.

El poeta Fabre d'Eglantine ha sido detenido, no por haber compuesto la Marsellesa, sino por malversaciones y especulaciones relacionadas con la Compañía de Indias. El negocio jugoso de las compañías comerciales interesa curiosamente a todos los revolucionarios de París, a los diputados de la Convención y a los ministros de la República. Los buitres picotean con gula los restos de la monarquía, pero en el fondo la corrupción de los políticos es menos de temer que la pureza del único que se ha ganado el apodo del Incorruptible y cuyo poder es ya inmenso. Todos los que se levantan contra Robespierre caen uno tras otro. Ayer los rabiosos y después los hebertistas; hoy los indulgentes que se atreven a pedir al jefe del Comité de Salud Pública que se mitigue el Terror y se acabe con el Tribunal Revolucionario: Danton, Desmoulins... ¿Qué? ¿Camille Desmoulins detenido? Las manos de Judith se crispan sobre la gaceta que está leyendo. Camille Desmoulins fue guillotinado la semana pasada, con Fabre d'Eglantine y Danton. ¡Robespierre ha hecho guillotinar a Desmoulins! Y sin embargo eran amigos. Hace apenas tres años Maximilien fue testigo en la boda de Camille. Camille muerto... Como Olympe. Como Philippe.

Judith deja el periódico y suspira. He aquí que vuelve a pensar

en París, en los días felices del ochenta y nueve... Finalmente toda aquella revolución no habrá sido más que una mascarada, una loca zarabanda que aturde las cabezas pero deja los pies cubiertos de sangre.

—Esas gacetas son deprimentes —se queja—. Guardadlas.

Sentado en el borde de la cama, el librero asiente con la cabeza. El gorro que lleva de través y el gran chaleco con agujeros le dan un aire vagamente avergonzado. Su mirada se detiene sobre la espuma de encajes blancos que Judith toma de nuevo en sus brazos como si también él tratara de discernir alguna forma o parecido.

—Es curioso, un bebé: imposible no enternecerse aunque sea más bien feo. Al fin y a la postre, somos los únicos animales cuyos cachorros mejoran al crecer... ¡Y tampoco todos, no hay más que mirar al tío Leblet!

Judith sonríe, divertida con la broma.

—Maese Lepailler, ¿no habéis tenido nunca hijos?

El librero esbozó una mueca, los ojos en el suelo gastado de la habitación.

—No, que yo sepa... De pequeña Mariam sufrió heridas que le impidieron para siempre la concepción.

—Oh...

El librero se encoge de hombros como para impedir que se le pose encima una mosca triste.

—Pero ella dice que son sus demonios, sus dioses, esas cosas tuyas, los que le han retirado ese poder para otorgarle a cambio otros dones, ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé. Y debo decir que sois, uno y otra, unos anfitriones

bien curiosos.

—Claro, claro —sonríe Gaétan Lepailler, mirándola con ojos irónicos—. He ahí por qué estás a gusto con nosotros, ¿no es así?

—Cierto.

Judith sonríe a su vez. Arrullada por las voces, Héloïse acaba de cerrar los ojos y afloja poco a poco la mano. La joven aprovecha para liberar su dedo; después acaricia suavemente la cabeza aterciopelada de su hija. Héloïse le agarra enseguida la manga.

—Dime, a tu pequeña que todo lo agarra, ¿no la has inscrito aún en el nuevo registro civil?

—No tiene más que una semana, y sabéis bien que no me he movido de aquí.

—Ah... bien.

—¿Por qué bien?

—No, por nada.

Judith alza hacia el librero unos ojos intrigados.

—Gaétan, he aprendido a conoceros desde el verano pasado: cuando decís «por nada» es siempre por algo.

El librero mueve la cabeza.

—Es sólo que... No lo tomes a mal, pero me preguntaba si has decidido por fin quién será el padre.

Con la impresión de que un baquetazo le ha golpeado en los riñones, Judith siente que todas las vértebras de la espalda se le yerguen una tras otra contra la almohada.

—Vaya una pregunta —replica ella con un tono un poco tenso—. ¿Estoy en condiciones de elegir? ¿Es sorprendente que una viuda

tenga un hijo nueve meses después de la muerte de su marido?

—No, claro que no... pero...

—¿Pero?

Gaétan Lepailler frunce el ceño. Su frente se ensombrece y se pliega, y Judith sonreiría casi (porque el librero tiene la extraña manía de adoptar una expresión de misterio cuando pretende lanzarse a dar una explicación) si no quisiera oponer una figura de estricta indignación al gesto repentino de su interlocutor, que parece contemplar las sombras arcanas del mundo sobre los bordados de la colcha.

—Es cierto, el nombre no lo hace todo, pero a veces es un principio... Y además, hay injusticias que es bueno reparar para que no perduren hasta el fin de los tiempos...

—Gaétan, no entiendo nada de lo que estáis mascullando.

—No intercedo por mí, bien entendido. Pero tengo mis convicciones sobre lo que es justo.

Judith frunce el ceño a su vez y deja escapar un hondo suspiro de cansancio.

—Maese Lepailler, ¿adónde demonios queréis llegar?

—Demonio... *demonio* es sin duda la palabra.

—¡Me asustas! ¿Qué estás insinuando?

—No tengas miedo, te aseguro que ese demonio es capaz de arrepentirse...

Judith alza los ojos al techo.

—¡Vais a explicaros de una vez por todas!

El librero gesticula y Judith se alegra porque sabe que este aire

de masticar una nuez rancia es señal de que su amigo llega al punto crucial de su explicación.

—Lo que quiero decir... es que la chimenea de abajo tira mal cuando hace frío.

Mientras habla ha bajado la mano hacia sus pies y acto seguido presenta a Judith el imponente volumen encuadernado con el que ha entrado en el cuarto.

—Durante el último nivoso encontré esto entre las cenizas.

—¿La Enciclopedia?

Ante el ceño fruncido de la joven, maese Lepailler abre las páginas de la prestigiosa obra y saca unas cuartillas grises y arrugadas, el borde roído en negro, que parecen haber sido apenas lamidas, acariciadas, rozadas más bien, por las llamas sin fuerza.

—Ignoro cómo cayó al fuego —dice con un tono falsamente inocente—, pero es todavía muy legible, incluso para los ojos de esos topos de la administración civil. Lo digo por si acaso le encuentras un interés que, en su momento, se te pudo escapar.

Mientras se levanta para volver a sus ocupaciones, tiende a Judith las tres cuartillas grises. Y la mano minúscula de Héloïse se abre para atraparlas.

Judith:

Cuando leas estas líneas estaré de camino a París o quizás haya llegado ya. Hubiera querido no irme. No tengo ni tiempo ni tinta suficiente para decirte todo lo que habría querido cambiar de mi vida, de la tuya y de la de Antoine, ni para escribirte todo lo que nunca he sabido contarte. Los minutos son preciosos: me marcharé tan pronto como amanezca. Iré a presentar mi dimisión al Comité de Seguridad General y no sé lo que pasará. No quiero vivir más esta vida de guerras y de muerte. No quiero regresar a Vendée. No tengo más que un deseo, un único ruego: volver contigo y estar a tu lado cuando nazca el niño. Sé que mi hijo tiene necesidad de mí y que tú, amor mío, has luchado demasiado sin mi ayuda. Ojalá puedas perdonarme mis errores, mis excesos. Envidio el infortunio de Jean el Cojo. ¿Por qué los golpes que he recibido no han hecho de mí un lisiado? ¿Por qué no me han privado de una pierna o de un brazo? ¿Por qué me han dejado únicamente estos insaciables deseos de morder, estos fragores de tormenta que retumban

sin cesar en mis pensamientos? No hay más servidumbre que la voluntaria, escribió Etienne de la Boétie. He obedecido lo suficiente. He sacrificado mis días lo bastante. He servido con creces a mi rabia. He pasado horas junto a ti interrogándome sobre el sentido de mi destino mientras dormías. Carezco de respuesta, no soy un filósofo. Sólo sé que tú eres mi vida y que en esta hora en la que me dispongo a partir no quiero nada más que estar junto a ti, volver a besarte en esa librería. Me arrojaría mil veces a tus pies, Judith, porque eres mi vida entera. Pero ignoro si tendré esa oportunidad. Tanta sangre ha corrido, tantas cabezas han caído que no sé si la mía seguirá mucho tiempo sobre mis hombros. Y tengo miedo... No temo la tortura ni el hambre: tengo miedo de no volver a verte. Quizás esté escrito que no encuentre nunca la paz. Adiós, Judith; detesto esas palabras pero debo decírtelas. Si no regresara nunca, ojalá puedas decirles a mis hijos que no era un hombre tan malo. Ojalá puedas ser dichosa a pesar de este mundo, ojalá vivas mucho tiempo, te acuerdes de mí, de aquella noche en la orilla del Loira y de la felicidad que hemos acariciado algunas veces. Los caminos de una vida son oscuros y los que yo recorro están erizados de zarzas. Adjunto a esta carta un reconocimiento de paternidad para el hijo que va a nacer. Si no regreso, me gustaría que quedase algo de mí después de que yo desaparezca. Vivirás en mi alma hasta mi último aliento. Me gustaría creer que existe otro mundo en el que nos veamos de nuevo.

Adiós, Judith, adiós, amor mío, ¿por qué es tan tarde cuando descubro la dulzura de llorarte?

Acuérdate de mí.

Charles

Podría ser una hermosa primavera, pero falta de todo. Los víveres escasean en los puestos del mercado y los buenos productos sólo circulan de tapadillo, a un precio exorbitante. La guerra con las potencias europeas sigue causando estragos en las fronteras. Todas las semanas los barcos cargan las mercancías de Périgord para abastecer las ciudades del norte donde, al parecer, la gente muere de hambre. De hecho es difícil saber qué pasa en otros sitios: las noticias, cuando llegan, lo hacen con un siglo de retraso. Ya no se sabe quién ha sido guillotinado, quién vive todavía, quién detenta el poder de decidir. Sarlat se repliega cada vez más sobre sus viejas piedras, como una osa que prolongara su sueño invernal, y comienza a sentir los efectos de la escasez. El hambre se instala discretamente.

Con la excepción de un vaso de leche al despertarse, Judith no ha comido nada desde ayer. La cabeza le da vueltas y se apoya contra la pared de la cocina.

El saco de harina exhaló el último suspiro el mes pasado, de manera que tiene que comprar el pan en el horno municipal con su cartilla de racionamiento. Es verdad que la llegada de Héloïse le da derecho a una libra al día, pero vende la mitad en el mercado

clandestino para comprar mantequilla y carne. Hoy sólo quedan en la despensa tres huevos y un caparazón de pato.

Falta también la leña para calentarse. Incapaz de quemar libros, Gaétan Lepailler ha empezado a alimentar el fuego con las sillas, de manera que todos se sientan ya sobre montones de obras que constituyen otros tantos taburetes en equilibrio precario. «El saber es el pedestal del ser humano» podría decir Guillaume de Salerac si todavía conservara el gusto —que ha perdido— por las bellas frases. Y así, en un mundo condenado a desaparecer poco a poco, también los muebles empiezan a faltar. Héloïse no tiene cuna: Judith necesita grandes dosis de ingenio para encontrar dónde dejar a su hija cuando se dedica a las tareas de la casa. En el gran caos de esta primavera hosca ha confeccionado una cama para la pequeña con ayuda de obras amontonadas unas sobre otras como otros tantos ladrillos, preparando en su interior un hueco para resguardar a la pequeña. Es una cuna en la que no es posible acunar, porque todo se derrumbaría, pero allí su hija puede dormir en paz, sosegada por el olor del papel viejo y del tafilete.

A veces Judith se pone en el lugar de Héloïse y se pregunta qué clase de maldición los ha golpeado a todos cuando ve a su alrededor esta librería desguarnecida con los libros amontonados por todas partes, y a esta madre ansiosa que les quita el polvo como quien ahuyenta una obsesión, este hermano que lee con dificultad los artículos de la Enciclopedia, este padrino que redacta unas memorias sin fin y esta madrina que compone frases arrojando conchas al suelo. Y adivina, además, la guerra, las ejecuciones, las odas a la Razón Universal, las procesiones incesantes para adorar a la Libertad, para alabar al Pueblo y amar a la Naturaleza, todas las bacanales austeras y virtuosas de la República en las que Robespierre marcha a la cabeza... Sí, esta primavera tiene todos los requisitos para volver loco a cualquiera. Que llegue pronto el verano y vuelva con él

la fruta, el grano, el trabajo en el campo; los maravillosos veranos de Castelroux, el olor tibio del redil, Eleonora que asaba los pollos en el espetón, el tacto crujiente de la miel caramelizada sobre las patas del pollo...

La campanilla de la puerta de entrada tintinea de repente y luego se calma. Arrancada a sus pensamientos, Judith aguza el oído. Como no oye nada, hace acopio de fuerzas, se separa de la pared de la cocina y se quita el delantal.

Un anciano acaba de entrar en la librería.

Lleva un tricornio bordado con un galón, una casaca de terciopelo gris con botones dorados, una chorrera de encajes amarillentos como los que le salen por los puños, calzas blancas y zapatos de charol. Al ver su aspecto, Judith cree al principio que tiene delante a un cómico desorientado, pero no hay ningún teatro en la ciudad ni compañía ambulante en la que este individuo pueda interpretar la alegoría de la aristocracia marchita.

—Ciudadano —le saluda ella.

Al oír esa palabra, el anciano se arranca la escarapela tricolor prendida en la solapa de su casaca y se la guarda en un bolsillo.

—¿Es ésta la librería de maese Lepailler? —pregunta con voz de inquisidor.

Judith presiente una amenaza informe. Los rasgos del visitante le resultan familiares: la curva del mentón, el arco de las cejas que coronan su mirada...

—Sí, ciudadano. Pero el ciudadano librero está ausente en este momento.

El hombre clava sus ojos en ella: dos bolas de acero en el corazón de un rostro lleno de arrugas que una fina capa de polvos

trata vanamente de enmascarar. Su expresión altanera hace pensar en los emperadores romanos que sospechaban la traición de sus pares, de sus aliados, de sus propios hijos. Todo en él delata la antigüedad, como una estatua tallada por una mano de otra época.

—He sabido por mi gente que hay en este lugar una niña que lleva mi nombre. ¿Es eso cierto?

Su voz cascada tiene el filo de las viejas espadas que todavía pueden herir.

—Señor conde... —susurra Judith, asombrada.

Porque es él, el señor de Vaillac —aquel aristócrata brevemente entrevistado en un despacho dorado hace más de diez años— quien clava en ella esa mirada metálica.

—Sí, señor... Mi hija Héloïse —balbucea Judith, confusa—. ¿Queréis verla?

—No.

Hace girar el bastón entre los dedos.

—¿Sois vos la madre?

—En efecto.

—Señora, quiero haceros saber que no tenéis nada que esperar de mi familia.

—¿Cómo...? ¿Qué decís?

El conde aprieta el pomo plateado del bastón bajo sus uñas blancas.

—Ignoro qué clase de desaprensiva sois —lanza con desdén—. Y poco me importan las ligerezas que mi hijo haya podido cometer con vos, ni tampoco que hayáis conseguido arrancarle mi apellido: quiero que sepáis que no os daré nada. ¡No tendréis derecho alguno

sobre mis tierras, ni un céntimo, ni una mota de polvo!

Judith no puede evitar que los ojos se le desorbiten. Ha oído sin duda alguna, pero no entiende ni una palabra de lo que cuenta este loco, de los reproches que le hace, de lo que pretende denegarle. El hambre ha debido de debilitarle el entendimiento. Desconcertada, abre la boca para protestar.

—Pero yo no os pido nada. Sois vos quien venís y...

—Porque la República se derrumbará, volverá la monarquía y se restablecerán los privilegios.

—¡Si alguien os oyera!

—¡Que me oigan! No me dan miedo esos regicidas sin alma. ¡Soy el conde de l'Eperay, marqués de los Baux y de Cajec, señor de Vaillac, de Vouvres y de la Roque-Esteron y vos no sois nada para mí! ¡No sois de mi familia! Vuestra hija... no es... mi...

Se ahoga bruscamente y empieza a toser. Con una mano temblorosa saca un pañuelo del bolsillo y se lo lleva a la boca, tosiendo todavía, temblando de pies a cabeza y enrojeciendo al borde de las lágrimas.

—¡Pero yo no quiero nada de vuestras tierras! —replica Judith—. ¿Pensáis que he concebido una hija para apropiármelas? Es una idea despreciable. ¡Me tienen absolutamente sin cuidado vuestros títulos y vuestras propiedades! El apellido de mi hija no tiene nada que ver con vos. Y si no soportáis que vuestro hijo haya tenido el valor de reconocerla, os basta con salir de aquí, por muy conde que seáis. ¡Volved a vuestras tierras, encerraos en vuestro palacio, enorgulleceos de vuestros títulos y ahogaos con ellos! —rugió de pronto, llena de ira—. ¿De qué familia creéis desposeerme? ¿Dónde está vuestra familia, vamos a ver? ¿No queréis tener herederos? ¡Tanto mejor porque estoy convencida de que moriréis solo y no

habrá nadie que acompañe vuestro ataúd!

Enmudece de pronto, las mejillas encendidas, los ojos en llamas como las brasas de una estufa. ¿De dónde han brotado las palabras que acaba de escupir? ¿Esa respuesta furiosa? ¿Ese odio cortante? Judith se vuelve y se lleva una mano a la frente para calmarse. Es Judith, la niña encontrada en el bosque de Font-de-Vouvres, la pequeña Judith de Castelroux, la viuda de Philippe de Marbourg, la madre de Antoine y de Héloïse, la empleada de esta librería. No tiene nada que ver con el señor de Vaillac. Es Judith, no Charles. Pero le tiembla la mano. Le da vueltas la cabeza porque tiene el estómago vacío.

—¿Mamá?

Alza los ojos. Antoine está inmóvil en el marco de la puerta, atraído por los gritos, consciente ya de que los tiempos son duros y de que debe proteger a su madre y a su hermanita, pobre niño maldito por la ausencia de su padre. Judith se agacha y le abre los brazos. Antoine se esconde contra su pecho y ella le besa la frente aterciopelada mientras el niño dirige sus ojos negros hacia el visitante.

—¿Quién es? —pregunta con desconfianza.

—Un señor que se marchaba ya —le susurra la joven con voz velada.

Pero el conde contempla a Antoine sin moverse. Judith, que ahora lo está mirando, cree ver de repente un espectro, un muerto con los ojos muy abiertos y en el rostro la sorpresa incrédula de las cabezas caídas en el cesto del verdugo.

—Dios misericordioso... —susurra el anciano.

Frunce los labios agrietados. Aprieta las mandíbulas pero no puede evitar que le tiemble la barbilla. Vela sus ojos un agua gris

agitada por las olas, su mirada se pierde en una niebla espesa, y Judith adivina sin dificultad a quién está viendo en los ojos negros del niño.

—Antoine, tesoro mío, ve a ver si el tío Gaétan está volviendo ya por el camino.

Mientras el niño se dirige hacia la puerta, el conde baja los ojos. Aprieta el bastón para no tambalearse.

—Ne... necesito sentarme...

Judith le acerca el último sillón que le queda por devorar a la chimenea y el anciano se deja caer. Se coloca el tricornio sobre las rodillas y permanece mucho tiempo inmóvil, el rostro vuelto hacia la ventana, respirando el aire amarillento de la librería. Ella no dice nada, presa de pensamientos confusos y de emociones que no sabe identificar. Luego el anciano abre la boca. Sus labios tiritan como si un frío mortal lo envolviera.

—Charles no me había dicho que tuviera un hijo...

Judith respira hondo y después suspira despacio.

—Sabed, señor, que el niño que acabáis de ver se llama Antoine Marbourg.

El conde de l'Eperay se estremece, la mirada perdida en la lejanía.

—Se llamaba Charles Martineau cuando nació... He creído que era él, he creído...

Enmudece y deja bruscamente de temblar como si todos los enfriamientos del pasado lo hubieran helado para siempre.

—Pues bien, se diría que en este otro caso no me he propuesto arrebatáros el apellido —replica Judith con entonación amarga.

Sacude la cabeza al encogerse de hombros y después camina hacia la cuna de Héloïse. Tumbada en medio de los libros, la pequeña acaba de abrir los ojos y hace ruiditos con la boca al tiempo que agita sus manos minúsculas. Judith le sonrío, le tararea unas palabras amables y olvida enseguida todos los rencores que no le incumben, los dolores de otra época. Cogiendo a su hija en brazos, aspira su dulce olor a miel. Héloïse se apodera de sus rizos rojos y se los lleva a la boca. Muy pronto tendrá hambre, muy pronto llorará y reclamará, y Antoine la mirará con ojos famélicos... ¿Qué hacer con tres huevos y un caparazón de pato?

—Perdonadme, señora...

Judith se vuelve hacia el conde sin dejar de mecer a su hija.

—Mi gente murmura a mis espaldas que soy un viejo loco y creo que tienen razón...

Intrigada por el nuevo tono conciliador, Judith se acerca al sillón en el que se ha sentado el anciano.

—Me he equivocado. He creído que no erais más que una aventurera, un simple capricho en la cama de mi hijo. Pero no hay nada de eso, ¿no es cierto? Despreciable ciego... tengo ante mí a la mujer que ha escogido, su concubina, su verdadera esposa quizá, y soy incapaz de verla. Tengo ante mí a sus hijos y la familia que ha formado a pesar de los extravíos de su vida, y lo único que se me ocurre hacer es prohibiros que crucéis mi puerta... Tenéis razón, moriré solo: soy un ser detestable y me merezco los rencores que se alimentan contra mí.

Judith traga saliva mientras mira por la ventana la clara luz del sol de primavera.

—No sé si los merecéis, señor, pero tenéis el don de hacerlos nacer.

El conde se alza despacio, utilizando los viejos músculos de sus piernas como un galeón azotado por las olas se dirige hacia alta mar, intrépido y entre crujidos.

—Soy viejo, señora —dice mientras se dirige hacia la joven—. Y tengo cada vez más la impresión de estar muerto aunque todavía respire... Venid a Vaillac con vuestros hijos. El palacio es grande y aunque mi tren de vida no sea el de antaño, no os faltará de nada. Vuestros hijos podrán vivir en la cuna de su apellido y yo podré morir en paz. Ya no le pido otra cosa a la vida.

Judith lo mira con atención. Contempla sus rasgos como contemplaba, de pequeña, las figuras pintadas en las vidrieras de Castelroux, aquellos rostros engastados en plomo, presos entre la magnífica luz del sol y el humo negro de los candelabros. Se pregunta de pronto si el conde no ha venido a ella torturado por la necesidad secreta de conocerla y de invitarla. Sin estar del todo segura, tiene de repente la impresión de descubrir un enigma, de entrever un poco de luz en las tinieblas del anciano. Presiente que el puente levadizo entre su corazón y su boca se derrumbó durante una guerra lejana y que sus primeras palabras dicen siempre lo contrario de lo que en realidad siente. No, no quiere saber nada de ella, pero ha venido a su encuentro. No, no le dará nada, pero le ofrece su hospitalidad. No, quiere morir solo, pero un impulso secreto lo empuja hacia los hijos de Charles... Judith esboza una sonrisa. ¿Que el conde no le pida nada a la vida significa quizá que alimenta aún alguna esperanza?

Vaillac. El nombre del palacio reaparece en su memoria mientras acaricia la cabeza de Héloïse. Vaillac. Propiedad deslumbrante en las orillas del Dordoña. Sombría cuna de Charles.

—Os haré saber mi respuesta —le comunica al conde.

Es una manera de hacerle comprender que ya ha decidido.

El viaje hunde a la joven en la languidez de los sueños febriles. Ha bajado la cortinilla para proteger a Héloïse del sol y cierra los ojos, acunada por el traqueteo que le recuerda confusamente su huida de París un año antes, la angustia a las puertas de la ciudad y la interminable noche sin dormir, los campos agitados del amanecer, Étampes, Charles silencioso frente a ella, después Fleury, la boda del Cojo, la noche bienaventurada y la marcha de Charles a Vendée, seguida del largo camino en solitario hacia las colinas de Périgord; y de pronto es como si Sarlat no hubiera sido más que una etapa, y el año pasado en la librería Lepailler otra parada, un poco más larga que las demás, en el camino que la lleva a Vaillac.

Los caballos se detienen y abre los ojos. Sébastien la ayuda a bajar porque ya están en el patio. Una luz resplandeciente la ciega: la grava blanca, los muros blancos del palacio, el cielo incandescente en el que brilla el sol de mediodía. Llevándose una mano a la frente, Judith mira a su alrededor. El patio de Vaillac forma un cuadrado perfecto. El lado por el que el coche acaba de entrar es una hilera de arcos detrás de la cual verdean los bosquetes del parque. Los otros tres componen un edificio en U de dos pisos, coronado por tejados

de pizarra brillante. En la esquina de la izquierda unos peldaños llevan hasta un atrio y una puerta de madera oscura enmarcada de bajorrelieves donde leones y unicornios se entregan a una guerra furiosa en un bosque de hojas de acanto.

La puerta se abre. Un hombre y una mujer con los ojos bajos descienden rápidamente la escalinata. Después aparece el conde en el atrio. Luce un traje de satén amarillo bordado de hilo negro. Los cabellos estirados hacia atrás le hacen una frente inmensa. Incluso desde lejos Judith advierte que lleva el rostro empolvado en exceso y realzado con maquillaje. Dos arrugas profundas trazan a lo largo de las mejillas cortes blanquecinos perfectamente simétricos.

A la joven le gustaría ver en esta elegancia una prueba de consideración en su honor, un esfuerzo por recibirla de acuerdo con las reglas de urbanidad, pero no puede evitar sentirse un tanto asustada por un refinamiento marchito al que nadie recurre desde hace lustros.

Con el bastón en la mano, el conde avanza hasta el borde de los escalones pero no desciende. Judith sube a su encuentro.

—Sed bienvenida a Vaillac, señora. En este palacio se alojó Luis XIV durante su viaje a San Juan de Luz, donde iba a desposarse con una infanta de España.

Judith observa su altiva reverencia preguntándose si no ha viajado quizás a través del tiempo y se encuentra en las orillas del mismo Dordoña, pero un siglo antes.

—Margot os conducirá a vuestros apartamentos.

—Seguidme, señora —murmura una joven robusta de rasgos vulgares que acaba de tomar en brazos a Héloïse.

Judith entra en el palacio seguida por Antoine, y después por el conde, que pone ritmo a su avance con los golpes del bastón sobre

el mármol.

Vaillac es un inmenso dédalo en el que la joven tiene todas las dificultades del mundo para orientarse. Poco a poco comprende, sin embargo, que el cuerpo del palacio dibuja una gran S de ángulos perpendiculares. El primer patio en U de la entrada no es en realidad más que uno de los bucles de esa S colosal rodeada de avenidas y de jardines. El otro bucle encuadra un patio gemelo adornado de parterres a la francesa que debían engalanarse en otro tiempo de bellos colores según las floraciones pero que se encuentran ahora invadidos por abundantes malas hierbas.

—Es la revolución, señora —masculla el conde mientras Judith se asoma a las ventanas—. Desde que guillotinaron al rey, la fuente se ha secado...

Ella contempla en medio de los jardines la pila vacía, tallada de peces fabulosos, donde se han acumulado las hojas muertas. No dice nada, pero le parece que la decadencia del palacio se remonta a una fecha más antigua, bien anterior al 14 de julio del ochenta y nueve. Una espesa capa de polvo cubre las lujosas arañas, las molduras, los cuadros, y deja dos franjas grises sobre el suelo a un lado y otro de los pasillos. Los techos, de todos modos, son altos, pintados de cielos italianos y *trompe-l'oeil* bucólicos, el mármol se adorna de volutas en todos los vanos de las puertas y el parqué de los salones despliega rosetones de marquetería tan vastos como alfombras. Ante las salas que entrevé Judith se siente a la vez maravillada y entristecida. Vaillac es como un rostro manchado de cenizas del que todavía se adivina la belleza. Yace allí algo suntuoso, quizá perdido para siempre, quizá sencillamente dormido, como un palacio de leyenda cuyo soberano dormita y en el que sólo gobierna ya un chambelán triste y marchito.

Al llegar la noche, Judith cena a solas con el conde en el gran

salón.

Sentados a ambos lados de una gran mesa oval, durante la comida sólo intercambian algunas palabras. Les resulta difícil hablar del país, de la guerra y de la República, porque sus breves comentarios les hacen sentirse como perro y gato reunidos en el mismo espacio, y ninguno de los dos quiere mostrarse descortés con el otro. Hablan por tanto vagamente de Guillaume de Salerac, que ha sabido siempre, con rara habilidad, no hacerse enemigos, y de quien el conde se acuerda bastante bien pese a que no ha vuelto a verle herborizar en sus dominios desde hace algunos años. Luego se callan los dos y el silencio crece entre ellos a medida que se alzan los montones retorcidos de cera fundida al pie de los candelabros de plata.

Judith oye ahora la respiración silbante del conde y no se atreve a hablar, como si se encontrase frente a una serpiente amodorrada. Cuanto más se consumen las velas, más incongruente le parece su presencia en esta mesa, como si no estuviera en absoluto segura del lazo que la une al viejo aristócrata o como si incluso ese lazo los obligara al silencio, y sabe que desde esta primera velada existe entre los dos, sentado a la misma gran mesa, un tercer comensal, transparente y mudo, cuya ausencia los desgarran a la manera de las quemaduras.

Judith no se atreve a pronunciar el nombre sofocante. Se pregunta si las velas se apagarán de golpe o si los muros silenciosos se derrumbarán al oírlo. Pero es el conde, con voz grave, quien finalmente rompe el silencio.

—¿Cuándo lo conocisteis?

Judith cruza las manos bajo la barbilla. El huerto de Castelroux, con los ciruelos cargados de frutos verdes, se ha convertido en un recuerdo resquebrajado en su memoria.

—Hace exactamente seis años.

Mira al conde más allá de las llamas. Él la mira también y después aparta los ojos.

—No volverá.

Las llamas de las velas ondulan sobre los candelabros y se reflejan, confusas y divididas, en el fondo de los platos vacíos.

—¿Qué sabéis vos?

El rostro del conde se ensombrece, se pliega, se agrieta todo entero como el fondo seco de los lagos que se han quedado sin agua.

—Sé que ha muerto por mí.

Se lleva la copa a los labios y bebe un sorbo de vino. Después se seca la boca con el borde de la servilleta y la deja sobre la mesa. Judith cree ver estremecerse todas las llamas cuando se pone en pie.

—Tened la bondad de excusarme. Es hora de que me retire a mis apartamentos. Ya sabéis que aquí estáis en vuestra casa. Os deseo una buena noche.

Extraña frase, curiosa hospitalidad. No; Judith no se siente en su casa, pero tampoco se siente en un lugar donde no tendría ninguna razón para estar.. Intrigada, desconcertada, sigue largo tiempo en el salón vacío, modelando la cera fundida de las velas, mientras una cocinera o su ayudante recogen sin ruido la vajilla. Después toma un candelabro y sube hacia la habitación que el conde ha hecho preparar para ella, en el primer piso del ala sur. Antoine y Héloïse ocupan habitaciones vecinas a la suya. Judith entra primero en el cuarto de Héloïse, que duerme, y después va a ver a Antoine, que está despierto y reclama un cuento.

La joven accede, el corazón extrañamente oprimido. Cuando, a la larga, Antoine se duerme, vuelve a la habitación de Héloïse para

verla antes de regresar a la suya. No le agrada que sus hijos duerman tan lejos: su casa de París era mucho más pequeña y la librería la ha acostumbrado a la estrechez y al calor de las madrigueras. Este palacio quizá sea perfecto para recibir a reyes, pero no a una loba con sus lobeznos.

Al dejar el candelabro sobre el tocador advierte que la ventana de su cuarto comunica con un balconcito. Abre y sale a la noche. El brillo de la luna nimba los árboles del parque y convierte las sombras en filigranas. Detrás de los bosquetes, el aroma del río Dordoña se alza seductor hacia la terraza. En lo alto de la colina, la silueta de una torre maltrecha, erizada de zarzas, se recorta sobre un fondo en el que brillan las estrellas. Oye ulular a un búho y correr a alguna criatura sobre los tejados. Un hálito frío le acaricia el rostro y un estremecimiento le recorre la espalda. Hay algo de inquietante en esta calma aparente y en esta belleza sombría. Judith trata de decirse que es la hora en la que los gatos cazan a los ratones, en la que los erizos se mueven bajo las hojas, en la que la noche respira, pero una angustia sin motivo le oprime el pecho. Con el corazón en vilo pone las palmas de las manos sobre la balaustrada tibia y contempla la noche mientras escucha los cuchicheos de las sombras.

Sí, tiene la sensación de que su destino, como los vientos que empujaban el globo de su tío, la llevaba a volver aquí; que Vaillac ha esperado su regreso como una plañidera de piedra sentada al borde del río y le canta al oído —murmullo subrepticio— sus tristes y sibilinas quejas.

Judith abre los ojos y contempla el maravilloso rayo dorado que entra por la ventana. Está en Vaillac en el año de gracia de 1794. Conoció a Charles hace seis años, en Castelroux, y el joven de l'Eperay la ha cortejado con tanto ardor que han tenido que casarse a toda prisa. Su boda se celebró el día de San Juan en la catedral de Sarlat. Estaba ya encinta como consecuencia de sus amores secretos en cabañas de pastores y detrás de las cortinillas bajadas del coche que traqueteaba voluptuosamente por los caminos. Antoine nació en Vaillac, donde los años han pasado, dichosos, pese a la muerte de François el otoño pasado a causa de una mala caída de caballo. La paz reina en Francia y Charles pasa la mayor parte del año en el palacio. Héloïse ha nacido el mismo día que un nuevo principito para la corona gala. Maese Lepailler pretende que los cañones han tronado en Versalles en el mismo momento en que los fuegos de artificio de Guillaume de Salerac iluminaban los tejados de Vaillac. El verano será hermoso y la vendimia excelente. Charles le pondrá enseguida las manos en las caderas y la estrechará en el abandono matutino: sus corazones empezarán a latir más deprisa y se despertarán juntos en un cuerpo a cuerpo entumecido...

La sombra de una nube apaga de golpe la hermosa luz dorada. Judith está en Vaillac en el año II de la República, entre las ásperas sábanas de un gran lecho en el que duerme sola. La vida imaginada echa a volar en el éter. El mundo vive en guerra y el ciudadano Charles Eperay está desaparecido desde hace seis meses.

La joven se levanta, se viste y sale a los corredores del gran palacio. Tarda mucho tiempo en encontrar a sus hijos en las cocinas, en el ala norte del patio de la entrada. Antoine, los labios todavía ribeteados de leche, devora una rebanada de pan untada de mermelada y Margot ya ha dado de mamar a Héloïse. Judith besa las mejillas azucaradas de su hijo y toma en brazos a la niña.

—Margot, ¿dónde está el tuyo? —le pregunta a la nodriza.

La campesina murmura con voz tímida que ha dejado a su hijo en el caserío, al cuidado de una prima.

—¡Cómo! Ve a buscarlo, no hay razón para que te separes de él.

—Es que... el señor conde no me ha dicho que pudiera traerlo.

—Se habrá olvidado —responde Judith, sentándose a la mesa—. Este palacio tiene sitio suficiente para un niño más.

—Pero si el conde no lo sabe...

—Lo sabrá: se lo diré yo. Y le diré también que la idea es mía. Vamos, ve a buscar a tu hijo... Bueno, haz como quieras, no te obligo.

Margot se queda un instante balanceando los brazos mientras sopesa la situación, luego se quita el delantal y sale con alegre celeridad. Mientras acaricia a Héloïse, Judith sorprende la mirada consternada de la cocinera.

—¿Qué sucede?

—No deberíais, señora.

—¿Qué, exactamente?

—Aquí... las cosas no cambian con facilidad, no os engañéis.

—Vivimos en república, Barbe, las cosas han cambiado ya.

—Pero aquí es diferente, señora... Aquí será siempre como antes. Os tenéis que meter eso en la cabeza, o de lo contrario será mejor irse.

Es cierto, hay poca gente en el palacio. El conde vive solo desde hace años, con un puñado de criados que vienen todos del caserío vecino, una cocinera, dos costureras, un mozo de caballos y quizá dos o tres hombres más, taciturnos y hoscos, que Judith ve cuando traen dos liebres a la cocina o retiran las cenizas del horno del pan. Son todos personas de edad avanzada: Sébastien y la robusta Margot, los más jóvenes. No hay niños, y los pasos de Antoine —que corre por los pasillos y se detiene, asombrado, ante las armaduras ennegrecidas de sus antepasados— provocan en los muros de mármol un eco singular.

¿Dónde está el conde? Judith querría hablar con él pero no sabe dónde encontrarle. Sale a la terraza, recorre los jardines invadidos de cardos, entra en las caballerizas, examina los animales en la penumbra y acaricia los ollares de una yegua gris. Dime, ¿todo sigue en Vaillac como siempre?

Finalmente le localiza en el gran salón, sentado junto a la chimenea apagada, el bastón abandonado cerca y el rostro alzado hacia las ventanas.

—Señor, querría pedirlos permiso para introducir algunas modificaciones en mis apartamentos..., me refiero a las habitaciones que habéis tenido a bien concedernos a mis hijos y a mí.

El conde observa el jardín, los ojos perdidos en la lejanía. Judith sigue la dirección de su mirada. Entre los macizos de espino

albar Antoine busca caracoles.

—¿Qué clase de modificaciones?

—Me gustaría instalar a Héloïse conmigo y abrir las puertas que separan mi habitación de la de Antoine, y acercar su cama a la pared para oírlo si se despierta.

—¿También sufre pesadillas?

Judith escudriña el rostro del anciano, la boca contraída, la frente con pliegues, la mirada gris atraída por el niño que juega en el jardín.

—No, señor. Me mueve sólo la inquietud de velar por él.

El conde respira hondo. Su aliento se detiene un instante dentro del pecho, hinchando su casaca de brocado y sus encajes descoloridos. Luego suspira.

—Haced como mejor os parezca. Pero no rompáis nada.

Judith abre los ojos y contempla un rayo de sol en el que bailan brillantes motas de polvo. Está en Vaillac, en el año de gracia de 1794 y en el lecho de grandes dimensiones donde duerme desde hace cinco años. Charles descansa a su lado. La vida ha sido clemente con ellos: tienen hijos hermosos y sus días discurren apacibles, bendecidos con despertares voluptuosos. Charles vuelve la cabeza hacia ella, Judith reconoce el soplo regular de su aliento en el hombro y el calor de su cuerpo tumbado junto al suyo. Tiene ganas de besarle la piel tibia, su vientre se estremece de deseo, la boca se le hace agua... Pero el aire empuja los visillos y la luz dorada desaparece. Está en Vaillac en el año II de la República. Sola. Quienes se oponen a Robespierre caen ajusticiados en la guillotina desde el

comienzo de la primavera: los hebertistas, los indulgentes, Danton y Camille Desmoulins, uno tras otro. El comisario de la República Eperay no ha vuelto a Périgord: «¿Dónde estás? ¿Te han matado sin que lo sepa yo?». Apartando las sábanas, Judith renuncia al lecho vacío, con la nostalgia de una vida perdida en el tumulto de la historia, y sale a los vastos corredores del palacio.

Pasa buena parte de la mañana buscando a Sébastien, porque necesita unos brazos fuertes para llevar a cabo los cambios que se le han ocurrido. Reúne al cochero y a los otros dos criados, y es el comienzo de un gran desorden que dura toda una semana en el primer piso del ala sur. Se cambian de sitio los muebles, se descuelgan las cortinas y los tapices, se sacan todos los sillones y los veladores al sol esplendoroso del jardín y se emprende la tarea de lavar, de lustrar, de secar. Vuelven a abrirse los viejos tarros de cera para abrillantar las maderas. Se limpia hasta el fondo los jarrones vacíos, donde yacen moscas muertas, y se consigue que brillen los pies deslucidos de los candelabros. Quitando la herrumbre de las cerraduras, Judith vuelve a abrir las puertas de las antecámaras cerradas desde hace mucho tiempo. Enrolla las alfombras y después de llevarlas al césped pide a Antoine que salte encima durante horas. Las doncellas quitan el polvo hasta del más pequeño rincón de las molduras de mármol y Margot va a recoger ramilletes de lilas y de rosas silvestres que llenan las habitaciones de colores y de perfumes frescos. A continuación Judith lo arregla todo en un orden tan nuevo que el conde de l'Eperay se estremece cuando franquea las puertas que la joven, la sonrisa en los labios, abre de par en par delante de él.

El señor de Vaillac lo contempla todo, lívido, como si un lacayo hubiera tenido la audacia de abofetearlo, y se marcha sin pronunciar

una sola palabra.

—Os lo había dicho —afirma la cocinera—. Pero habéis hecho bien de todos modos: está más bonito así.

La luz dorada inunda el suelo encerado, brilla sobre los brazos de los candelabros e ilumina el techo blanco. Judith está en Vaillac, en el año de gracia 1794, en el esplendor de una habitación perfumada y Charles duerme a su lado. Dentro de un momento irán a pasearse entre las viñas de uvas verdes y ella montará la yegua gris que él le ha regalado; después beberán en la terraza el vino ligero del año anterior, con sabor a miel, mientras los niños juegan cerca de los macizos en flor, qué hermosa es la vida, amor mío, no podríamos ser más dichosos...

Parpadeando, la joven sale de su ensoñación matinal. Está en Vaillac en el año II de la República, sola, viuda, el cuerpo pesado de deseos enterrados: «¿Dónde estás? ¿Por qué no has vuelto para compartir conmigo esta vida dorada?». Se levanta, toma en brazos a Héloïse y sale al laberinto del palacio, atormentada por preguntas sin respuesta que parecen brotar de los pasamanos de piedra.

Sébastien viene a buscarla. Tiene algo que enseñarle. Judith lo sigue por una red de escaleras hasta un inmenso granero. Allí, en un revoltijo de muebles viejos y telarañas, el cochero le señala un rectángulo cubierto con un lienzo blanco.

—Es la única cosa que el señor... que el ciudadano comisario quiso guardar de su antigua vida.

Judith alza el paño. Es la batalla de Yorktown, el gran cuadro colgado en otro tiempo en el salón del número seis de la rue de Condé. La joven contempla la llanura de colores sombríos, las líneas de artillería, el humo de los cañones, el brillo de las bayonetas. «¿Por qué te gusta ese cuadro? —le preguntó a Charles un día que estaba sentada sobre sus rodillas en el salón—. No son más que locos que se matan entre sí». «Soñaba con esa batalla antes incluso de saber quién era yo, y me faltaba todavía conocerte para tener deseos de colgar de la pared tus bellas formas lánguidas.» «¿Soy acaso un campo de batalla?», coqueteó ella. «No lo dudes...» Sus cuerpos se enlazaron como se mezclan dos ejércitos en primera línea y pudo ser allí, durante aquella urgencia belicosa, cuando concibieron a Antoine.

—Coloquémoslo en su habitación —articula Judith con voz estrangulada.

De pronto se da cuenta de que no sabe cuál es la habitación de Charles en Vaillac, ni siquiera si tiene una. Sébastien la conduce hasta una vasta pieza del primer piso. Las paredes están tapizadas de flores de lis y el techo decorado con unas nubes sobre las que juegan angelotes. Un gran lecho con baldaquín despliega en mitad de la habitación sus drapeados de terciopelo blanco forrados de seda amarilla. Un escritorio de marquetería resplandece hasta en sus asas de cobre. Resulta suntuosa. La alcoba de un príncipe.

—¿Estás seguro de que es ésta?

—Sí, señora. Es la habitación que el señor conde asignó a su hijo hace unos años. Antes.

Se calla. Judith observa la pieza, desconcertada.

—He cambiado de opinión: vamos a colgarlo en la mía.

Existe precisamente un gran lienzo de muro vacío sobre la cuna de Héloïse. La batalla de Yorktown viene a colocarse allí,

recuerdo de un salón que ya no existe en una calle que ha cambiado de nombre, en memoria de horas voluptuosas que se esfumaron y de un desaparecido al que aún se aferra en la breve dulzura del despertar.

El verano estalla, extrañamente ajeno al Terror y a la guerra, incluso aunque Judith regrese de cuando en cuando a Sarlat en busca de noticias. Hace una visita a maese Lepailler y a Mariam, bebe una copa de moscatel con Blanche, abraza al pequeño François y a Angeline. El calor cuece los tejados de la ciudad y el país se hunde en una locura ardiente hecha de Ser Supremo y de odiosos conspiradores. Cansado de pólvoras negras, Guillaume de Salerac se encierra en el silencio. Se vuelve taciturno. Sólo Anne de Salerac va todavía a Castelroux, a poner flores en la tumba de François en el huerto donde los ciruelos están otra vez cargados de frutos.

Pasan los días. Todas las mañanas Judith, al despertarse, recibe la gracia de poder creer por un instante en la ilusión de una vida perdida en las mil posibilidades de los mundos soñados. Está en Vaillac en el año de gracia de 1794 y Charles duerme junto a ella. Siente deseos de un tercer hijo porque la vida es bella. Una mano cálida se posa sobre su vientre... Después regresa al año II. A la ausencia en las sábanas vacías. A la pregunta dolorosa que le golpea la frente como un insecto se golpea contra un cristal hasta aturdirse. «¿Dónde estás? ¿Qué han hecho contigo?» Amarga pregunta sin respuesta. Vitriolo ardiente como aquel alcohol de patata que Guillaume de Salerac se divertía en destilar cuando el mundo estaba

en paz.

Vaga todos los días por los corredores, desamparada, en busca de una respuesta a las preguntas que no sabe formular. Antoine la sigue a menudo y es quizá así, a fuerza de pasearse sin rumbo por los meandros del palacio, como se le ocurre la idea de buscar algún tesoro para que su hijo se entretenga. No se trata más que de un juego, por supuesto. Aprovechando el calor del mediodía, Judith recorre Vaillac provista de papel y lápiz. Mientras Antoine se echa la siesta, su madre esconde el tesoro —un caracol, un dulce, unos juguetitos encontrados en el granero—, dibuja en trozos de papel los escondites donde están las pistas y los siembra aquí y allá, en un jarrón de la biblioteca, dentro de la leñera que hay en la cocina, bajo los cojines de los sofás, entre los dedos de las armaduras del vestíbulo. Apenas despierto, Antoine corre de aquí para allá en busca de los papeles escondidos, pero se siente a menudo decepcionado cuando encuentra el tesoro y reclama de inmediato otro juego.

Una tarde Judith entra en la habitación de las flores de lis en busca de un nuevo escondite. Su esplendor la desconcierta como la primera vez que la vio, pero le sorprende no ver ni una mota de polvo, como si una mano delicada tuviera cuidado de limpiar todos los días. En la calma del palacio, se sienta en el borde de la cama y después se tumba, respirando el aire cálido del estío. El sol golpea las ventanas cerradas de la habitación: el dormitorio de Charles, suntuoso y vacío. Una pieza en la que sin duda no ha descansado nunca. Se vuelve, retira la colcha y pega la nariz a las almohadas. No; no hay nada de él, ni olor ni perfume, nada en todo el palacio que lleve su huella, nada que cuente que ha vivido aquí. Sin embargo, su presencia palpita por todas partes: en el mármol blanco de los

corredores; en las miradas que se posan, silenciosas, sobre Antoine; en los ojos fríos del conde, que finge olvidar que tuvo un hijo y no habla jamás.

Un día que la cocinera corta cebollas para añadirlas a la marmita donde se cuecen a fuego lento varios cuartos de liebre, Judith la interroga.

—Barbe, ¿desde cuándo sirves en el palacio?

—Desde siempre, señora.

Judith menea la cabeza. Está pelando tres dientes de ajo y se esfuerza por ganarse a la cocinera poniéndose a su servicio.

—Entonces, ¿estabas aquí cuando el señor Charles era niño?

Barbe no dice nada y resopla; después, sin pronunciar una palabra, echa sus trozos de cebolla en la marmita.

—Respóndeme.

—Estoy aquí desde siempre, señora.

—Cuéntame lo que pasó antes.

De nuevo el largo silencio. A la espera de una respuesta, Judith escucha el hervor ligero del líquido en la marmita. Es como un discurso con muchos rodeos en una lengua incomprensible. La cocinera, de espaldas, mete la cabeza entre los hombros como si se hubiera convertido de repente en una tortuga capaz de desaparecer en su caparazón.

—¿Barbe?

—No pasó nada, señora...

La anciana se vuelve. Tiene los ojos y la nariz rojos. Dice suspirando que necesita más cebollas pero que no tiene y se va a buscarlas a la lejana despensa.

Para preparar los juegos de Antoine, Judith inspecciona todos los aposentos del palacio, como si también ella buscara un tesoro escondido, un secreto que presiente en los intrincados corredores y en el silencio blanco del mármol, sin otra guía que la vaga inquietud que le quema el corazón: «¿Dónde estás? ¿Qué han hecho contigo?».

Abre mil puertas, husmea sin fin, interroga a todos los objetos capaces de encerrar una respuesta. Conoce pronto hasta el menor rincón de la sala de armas, de la biblioteca, del gran salón, del pequeño salón, de la cámara de los blasones, del gabinete inglés, del salón chino, de la sala de billar, de las salas amarilla y azul, de las cocinas, de las dependencias, de los desvanes y hasta de la caballeriza donde los caballos resoplan en la sombra cerca del coche dormido. Desciende incluso a los vastos sótanos, sin otra iluminación que la penumbra producida por los tragaluces abiertos en las bóvedas de granito, donde descansan los pesados toneles de vino en una serenidad atemporal. No encuentra nada. Ni siquiera sabe ya qué es lo que busca.

Sólo los apartamentos del conde siguen vedados a su curiosidad: la habitación a la que el anciano se retira todas las noches después de cenar, el despacho donde sorprendió en otro tiempo su conversación con el joven huérfano todavía enfundado en una levita, y, finalmente, el excepcional salón de los autómatas.

—Son objetos frágiles —le explica el conde con una sonrisa crispada—. Algunos de esos autómatas son obras únicas. Entended que, sin proponérselo, las manos de un niño podrían romperlos.

Judith aprovecha la conversación para interrogarle sobre la habitación que más le intriga: el vasto dormitorio decorado con flores

de lis.

—Es la cámara regia. Donde durmió el Rey Sol de camino a su boda.

—Se me ha dicho que era la habitación de Charles —dice ella pronunciando a propósito el nombre desterrado.

El rostro del anciano se oscurece.

—Habría sido su cámara si se hubiera comportado como un hijo.

Ha hablado con voz colérica, casi ahogada.

—¿Se la limpia todos los días pensando en él?

—La limpieza se hace porque es la habitación de un rey.

Judith abre la boca para proseguir el interrogatorio, pero Antoine, que se desliza entre sus piernas, hace que las palabras estallen en sus labios como pompas de jabón. El niño entra corriendo en el gran aposento: pronto mirará detrás del reloj y descubrirá su tesoro. Desde el límite de la suntuosa estancia donde el pequeño vacila, Judith observa al conde que, hace un momento, ha emitido el curioso deseo de acompañarla durante la búsqueda del tesoro de su nieto. ¿Qué clase de persona podía haber sido treinta o cuarenta años antes? Un gentilhomme elegante. Un oficial respetado. Un hábil diplomático. Ciertamente ha sabido encarnar de maravilla todas las cualidades de su clase. Pero el individuo taciturno que crispera la mano sobre su bastón en el vano de la puerta no es más que una sombra que se desvanece en el crepúsculo. Un atisbo de interés brilla en sus ojos mientras observa las vacilaciones de Antoine, una pavesa de alegría angustiada hundida bajo la dureza de sus iris grises. ¿Ha mirado alguna vez a Charles con esos ojos?

—¡Lo he encontrado!

Antoine desliza una mano por detrás del reloj y muestra una voluminosa sortija adornada con leones y unicornios. Judith frunce el ceño al reconocer en la joya el escudo de armas esculpido en el frontón del palacio. Lanza al conde una mirada de interrogación. Mientras Antoine se pone la sortija, su madre se acerca al anciano. Los dos ven cómo el niño se asombra del peso del objeto, después ella susurra al oído del señor de Vaillac:

—¿Os habéis comido los dulces?

—Sí —responde.

Y su boca se tuerce en una sonrisa un poco triste.

Judith abre los ojos y contempla la luz dorada. Está en Vaillac en el año de gracia de 1794... no, en el calor de termidor del segundo año de la República y Charles no duerme, no ha dormido a su lado más que una sola y miserable noche... Suspira, después se levanta y se viste, cansada de no entender nada de este palacio que recorre como en otro tiempo pasaba las hojas de los libros en ruso y en sueco de la librería de Gaétan Lepailler.

El verano se precipita hacia su desenlace, todo en olores secos, todavía demasiado cálido al mediodía en las avenidas que bordean el palacio, pero majestuoso al atardecer en la vasta terraza que se abre desde el salón y desciende, por un entrelazarse de parterres amarillentos, hasta las orillas del Dordoña.

Cerca ya de la hora de la cena, Judith cede a la tentación de trepar hasta lo alto de la colina situada detrás del palacio, hasta la

vieja torre en ruinas. La cuesta es más empinada de lo que parece, por lo que llega a la cumbre sin aliento, y se pone en jarras para contemplar el paisaje mientras se le normaliza la respiración. Una brisa fresca le acaricia la frente. El cielo tiene la intensidad profunda de un satén azul con una orla de oro en el horizonte y el Dordoña se estremece como una larga serpiente verde de escamas irisadas. Pero la vista de los viñedos entristece a la joven. El conde ha dejado de ocuparse de sus tierras. Las propiedades decaen con el paso de las estaciones y las viñas machorras sólo ofrecen sus uvas rubias y moradas al sol y a las avispas.

En la depresión de un vallecito, Judith descubre las ruinas de una casa. Una melancolía indefinible le oprime el corazón. Pese a la hora tardía, camina entre las hileras de cepas retorcidas y sarmientos hirsutos, y desciende la ladera por donde revolotean nubes de moscardones. Es una tarde de calor aplastante. Judith camina decidida hacia el edificio hundido, se acerca a las ruinas y contempla a la luz cobriza del atardecer el confuso entrecruzarse de piedras, zarzas y tejas ennegrecidas por las lenguas de llamas antediluvianas. Se queda quieta mucho tiempo, un poco petrificada, con un sentimiento angustioso que le recuerda el entierro de François, el de Philippe, la pérdida de los seres queridos a los que tanto ha amado.

Si no fuera por la noche que ya llega, por sus hijos que quizá la buscan, por el conde que la espera para cenar, se arrojaría sobre este montón de piedras, las registraría, no se cansaría de revolverlas hasta encontrar los secretos enterrados que Vaillac no le entrega. Los ojos se le llenan de lágrimas. Incapaz de entender la tristeza que le anuda la garganta, da media vuelta y se dirige hacia el camino para regresar al palacio en medio del triste croar de las ranas.

Poco a poco las lenguas se desatan y las respuestas que apuntan, las confesiones que afloran, forman, al acercarse el otoño, una madeja de relatos confusos que Judith se esfuerza por desenredar cada noche, cuando todo el mundo duerme bajo los tejados negros de Vaillac. Ignora por qué o para quién pone por escrito, con la paciencia de un cronista imperial, las confesiones tortuosas y fragmentarias que ha recogido: tal vez para ella, para Charles cuando regrese, para entender por qué no ha tenido esa vida que danza en los rayos dorados, para no olvidar, para olvidar un día... Pero lo hace con una obstinación que le sirve de consuelo y los párrafos se acumulan bajo su mano, mientras el verano se acaba y susurran los oscuros castaños del parque al otro lado de la ventana abierta.

«Las ruinas cubiertas de zarzas son todo lo que queda de la casa del antiguo maestro bodeguero, un caserón campesino de pesada arquitectura, que me recuerda vagamente al esqueleto austero de la casa del ahorcado. En otro tiempo Edmond Martineau vivía allí

con su familia. Era plebeyo, pero un hombre de gustos sutiles, una especie de alquimista de la maceración de la uva, gracias al cual las propiedades del conde han producido excelentes vinos blancos, suaves y afrutados, que él ofrecía con orgullo a su rey bienamado, Luis XV. Los dos hombres mantenían, según se cuenta, una buena amistad. El conde y el maestro bodeguero. A lo que hay que añadir que el conde disfrutaba del favor del rey, que le confió su misión de embajada en España.

»Edmond Martineau encontró la muerte en el incendio de su casa, a finales del mes de agosto del año 1770, muy poco antes de la vendimia. Tú tenías seis años. Georges, el viejo mozo de cuadra que debía de ser por entonces un mocetón robusto me ha contado cómo ayudó a llevar los cubos de agua. Pero la casa estaba lejos del pozo y demasiado lejos del río. Ardió toda la noche al borde de los viñedos y se temió incluso que el incendio se extendiera a las colinas. A pesar de los brazos y de la gente de la aldea que acudió como refuerzo, el tejado se derrumbó y todo ardió como paja al pie de las viñas cargadas de uva. El vino de aquel año tuvo un regusto a cenizas. Puede que sea una exageración poética, pero sin el maestro bodeguero es probable que fuese malo.

»Tu padre adoptivo murió por tanto entre las llamas, al igual que tu madre y dos de tus hermanos y hermanas: gemelos dos años más jóvenes que tú —¿lo sabías?— que se parecían tanto que se hubiera dicho que eran una artimaña del maligno. Otra artimaña del maligno quizá, tú, que saliste indemne del fuego. Creo que no debías de encontrarte en esa casa en el momento del incendio. Milagro, en cambio, tu hermana de pocos meses que apareció con vida, protegida por un caldero invertido en el interior de la chimenea. El conde, al parecer, cayó de rodillas, y Barbe, la cocinera, me ha contado que sus mejillas estaban surcadas de lágrimas grises. Ignoro sin embargo qué era lo que más le hacía llorar.

»Mis preguntas sobre tu madre quedan sin respuesta y el silencio que la rodea me parece ya, en sí, “un objeto digno de estudio”, como diría mi tío. He preguntado su apellido, su nombre de pila, su edad. La cocinera, el viejo mozo de cuadra y los demás han sacudido la cabeza como asnos porfiados. Tendría que interrogar al conde pero no me atrevo a hacerlo: ya evita de continuo hablarme de ti y presiento que con este tema corro el riesgo de enfadarlo.

»Aunque yo también soy testaruda y he dado otros rodeos. Hoy le he preguntado a Barbe qué aspecto tenía tu madre y Barbe me ha respondido que se parecía a su hijo y al hijo de su hijo, “al pequeño de vuestra señoría que corre por los pasillos”. Tenía los cabellos negros y los ojos negros como un diamante caído en el fondo de un pozo. Imagino que debía de ser hermosa, porque tú eres apuesto y Antoine también lo es. El padre Anselme decía que estaba hecha a imagen de la tentación diabólica. ¿Lo tentaba también a él? ¿Cuántos varones aquí se sentían atraídos, aparte del conde, claro está, y quizás del maestro bodeguero? Nadie me ha respondido. La condesa había prohibido pronunciar su nombre y el padre Anselme explicaba que más valía santiguarse a su paso, porque había tenido comercio con Satanás. ¿Qué habría dicho la gente de aquí si Mariam hubiera vivido con ellos?

»Curiosamente, se cuenta, todavía hoy, que eras hijo del diablo. He interrumpido a Barbe cuando estábamos ocupadas en seleccionar algunos racimos de mala calidad bajo el sol en el patio: “¿El hijo del conde, quieres decir?”. Ha necesitado un poco de tiempo para admitirlo, como si no estuviera, en el fondo, completamente segura: sí, es cierto —me ha dicho más o menos en estos términos—, aunque se convirtió en hijo del conde mucho más tarde. Después del incendio, después de los años negros y del olvido, después de la muerte de la condesa. Te has convertido en Charles de l’Eperay mucho después, diecinueve años después de nacer para ser exactos,

pero no sé si has logrado nunca apropiarte ese nombre.

»Naciste en la primavera del año 1764, después de un invierno tan duro que las gallinas se morían de frío por la noche en sus palos e incubaban huevos helados. El día del parto fue como si hubiera llegado el fin del mundo. A medida que se acercaba, el cielo se oscureció sin por ello velarse de nubes y de pronto cayó la noche en pleno día. Mi tío ha alzado las cejas, llenas ya de canas, cuando le he transmitido ese hecho. Se acuerda perfectamente del día: el primero de abril. La Academia de las Ciencias difundió numerosos avisos en el curso de las semanas precedentes con el fin de informar a las campesinos del gran eclipse anular que iba a producirse. Guillaume en persona impartió amplias lecciones de astronomía a la gente de Castelroux, explicándoles con ayuda de nueces cómo los movimientos celestes conducían a veces a los astros a ocultarse unos detrás de otros como los corderos en un prado, pero no sirvió de nada: todo el mundo corrió a refugiarse en la capilla dando gritos en el momento en que el sol desapareció. Y fue entonces cuando naciste, en esa casa que ardería más tarde en medio de las viñas.

»Gaétan Lepailler, que me hostiga tan sutilmente que termino siempre por confiarle lo que se me pasa por la cabeza, ha reído entusiasmado cuando le he contado eso, tu nacimiento en el día del eclipse, y he llegado a creer que se disponía a aplaudir: "Ese hombre tendrá prodigios que contar en sus memorias, ¡te lo aseguro!". No le he respondido. Me aterra que no dispongas ya del tiempo de vida suficiente para escribirlas. Me aterra llegar a descubrir que soy yo quien las redacta en lugar de hacerlo tú.

»Tu padre era de joven un brillante oficial de infantería. Pasaba poco tiempo en sus tierras y dividía su vida entre las guarniciones y los salones. Era un hombre mundano, una afirmación difícil de creer para quien lo conoce ahora. Tenía, por lo que parece, verdadero éxito

con las mujeres, pese a que ninguna de las costureras llenas de arrugas que se encargan todavía hoy de la ropa blanca en el palacio ha querido reconocer ninguna experiencia personal en otro tiempo. A finales de los años cincuenta, Etienne de l'Eperay hizo lo que todo buen aristócrata voluble hacía por entonces y sin duda en todas las épocas: contraer un matrimonio bien pensado. Se casó con una prima lejana rica, con lo que ganó para su apellido algunos señoríos más, y después se marchó a España, donde vivió más de un año, dejando a su esposa dar a luz sola al hijo que, de todos modos, le había hecho antes de partir.

»Sus actividades en España, las gentes que conoció y los sitios donde vivió siguen siendo un misterio. Pero cuando regresó a Vaillac lo acompañaba un cofre repleto de tesoros, un lacayo andaluz y la criada de ojos negros que el padre Anselme empezó enseguida a describir como una brasa maldita. He preguntado veinte veces por qué la trajo consigo, pero nadie me ha respondido. Nadie lo sabe o nadie quiere ser quien diga lo que, sin embargo, parece evidente: que se reunía a menudo con él en su alcoba; que el conde debía de sentir hacia ella una atracción que iba más allá del simple apetito carnal. Y creo, aunque se la haya dado rápidamente en matrimonio a su maestro bodeguero, estoy convencida de que la amaba.

»El padre Anselme era, por lo que Barbe me ha contado, el confesor de la condesa, mujer muy creyente y virtuosa, muy buena cristiana según Honorine, su costurera. El sacerdote vivía en el palacio desde la marcha del conde a España, porque la condesa no soportaba la soledad y tenía necesidad del socorro divino para no derrumbarse en el aislamiento terrible de Vaillac durante los meses de invierno. Confieso que tengo sospechas de algún lazo menos espiritual, pero quizá sean elucubraciones por mi parte: sabes bien que mi imaginación tiene sus debilidades y que no soy un ejemplo de virtud. Todo el mundo me ha descrito a aquel hombre como un santo

tocado por la gracia, que recitaba las Escrituras con los ojos cerrados, predicaba los sermones de Cuaresma con voz vibrante y se flagelaba a veces como los verdaderos penitentes de antaño, en remisión de los pecados del mundo.

»Después del incendio de la casa del maestro bodeguero se enterró a los muertos y la vida continuó. De los hijos de la española, el apodo banal de tu madre, no quedabais más que tú y la última, la niña de pecho encontrada bajo un caldero. A decir verdad hoy no quedas más que tú, si es verdad que vives aún, porque el conde envió algunos años más tarde a la pequeña a las agustinas de Bergerac, en la época en que también a ti te mandó lejos de Vaillac, pero la niñita murió antes de llegar. Un eje se rompió al cruzar el puente y el coche cayó en el río Dordoña. Nadie tuvo lágrimas para llorarla, la desventurada, porque era la época en que Célestin, tu hermanastro, el hijo legítimo de tu padre, acababa de morir de una caída de caballo en el parque y el palacio era más siniestro que esa vieja torre encaramada sobre la colina. Por lo que a ti respecta eras como un animal enloquecido, pero cuando he preguntado por qué, Barbe se ha limitado a decir que no la obligara a hablar de aquellos años, porque hay cosas tan malas en la vida que nos dejan un peso hasta la muerte, y ha salido de la cocina con el pretexto de que tenía que marcharse al pueblo.

»Sin embargo me he enterado. Honorine ha hablado y también Georges, un poco. La condesa se volvió loca al morir su hijo. Hizo que le fabricaran un muñeco de la talla del joven desaparecido y pedía a sus camareras que lo vistieran todas las mañanas, cada día con un traje distinto, y que lo desnudaran por la noche y le pusieran un camisón. Pasaron los años. Después de tu marcha un gran silencio cayó sobre el palacio. El conde se encerró en sí mismo y en sus tierras como un animal herido que no abandona ya su madriguera. El aristócrata elegante envejeció, el oficial seductor se rindió a la

decrepitud y los años hicieron de él ese anciano solitario con puñales en los ojos. Al final de su vida la condesa no salía ya de su dormitorio, una habitación del segundo piso que, al parecer, se transformó después en despacho. Sólo hablaba a su querido muñeco; el conde, por su parte, no hablaba con nadie. Después de la muerte de su esposa, hizo quemar todas sus pertenencias. Fue Georges quien arrojó sus hermosos vestidos de seda al fuego llorando y lamentándose, e incluso el muñeco, y le pesaba tanto en el corazón que se había prometido no hablar nunca de ello. “Si no se habla, señora, es un poco como si no hubiera existido”, me ha dicho.

»Esa hoguera debía de humear todavía cuando el conde mandó a buscarte. A tu regreso al palacio la gente apenas te reconoció, tanto habías crecido. Eras un hombre desconfiado y asustadizo, pero todavía les dabas miedo porque tenías los ojos de tu madre, los ojos de ese hijo tuyo que corre por los pasillos, “y esos ojos, señora, nadie aquí los ha olvidado...”. También yo conozco el poder de esos ojos que me cautivaron en Castelroux hace ya tiempo. El conde afirma que has muerto, pero seré yo quien se muera si no regresas.

»El resto de tu historia lo puedo contar sin necesidad de preguntar a nadie. He sido el testigo, la causa, la meta, a veces la instigadora y en ocasiones la víctima. Es tan inseparable de la mía como tu sangre y mi sangre están unidas en las venas de Antoine. Sé de tu regreso a Vaillac y de cómo recibiste la noticia de tu nuevo apellido el día en que caí del cielo en medio de los viñedos, de tu marcha a la academia de Mézières, los años que pasaste tratando de ser Charles de l’Eperay, el invitado taciturno del que me enamoré en la boda de mi hermana y que me sirvió una copa de vino de naranja tan amargo y tan dulce, mi primera dicha brutal y desmañada en la casa del ahorcado, después el motín de junio del ochenta y nueve y el salvador providencial con el que me crucé en medio de la multitud de la rue Saint-Antoine, el capitán de la Guardia Nacional, tú, a quien

amé hasta la locura bajo el baldaquín azul y que huyó de mis brazos cuando quedé encinta, después el hombre cruel y frío que no logré ahogar en el Atlántico, el agente del Tribunal Revolucionario que volvió una noche a mi casa, mi felicidad recobrada en el calor del fuego de Fleury, el espía de la Seguridad General enviado a Vendée, el comisario de la República que entró una noche de tormenta en la librería Lepailler para reivindicar mujer e hijo como quien decreta una confiscación. Y la noche terrible, tu carta y tu desaparición. Y ahora este dédalo en el que devano el hilo de tu vida como si se tratara de la mía.»

Judith deja la pluma sobre la mesa, cansada, agotada. Siente un batir de alas a su espalda y adivina, en la balaustrada del balcón, la lechucita gris que viene a visitarla todas las noches. Después de apagar las velas casi consumidas ya, se vuelve y la lechuza sigue allí, toda redonda y pálida en el azul sombrío del claro de luna, con la silueta blanda de un ratón o de un topillo en el gancho diminuto de su pico. El ave mira a la joven con calma, guiña sus grandes y enigmáticos ojos negros y después desaparece bruscamente en la noche.

La tormenta ha llegado tan deprisa que una noche grisácea cae bruscamente sobre Vaillac a primera hora de la tarde. Judith se apresura a encender las luces del gran salón. Con las cristaleras abiertas por todas partes, un viento que se arremolina, cargado de briznas de hierbas secas, hace danzar los visillos blancos a la manera de fantasmas invitados a un baile. La lluvia estalla de repente sobre las losas de la terraza. Judith abandona el candelabro de llamas inclinadas y se dirige a las ventanas que cierra una tras otra: ha de luchar contra los brazos invisibles del chaparrón que le escupe en el rostro y forzar las fallebas, contrariadas al ver que se acaba tan pronto el baile de los visillos y que queda fuera toda la hermosa alegría salvaje de la tormenta. La joven suspira: esta lluvia repentina la angustia. Se pregunta si quedan en algún otro sitio más ventanas que cerrar, si el palacio está suficientemente al abrigo de los elementos desencadenados. Las nubes negras se amontonan sobre la espalda de las colinas y el Dordoña no es más que una corriente de pez sin reflejos.

De repente oye gritos.

Se vuelve, se lanza, sale ya al pasillo, a la escalera, ¡no! Es en el

otro corredor. Antoine viene hacia ella, el rostro blanco como el mármol. Se arroja en sus brazos y llora, temblando de miedo.

Judith tarda mucho tiempo en tranquilizarlo. Está aterrorizado: ni siquiera el perro del tío Leblet lo había asustado nunca hasta este punto. Solloza, tiene hipo, se limpia la nariz con la manga. Judith lo besa en la frente, utiliza una servilleta olvidada sobre la mesa y le suena la nariz, después lo mece y le repite que cuente lo que le ha pasado. Antoine resopla y recobra el aliento. Una seriedad de adulto se apodera poco a poco de sus facciones. Después se vuelve hacia su madre y le dice en voz baja, como si no quisiera que le oyese nadie más:

—Hay un niño que llora en el sótano...

Judith se zambulle hasta el fondo de sus ojos negros y se estremece. Tiene mucho más que los ojos de su padre: tiene su mirada.

—Encerrado en las piedras...

Judith querría replicarle que eso no es posible, que los sótanos son muy grandes y están iluminados por tragaluces que dejan pasar bajo las bóvedas una claridad apagada, que la cerradura de la puerta está rota desde hace mucho tiempo, que no se puede echar la llave y que no hay ningún otro niño en el palacio excepto él, su hermanita y el hijo de Margot, que todavía no ha empezado a andar. Pero Antoine tiene la mirada de Charles y, aunque ha brillado mucha locura en esos ojos, su mirada no ha mentido nunca.

—Llévame.

Apoderándose de un candelabro, Judith sigue o, más bien, lleva de la mano al niño que la guía, temeroso.

Bajan al sótano. Antoine se detiene al final de los escalones, petrificado. Apretando su mano fría, Judith escudriña las bóvedas. El

sótano, sin duda, está más oscuro que de ordinario, pero no oye nada salvo la lluvia, que tamborilea en el exterior contra los muros.

Antoine señala con el dedo hacia el fondo. Avanzan lentamente entre tragaluces oscurecidos, pesadas columnas de piedra y toneles de vino. De repente el niño se detiene y señala un rincón de sombra entre dos pilas de toneles vacíos. Judith avanza apenas cuando siente deslizársele de entre los dedos la mano de su hijo. Sus pasos rápidos se pierden en el tumulto sordo de la lluvia tan deprisa que renuncia a llamarlo.

Alzando el candelabro por encima de su cabeza, avanza despacio, llega hasta el muro y lo toca. La piedra rugosa le pincha la mano como el heno viejo poblado de insectos invisibles, y los muros del palacio retumban como un animal que se despierta. Pero Judith no oye nada más. Su mano izquierda roza la piedra, desciende sola, se aparta del extremo del brazo como un perro al final de una correa.

Siguiendo el olfato ciego de su mano, da unos pasos hacia la izquierda. Un montón de tablillas rotas surge de la sombra a ras del suelo, más allá de la pila de toneles. Detrás, Judith descubre una puerta tan baja que ningún hombre podría entrar erguido. La joven se agacha, deja el candelabro en el suelo y vacila, el corazón desbocado. ¿No sería mejor preguntar al conde? ¿Hacer que Sébastien la ayude?

Mientras lo piensa, retira ya las tablillas, una tras otra. La puerta aparece en su totalidad a la luz de las velas, minúscula pero fascinante como el pórtico de una catedral. Hay algo allí detrás. Un viejo candado, oxidado y abierto, cuelga de un gancho. Judith agarra el pomo que siente desmoronársele en la palma de la mano y tira. La puerta resiste al principio, pero cede después, y una negrura sin nombre se abre ante ella como una boca.

Judith tose. El aire acre le pica en la garganta. Deja el

candelabro delante de la puerta y entra a cuatro patas. Está a punto de caer, porque hay una escalera, peldaños irregulares que se hunden en la nada. Sigue avanzando a tuestas y siente bajo los dedos el suelo terroso. Tierra suelta. Húmeda. Guijarros. Granos de arena. Y cosas puntiagudas con un extraño relieve, semejantes a huesecitos sin forma. La lluvia devuelve un eco sordo, un largo estertor sin causa ni fin. El aire es denso y está viciado, más áspero que el olor de las pólvoras de Guillaume pero embriagador como el perfume de las setas.

Judith vuelve a empuñar el candelabro y examina el lugar. Respira con dificultad y las cinco llamas de las velas se encogen sobre sus mechas, tímidas, incapaces de atravesar el espesor de la noche. Alrededor de la joven las tinieblas regurgitan lienzos rugosos de paredes y luego se las tragan de nuevo. No hay salida. Es un nicho cerrado, un calabozo tan asfixiante como una tumba.

Una llama se adelgaza y se extingue de pronto. Judith se siente dominada por una opresión sorda. Sus costados se alzan como un fuelle, comienza a faltarle el aire, comienza a ahogarse. Otra llama se apaga. Luego una tercera... Pronto no queda más que una, minúscula y asustada, que protege entre las manos. Más allá de sus dedos, sólo una noche sin fin. Escudriña las tinieblas como un animal al acecho. Es como si sintiera algo. A alguien. Una forma que merodea cerca de los muros. Que reptan en la oscuridad. Un animal harapiento. Un niño loco convertido en monstruo.

Entonces reconoce de repente el color y el terror. Ha caído en el fondo de los ojos de Charles, en esa partícula de la nada que lleva en la mirada, que a veces crece hasta devorarlo el rostro, otras se reduce a una minúscula porción de polvo, pero no se borra nunca. Y reconoce el color de las pesadillas que la aterraron durante todo el invierno, el hombre vestido de negro que la golpea y la arrastra por

los pies y la encierra allí... El hambre... Las ratas... La espalda que le quema, la lengua agujereada y el sabor a sangre en la boca...

Una bola de plomo le sube bruscamente hasta la garganta. Suelta el candelabro. Su estómago se revuelve, pero no vomita. Las lágrimas se le desbordan. Se esfuerza por respirar y su propio aliento le parece obra de un animal desconocido. Tiembla de miedo. Lo sabe todo. Lo sabía ya antes de venir a Vaillac.

—Cálmate, cálmate... —se dice como si se hubiera convertido de pronto en su propia madre y en su propia hija—. Respira...

Se endereza y aprieta el dije dorado entre los dedos. Siente contra la yema del índice la forma tranquilizadora de la crucecita, las alas puntiagudas de los dos ángeles gemelos al pie del Cristo, y el relieve estriado de las conchas recogidas antaño en la orilla del vasto océano en el que ahogaba su tristeza. Mariam le explicó un día que eran dones de la diosa del mar, una especie de talismán protector: «Han ayudado a ahuyentar el sufrimiento y han encarcelado tus lágrimas. Pero un día tendrás que devolverlas, cerrar el círculo, desembarazarte de ellas...». ¿Cómo sabe esas cosas? ¿De dónde viene el arte de conjurar los maleficios? ¿De calmar a los demonios rebelados? ¿Hace falta siempre sacrificar un poco de uno mismo?

Apretando las conchas con los dedos, Judith recupera la calma poco a poco. Después se lleva las manos al cuello, abre el broche, hace que se le deslice entre los dedos la cadena de oro y retira las conchas. Las retiene mucho tiempo, les da vueltas en la palma de la mano, después hace un agujero en la arena, las entierra, tapa el agujero y aprieta la tierra suspirando.

Ya está, se ha cerrado el círculo, el viejo dolor queda enterrado, ha encontrado su sepultura, que descansa en paz. Que nunca nadie vuelva a sufrir en este antro atroz y que el infierno de los niños malditos sólo exista ya en las viejas leyendas de los campesinos. Que

sea así por la eternidad, amén.

El corazón aplacado, recoge el candelabro y sube hacia el gris resplandor del día.

—¡Vaya! ¿Tenéis una cruz de Caravaca?

Judith acaba de entrar en el gran salón. La tormenta ha cesado o más bien está a punto de cesar. Por las ventanas, abiertas de nuevo, entra a raudales una luz amarilla. Masas grisáceas corren todavía sobre las colinas, pero un cielo bíblico se entreabre por encima del Dordoña, arrojando sus columnas brillantes sobre la tierra como otros tantos rayos o bendiciones divinas. Lluve todavía allá a lo lejos y al mismo tiempo resplandece el sol. El cielo no sabe ya qué tiempo ofrecer, los elementos no saben lo que quieren, todo se enreda en medio de las borrascas de viento y de los arco iris. El conde le dice algo.

—¿Perdón?

—Sí. No había visto bien esa joya que lleváis, pero es precisamente una cruz de Caravaca.

Judith palidece. Como un eco que vuelve hacia atrás en el tiempo, oye ya las palabras que le va a decir el anciano.

—Vos... ¿conocéis este signo?

—A fe mía, sí. Pero hace mucho tiempo que no lo veía —

responde—. Es una cruz que proviene de la ciudad santa de Caravaca de la Cruz, en España.

El viento silba. Los visillos comienzan a bailar alegremente alrededor de las ventanas, la luz se vuelve incandescente y Judith sabe que no quiere oír lo que sigue.

—Mi criada española llevaba una en otro tiempo, del mismo tamaño, y tenía la costumbre de colgarla al cuello de sus hijos pequeños para protegerlos de la mala suerte. Charles la llevó cuando era niño. Extraña joya... Quizá esté dotada de un verdadero poder de protección, porque la pequeña que se salvó del incendio la llevaba aún. ¿De dónde procede la vuestra?

Abrir la boca. Decir cualquier cosa.

—¿Qué os sucede? Dios todopoderoso, ¿qué os sucede, señora?

«Soy la hija de la española, la pequeña bajo el caldero, la niñita salvada de las llamas, he vivido aquí en otro tiempo, lo vi todo, lo supe todo, soy la criatura que creyeron muerta, el coche volcó sobre el puente, el río arrastró a los caballos, pero sobreviví, llegué corriendo al bosque de Vouvres, soy la hija de la española, soy...»

Un sello de plomo le cierra la boca. No puede responder al conde y huye. Hace sus maletas, recoge a sus hijos y suplica a Sébastien que la lleve tan lejos como sea posible. Querría huir hasta los confines del mundo, allí donde nadie tenga recuerdos y donde ella pueda perder la memoria, perder el rastro de sí misma en la espuma muda de los océanos y las arenas silenciosas, pero hace lo que hacen todos los viajeros del Périgord Negro: pasa por Sarlat y se detiene en la posada de la Vieille Ânesse. Y allí se queda.

En realidad es Blanche quien la recoge. Blanche, que la ve entrar con cara de muerta, con los hombros caídos de una vagabunda, el baúl lleno y los hijos huraños, con su silencio y sus ojos quemados por lágrimas secas. Blanche, que entiende sin preguntar que algo grave ha sucedido en casa del conde y le dice que se quede. E incluso se lo ordena cuando Judith protesta y pretende volver a marcharse... ¿Adónde? ¿Adónde irás a esta hora? Luego la acuesta en su propia cama, después de darle una infusión de valeriana, acuesta a sus hijos con los de ella, cabezas contra pies, y le dice que volverán a hablar mañana, sabiendo perfectamente que no han hablado todavía y que quizá no lleguen a hacerlo nunca.

Judith se encuentra otra vez en la modesta habitación de Blanche como en la noche de su llegada a Sarlat, hace ya más de un año, mirando el tragaluz oscurecido por nubes ciegas, aplastada por el aire irrespirable de esta noche tormentosa y por el inconmensurable absurdo de su vida.

Al despertarse descubre la realidad brutal del mundo. Termina fructidor. El Gran Terror que comenzó a principios del verano agoniza. Unas semanas antes, las tropas de la Convención irrumpieron en el ayuntamiento de París y Robespierre se disparó un tiro en la cabeza, lo que no impidió que lo guillotinaran al día siguiente, la cabeza vendada con un pañuelo ensangrentado, porque había fallado: su disparo sólo le había arrancado la mitad de la mandíbula. Sin mandíbula pero vivo, cayó la cabeza del Incorruptible.

Gaétan Lepailler sonríe a la joven mientras le muestra las últimas gacetas, feliz de volver a verla y feliz de que cambien los tiempos. La Convención ha decidido suavizar el Tribunal Revolucionario y el Comité de Salud Pública ha perdido su preeminencia. Cierto, la guerra continúa, el porvenir no tiene más forma que una espesa niebla de la que puede surgir una ciudad suntuosa o campos devastados, pero el caos se tiñe por todas partes de una incrédula sensación de alivio. Robespierre ha muerto, el Terror se acaba: ¿volverá el país a encontrar la paz, la alegría de vivir que se cantaba antaño? Todavía subsisten las dudas. La sangre vertida en los surcos ha creado desconfianza.

Judith no sabe qué hacer, ni dónde ir. Gaétan Lepailler le propone regresar a la librería, pero rechaza la propuesta sin saber explicarlo. Su sitio no está allí. Su sitio no se encuentra en ningún lugar donde haya estado antes. ¿Irse? ¿Embarcarse y atravesar el océano? ¿Perderse en países de hielo y tierras de lava? Sueña con ello.

Pero el mal que la roe no se abandona en un recodo del camino ni en el extremo de un muelle. Lo que se es no se entierra como unas conchas en el fondo de una cueva. Prefiere no pensar. No pensar en absoluto.

Blanche, en cambio, piensa. Piensa mucho.

En la posada de la Vieille Ânesse es tanta la clientela que se pregunta todas las noches si no va a tener que aprender a llevar tres cántaros sobre la cabeza para saciar a las cuadrillas de sedientos que amenazan con subirse a las mesas y romper los bancos. El posadero, que se ha caído por la escalera al enterarse de la muerte del tirano jacobino, tiene la pierna entablillada y no hace más que beber, dar órdenes a gritos a la camarera y embolsarse pringosos asignados antes de dormirse en la despensa. Blanche aprovecha el único cuarto de hora de la jornada en el que su patrón está todavía en ayunas y repuesto de su borrachera de la víspera para explicarle que necesita a alguien más para servir o le devolverá el delantal y no cree que pasen tres días sin que una horda de borrachines saquee su establecimiento. A Judith le hace ver que si quiere irse lejos necesita dinero. El posadero lanza un gruñido de oso y destapa un barrilito. Judith inclina la cabeza. En el lenguaje de uno y otra eso significa ¿por qué no? En el de Blanche significa trato hecho.

El trabajo no es tan lucrativo como Judith habría podido creer. Aparte del pan para ella y para sus hijos, el posadero le concede a modo de sueldo apenas algo más del precio de la habitación que está obligada a alquilarle y que no pasa de ser una pobre buhardilla. Blanche le proporciona mantas y algunos objetos menudos para adornar el cuarto.

—No te preocupes —le dice—. Ya era fácil manejarlo antes, pero ahora que está impedido y que bebe como una esponja ¡es un juego de niños! Haremos lo que nos venga en gana con la posada. Hay trabajo, es cierto, pero se trata quizá del único negocio de Sarlat que no ha perdido clientela en estos años.

Judith asiente con un movimiento de cabeza. Su rostro no manifiesta ninguna emoción, pero, como Blanche sonríe, hace el esfuerzo de estirar los labios para imitarla y darle las gracias.

La joven se anuda por tanto un delantal blanco sobre su vestido de tela gris y se pone a servir jarras de vino y escudillas de ragú. Quienes la conocieron en otro tiempo no la reconocen ya. Tiene el mismo aspecto, los mismos ojos verdes de movimientos vivos, los mismos cabellos rojos que se peina en un moño bajo una toquilla blanca para poder servir mejor los platos, la misma nuca y los mismos hombros salpicados de pecas, pero de algún modo ha perdido el brillo. Parece el reflejo oscurecido de su propia imagen.

Por invitación de Blanche, todos sus familiares y amigos acuden a observarla en silencio haciendo como si pasaran por allí por casualidad y estuvieran muertos de sed. Anne de Salerac, que le coge discretamente la mano para tomarle el pulso y la temperatura, dice que no está enferma. Mariam profetiza que los demonios no intervienen en esto para nada. Las vísceras de los pollos son de color rosa y están tan sanas como las mejillas de un hermoso niño: nada atormenta a los espíritus exóticos con los que ella conversa las noches de luna. Gaétan Lepailler aventura que quizá se trate de un capítulo brumoso de su historia, o quizá la edad, porque es posible sentirse viejo de repente sin haber cumplido los treinta. Sébastien, que pasa a ocupar la cama de Blanche cada vez que el conde le

concede un día de asueto, dice que es a causa de Vaillac y de las viejas historias de allí, pero Blanche no sabe lo que quiere decir con eso y él mismo apenas sabe explicarse. En cuanto al conde de l'Eperay, nadie le ha invitado a dar su opinión. Se dice que está enfermo desde que la joven se marchó tan bruscamente.

También Guillaume de Salerac viene a observarla pero no cuenta nada a los otros.

Hay que decir que es el único con quien Judith habla de verdad, porque es el único que busca la verdad de frente. Haciendo prueba de un método de investigación singularmente directo, pide a su sobrina una copa de aguardiente de ciruela, bebe un sorbo y frunce el ceño ya canoso mientras deja la copa sobre la mesa.

—Dicen que no estás bien. ¿Por qué?

Judith alza apenas los ojos de la botella que vuelve a tapar.

—Estoy bien.

—¿Me tomas por tonto?

La sobrina alegre que vivía en Castelroux tendría que saltar, dar gritos, sonreír. Ni siquiera alza los ojos.

—Claro que no, tío.

Guillaume mueve la cabeza.

—A la gente que te quiere le gustaría entender lo que te pasa.

Judith alza la cabeza y mira las lámparas apagadas de la posada.

—Ya no sé quién es la gente que me quiere. Y me gustaría marcharme.

—¿Por qué?

—Para no morirme.

—¿Y de qué te morirías?

Se produce un silencio. Con un suspiro, Judith se seca las manos en el delantal y viene a sentarse en el banco que está frente a Guillaume.

—Tío —murmura después de haberlo observado durante largo rato como quien trata de revivir los mejores momentos de una vida—. ¿Dónde me encontrasteis exactamente?

Guillaume de Salerac siente algo así como ganas de sonreír porque reconoce la vieja pregunta del camino de ronda y porque siempre ha sabido que esa pregunta volvería un día u otro, como las golondrinas vienen a anidar en las ruinas de Castelroux.

—En el bosque de Font-de-Vouvres.

—¿Hacia el río Dordoña?

—Sí; en los bosques que bordean el río.

El rostro de la joven sigue siendo una perfecta figura de cera.

—¿Qué edad tenía?

Lo sabe ya, ¿por qué lo pregunta?

—Debías de tener unos tres años aproximadamente.

Quizás esperaba otra respuesta.

—Y hablaba otro idioma, ¿no es eso?

—Apenas hablabas. Las únicas palabras que decías se parecían a las de las lenguas del sur, el italiano o el español.

Judith apoya la barbilla sobre el puño y mira de lado. Guillaume se fija en el cuello desnudo, la piel pálida de la garganta donde no brilla nada.

—¿Ya no llevas el dije?

—No —responde ella, levantándose.

Y como no añade nada, tampoco lo hace Guillaume.

En el momento de marcharse, se levanta y va a besarla en la frente. Es sin duda el más largo y el más tierno de los besos que le ha dado. Advierte, por añadidura, que no la ha besado muchas veces desde que dejó de ser una niñita que corría entre risas por los pasillos: mi sobrina, mi niña encontrada... Al besarle la frente, toma de pronto conciencia de un torbellino que se agita bajo sus labios, bajo la piel lisa y bajo el hueso duro del cráneo, en la materia frágil y suave de los pensamientos, pero no sabe nada más.

Judith lo acompaña a la puerta de la posada con el deseo acuciante de gritar para retenerlo. Pero él ya no puede hacer nada por ella, que se va a morir de repugnancia. Se está muriendo ya.

Por la noche en su habitación, mientras Antoine duerme sobre un jergón instalado contra la pared, Judith se deja caer en su cama, los pies ardiendo y los brazos pesados como troncos. Se acurruca contra Héloïse y respira con la sensación de que sus costados sólo encierran un gran vacío venenoso.

Querría acordarse, regresar a la edad sin solidez de su hija, volver a encontrar delante de sus ojos una imagen de antaño, pero es como si las aguas del Dordoña le hubieran lavado la memoria, como el orfanato lavó la de Charles... Querría acordarse, ver de nuevo la silueta sombría del padre Anselme, los ojos celosos de la condesa, al joven Célestin muerto en el parque... Querría acordarse, forzar la memoria para que vierta en sus oídos los gritos espantosos del niño al que se golpeaba, porque ella ha tenido que oírlos, ¿no es cierto? Ha

tenido que ver... ¿Quizá por eso lo ama a pesar de su violencia y de sus crímenes? Querría, sobre todo, acordarse de él. Volver a verlo en las volutas líquidas de su memoria... Algunas noches, en la linde del sueño, entrevé la silueta de un muchacho moreno y harapiento... ¿Se trata de un sueño? ¿Es François en sus juegos de antaño? ¿Es un recuerdo perdido de Charles o nada más que la imagen de Antoine disfrazada por el poder de la ilusión? El aire oscuro de la cueva de Vaillac le quema los pulmones y cae en un abismo demasiado profundo para llorar.

Una mañana en la que su trabajo consiste en hacer hervir sábanas en la gran tina de la lavandería, Antoine viene a rondar a su alrededor. Tiene aire triste. Angeline está enferma y no juega con él. Le gustaría buscar algún tesoro. Judith le responde con voz ronca que ya no tiene tiempo. El niño viene a acurrucarse contra su falda, tierno y mimoso como ha sido siempre. Ella suspira, gruñe, ruge. ¿Es que no ve que está ocupada? Su madre trabaja, debe lavar las sábanas, pelar las patatas, barrer la sala, hacerse cargo de su hermanita, ya es mayor, no puede mecerlo como a un bebé. Antoine la mira con sus hermosos ojos negros, tan profundos y brillantes. Cada vez tiene más la mirada de su padre. Y clavando los ojos de Charles en los suyos le dice que no le gusta la posada y que quiere volver al palacio.

La idea le muerde las entrañas a la joven: sí, quizá podría devolverlo a Vaillac para que estuviera con Margot, Sébastien y la vieja cocinera; pero no, no; no lo puede dejar solo allí, Dios sabe lo que le sucedería. Aunque ¿y si fuera lo mejor para él? No está segura, ya no es capaz de decidir... Hace como que no se entera de su petición y le dice que se vaya fuera a jugar. Antoine se enfurruña, toca la

pastilla de jabón y consigue que se caiga al suelo. Judith echa pestes. ¿Se irá de una vez? Debería dejar la colada, agacharse, abrirle los brazos, besarlo y respirar su dulce olor mientras le llama su lobezno, su tesoro... No lo consigue. Ve a un niño monstruoso engendrado de una manera monstruosa dar vueltas a su alrededor. Su hijo le produce náuseas.

Antoine termina por marcharse. Atraviesa la gran sala de mal humor y se encuentra fuera, bajo una llovizna otoñal que salpica sus pestañas de gotitas frías. Las calles de Sarlat todavía le resultan familiares. Delante de las ruidosas jaulas del mercado de los animales se acuerda de un hombre de negro que le salvó de las ocas. Encuentra el camino de la librería del tío Gaétan y corre a acurrucarse en los brazos de Mariam. Juega con los extraños caracoles que lleva en los brazaletes. La Negra le pregunta qué le pasa. No le pasa nada, pero quiere saber dónde está el perro del tío Leblet. Le dicen que ha muerto.

En el curso del otoño el ejército revolucionario entra victorioso en Colonia y en Coblenza. Después de la época de los pensadores y de los políticos viene la de los militares. Los nuevos jefes de los ejércitos son plebeyos que nunca habrían imaginado que un día pudieran alcanzar las máximas graduaciones. Vienen de las provincias más apartadas y están sedientos de revancha contra los aristócratas. Algunos futuros mariscales han estudiado en Mézières, con el joven Charles de l'Eperay. Tienen la misma edad y el mismo temple. La República francesa se prenda de estos coroneles de sangre caliente y de estos apuestos generales como una cantinera se prenda del más fuerte, del que le dará quizás Europa entera, Egipto y Rusia y hará de ella una emperatriz engalanada de armiño.

Una noche, en la posada, un individuo más audaz que el resto roza las faldas de la camarera pelirroja de ojos cansados. Judith se estremece por la sorpresa pero le deja hacer. Olvida su rostro nada más intercambiar la primera mirada y sabe ya que no se volverá a acordar. El otro intenta halagarla con piropos inútiles. Le sirve de beber con moderación y pasa por delante de él bajo las lámparas amarillas. El otro se queda hasta tarde en la sala común y luego sube a acostarse. Judith limpia las mesas, cubre las brasas, apaga las lámparas. Después recorre el pasillo del piso alto sin hacer ruido. Se reúne con el cliente en su habitación. Él la aguarda, ha tenido la vaga esperanza... Ella no espera nada. El desconocido le alza febrilmente la falda en el borde del colchón y la posee con brutalidad sin que ella se dé mucha cuenta. Casi le parece satisfactorio unir su cuerpo con el de un viajero un poco borracho, con un hombre cualquiera.

El otro se muestra generoso. Al acabar, busca en sus alforjas y le da una moneda. Judith mira lo que tiene en la mano a la luz de la luna y ve relucir la recompensa por lo que acaba de suceder: un luis de oro, una pieza con perfil borbónico que ya sólo se ve en los mercados clandestinos. El hombre se estira y después se duerme. Judith se desliza la moneda regia entre los pechos y va a lavarse con el agua fría de la cocina, donde resuenan los ásperos ronquidos del posadero.

Con el transcurso de los meses, un rumor inquietante salta desde las conversaciones de la posada y llega hasta los oídos de Judith. Se dice que Guillaume de Salerac se está volviendo loco.

No es un cambio brutal, más bien un deterioro lento cuyo origen se remonta, quizá, a la muerte de François, pero nadie sabe bien el origen de esas cosas. Se dice que fabrica su pólvora negra como un campesino trabaja sus campos o como una joven duquesa de otros tiempos asistiría a su clase de piano, esforzándose por hacer las cosas bien a ojos de quien vigila sus gestos, aunque sin dejar de pensar en otras cosas. Sólo le interesa la cirugía. Maese Lepailler le ha visto pasar días enteros en el único sillón superviviente de la librería, leyendo y releendo todos los tratados escritos por los ilustres anatomistas de la Academia, por los sabios árabes y por los extraños médicos chinos. Estudia cada grabado con lupa y vuelve a dibujarlos por la noche, al parecer, a la luz de una vela. Sus ojos se aureolan todas las mañanas de ojeras cada vez más marcadas, pero eso no es lo más grave. A eso se añade ahora la historia de los cadáveres.

Se dice que, acompañado de unos patanes a los que paga, va a robar por la noche los cuerpos de las fosas comunes y que hace su disección en las ruinas de Castelroux. Se dice que los despedaza con ayuda de un largo cuchillo que se esfuerza por afilar lo menos posible, porque afirma que el arte de cortar los cuerpos se mide por el desgaste de la hoja del cirujano: quien alcanza la maestría sabe seguir con tanta perfección la línea de construcción de las carnes, la que enlaza los músculos unos con otros, los engancha a los huesos y mantiene el acoplamiento ordenado de los órganos, que su hoja no se embota nunca. Y un hombre así, según los chinos, domina el secreto más grande del universo.

Corta por tanto sin descanso cadáveres cuyos restos se amontonan, según dicen, en los antiguos fosos de su castillo. Su rostro se ha vuelto macabro. Asusta a los campesinos que ya no lo reconocen. Cuando los mira, sus ojillos sombríos bajo las cejas blancas dan la impresión de que ya los ha despedazado, como el

carnicero contempla los corderos calculando los buenos trozos de carne que podrá conseguir.

Judith va a visitarlo una mañana en la fábrica de municiones. Lo encuentra con la mirada huidiza y el discurso confuso. Guillaume la encuentra flaca y con las mejillas descoloridas.

—¿Comes lo suficiente? —le pregunta.

—Tío —contesta ella sin responder—, aseguran que hacéis cosas poco católicas en las ruinas de vuestro castillo.

El viejo sabio se vuelve pensativo, se mira las manos, se limpia un poco las uñas.

—Quiero entender la causa de la muerte... Porque la vida se aloja en esta materia blanda que somos nosotros. Y quiero entender cómo sale.

Judith traga saliva. Se acuerda del sabio de otros tiempos que se proponía atrapar el movimiento perpetuo en las ruedas de sus máquinas. Ahora se encarniza sobre los cuerpos humanos con la misma obsesión absurda y se lo confiesa a su sobrina, horrorizada. Sí, los rumores son ciertos: Guillaume secciona cadáveres y hunde las manos en la sangre negra de las carnes muertas. Saja brazos, abre vientres, extrae corazones y extiende pulmones sobre mesas como una enajenada que admira una obra; pero no está loco, no. No está loco. El problema es la vida real, toda ella desorden y demencia.

—¿Y entendéis la vida despedazando a los muertos? — balbucea Judith con voz angustiada ante tan espantosa confesión.

El gentilhomme de cabello blanco agita la cabeza antes de replicar:

—Y tú, ¿qué aprendes de los vivos?

Judith sacude tristemente la cabeza y no dice nada.

Pasa un nuevo verano y cuando llega el otoño Judith se da cuenta de que Héloïse trota ya sobre sus frágiles piernecillas y de que no ha visto a Antoine desde hace mucho tiempo.

En realidad se lo encuentra todos los días por la calle. Judith lo llama. El niño acude. Está cada día más hermoso y más fuerte, y se le marca más, a medida que crece, el terrible parecido con su progenitor. Le limpia la cara sucia, le quita el polvo de los cabellos y no le dice nada. Antoine no se acurruca ya contra su falda ni busca el consuelo de sus brazos. Duerme cada vez con más frecuencia en la librería, lee mucho y aprende a escribir. Gaétan dice que es un niño bueno. Judith tiene el corazón destrozado.

El conde de l'Eperay viene a visitarla un día, más de un año después de su marcha de Vaillac. Al verlo en la sala de la posada, Judith recuerda su aparición por la librería. Se diría que los dos han envejecido un siglo. Cada vez más flaco, el aristócrata se desplaza con dificultad y respira como el viento frío que corre por debajo de las tejas. Se sienta y pasa mucho tiempo recuperando el aliento.

—¿He hecho algo mal? —pregunta.

Judith niega despacio con la cabeza, sin saber si se trata de una interrogación o si afirma. Su boca permanece herméticamente cerrada.

—¿Sabéis algo de él? —vuelve a preguntar el conde.

Judith niega con la cabeza.

El mismo Fouquier-Tinville, el gran acusador, ha sido condenado a muerte la primavera pasada. Junto con él se ha condenado a otros catorce miembros del Tribunal Revolucionario,

que ha quedado suprimido, al tiempo que se cerraba el club de los jacobinos. Todos los que sembraron el terror en Vendée son acusados y guillotinos uno tras otro. Carrier, el carnicero de Nantes que ahogaba a los condenados por barcos enteros, ha sido uno de los primeros. En cuanto a los jacobinos encarcelados, todos aparecen misteriosamente asesinados en sus calabozos en Lyon, en Aix, en Marsella... El rastro del comisario de la República Eperay se ha perdido en medio de las ejecuciones y de las purgas sangrientas desde que abandonara Sarlat en el mes de nivoso del año II, hace casi dos años ya.

—Debe de haber muerto, señor —articula al final—. No deberíais pensar más en él.

—No puedo, señora. Dios sabe que lo he intentado. Pero no puedo.

La catedral cerrada se vuelve a abrir y Judith la visita a veces para estar lejos de todo, en realidad para huir, para llegar a los confines del mundo en el corazón mismo de Sarlat. Uniendo las manos sobre el borde de sus labios querría saber rezar aún, pero ya no cree en ningún dios, en ningún ser supremo, relojero ni arquitecto. Intenta olvidar ella también; tampoco lo consigue. Día tras día, entre el olor a humanidad de la posada iluminada por las llamas de las lámparas amarillas, sus ojos se vuelven sombríos como las agujas de los pinos negros.

Una noche de invierno, a la hora de cerrar las puertas y tapar las brasas en el hogar, mientras Judith se encuentra sola en la sala colocando los bancos debajo de las mesas, dos hombres la atacan, surgidos de no sabe dónde. Huelen al sudor y a la mugre de muchos

días, y el más gordo exhala por la boca un tufo a rata muerta. El pan de la cena le sube a Judith a la garganta mientras él le lame la cara. La insultan con palabras obscenas, le hacen daño uno tras otro y la golpean. El gordo rompe una botella y avanza hacia ella mientras el otro la sujeta. Judith se acuerda de repente de Ménard, del chico de la granja que atrapaba las ranas al borde del estanque y les arrancaba las patas, les sacaba los ojos y las dejaba, ensangrentadas, debatirse entre el barro... Ve llegar su fin. Grita sin saber si es de miedo o de felicidad. ¡Morir de una vez!

Un trueno estalla en la habitación. Una voz de mujer lanza andanadas de insultos y un hombre golpea al gordo que cae al suelo. Judith se encoge sobre las tarimas. Blanche la envuelve con sus brazos mientras Sébastien persigue al otro tipo y vuelve a dar un puntapié en el culo al primero, que ha empezado a escupir sangre.

—Vamos, vamos, se ha acabado —dice Blanche—. Ya está.

Recorrida por temblores de pies a cabeza, Judith sabe que no se ha acabado. Lanza un grito que resuena sin duda hasta en las ruinas quemadas de su infancia, hasta en Vaillac y en su vieja torre llena de zarzas, hasta en las profundidades de la cueva oscura, hasta el único hombre a quien todavía quiere amar pero ya no puede. Su hermano. Su hermano. Su hermano.

Judith abre los ojos y advierte, por la oscuridad de la habitación, que no ha amanecido aún. Un cielo de color azul tenebroso pinta en el marco de la ventana un cuadrado sombrío apenas menos negro que el muro de la posada. Todas las estrellas se han apagado. Ha desaparecido la luna. Pero el alba tardará todavía en despuntar.

La joven se estira con languidez bajo el calor de la manta y escucha con atención para tratar de adivinar qué hora puede ser. Todo está silencioso, cualquiera creería que antes del alba el mundo entero se envuelve con plumas o deja de existir. En la calma oscura que flota a su alrededor, distingue la respiración lenta de Antoine y de Héloïse, dos soplos ligeros que exhalan sus cuerpos acurrucados, pies contra cabeza, en la cama vecina. Del cuarto vecino le llega un ronquido apagado que se le ha hecho familiar y que le hace imaginar, más allá de la pared y de las telas sobre las paredes, el abrazo de los cuerpos lánguidos de dos amantes, Sébastien dormido en brazos de Blanche. La dicha de los demás es ya lo único que alegra sus días. Que sus amigos disfruten del amor puesto que ella no lo hace ya. Noche tras noche sus gemidos sordos le dan la impresión de ser una

ciega a la que cuentan la belleza de una puesta de sol. Ve extenderse bajo sus párpados cerrados resplandores mágicos que incendian su soledad y quizá entrevé así colores que ellos no percibirán jamás.

Un perro ladra a lo lejos. Judith escucha su queja ronca. Es sin duda el gran dogo negro atado día y noche a la salida de la ciudad, en el camino de Bergerac. Un zorro deslizándose bajo la valla ha perturbado quizá su sueño, o un ladrón de gallinas, u otro perro sin collar que vaga por los caminos...

Es demasiado pronto. Debería dormir aún. Estará cansada cuando llegue la noche y tenga que servir las cervezas y los guisos, lavar los suelos y limpiar las mesas... Estará cansada pero quizá un poco más feliz que ayer. Algo le hormiguea en los dedos y también allí, bajo las costillas. Algunos ruiseñores lanzan sus escalas meliodias en la noche. La primavera está allí, Judith la siente. La verdadera primavera. La que en Castelroux la sacaba de la cama en las mañanas de abril, cuando el aire olía a musgo fresco y sobre las yemas de los ciruelos aún seguía helado el rocío... Se trata de una primavera que no ha vuelto a latir bajo sus costados desde hace años, pero Judith la reconoce como si nunca la hubiera abandonado.

La joven se levanta a oscuras y va a la cama de sus hijos. Sus ojos, acostumbrándose a la penumbra, los distinguen poco a poco. Héloïse, dormida con el pulgar en la boca, acaba de cumplir dos años. Judith se sienta al borde de la cama y besa suavemente su sien aterciopelada que huele a miel y a leche caliente. Después se vuelve y besa a Antoine.

Desde la noche atroz en la que dos monstruos con rostro de hombre estuvieron a punto de matarla a botellazos, y en la que ella lloró de desesperación hasta el alba en brazos de Blanche, ha decidido que nada la separaría nunca más de su hijo. A la mañana siguiente de aquella noche fue a buscarlo a casa de Gaétan Lepailler.

Lo encontró en su antigua habitación, lo cogió en brazos y lo apretó contra su pecho hasta ahogarlo casi: mi lobezno, mi tesoro... Porque lo ama sin remedio, su hermoso niño de ojos negros, lo quiere, el hijo de sus amores incestuosos, fruto maravilloso de su hermano. Lo ama como ama a su padre; su hermano. Puesto que no hay culpable y que las cosas son así.

A partir de aquella noche, Antoine ha dormido a su lado en la posada.

También desde aquella noche, se ha resignado a vivir. Charles ha muerto. Guillaume está loco. El conde de l'Eperay se extingue. Pero la vida continúa y debe continuar. La congoja y las pesadillas han tardado meses en cesar, aunque lo van haciendo poco a poco. Están a punto de desaparecer. Los ruiseñores cantan y vuelve la primavera.

Judith se viste. Se cubre los cabellos con una cofia blanca y se anuda el mandil alrededor de la cintura. Se pone los zapatos y se cruza sobre los hombros y el pecho un largo chal de lana para anudárselo a la espalda, porque hace frío cuando se abandona la tibieza de la cama. Cubre a Antoine y a Héloïse con la manta que no utiliza ya y desciende la escalera a tientas y de puntillas.

La posada sigue hundida en el sueño, y en los pasillos desiertos resuena una gran variedad de ronquidos. En la cocina, Judith alumbra en primer lugar una lámpara, después aviva el fuego y echa un tronco en la chimenea. Tiene que preparar el café, el té y calentar el agua en las grandes tinas de la lavandería, y así quedará todo listo para los primeros que se despierten. Los panes de trigo candeal de la víspera todavía están tiernos bajo los trapos que los envuelven. Corta algunas rebanadas que pone a tostar en la sartén.

En la gran sala común enciende tres lámparas y aviva el fuego de la enorme chimenea. Después echa un vistazo por la ventana: la

ciudad duerme aún. Debería ir a acostarse y dormir también ella, pero ya no tiene sueño. Querría que todo estuviera preparado, que todos los huéspedes de la posada sonrían al despertarse, que sea éste un día hermoso. Desde que murió el posadero y un matrimonio de taberneros de Périgord ha comprado la Vieille Ânesse, todo es mucho más sencillo. Mucho más limpio. Mucho más agradable.

Quizá se trate de un signo de los tiempos. Un viento nuevo sopla sobre las hojas recién abiertas de este mes de abril del año noventa y seis. Ya no se está en peligro de muerte por contar los días según el calendario antiguo y el Directorio, instituido en otoño, se enorgullece de las magníficas victorias militares que producen ecos patrióticos en la plaza del Ayuntamiento. Se alaba a la República y se canta la gloria de ese pequeño general corso que ha franqueado los Alpes de una zancada y que obtiene victoria tras victoria contra los piemonteses y los austriacos.

Judith oye de nuevo ladrar a un perro. Pero, por la ventana, sólo ve la noche. Se dirige entonces hacia la puerta, alza la barra de madera que cierra los dos pesados batientes y descorre el cerrojo.

Siente en la cara un aire fresco y perfumado. La noche es fría en esta hora helada que precede a la aurora. Los brazos cruzados sobre el pecho, Judith da un paso al frente y mira el cielo sobre los tejados de la ciudad. Está todavía tan oscuro como en el momento de despertarse, pero los pájaros cantan y sigue ladrando el perro. Mira las casas dormidas y las calles sombrías de Sarlat.

Y entonces un trozo de noche empieza a moverse en el fondo de las tinieblas. Una forma surge, sombra sobre el fondo de la sombra. Una silueta se recorta al final de la calle y sale lentamente de la nada, caminando.

Es un hombre de paso lento, quizá un vagabundo fatigado, sin duda un forastero.

Judith retrocede hacia el interior de la posada.

El caminante lleva un sombrero de campesino, un pesado abrigo sin forma y unas alforjas en bandolera. Camina ayudado de un largo bastón retorcido que recuerda al del conde de l'Eperay. Se dirige lentamente hacia la posada. Camina sin prisa y de repente reduce aún más el paso. Sus manos blancas comienzan a reflejar la claridad amarillenta de las lámparas encendidas en la sala.

Una barba oscura le come la mitad de la cara.

Judith siente sus brazos desfallecer y deja de respirar.

El hombre se para delante de ella. Sus ojos negros brillan como la superficie nocturna de los lagos. Sin decir nada se miran hasta el final de los tiempos.

Entonces Judith abre los brazos y estrecha al amplio abrigo áspero. Los fríos pliegues de tela se alzan bajo su mejilla a causa de una respiración acelerada. Charles también la abraza. Allí, contra su rostro, ella cree escuchar los sordos latidos de su corazón; a no ser que se trate del suyo propio, desatado dentro de su pecho. Los ruiseñores ya no cantan y los perros se han callado.

Lo coge de una mano que está helada. Charles abandona su bastón y entra en la gran sala de la posada, la hermosa sala iluminada por lámparas amarillas, con mesas limpias y bancos bien ordenados y un fuego que crepita en la chimenea. Se quita el sombrero y deja que sus alforjas se deslicen hasta el suelo. Judith lo mira, paralizada.

—Estás aquí... —murmura.

Las palabras le salen de la boca como un vapor sin consistencia. Está allí, sucio y gigantesco entre las mesas. El resplandor rojizo del fuego ilumina sus pesadas botas embarradas y

marca los pliegues de su largo abrigo también manchado. Tiene los hombros y los brazos cubiertos de escarcha, las manos salpicadas de sombras negruzcas, los dedos enrojecidos por el frío. La contempla, inmóvil. Sus cabellos revueltos parecen una zarza de tallos hirsutos y la barba es negra y tupida. Una señal oscura le deforma lo alto de una ceja, quizás una contusión o una mancha de hollín. Tiene unas ojeras muy marcadas. Los ojos hundidos. Pero sus pupilas negras brillan como dos ópalos. Su mirada lanza destellos.

—Estás aquí...

Judith lo toca, hipnotizada, por temor a que no sea más que un sueño. Él la deja desabrocharle el abrigo húmedo para quitárselo y colocarlo delante del fuego; después lo mira de nuevo a los ojos.

—Te creía muerto...

—He sobrevivido.

A la luz amarilla de las lámparas, se miran, insaciables. Judith contempla a Charles como un milagro; y él, con sus cabellos revueltos y su barba mal peinada, la observa con un estupor maravillado.

—¿Diste a luz?

Su primera pregunta. La primera cosa que quiere saber.

—Sí. Tienes una hija. Se llama Héloïse Eperay.

—Es bonito...

Algo parecido a una sonrisa aparece bajo su barba tupida.

—¿Y Antoine vive?

Su segunda pregunta. Su segunda inquietud.

—Sí. Los dos están durmiendo arriba.

Charles suspira recorriendo con la mirada las mesas limpias de la posada.

—Me gustaría verlos...

Judith accede.

—Ven.

Toma una lámpara y lo coge de la mano.

En silencio Judith guía a Charles por los corredores dormidos hasta los desvanes de la posada. Él no dice nada. La sigue en la penumbra y, en la habitacioncita oscura, se acerca a la cama que Judith ilumina.

Y los ve, acurrucados uno contra otro; un niño que se le parece como un retrato turbador y una niña que no ha tenido ocasión de conocer.

—Se te parece —murmura con voz ronca—. Tiene tus labios y tu cara... De pequeña debías de ser tan guapa como ella.

Judith asiente con la cabeza. Es verdad. Ahora que Charles lo dice, entrevé en los rasgos de su hija el reflejo de la niña que debió de ser a su misma edad, antes del río Dordoña y del bosque de Font-de-Vouvres, rostro perdido en el laberinto del pasado y que él ha reconocido de inmediato.

Sin decir una palabra Charles contempla largamente a los dos niños dormidos, hermano y hermana acostados en la misma cama. Sus hijos. Hermano y hermana en el mismo lecho. De repente se vuelve y se lleva una mano a la cara. Judith ve que sus hombros cansados se alzan varias veces y oye su respiración entrecortada.

Mientras Charles contiene discretamente las lágrimas, comprende que vuelve del infierno y que todavía no puede contarle nada de todo lo que sabe. Que debe guardarse, todavía por algún tiempo, las palabras agrias y amargas que le suben a la boca.

—Charles...

Le roza el brazo. Él se vuelve. El resplandor amarillo de la lámpara centellea en sus ojos.

—Ven, dejémoslos dormir.

Lo toma de nuevo de la mano y salen de la habitación sin hacer ruido.

Lo lleva a la cocina, donde los recibe un agradable aroma a café recién hecho. Le pregunta si tiene hambre y él responde que sólo ha comido la víspera un poco de pan duro que un herido de un regimiento de infantería compartió con él junto a una fuente.

—Siéntate —le dice ella, señalando un taburete cerca de una mesita de roble.

Charles obedece. Judith enciende las velas de un candelabro porque la oscuridad persiste pese a la hora. Después le sirve un cuenco de café, tuesta el pan ya cortado y coloca sobre la mesa miel y mermelada de arándanos. Tampoco ella ha comido nada desde la víspera: desayunarán juntos. Le ofrece vino además de cortar gruesas rodajas de un salchichón de pato que Charles se come con ganas. Se bebe entero el cuenco de café. Unta de miel un cantero de pan, le añade un trozo de queso de cabra, se lo echa todo a la boca y parece redescubrir el sabor de los alimentos.

Después la mira. Pese a sus harapos y a su aspecto miserable,

Judith encuentra en su mirada a quien siempre ha sabido agradarla.

—¿Qué es de ti? —pregunta Charles—. ¿Qué haces aquí?

Judith se frota la nuca y bebe un poco de café.

—Héloïse nació en la librería de Gaétan Lepailler. Pero no teníamos gran cosa y he terminado por venir a trabajar a la posada. Y además... también hemos vivido algún tiempo en Vaillac.

Sorprendido, alza los ojos.

—¿En Vaillac?

Judith asiente con un movimiento de cabeza.

—Tu padre nos invitó a ir al palacio. Quería conocer a tus hijos.

—¿Antoine ha estado allí? ¿En Vaillac?

Judith ve temblar en sus ojos un miedo fugaz.

—Nadie le ha hecho daño. Vaillac ha cambiado, ¿sabes? Ya no es lo que tú conociste... Tu padre fue bueno con nosotros y generoso con Antoine. Creo que ser abuelo le proporcionó algunas alegrías.

Charles la mira con gravedad.

—Hablas en pasado.

Judith baja los ojos.

—Se está muriendo. Sébastien, que duerme ahí arriba, te lo contará enseguida... Su estado empeora desde hace dos semanas. Ha dejado de comer...

Charles frunce el ceño. Sus harapos y su aspecto miserable le dan un aire de oso con ojos de lobo. Judith oye el ruido áspero de la saliva que se traga.

—Cuando llegué a París hace dos años, lo hice en medio de los motines y de las detenciones... Escapé por poco a las redadas de los

enemigos de Robespierre, no sé cómo me las ingenié para no caer en sus manos, pero entendí enseguida que mi única posibilidad era abandonar el país. Y eso es lo que hice. Regresé a Coblenza y volví a convertirme en Charles de l'Eperay.. Una terrible equivocación: me reconocieron y me metieron en la cárcel, allí, en Alemania. Estuve preso más de un año. Volví a encontrar la oscuridad, las ratas... He soportado los malos tratos y las torturas, una vez más, pero sin delatar a nadie. He sobrevivido como lo hice en otro tiempo. ¿Por qué tengo el don de resistir cuando hay tantos que mueren? ¿Por qué? Me preguntaba todos los días si estabas viva, si habías dado a luz. La idea de tu muerte me obsesionaba más que la guerra, más que mis recuerdos. Después, en el otoño, cuando el ejército revolucionario tomó la ciudad, todos los prisioneros franceses quedaron en libertad y aproveché para marcharme. Tuve miedo de que me alistaran a la fuerza en las tropas que seguían avanzando. Desaparecí. Quería regresar. He viajado a pie, utilizando los caminos menos frecuentados y trabajando aquí y allá para ganarme el sustento. He tardado mucho en volver: las semanas se tornaron meses. He pasado el invierno en los caminos y he tenido mucho tiempo para pensar. Un día, en el Morvan, empecé a imaginar que todo el mundo había muerto, tú, Antoine, todo el mundo, y que incluso Charles de l'Eperay estaba muerto desde hacía tiempo y que yo podía elegir el camino que me apeteciera y adoptar cualquier nombre... Me he sentido libre... inmensamente libre y aliviado.

Se calla. Judith traga saliva mezclada con lágrimas. Se levanta, ordena el pan y cierra los ojos para calmar el nerviosismo que la invade. Le tiemblan las manos. Las palabras ocultas en su estómago le hacen daño. No deberías haber vuelto, Charles, deberías haber aprovechado tu hermosa libertad para marcharte y no regresar, tiene ganas de decirle. Pero se vuelve hacia él. Charles contempla, pensativo, las siluetas hipnóticas de las llamas en el candelabro.

—¿Crees que debo ir a Vaillac?

Judith se le acerca.

—Eres libre, acabas de decirlo.

Charles alza dulcemente los ojos hacia su vientre, su pecho, su cuello, su rostro. A ella le apetecería estrecharlo entre sus brazos, acariciar sus cabellos grasientos, besar sus labios agrietados. Fuerza un poco su sonrisa.

—Creo, ante todo, que necesitas un buen baño.

El lavadero es una amplia pieza, contigua a la cocina. Pasan entre las grandes sábanas blancas que cuelgan de las cuerdas tendidas entre las paredes. Judith descuelga una al pasar y la extiende en la más grande de las tinas, ante la chimenea que sirve para calentar el aire y el agua de las coladas. Charles deja el candelabro en el suelo y después ayuda a llevar los baldes para llenar la tina. La luz de las velas da al vapor el color amarillo del azufre. Charles se quita los zapatos y el pantalón. Judith examina sus piernas desnudas con aire travieso.

—Estás demasiado sucio para bañarte en camisa...

Se acerca a él y lo desnuda sin pudor, con manos ligeras. Charles se deja hacer sin temblar apenas; él, que no soportaba en otro tiempo descubrir las cicatrices de su espalda.

Judith se detiene al despojarlo de la camisa. Charles lleva una mancha extraña, una marca oscura, allí, en mitad del torso, perdida a medias en el vello del pecho. La toca, mira mejor. Es un tatuaje en negro: una cruz doble y dos pequeños angelotes. Una cruz de Caravaca. Él sonrío ante su sorpresa.

—Quise que me la hicieran en París hace ya tiempo, de memoria. Siempre me ha gustado esa cruz que tú llevabas y quería algo que me recordase los momentos en que te desabrochaba el vestido...

Judith enrojece al encontrar su mirada.

—No la vi en Fleury.

—Era de noche... Y cerraste deprisa los ojos.

Se sumerge en la tina lanzando un suspiro de alivio. Judith toma la esponja y exprime sobre su cabeza el agua caliente que exhala volutas de vapor. Charles cierra los ojos. La joven lava su espesa cabellera y su barba enmarañada. El agua se vuelve gris y cenagosa. Le dice que se alce para limpiarlo por completo y él obedece con la docilidad de un hermoso caballo agotado. Judith frota un guante de cerdas contra la pastilla de jabón y después le frota con él la nuca y los hombros. El agua chorrea oscura, y la piel de Charles se vuelve blanca a medida que lo lava. Tan blanca que Judith tiene la impresión de que es una piel nueva la que aparece ante sus ojos — una piel inmaculada—, como si no estuviera sólo lavándolo sino mondándolo entero al frotar suavemente; tiene la impresión de que lo desembaraza de sus inútiles jirones y de que su caparazón muerto cae poco a poco en el agua con la tierra, el sudor, las cenizas y el polvo del camino.

Maravillada ante aquella piel blanca, renuncia al guante y le acaricia la espalda. Charles redondea el espinazo, haciendo sobresalir el borde almenado de sus vértebras. Sus cicatrices no son más que delgadas líneas pálidas apenas visibles, como un remiendo con hilo de seda en una tela de tacto suntuoso.

Cuando sale del agua, Judith lo seca con ayuda de una sábana calentada delante del fuego, después le unge el cuerpo con un aceite

perfumado que utiliza para ella. Para terminar lo envuelve en una manta, hace que se siente cerca del hogar y le masajea las manos agrietadas con una pomada que ha utilizado para Héloïse.

—Me cuidas como a un príncipe —dice él.

Judith sonríe mientras hace espuma en un cubilete con el jabón de afeitar. Se acuerda de la espléndida cámara blanca de Vaillac, que habría podido ser la de Charles.

—¿No has pensado nunca que quizá lo eras?

—No, a fe mía.

Judith se le acerca, le inclina la cabeza hacia atrás y primero le corta la barba a tijeretazos. Después le embadurna de espuma el mentón, afila la navaja contra el cuero y comienza el afeitado.

Gaétan Lepailler decía que Judith tenía la mano segura y que la prefería a Mariam, demasiado acostumbrada a retorcer cuellos de pollos. Sonríe al recordarlo. La mejilla blanca de Charles aparece bajo la espuma mezclada de pelos que retira poco a poco, en largos movimientos de rasposo ruido. Inclineda sobre su rostro, Judith se esfuerza por mantener la concentración en las mejillas, en el mentón, en la piel del cuello, pero de cuando en cuando sus miradas se cruzan y la mano de la joven se detiene. Los ojos de Charles tienen la suavidad del terciopelo. Judith se siente enrojecer y se siente morir. Se muerde los labios y prosigue su tarea de barbero concienzudo. Cuando termina, le limpia con un trapo húmedo, después recupera el rostro que tiene grabado en la memoria y le acaricia con la punta de los dedos la piel tersa del mentón.

Charles extiende una mano y le roza la mejilla.

—¿Por qué tengo la impresión de conocerte desde siempre?

Judith abre la boca, consumida por el deseo de decirle que no

es sólo una impresión. Como vacila, Charles la toma del brazo y la atrae hacia él, hacia su rostro, muy cerca de sus labios, donde la deja venir a posarse si le apetece, si lo desea. Se queda, estremecida, sobre él, perdida en sus inmensos ojos negros.

Se miran mucho tiempo, infinitamente, con la mirada desbordante de esperanza y de recuerdos de los exilados que caminan por el sendero que los devuelve a su casa. Entonces Judith exhala un suspiro mudo y Charles parpadea y respira hondo. Ella coge su cabeza entre las manos y lo besa en la frente; ah, mi amor, mi hermano... Los ojos se le llenan de lágrimas. En su vientre arde el infierno. Dentro de un momento irán a Vaillac. Hablarán. Ella se lo dirá y él lo sabrá.

Judith le hace entrega de ropa limpia y lo lleva a una habitación con una cama confortable. Charles se tumba y la invita a acercarse. Ella vacila, escucha el silencio de la posada y cierra la puerta tras de sí.

Se acerca, temblorosa, más temblorosa que la primera vez en la casa del ahorcado, y se tumba junto a Charles. Se acurruca en sus brazos y cierra los ojos con la esperanza de que él no tenga ni el deseo ni la audacia, porque le faltaría la fuerza para rechazarlo.

Charles le acaricia el rostro. Judith le pone una mano sobre la suya. Luego Charles hunde la frente en su cabellera roja.

—Estoy cansado, agotado...

—Duérmete.

La rodea con un brazo y la estrecha contra sí. Judith siente que su cuerpo se funde y se incendia a la vez, y jamás la dicha se ha

parecido tanto a un suplicio: «Amor mío, hermano mío, sobre todo no te muevas, impide que tu mano descienda sobre mi vientre, duérmete, durmamos, cerremos los ojos para siempre...».

—Judith, hay algo que debo contarte...

Su voz grave ha vibrado en su cuello como una caricia. Intrigada, Judith aguza el oído.

Era el año ochenta y ocho, la víspera de San Juan. Charles había acudido a Vaillac por un asunto que ya no recuerda y se disponía a regresar a París, donde todos los días echaba pestes contra su vida miserable de suboficial de sangre indigna. Al atravesar Sarlat se detuvo allí, en aquella posada, porque Sébastien quería revisar las herraduras de uno de los caballos. Tomaba un vaso de vino cuando reparó en un hombre, no lejos de él, que bebía sin descanso y que se frotaba los ojos como un infeliz. Delante de él, sobre la mesa, había colocado una pistola, un arma muy hermosa a decir verdad, de factura delicada y gran valor. La pistola atrajo la atención de Charles. Decidió no perderlo de vista presintiendo un drama, temiendo una efusión de sangre.

Al terminar de beber, el otro se puso de repente el cañón del arma en la sien. Charles sólo tuvo tiempo de extender el brazo: el disparo se perdió en el aire. También evitó de milagro el puñetazo que el borracho pretendió asestarle antes de derrumbarse. Charles lo ayudó a ponerse en pie. El desgraciado sollozaba.

—¡Se casa, señor! Se casa y a mí sólo me queda morirme de tristeza...

—Nadie se muere de tristeza, amigo mío. Se muere de cobardía.

—¿Quién sois, caballero?

Charles se presentó. Su interlocutor era Vincent de Puyvallon. Conversaron evocando América, La Fayette, la posibilidad de marcharse al fin del mundo y de perderse. No llegaron a hacerse amigos de verdad porque la amistad requiere más tiempo, pero Vincent de Puyvallon le preguntó qué habría hecho en su lugar y le respondió, quizá por fanfarronada, quizá sin medir el peso de las palabras que pronunciaba, que se habría apoderado de su amada y se habría ido con ella sin vacilar. Habría hecho eso en lugar de jugar con el vino y con las armas de fuego.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo?

—Dispongo de un coche... Y uno de mis amigos de la marina real tiene que embarcarse dentro de cinco días en la Rochelle camino de Argentina.

—Ella se casa mañana.

Charles había oído hablar de aquella boda que se iba a celebrar en casa de uno de sus vecinos: su padre, el conde, estaba invitado.

—Estaremos allí. Bueno... vos no: no os dejaréis ver. Esperaréis en mi coche. Os llevaré a vuestra novia.

Judith se alza sobre un codo, estupefacta.

—¿Quieres decir que fuiste el instigador de aquella huida?

Charles la vuelve a tomar en brazos, la estrecha contra sí.

—Era casi un juego... La desesperación de aquel muchacho, aquella fiesta ridícula. Una mascarada, me dijiste tú, ¿no lo recuerdas? Ésa fue la razón de que yo estuviera allí aquel día.

Deberíamos habernos ido antes, pero me retrasé para mirarte...

Judith se hunde en la inmensidad de sus ojos negros como antaño en el huerto, bajo los ciruelos cargados de frutos.

—Entonces ¿Hélène está allí lejos, en Argentina?

Una sombra oscurece el rostro de Charles.

—Por lo que sé, el barco no llegó nunca...

Judith siente que algo se le hiela en el pecho. Vuelve a ver las largas olas del océano y los trozos de madera, las jarcias desechas que aparecían a veces sobre la playa, con el cuerpo blando de las medusas transparentes.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace mucho.

Hélène... Hélène desaparecida en el mar.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—Te veía demasiado poco para querer entristecerte.

Hélène devorada por el océano.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque ahora quiero quedarme a tu lado.

Judith siente que la sal del océano le quema los párpados.

Se imagina los últimos días de Hélène navegando hacia Argentina. El fragor infinito de la marejada y el restallar de las velas hinchadas por el viento. La brisa salada, la espuma sobre las olas, los animales marinos. Las mañanas resplandecientes y la suavidad de las tardes. El horizonte de color púrpura de la puesta de sol. Las noches bajo la toldilla, en el vientre del barco, acunados por las ondulaciones del océano sin fin... Hélène y Vincent... Quizás una tormenta se los

había llevado juntos en plena noche. Quizá no se habían dado cuenta de nada, o apenas. Tal vez creyeron que aquello formaba parte del viaje, de la travesía hacia la maravillosa tierra argentada del fin del mundo, como el paso del ecuador, y que el rugido de las olas iba a depositarlos sobre una orilla más hermosa... Quizá mientras se deslizaba hacia el abismo Hélène era dichosa.

El brazo de Charles se hace más pesado sobre su vientre y su aliento tibio le acaricia el cuello. La estrecha aún, pero después la suelta, hundiéndose en el sueño. Habría debido fugarse con él en aquel lejano mes de junio, embarcarse con él en aquel barco y perecer ahogada en sus brazos, desaparecer con él en el fondo de las olas.

Apaga la vela.

Detrás de la ventana el día amanece apenas. Judith se sorprende. Tiene la sensación de haber pasado toda una jornada con Charles o, al menos, varias horas: la mañana debería estar muy avanzada. Pero la oscuridad sólo empieza a disolverse. El tiempo se ha detenido. Es un fenómeno tan raro que prácticamente nadie, desde que el mundo existe, ha podido observarlo ni lo menciona ningún tratado de astronomía, si bien un poema árabe hablaba de él en la librería de Gaétan Lepailler. Sólo se produce para permitir que las almas disfruten de la dicha de volver a encontrarse. El alba ha esperado.

El viejo Georges farfulla en la sombra de la puerta algunas palabras que Charles apenas oye. Sin duda le da la bienvenida, sin duda lo llama todavía señor como en tiempos de la monarquía, sin duda le habla de su padre.

—El señor conde se muere, señor...

Charles cruza la entrada con paso decidido, con la esperanza de encontrar fuerza y resolución en el eco de sus propios pasos sobre el embaldosado negro y blanco. Los ojos fijos en lo que tiene delante, no se permite volver la mirada hacia los corredores que conoce de memoria, hacia las puertas y las salidas que se abren sobre otras piezas del laberinto, y se limita a contemplar la gran escalera blanca de Vaillac, una imponente cascada de piedra paralizada en su caída. Su barandilla tallada está sostenida por un león de hocico aplastado y ojos cerrados que parece acechar a los visitantes bajo sus párpados caídos. Los descansillos son tan amplios que tienen tamaño de cuartos y los escalones, sobre los que un hombre encontraría sitio para dormir, se iluminan de manera gradual, abajo sin brillo, lechosos hacia la mitad, luminosos por fin en lo más alto, en el esplendor soleado de la galería del primer piso. El señor conde se

muere, señor...

Charles pone el pie en el primer peldaño y siente como una paletada de tierra que le pesa sobre el pecho. Tantos caminos recorridos, tantos lugares y sendas, calles, puentes, palacios, chozas, prados secos de campo raso y corredores fétidos de cárceles, y los pasos más duros son éstos, sobre estas escaleras que ya ha subido mil veces, hacia alguien a quien ya conoce, o que cree conocer, o del que ignora quizás todo; el señor conde se muere, señor...

Charles descansa la mano sobre el aguilón que remata la cabeza del león. De repente tiene la impresión de advertir el ronroneo del animal bajo la palma y cree ver los escalones iluminarse uno tras otro hasta sus pies: juego de luz, efecto de un rayo de sol que brilla en la galería superior, efecto de su propio nerviosismo. Respira hondo y se lanza.

Las pesadas cortinas corridas a medias dejan la habitación en penumbra. Charles cree en un primer momento que un velo de gasa azulada ha caído delante de sus ojos, pero después reconoce el olor penetrante y embriagador de las hojas de eucalipto que se consumen en los pebeteros, y por detrás, o como por debajo, rasposos en el fondo de su garganta, los efluvios desagradables de las fiebres y de la agonía.

El aire es tan gris como una niebla que debe atravesar a paso lento, adivinando a lo lejos la proa sombría de un lecho del que se elevan cuatro columnas como otros tantos mástiles, coronadas de un dosel con pasamanería que hace las veces de velamen. Charles se siente bruscamente desamparado. Ha visto muchas veces sobrevenir la muerte pero no la ha contemplado nunca así, adornada de brumas

y de tejidos viejos como un buque fantasma, en la tranquilidad de una cama. El conde lo espera, único capitán a bordo, en esta travesía después de Dios. Sus largas manos blancas posadas sobre el edredón surgen, como las raíces de una planta seca, de una larga camisa de noche casi vacía. En el fondo de un rostro sostenido por un nimbo de almohadas, brilla su mirada muda.

Charles se detiene al borde de la cama. En medio de los confusos sahumeros los dos hombres a la deriva se contemplan largamente.

—Tienes buen aspecto, hijo mío...

Charles mira al anciano sin responder. Le resulta imposible, a todas luces, decir lo mismo: el conde de l'Eperay no es más que un cadáver que un aliento débil anima aún.

—Me alegro de verte... Has adelgazado un poco, pero eres bien parecido y fuerte... y joven... Te queda mucha vida por delante...

Charles baja los ojos. Sus mandíbulas apretadas le pesan como plomo. Una mano descarnada se alza del edredón y un dedo muy pálido señala un objeto en la sombra.

—Busca una silla, siéntate... No me quedan muchas fuerzas, no hablaré alto... Tiene que venir el sacerdote, pero prefiero gastar contigo la poca voz que me queda...

—Señor, carezco del poder de conceder la absolución.

Charles ha respondido con voz ronca. Su garganta está irritada por el humo. El conde forma, con sus labios demacrados, una especie de sonrisa irónica.

—La última vez que viniste querías hacer que mi cabeza cayera en un cesto... Si hoy te limitas a negarme tu perdón, no me disgustaré. Siéntate.

Charles se vuelve, se apodera con brusca torpeza de la primera silla que divisa, la acerca al lecho y se sienta.

El conde lo mira. Sus ojos grises parecen bolitas de mercurio bajo el pesado pliegue de los párpados. Se esfuerza por sonreír, pero su rostro no ofrece más que una mueca triste, un poco temblorosa.

—Me acuerdo del día en que naciste... Fui a la casa donde vivía tu madre y Edmond Martineau te trajo hasta donde yo estaba para que te viera... Aquel día fue uno de los más felices de mi vida... quizá el que más.

Charles examina la palidez de las manos del anciano, manos manchadas y arrugadas, de largas uñas blancas, después examina los pliegues bordados del edredón. El día del nacimiento de Antoine, por el contrario, fue uno de los más tristes de su vida. Porque aquel día no le sucedió nada singular. Fue un día ordinario: ni supo nada ni hizo nada. Lo pasó sin duda patrullando con su sección de la Guardia Nacional, como de costumbre. Ni siquiera se acuerda. Era la época en que los ciudadanos de las facciones parisienses preparaban la explanada del Campo de Marte para la gran fiesta del 14 de julio, un año después de la toma de la Bastilla. Charles se enteró del nacimiento del niño algunos días más tarde, en una gaceta. No; no había ningún motivo para sentirse feliz. Y Héloïse, que ha tenido en sus brazos por vez primera la víspera, ha cumplido ya dos años. Mucho tiempo perdido.

Una bola de rencor se le espesa en el pecho. Siente todavía en su interior el antiguo deseo de hacer responsable al conde de todos los males de su vida, el antiguo deseo de morder, el antiguo impulso de reclamar justicia ante su suerte. Observa al anciano como en los prolegómenos de un duelo en el que le correspondería a él la elección de las armas y se decidiría por la hoja brillante, peligrosa y difícil de manejar que es la verdad, pero renuncia casi de inmediato. Es

demasiado tarde. No tiene deseos de hacerle reproches a este moribundo. No hay otra servidumbre que la voluntaria y él ha dejado de ser siervo de su pasado. Ha sobrevivido. Ha recuperado a Judith. Ha llegado el momento de dejar que los demonios duerman en paz.

El conde fija de pronto la mirada en un punto lejano perdido en los velos confusos del humo. Lo hace con tanta atención, como si reconociera poco a poco a alguien que se acerca por un camino, que Charles no puede por menos que volverse.

—No te he hablado nunca de tu madre... Pero la quise... No he querido a otra más que a ella... Sin duda te costará creerlo porque le hice daño... Sí; le hice mucho daño... Y a ti...

Charles siente una contracción en el estómago. No está seguro de querer oír terribles confesiones.

—Deberíais esperar a que llegara el sacerdote. No creo que tarde ya.

—No. Lo que voy a decirte no lo sabrá... Pocas personas lo han sabido...

La mano blanca del conde se alza y parece flotar sola por encima de la cama.

—Levántate, entra en el salón de los autómatas... Tráeme la gran bailarina, ya sabes, la que está sobre el velador...

Sin tratar de entender este capricho, Charles obedece. Se alza, pasa a la habitación vecina y se encuentra en medio de la colección de liliputienses inmóviles que el conde guarda desde hace lustros en esta pieza siempre cerrada para las visitas. Recuerda que él, Charles, venía furtivamente en otro tiempo, cuando por ventura tenía que residir en el palacio, porque sólo conciliaba el sueño acurrucado sobre esta estrecha banqueta de terciopelo azul, rodeado por unos autómatas que parecían velar sobre él. Charles los encuentra a todos

en el mismo sitio de siempre: el espadachín, la pastora y el cordero, el mono vestido de paje, el arlequín con su mandolina, el malabarista enmascarado, el oso y su pelota roja... De pie sobre el velador le espera la bailarina, los brazos alzados en un movimiento elegante, muy grande y muy hermosa con su vestido de color rojo intenso con volantes, sus largos cabellos negros extendidos como olas por la espalda. Charles la toma con delicadeza. Pesa poco y está polvorienta. Aunque él ha sentido con frecuencia el deseo de verla bailar e incluso a veces le ha dado cuerda, la bailarina nunca se ha movido. Sólo Judith bailó para él en la boda de Jean el Cojo, mujer de carne y hueso de largos cabellos color de fuego.

Vuelve a la otra habitación y le tiende la muñeca al conde.

—No, no me la des... Abre la peana... Rómpela...

Charles mira estupefacto al anciano que le anima con un gesto débil. Acto seguido acuesta la autómatas sobre la alfombra, se apodera de un candelabro y golpea la peana de la bailarina. La madera se rompe con un chasquido seco. Charles se agacha y recoge los trozos.

La bailarina no puede bailar: no hay mecanismo alguno en su interior. La peana sólo encierra un viejo papel amarillento.

—¿Qué es esto?

Charles deposita la muñeca rota sobre el edredón y desdobra el papel. Reconoce un documento oficial. Escrito en español. Sabe descifrarlo como si lo hubiera redactado él mismo, como si se lo supiera de memoria. Reconoce el nombre de su madre como si lo hubiera sabido desde toda la eternidad.

—¿Qué...?

Mira a su padre. El viejo conde se acerca la bailarina dislocada, de brazos y cuello tan flojos como los de una marioneta abandonada,

y la estrecha contra sí, contra su pecho, los cabellos negros al borde del mentón. Parpadea y sonrío. Le tiemblan los labios. Pero el suyo es el aire feliz de un niño con la cara llena de arrugas.

Charles se deja caer en la silla donde se había sentado antes y relee el acta matrimonial.

—Pero ya os habíais casado...

No tiene más respuesta que el silencio de la habitación. Charles adivina que el conde acaba de dar un paso más hacia la muerte y que ya no es capaz de hablar. Examina el aire oscurecido por el humo que rodea el lecho y siente una terrible soledad. La condesa debió de enterarse de aquel segundo matrimonio... Debió de amenazar con denunciar lo sucedido... La bigamia se castigaba con la excomunión... El conde debió de temer la pérdida de su rango, que lo desposeyeran como a un renegado...

—No entiendo —murmura Charles—. No entiendo nada en absoluto...

Se pasa la mano por la frente. Los efluvios de las hojas de eucalipto hacen que le escuezan los ojos. Querría sentir la mano de Judith en la suya como hace unos momentos, a la entrada del palacio. La mano de Judith sobre su mejilla como la víspera, en la sala llena de vapor de agua donde lo lavaba.

La respiración del conde se ha hecho sibilante. Charles ve que la parte alta de su camisa blanca se alza varias veces seguidas, muy deprisa, dolorosamente.

—Me voy a morir... El palacio será tuyo... Y las tierras... Y lo que queda de mi fortuna... Ojalá puedas vivir bien con lo que te dejo... Que el aristócrata y el jacobino que hay en ti se reconcilien... Cásate con Judith de Marbourg... Tened hijos hermosos...

Su voz es apenas audible, como si un peso le hundiera los

pulmones y lo ahogara desde dentro. La frente plegada por el esfuerzo, esboza todavía una triste sonrisa torcida.

—Ojalá puedas vivir en paz.

Los codos en el borde de la cama, Charles une las manos delante de los labios. Guarda silencio. Siente algo desconocido. Sabe no obstante quién es él, lo que ha sido su vida. Entrevé lo que será en el futuro. Probablemente deberá volver al ejército: es oficial, antiguo capitán de la Guardia Nacional y antiguo alumno de Mézières, como ese general corso de poca estatura. Su lugar parece hallarse entre esos hombres. No lo desea, sin embargo. No se reconoce en esa vida militar.

Como si le hubiera leído los pensamientos, el conde suspira.

—Venimos de una antigua familia, de una larga sucesión de hombres curtidos por las guerras y los campos de batalla... Nuestra sangre está destinada a correr y a perecer en el sufrimiento, mi padre me lo decía cuando era niño... Conoces nuestros blasones, nuestros títulos... Nuestros antepasados guerreaban ya durante la guerra de los Cien Años... Cuéntaselo a Antoine... Cuéntaselo a tus hijos...

Charles mueve la cabeza.

—No.

—Es normal para nosotros aceptar el sufrimiento... Los golpes fortalecen el alma: la vuelven recta y firme como el martillo del herrero fortalece la hoja de la espada... Mi padre me lo decía...

—No.

—No me juzgues: también yo tengo mis cicatrices.

—No os juzgo. Pero no seguiré vuestro camino.

Con la garganta irritada por los humos, Charles mira fijamente

a su padre. Y entonces, de manera brusca, sin comprender de dónde le viene ese sentimiento, querría que fuese un momento desgarrador, querría sentirse triste y abrumado, ser ese hijo que baña con sus lágrimas las manos de un padre agonizante, llorar su pérdida. Pero sólo siente la tristeza de su falta de dolor, la intuición del amor filial que habría podido alimentar: qué lástima, qué desastre... Los ojos le arden por culpa de los humos. Sabe desde hace tiempo que su vida caótica le ha privado de muchas alegrías, mas he aquí que descubre las tristezas que también se le han escapado. Habría querido llorar, habría querido sentir el dolor: qué lástima...

—Charles...

El conde lo mira. Sus ojos han perdido todo el brillo del metal. Es una mirada profunda y dulce.

—Hijo mío...

No añade nada. Charles le coge las manos. Los dedos del anciano están fríos, lisos y ligeros como esos huesos blancos de sepia que se encuentran en la orilla del mar y que pesan lo que pesa el viento. El conde lo mira con una gran dulzura y Charles lo mira también, mucho tiempo, hundido en sus ojos grises hasta ver algo imperceptible alterarse en el fondo brillante de sus pupilas. En el centro de sus ojos abiertos un débil brillo se adelgaza como una migaja de sol resplandeciente que desaparece detrás del horizonte y se apaga por completo.

Judith camina por las avenidas del parque. Las hojas muertas del otoño están sin recoger y cubren las raíces rastreras de los castaños con una alfombra de barro oscuro que le mancha los zapatos. Ha llovido la víspera y sin duda también la noche pasada. El suelo está blando y en el aire se siente la humedad un poco áspera de la primavera, un aroma vigoroso que enfría el interior de la nariz y hace que escuezan los ojos como si les entrara una gota de limón.

Buen tiempo, sin embargo. Nubes rápidas galopan detrás de las ramas. Se diría que se precipitan sobre la espalda arbolada de la colina, hacia la vieja torre en ruinas, como niños que se esfuerzan al final de una carrera. Aparece un sol vivo, radiante, que después se esconde tímidamente para volver enseguida. Los tejados del palacio tan pronto brillan semejantes a planchas de plata como se transforman en pesadas cubiertas sombrías, y Vaillac entero, los bosques y los campos oscilan entre las capas de sombra y los estallidos de luz.

Al abandonar la avenida para pasear entre los parterres llenos de plantas descuidadas, Judith descubre a Charles en la terraza. De lejos no es más que una sombra frágil al pie de la enorme masa

blanca del palacio. La ropa que le ha conseguido en la posada le da el aire pasado de moda de un criado rural, camisa de un blanco amarillento, chaleco marrón, y un pañuelo de algodón atado en torno al cuello: parece el hijo de una criada más que el de un conde. Está solo, las manos sobre la balaustrada, la cabeza baja e inmóvil como una estatua.

Siente un mordisco en el vientre. Tendrá que decírselo. Es necesario que sepa la historia de su hermana perdida, de la niña caída en el río y encontrada en el bosque de Font-de-Vouvres. Es necesario que sepa de dónde procede el dije que ha llevado al cuello toda su vida y por qué los dos angelotes lo han fascinado tanto que se los ha hecho tatuar en el pecho. Que quizá no sean uno y otro hijos del conde pero sí nacidos del mismo vientre. Que están hechos de la misma carne. Que la piel de los dos tiene el mismo sabor. La parte monstruosa y maravillosa que los atrae al uno hacia el otro.

Judith cruza los jardines y sube los escalones de la terraza. Ve su espalda, sus hombros, sus cabellos negros: como en otro tiempo en el despacho del conde o al pie de la capilla de Castelroux, como durante su larga enfermedad del año II, cuando entreabría los ojos y lo veía desaparecer en las sombras del corredor. No se mueve, perdido en sus pensamientos. Se le acerca en silencio, deja como él una mano sobre la balaustrada y lo mira.

Charles ha cumplido treinta y dos años. Los relieves de su rostro se han acentuado, modelados quizá por la fatiga y las privaciones de los últimos tiempos. Tiene las mejillas más hundidas, una expresión más seria, el color de la tez un poco apagado. Su frente empieza a estar marcada por dos surcos que se convertirán en arrugas. Algunos pelos más largos le han aparecido en los ángulos de las cejas. Los párpados han adquirido un tono nacarado y las ojeras, más marcadas, le hunden las órbitas. También en el rabillo del ojo le

nacen pliegues que se entrecruzan. Sobre la sien Judith le descubre dos hilos grises entre los espesos cabellos negros. «Mi amor, mi hermano, estás envejeciendo; todos envejecemos.»

No dice nada. Tampoco él. Judith presiente, nada más verlo, que ha muerto el conde pero ninguno de los dos se atreve a hablar.

Charles alza los ojos hacia las colinas, hacia el Dordoña plateado y sombrío y luego hacia ella.

—Habrá que preparar los funerales —dice, mirando de nuevo los jardines.

Judith asiente con un movimiento tan leve de cabeza que resulta casi imperceptible, incluso para ella; una intención, más que un gesto.

Se esfuerza por seguir el curso de los pensamientos de Charles y por comprender lo que todo eso quiere decir para él. Piensa en el palacio, en las propiedades, en los caseríos, en los criados de la casa y en los campesinos, en las viñas descuidadas que no dan ya más que minúsculos racimos de uvas ácidas escondidas bajo la proliferación de sarmientos locos. Piensa que el conde de l'Eperay ha conseguido por fin el heredero que deseaba y que Charles Martineau ha alcanzado por fin su puesto y su rango. Charles de l'Eperay, señor de Vaillac. Pero una revolución ha tenido lugar mientras tanto y nada es como antes.

Y además hay que decírselo.

Lo mira de nuevo. Charles se vuelve hacia ella. Hay en sus ojos negros algo de apagado y de afligido, una especie de vacío, una confusión, un embotamiento indecible, como de un comediante que ha olvidado el final de un verso o de un matemático incapaz de multiplicar dos cifras. Judith se siente tan bruscamente desconcertada que no sabe ya qué decir.

Luego descienden juntos a los jardines y caminan en silencio el uno al lado del otro.

Gotas de lluvia brillan a su alrededor en las hojas, en los macizos de rosales blancos, sobre los gavanzos y sobre las densas alfombras de lirios. A menos que se trate de gotas de rocío. Las nubes huyen más allá de las colinas y el Dordoña discurre, lento y pálido bajo el murmullo de los árboles, fugaz como el tiempo, condenado a correr, a cambiar, a desaparecer.

A cada paso Judith siente que llega el momento de hablar. Lo habría hecho la víspera si Charles no se hubiera pasado todo el día durmiendo; lo habría hecho esta mañana, si no hubiera sido necesario pensar en el anciano conde enfermo. La ocasión no se ha presentado, pero ahora... Siente cómo se le aceleran en el pecho los latidos del corazón. Ahora, sí; ha llegado la hora. Es el lugar. El momento.

De manera semejante a como se toma apoyo antes de lanzarse, endereza los hombros, levanta la cabeza y se llena los pulmones de aire respirando hondo. Contempla el Dordoña en la claridad primaveral, las orillas arenosas y los jardines, las nubes que pasan, la sombra y la luz que juegan a envolver el mundo por turno. Nada distingue un día de apocalipsis de un ordinario día de abril. Las revelaciones inminentes no lanzan al aire ningún polen que las haga presagiar, ninguna bola algodonosa caída de los álamos verdes, ningún perfume almibarado de nardo. Nada que permita adivinar el fin inevitable.

Sin embargo, en un instante, en una distancia de pocos metros, se lo va a decir. Las palabras saldrán de su boca. No habrá nunca ningún rayo dorado que entre por la ventana y los despierte juntos.

Querría respirar con calma para controlar el nerviosismo que la domina. Un temblor le sube por las piernas como una marea

violenta. Hay que decírselo. Cuanto más deprisa, mejor. Caminan juntos en el mismo silencio, al mismo paso, y es ahora cuando hay que hablar.

Abre la boca y aspira una bocanada de aire fresco. Hablar. Ha encontrado las palabras, pero siguen escondidas en su garganta. Es el momento, pero el instante no llega. De repente tiene la lengua pastosa, demasiada saliva en la boca, un dolor en las encías que le incendia las mejillas.

Siente entonces un vértigo espantoso, un vacío en el estómago más fuerte que el día en que el globo aerostático la subió a los cielos. El campo oscila, las colinas se estremecen y toda el agua del río se agita nerviosa como si el andamiaje que sostiene la tierra empezara a agrietarse en silencio, a resquebrajarse y a romperse, amenazando con reducirlo todo a la nada en su hundimiento. El aire se enrarece en los pulmones de la joven y los granos de arena bajo sus pies rechinan como si fuesen estallidos de vidrio. El mundo, en un instante, no será más que un océano de negra desolación... Hay que hablar. Ahora.

Ahora o nunca.

—Charles...

Se detiene y se vuelve hacia ella.

Ahora o nunca.

Porque Vaillac podría también convertirse en una isla bienaventurada. Las colinas son bellas y los jardines podrían florecer cada primavera a pesar de las guerras. El Dordoña podría llevarse el recuerdo de una niña ahogada que quizá podría dejar de ser —que quizá no haya sido nunca—, y discurrir siempre azul y espejeante, pese a los muertos, las víctimas y la sangre derramada en otros sitios. Quizá fuera posible vivir en un paraíso frágil y dejar el infierno para

los otros, allá lejos, lo más lejos posible...

Sí; ha llegado el instante. El fin o el principio. El principio o el fin. Ahora. Nunca. Las palabras le hieren la lengua. Le queman la boca. Abre los labios.

Entonces, como hace muchísimo tiempo en el salón de música de Castelroux, Judith se pone de puntillas —porque a veces se puede decidir que la realidad tenga el sabor de los sueños—. Acerca su rostro al de Charles, posa sus labios sobre los de él y el mundo da un vuelco, se incendia, se eleva con las olas. Él la estrecha entre sus brazos y la besa con más fuerza, la besa hasta el fondo del alma, enterrando sin saberlo las palabras devastadoras en un lugar del que no volverán a salir nunca, donde dejarán incluso de ser verdad, donde dejarán de existir. Que el Dordoña se lleve a los ahogados y a los niños malditos que ya no lo son. Brillan diamantes en la concavidad de las hojas y el encaje sombrío de las nubes corre sobre los senderos de grava. La sombra y la luz se alternan permanentemente en el mundo. La vida puede ser un océano negro de amargas desolaciones, pero también puede haber, en medio de las olas sombrías, tierras benditas por las que fluyen ríos de vino y miel.

Sobre la autora

Myriam Chirousse nace en Cagnes-sur-mer (Francia) en 1973. Ha publicado cuentos infantiles y relatos en diversas revistas francesas. En el 2000 se instaló en España para trabajar como profesora de francés en la Alliance Française de Madrid. Desde 2004 es traductora Myriam Chirousse. Ha traducido la novela de Rosa Montero, *Historia del rey transparente*, publicada en Éditions Métailié en 2008, y ganadora del Premio de Traducción Pierre-François Caillé de la Sociedad Francesa de Traductores. *Vino y miel* es su primera novela.



Título original: Miel et vin

© 2009, Myriam Chirousse

© De la traducción: José Luis López Muñoz

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ML@S 2013 D

ISBN ebook: 978-84-204-0853-8

Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera

Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.



^[1] Críptido antropófago que supuestamente asoló la región de Gévaudan, en el actual departamento francés de Lozère, en el centro de Francia, entre 1764 y 1767. (*N. del T.*)